K. M. ASHMAN

ÁGUILA OSCURA • LIBRO II



# LO OCULTO

# Águila Oscura

*Libro II*

**Los Ocultos**

de

**K. M. Ashman**

**Copyright © K. M. Ashman, julio de 2024**

Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción, el almacenamiento o la transmisión total o parcial de esta publicación, por cualquier medio o procedimiento, sin la previa autorización por escrito del titular del copyright. Todos los personajes que aparecen en esta publicación son ficticios y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

**----**

**Contacto**

Haz clic a continuación para ser el primero en recibir información actualizada sobre el lanzamiento de nuevos libros.

**SUSCRÍBETE**

# Nombres de los Personajes

## El Occultum

- Gaius Octavius Seneca - Líder de los Occultum
- Marcus Antonius Maecilius - Centurión romano
- Raven - Explorador celta, britano nativo al servicio de los Occultum
- Brennus - Auxiliar bátavo, jinete y guerrero experto
- Sica - Asesino sirio, experto en el sigilo y el manejo de la espada
- Falco - Exgladiador, luchador y guerrero formidable
- Talorcan - Guía belga, cazador y rastreador familiarizado con los territorios germánicos
- Atticus - Nuevo recluta de los Occultum
- Cassius - Nuevo recluta de los Occultum, antiguo mercader con un pasado oculto

## Caracteres Romanos

- Decimus Valerius Maximus - Explorador retirado y mentor de los Occultum
- Lepidus (Quintus Marcius Lepidus) - Senador romano y supervisor de los Occultum
- Marcia/Hannibal - Tabernera en El Toro sin Cuernos, traficante de información y aliada de los Occultum
- Aulus Plautius - Comandante de la fuerza de invasión romana
- Claudius - Emperador de Roma

## Tribus Béticas

- Quintus Valerius - Asesor personal del rey Prasutagus en asuntos romanos

- Cunobeline - Rey de los catuvelonos y los Trinovantes, recientemente fallecido
- Caratacus - Hijo de Cunobeline, príncipe guerrero de los catuvelonos
- Togodumnus - Hijo menor de Cunobeline, belicoso señor de la guerra de los Trinovantes
- Prasutagus - Rey de los icenos, gobernante pragmático abierto al comercio con Roma
- Cunda - Anciano jefe de los cantiacos
- Cadorix - Ambicioso guerrero de los cantiacos, aliado de Togodumnus
- Mordred - Poderoso líder druida, comandante de los guerreros druidas
- Wulfstan - líder/guerrero vándalo
- Eirik - jefe vándalo
- Elara - cautiva oriental, compañera de Brennus
- Odo - guerrero vándalo cercano al jefe

# Britania




Fuente: Wikipedia

# Introducción

Como ya establecimos en Águila Oscura (el primer libro de la saga), los *exploratores* eran exploradores y espías militares romanos, encargados de recopilar información sobre los movimientos del enemigo, el terreno y las fortificaciones. Hacia el año 43 d. C., mientras Roma se preparaba para la invasión de Britania, los *exploratores* desempeñaron un papel crucial en la planificación estratégica de las campañas militares. Estos hombres solían ser desplegados por delante de las legiones para reconocer tierras desconocidas, evaluar la fuerza y disposición de las fuerzas enemigas e identificar posibles amenazas.

Su labor era de un valor incalculable para comandantes como Aulo Plaucio, el general que dirigió la invasión, al proporcionar la información crucial necesaria para planificar la compleja logística de una invasión a través del canal. Los *exploratores* habrían explorado los lugares de desembarco, identificado rutas para el avance de las tropas y, incluso, se habrían infiltrado en las tribus locales para difundir desinformación o forjar alianzas.

Es probable que Roma utilizara a estos agentes secretos para difundir rumores y desinformación, lo que debilitaría las alianzas entre las tribus celtas. Estos esfuerzos habrían allanado el camino para una campaña militar más fluida, reduciendo la probabilidad de una resistencia unificada contra las legiones romanas.

Los *exploratores* y otras organizaciones secretas desempeñaron un papel fundamental en la estrategia militar de Roma a mediados del siglo I d. C. Su participación antes, durante y después de la invasión de Britania fue decisiva para el éxito de Roma a la hora de extender su influencia sobre la isla. Mediante una combinación de espionaje, reconocimiento y operaciones encubiertas, estos grupos se aseguraron de que las legiones

romanas fueran siempre un paso por delante de sus enemigos, afianzando el dominio del imperio en un mundo volátil y en constante expansión.

# Prólogo

El viento otoñal susurraba a través del denso dosel del bosque mientras Talorcan avanzaba con lentitud por los estrechos senderos del bosque germánico. El mundo que lo rodeaba bullía con los sonidos de la naturaleza: el susurro de las hojas, el graznido lejano de un cuervo, el murmullo del viento. Sin embargo, la mente de Talorcan estaba en otra parte, perdida en los recuerdos aún vívidos de batallas libradas y camaradas caídos.

Habían pasado casi dos años desde que había conducido a los Occultum a las profundidades de las tierras de los queruscos y, aunque el grupo había fracasado finalmente en su misión, la experiencia lo había cambiado para siempre y sabía que nunca más podría llevar una vida normal dentro de los confines de la vida en la aldea.

Cumplida su parte, había regresado a su tierra natal, de nuevo cazador a orillas del bajo Rin y en las profundidades de los bosques queruscos. Las fuerzas romanas locales aún valoraban sus servicios como explorador, pero él prefería la quietud del bosque al bullicio de los campamentos.

La feria anual de caballos era uno de los pocos acontecimientos que lo sacaban de su soledad. Celebrada entre las tribus que habitaban entre los ríos Rin y Weser, era un tiempo para el comercio, para fortalecer alianzas y para la exhibición de los mejores caballos de la región. A medida que se acercaba, el aire vibraba con los gritos de los mercaderes, las risas de viejos amigos reunidos y los agudos relinchos de los caballos inquietos.

Cientos de animales se arremolinaban en recintos improvisados, con sus poderosos cuerpos empujándose en busca de espacio. El acre olor a sudor, cuero y el terroso hedor del estiércol de caballo se mezclaba con el aroma ahumado de la carne asada en las hogueras cercanas, un asalto familiar y abrumador a sus sentidos.

Talorcan inspiró hondo. La mezcla de olores fue como una llave que desató un torrente de recuerdos, de días pasados

regateando por el precio de los caballos, de noches llenas de historias y canciones alrededor del fuego. Pero aquellos días habían quedado atrás, reemplazados por la existencia solitaria que ahora había elegido para sí mismo. El ruido y la energía de la feria chocaban con la serena soledad que había llegado a apreciar en el bosque, y sintió una punzada de incomodidad ante la intrusión.

Sin embargo, bajo la inquietud, había algo más, un atisbo de emoción, un sentimiento de pertenencia que no podía desechar por completo. Aquí era donde se había criado, entre estas tribus, esta gente. Las voces que lo saludaban, los rostros que se volvían para asentir en señal de reconocimiento, eran los de viejos amigos, hombres que conocía desde la infancia. Su presencia era a la vez un consuelo y un recordatorio de todo lo que había dejado atrás.

Talorcan continuó, con los sentidos asaltados por todos lados. Se percató de las ligeras diferencias en los acentos, de los sutiles cambios en los dialectos, todos indicadores de las diversas tribus aquí reunidas. Cada hombre llevaba las marcas de su pueblo, desde los hombres del norte vestidos con capas de piel hasta los jinetes enjutos y bronceados por el sol de las llanuras del sur. Los colores de sus capas, el corte de sus túnicas, incluso la forma en que se trenzaban el pelo, decían mucho de sus orígenes y su estatus. Era una reunión fabulosa, aunque aterradora, de lo mejor que Germania podía ofrecer y, le gustara o no, él formaba parte de ella.

La feria era un espectáculo de vida y energía, una celebración del caballo y una rara congregación de tribus de toda la región, pero gradualmente el ambiente cambió y un silencio se extendió por el campamento como una marea entrante cuando una columna de hombres a caballo emergió del linde del bosque, y su presencia impuso una atención inmediata. No hubo necesidad de anuncios ni de conversación, pues todos los presentes supieron quiénes eran en el instante en que los vieron: eran los hombres de más allá del río Elba, el lugar al que ningún hombre iba si albergaba la ambición de morir de viejo. Eran los vándalos, y nunca antes habían asistido a la feria.

Eran una docena en total, montados en caballos tan negros como la medianoche, con los cascos hundiéndose en la tierra. Cada

guerrero era una figura imponente, ataviado con una armadura de cuero negro que relucía a la luz menguante, práctica, muy usada y diseñada para la batalla más que para la exhibición. Llevaban a la espalda letales espadas anchas con las empuñaduras desgastadas por el uso prolongado, y cada uno tenía un arco sin tensar sobre la silla, que podían preparar en un santiamén si lo necesitaban.

Su inesperada llegada fue suficiente para provocar un escalofrío entre la multitud. Los vándalos llevaban el pelo negro azabache, largo, que les caía por los hombros en gruesas y cuidadas ondas. Sus rostros eran severos, sus ojos agudos y penetrantes, los rostros de hombres que habían visto muchas batallas y habían salido victoriosos. Cada hombre exudaba un aire de confianza, un altivo orgullo por su propia fuerza y habilidad que rozaba la arrogancia. No obstante, era una confianza ganada, no regalada.

Los hombres de las tribus observaban en un silencio atónito cómo los vándalos entraban en el campamento, guiando tras de sí una magnífica comitiva de más de cien caballos. No eran bestias corrientes; se trataba de criaturas poderosas y musculosas, criadas para la guerra y la resistencia. Sus lustrosos pelajes relucían a la luz del sol, sus ojos, inteligentes y alerta, como si también ellos presintieran la importancia del momento. Los caballos se movían con una gracia y poder que dejaban boquiabiertos incluso a los comerciantes y jinetes más avezados.

Los vándalos, por su parte, parecían completamente tranquilos. Se movían con una calma resuelta, la cabeza bien alta, sus expresiones indescifrables. No necesitaban imponer su dominio; su mera presencia lo hacía por ellos. Al desmontar, el cuero de sus armaduras crujió suavemente, un sonido apenas audible por encima del pesado silencio que había caído sobre el campamento.

Uno de los vándalos se adelantó, recorriendo con la mirada a los hombres de las tribus allí reunidos. Tenía los ojos fríos, calculadores, como si sopesara a cada hombre y lo considerara insignificante.

—Mi nombre es Wulfstan, de los Hargundi —anunció con voz gutural y cruel—. ¿Quién está al mando aquí?

Nadie se movió. El aura de los vándalos era demasiado intensa; su reputación, de sobra conocida. Sin embargo, el atractivo de los magníficos caballos era demasiado poderoso como para resistirse por mucho tiempo y, finalmente, un hombre dio un paso al frente.

—Me llamo Gutterad —dijo—, y aquí no hay un único líder. Comerciamos como iguales, dejando a un lado toda disputa mientras dure la feria, y cada hombre jura mantener su arma envainada so pena de muerte. Vuestra presencia es bienvenida, Wulfstan, pero os pedimos que respetéis el acuerdo que ha perdurado durante generaciones.

—Nuestras espadas no probarán la sangre hoy —respondió el guerrero—. Tenemos caballos para comerciar e invitamos a que los inspeccionéis.

Gutterad asintió y se giró lentamente para mirar al resto de la concurrencia. Todos los hombres seguían observando en silencio.

—Bueno —dijo finalmente—. ¿Hay algún interesado?

Lenta y cautelosamente, algunos de los comerciantes más valientes comenzaron a avanzar, con la codicia y la curiosidad venciendo al miedo. Los vándalos los observaban acercarse con un interés distante, sus manos nunca demasiado lejos de las empuñaduras de sus armas.

La tensión en el aire era tan densa que se podía cortar con un cuchillo y Talorcan, de pie al borde de la multitud, la sentía tan intensamente como cualquiera. Su instinto de cazador le decía que los vándalos habían traído algo más que caballos a esta feria; habían traído un desafío, una tácita prueba de voluntades, y aunque los caballos eran magníficos, eran los hombres que los habían traído quienes ostentaban el verdadero poder.

---

Talorcan se movía entre la manada con la soltura de un hombre que había pasado su vida entre caballos. Los animales se arremolinaban, sus poderosos cuerpos moviéndose y resoplando mientras los comerciantes se acercaban para inspeccionarlos.

Cada caballo era una maravilla: esbelto, musculoso y rebosante de poder en estado puro. Sus pelajes brillaban como

obsidiana pulida bajo la luz mortecina, y sus ojos relucían con inteligencia y brío. Talorcan pasó la mano por el flanco de un caballo, sintiendo la fuerza de los músculos bajo la piel. El animal giró ligeramente la cabeza, como si acusara recibo de su caricia, y Talorcan no pudo evitar admirar la excelente estirpe del animal. A su alrededor, otros comerciantes se movían con una mezcla de cautela y emoción. Inspeccionaban cascos, revisaban dientes y susurraban entre ellos sobre la calidad de las reses. Los vándalos habían traído algunos de los mejores caballos que ninguno de ellos había visto jamás, y las posibles ganancias por la adquisición de una sola de esas bestias eran inmensas. Sin embargo, Talorcan sabía, como la mayoría de los otros comerciantes, que el precio sería elevado, mucho más de lo que la mayoría podía permitirse.

Se demoró un momento más, pasando los dedos por la crin del caballo, mientras su mente trabajaba con rapidez. No había forma de que pudiera permitirse comprar uno de aquellos animales directamente. Sus años como cazador y explorador ocasional para las fuerzas romanas no lo habían hecho rico, y los precios que los vándalos exigirían serían astronómicos. Pero el atractivo de los caballos era demasiado fuerte, tirando de algo profundo en su interior. Necesitaba encontrar una manera de conseguir uno, y cuanto más lo pensaba, más empezaba a tomar forma una idea peligrosa.

Era arriesgado, quizá incluso una insensatez, pero Talorcan había vivido al filo del peligro durante años y sabía cómo aprovechar una oportunidad cuando se presentaba. Aquel era uno de esos momentos, y los caballos merecían el riesgo. Tomada la decisión, soltó un lento suspiro, se apartó del magnífico animal y comenzó a abrirse paso de nuevo entre los comerciantes, con la mente fija en el rumbo que había elegido.

El ruido y el ajetreo de la feria se desvanecieron en un segundo plano mientras él se concentraba en los vándalos, ahora reunidos en círculo a poca distancia. Cada guerrero estaba acuclillado en el suelo mientras comía, desgarrando trozos de carne que sacaban de sus zurrones. Hablaban en voz baja, en su lengua áspera y gutural, con el ladrido ocasional de una carcajada que

interrumpía el quedo murmullo de su conversación. Parecían completamente tranquilos, indiferentes a las miradas que se posaban sobre ellos, seguros de su propio poder y del miedo que inspiraban.

Talorcan se acercó con cautela y, al aproximarse al grupo, el vándalo más cercano levantó la vista y entornó los ojos al reparar en la presencia del forastero que se acercaba. Cesaron las risas y los demás guerreros le prestaron atención, con el rostro endurecido.

Talorcan se detuvo a pocos pasos del círculo y sostuvo la mirada del guerrero que primero había reparado en él. Aquel no era lugar para la debilidad ni la vacilación. Cuadró los hombros y ofreció una leve inclinación de cabeza en señal de respeto.

—Saludos, Wulfstan —comenzó—. Soy Talorcan, un cazador de las tierras de los belgas. He visto los caballos que han traído. Son magníficos.

Los vándalos lo observaron con un escrutinio silencioso y semblante inescrutable. Tras un tenso instante, el guerrero que lo había visto primero habló.

—No son para gente como usted, cazador —dijo, con la voz teñida de un deje de desprecio—. Estas bestias son para hombres de riquezas y poder, no para los que se ganan la vida a duras penas comiendo excrementos de oso en los bosques.

Talorcan mantuvo una expresión neutra, aunque el corazón le martilleaba en el pecho.

—No poseo riquezas —admitió—, pero ofrezco otra cosa. Algo que vale una docena de caballos como esos.

Wulfstan entornó aún más los ojos, y una chispa de interés relampagueó tras el desdén.

—¿Qué objeto de valor puede comprar semejante bestia? ¿La corona de un rey, quizá? —Se rio de su propia broma, un sonido antinatural procedente de un hombre tan acostumbrado a repartir la muerte.

Talorcan tragó saliva con dificultad y buscó algo bajo su capa, un movimiento que hizo que la risa se detuviera tan bruscamente como había comenzado y que todos los vándalos echaran mano a las empuñaduras de sus espadas.

Talorcan ralentizó sus movimientos antes de sacar un cuchillo envainado y dio un paso al frente para ofrecérselo al líder vándalo.

Los vándalos intercambiaron miradas, y Talorcan pudo ver que estaban intrigados, aunque recelosos.

—¿Me ofrece un cuchillo? —dijo Wulfstan, con la voz cargada de desdén—. ¿Una simple hoja por uno de mis caballos? Debería matarle aquí mismo por el insulto.

—No es un cuchillo cualquiera —se apresuró a decir Talorcan —. Examine la hoja y lo verá por usted mismo.

Wulfstan miró fijamente a Talorcan antes de cogerle el cuchillo de las manos y desenvainarlo con lentitud. A medida que la hoja aparecía, bajó la vista, entornando los ojos ante la luz del sol que se filtraba entre los árboles. La empuñadura, de un negro azabache y con profundos grabados de antiguas marcas celtas, presentaba expertas incrustaciones de oro y plata, obra de un gran artesano; pero fue la grácil filigrana ondulada, que parecía fluir en el propio acero, lo que le indicó exactamente de qué se trataba, y levantó la vista con renovado respeto.

—Acero de Damasco —dijo—. ¿Cómo ha llegado esto a su poder?

—Me lo dieron por unos servicios prestados —respondió Talorcan con sinceridad—. Es una preciosidad, pero pertenece a las manos de un hombre como usted.

—¿Por qué no a las suyas?

—Soy un cazador y los cuchillos que uso son para separar la carne de los huesos. Esta hoja solo la desenvaino para contemplarla con asombro. Juré que nunca me desharía de ella, pero si con ello puedo comprar uno de esos caballos, es suya.

El líder vándalo gruñó y se lo pasó al resto de sus hombres antes de ponerse en pie.

—Estos cuchillos son muy codiciados —dijo— y difíciles de encontrar. —Hizo una pausa y miró fijamente a Talorcan, con una mirada que parecía penetrar hasta lo más profundo del alma del cazador.

—Acepto —dijo de repente—. Elige tu caballo. —Y, sin mediar más palabra, se dio la vuelta para reunirse con sus hombres.

---

A la mañana siguiente, mientras se acercaba al cercado, Talorcan no pudo evitar sentir una oleada de emoción. Había vendido su propio caballo por un precio justo y ahora estaba a punto de llevarse uno de los mejores animales que había visto en su vida. La idea de que el poderoso semental negro fuera suyo lo llenaba de una mezcla de orgullo y expectación.

El cercado estaba en calma; la mayoría de los comerciantes y feriantes aún se desperezaban de los festejos de la noche anterior. Los caballos pululaban de un lado a otro, su aliento echando vaho en el aire fresco de la mañana, y el olor a tierra húmeda y heno fresco se entremezclaba en el ambiente. La mirada de Talorcan no tardó en encontrar el caballo que había comprado: era esbelto, fuerte, con los músculos marcándose bajo su lustroso pelaje. El animal era una maravilla y, justo cuando Talorcan se acercaba, el caballo levantó la cabeza y aguzó las orejas, como si reconociera a su nuevo amo.

Se tomó un momento para paladear la estampa y luego, moviéndose con determinación, deslizó la silla de montar sobre el lomo del caballo, ajustándola con cuidado y con manos que se movían con la eficacia que da la práctica. El semental se movió ligeramente bajo su peso, pero permaneció tranquilo, testimonio de su excelente linaje.

Justo cuando se disponía a apretar la cincha, algo le llamó la atención. Al otro lado del cercado, cerca del linde del bosque, una figura se movía entre los caballos. Al principio, Talorcan no le dio importancia; solo era otro esclavo que atendía a las preciadas bestias de los vándalos. Pero al mirar más de cerca, una extraña sensación se apoderó de él, un cosquilleo en la nuca.

El hombre era alto, de aspecto rudo, con ropas sencillas y gastadas, y sus movimientos eran deliberados pero suaves, trabajando con el animal con pericia para lograr los resultados que buscaba. Talorcan lo observó, impresionado por la afinidad del hombre con los caballos, una compenetración que parecía tan natural como respirar. Era una habilidad excepcional, un don otorgado por los dioses al nacer que no podía aprenderse ni en mil años. Instantes después, el hombre se giró hacia él y, justo cuando

Talorcan iba a expresar su aprobación, la respiración se le cortó en la garganta y, por un momento, el mundo pareció detenerse.

El esclavo se quedó paralizado, con el cepillo suspendido en el aire, mientras sus ojos se clavaban en los de Talorcan. Hubo un destello de reconocimiento, un relámpago de conmoción que pasó entre ellos como un rayo. El corazón de Talorcan le martilleaba en el pecho; se olvidó de la silla mientras miraba fijamente al hombre al otro lado del cercado.

El rostro del esclavo estaba demacrado, su pelo más largo y descuidado de lo que Talorcan recordaba, pero no cabía duda de quién era. Era Brennus. El mismo Brennus que había luchado a su lado en el Occultum, el mismo Brennus que todos creían que había perecido en las turbulentas aguas del Rin hacía más de un año. Pero allí estaba, vivo y sirviendo como esclavo para los vándalos.

Durante lo que pareció una eternidad, los dos hombres se miraron fijamente, ambos demasiado atónitos para moverse o hablar. La mente de Talorcan iba a toda velocidad, un torrente de preguntas inundando sus pensamientos. ¿Cómo había sobrevivido Brennus? ¿Cómo había acabado allí, entre los vándalos? Pero antes de que pudiera pronunciar una sola palabra, la expresión de Brennus cambió de la conmoción a algo mucho más desesperado. Sacudió la cabeza con violencia, sus ojos suplicantes advirtiéndole a Talorcan que no actuara, que no lo llamara. Luego, sin un instante de vacilación, Brennus se giró bruscamente y se escabulló en el bosque, desapareciendo entre las sombras.

A Talorcan le temblaban las manos mientras apretaba la cincha de la montura, con la mente hecha un torbellino. Sintió como si el suelo se hubiera movido bajo sus pies, como si el mundo sólido que había conocido se hubiera llenado de repente de incertidumbres. Brennus estaba vivo, pero era un fugitivo, un fantasma escondido entre enemigos. Y Talorcan no tenía ni idea de qué significaba todo aquello ni qué debía hacer a continuación.

Mientras montaba el semental, la emoción de haber adquirido aquella magnífica bestia quedó eclipsada por la conmoción de lo que acababa de presenciar. Sus pensamientos estaban absortos en la imagen del rostro demacrado de Brennus, en el miedo de sus ojos.

El mundo se había convertido en un lugar mucho más peligroso de lo que era hacía apenas unos instantes, y Talorcan supo, con una sensación de desasosiego, que no podía dejar este descubrimiento de lado.

---

# Capítulo Primero

## Galia

Seneca y Marcus cabalgaban uno al lado del otro por la antigua calzada que serpenteaba por las colinas circundantes como una serpiente perezosa y sinuosa. El paisaje del sur de la Galia se extendía ante ellos: colinas onduladas salpicadas de olivares y el perfil lejano de una aldea acurrucada en el horizonte.

Seneca afianzó las riendas, entrecerrando los ojos mientras sopesaba los desafíos que les aguardaban. El camino que dejaban atrás conducía de vuelta a Roma, donde Seneca acababa de concluir otra reunión clandestina con su contacto, el senador Lépido, uno de los más recientes consejeros del emperador. Tenían la cabeza llena de las muchas exigencias que este acababa de imponerles. El hecho de que ahora fueran un brazo reconocido de la fuerza militar de Roma era a la vez reconfortante y frustrante. Lo primero, porque ahora tenían acceso a muchos más recursos; lo segundo, porque ahora había muchas más interferencias desde las altas esferas, a menudo por parte de quienes no tenían ni idea de cómo trabajaban.

El nuevo emperador, Claudio, estaba ansioso por afianzar su legado, y la invasión planeada iba a ser su jugada más audaz. Pero Claudio no era un hombre de las legiones y su comprensión de lo que se necesitaba para formar algo como el Occultum era, en el mejor de los casos, limitada. Sus exigencias de formar unidades similares estaban resultando difíciles de cumplir, sobre todo por los altos estándares que el propio Seneca había impuesto.

Los dos hombres siguieron cabalgando, con la mente puesta en el campamento de entrenamiento que habían establecido en el sur de la Galia. Llevaba ya meses en funcionamiento, atrayendo a hombres de todo el Imperio: veteranos de las legiones, guerreros locales e incluso algunos mercenarios de tierras lejanas. Pero la realidad de los estándares exigidos era mucho más dura de lo que la mayoría había previsto.

—Hemos tenido que enviar a casa a más hombres de los que nos hemos quedado —dijo Marcus finalmente cuando la conversación derivó hacia el campamento de entrenamiento—. Algunos son demasiado agresivos, siempre buscando pelea, pero sin ningún control. Otros no tienen sangre en las venas, como si pensaran que esto iba a ser un largo desfile por las provincias. Luego están los que no pueden seguir el ritmo, los que se desploman después de unos días de marcha con todo el equipo a cuestas.

Seneca asintió, comprendiendo la dificultad de la tarea que tenían por delante. El Occultum era más que una simple fuerza de combate; era una hermandad, una unidad en la que cada hombre debía ser tan fuerte mental como físicamente. No bastaba con ser un buen soldado, tenían que ser capaces de operar en la sombra, de asumir tareas que parecían imposibles y de soportar penalidades que quebrarían a la mayoría de los hombres.

—No podemos permitirnos ninguna flaqueza —dijo Seneca—. No con lo que se avecina. Britania no se parecerá a nada que el Imperio haya afrontado antes. Las tribus son fieras, están unidas bajo líderes poderosos y la propia tierra es un desafío: salvaje, indómita, con un clima que puede volverse en tu contra en un instante. Dependerá de nosotros allanar el camino lo mejor que podamos con lo que tenemos. Contamos con unos pocos que son prometedores, que están dispuestos a aprender y tienen el potencial en bruto. Pero necesitan más entrenamiento, más pruebas. Todavía estamos descartando a los débiles, a los que no tienen agallas para lo que les espera.

—¿Y qué hay de la invasión? —preguntó Marcus—. ¿Crees que estaremos listos?

—Tenemos que estarlo. Claudio no retrasará la invasión por nada del mundo. Seremos los primeros en pisar suelo britano, y las legiones dependerán de cualquier información que podamos proporcionarles.

El peso de su misión se cernió sobre ellos; la enormidad de aquello para lo que se preparaban no pasaba desapercibida para ninguno de los dos. Habían visto lo que la guerra podía hacer, cómo

podía destrozar a los hombres y remodelar el mundo a su alrededor. Pero esto era algo nuevo, algo mucho más desafiante que cualquier cosa a la que se hubieran enfrentado antes. Los dos hombres siguieron cabalgando en silencio por el camino que se extendía ante ellos y los conducía de vuelta al campamento donde aguardaba la siguiente oleada de reclutas.

---

Dos días después, entraron en el pequeño campamento escondido en las profundidades del bosque y, al acercarse, oyeron el agudo sonido del metal contra el metal, salpicado de gruñidos y algún que otro grito. Desmontaron, dejaron los caballos atados a una rama y se dirigieron al improvisado campo de entrenamiento del Occultum.

En el claro, un grupo de hombres formaba un círculo irregular, con los ojos fijos en las figuras de su interior. Sica y Falco estaban en el centro, cada uno enfrentándose a un oponente distinto, con movimientos que eran un borrón de precisión y poder. Los reclutas a los que se enfrentaban eran de diversa habilidad: unos eran rápidos y agresivos; otros, cautelosos y calculadores; pero todos estaban claramente agotados, con los cuerpos cubiertos de sudor y la respiración entrecortada.

Sica era el más pequeño de los dos, pero su velocidad era inigualable y danzaba alrededor de su oponente con movimientos calculados, cada golpe diseñado para poner a prueba las defensas de su adversario. El recluta era hábil, sus reacciones eran agudas, pero era evidente que lo estaban llevando al límite. Sica tenía los ojos fríos, la expresión impasible mientras continuaba el ataque, sin concederle al hombre ni un momento de respiro.

Al otro lado del círculo, Falco era el vivo contraste. La imponente complexión del exgladiador se cernía sobre su oponente, un fornido recluta con aspecto de luchador curtido. Falco se movía con una fuerza bruta; sus golpes eran potentes e implacables, y cada uno de ellos estaba diseñado para avasallar en lugar de para superar en destreza. El recluta se defendió con valentía, pero era evidente que estaba en apuros, con los brazos temblándole bajo la fuerza de las embestidas de Falco. El rostro de Falco se había partido

en una sonrisa feroz y su disfrute del combate era obvio, aunque no había malicia en su mirada, tan solo la alegría implacable de un guerrero que pone a prueba su valía.

Séneca y Marcus permanecían al borde del círculo, observando en silencio, asimilando cada detalle, tomando nota de los puntos fuertes y débiles de los reclutas. Finalmente, Sica puso fin a su combate con un movimiento veloz como el rayo, desarmando a su oponente con un giro de muñeca y mandándolo de bruces al suelo. Dio un paso atrás, con la espada sujeta sin tensión a un costado, como si la lucha no hubiera sido más que un ejercicio informal. Falco terminó su propio combate instantes después; su oponente se desplomó sobre una rodilla, boqueando en busca de aire, mientras su propio cuchillo caía al suelo con un tintineo.

Raven, que había estado observando desde la distancia, se adelantó, deteniendo la mirada en cada hombre, sopesando su valía. Cuando finalmente habló, su voz era suave, pero tenía un filo que cortó el silencio.

—Habéis luchado bien —dijo—, pero no todos sois aptos para continuar. —Señaló a dos hombres: un joven recluta con una herida reciente en el brazo y un veterano de más edad que había reaccionado con más lentitud, con los movimientos torpes por el agotamiento—. Vosotros dos, habéis terminado.

Los rostros de ambos hombres se descompusieron, pero no protestaron. Con la cabeza gacha, retrocedieron, sabiendo que lo habían intentado con todas sus fuerzas, pero no habían estado a la altura. A la mañana siguiente, cabalgarían de vuelta al lugar del que habían venido. Los reclutas restantes, que aún recuperaban el aliento, los miraron con una mezcla de alivio y pavor, esperando haber hecho lo suficiente para evitar el mismo destino.

Por un breve instante, pareció que las pruebas habían terminado y los reclutas se permitieron relajarse; algunos incluso se atrevieron a pensar que se habían ganado un descanso. Pero su esperanza duró poco, pues Falco reapareció por detrás de una pila de suministros.

Su amplia sonrisa había vuelto, pero esta vez, con un deje de placer sádico mientras levantaba cuatro pesadas sarcinae, las

grandes y voluminosas mochilas que todo legionario romano conocía demasiado bien, y las dejaba caer con un fuerte golpe a los pies de los reclutas restantes.

Los hombres miraron los bultos con atónita incredulidad y su agotamiento dio paso a la desesperación.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Creíais que habíais terminado por hoy? Cogedlas. Tenéis por delante una marcha de tres días.

Los reclutas, aunque casi exhaustos, se apresuraron a obedecer. Levantaron las pesadas mochilas, con la tensión evidente en sus rostros mientras se echaban el peso a los hombros. Las sarcinae estaban cargadas de provisiones y Falco los observaba con ojo crítico, asegurándose de que nadie intentara aligerar su carga.

Raven se adelantó una vez más y posó su mirada en cada hombre por turno.

—Me seguiréis —dijo, como si la marcha que se avecinaba no fuera más que un paseo por el campo—. Cualquiera que se quede atrás, cualquiera que no pueda mantener el ritmo, bueno, digamos que no habrá más segundas oportunidades. Poneos las mochilas lo más cómodas que podáis y aseguraos de llenar las cantimploras.

Los reclutas intercambiaron miradas nerviosas, pero no dijeron nada. Sabían que esta era otra prueba, quizá la más dura hasta el momento, y mientras Raven se echaba su propia mochila al hombro, el grupo comenzó a moverse, con los reclutas esforzándose por mantener el equilibrio bajo el aplastante peso de las sarcinae.

Séneca y Marcus los vieron marchar. El entrenamiento era duro, pero tenía que serlo. Los hombres que sobrevivieran a estas pruebas serían los que estarían con ellos en las costas de Britania, y mientras Raven conducía a los reclutas hacia los bosques, Falco y Sica se volvieron para reunirse con Séneca y Marcus.

—¿Crees que alguno lo conseguirá? —preguntó Marcus.

—Posiblemente —respondió Falco—. Esta remesa es bastante buena, la verdad, pero el tiempo lo dirá.

Séneca gruñó en señal de asentimiento.

—Mejor que se rompan ahora que en el campo de batalla. Descansad un poco y volved a reuniros aquí al anochecer.

—Como desees —dijo Falco, y tanto él como Sica se dirigieron al arroyo cercano para lavarse el sudor y la sangre de la piel.

---

Más tarde, esa noche, Séneca reunió a sus hombres en torno a la mesa de madera dentro de su tienda.

Falco se recostó en una silla, con los musculosos brazos cruzados sobre su ancho pecho, mientras que Sica permanecía de espaldas a la entrada, con sus ojos oscuros concentrados e indescifrables. Marcus estaba a su lado, con la espalda recta y una expresión tan severa como siempre, con la disciplina de un centurión grabada en cada línea de su rostro.

Séneca permaneció un momento en silencio, dejando que el peso de la inminente tarea se asentara en la estancia. Su mano descansaba sobre el borde de la mesa, mientras sus dedos recorrían la costa de Britania marcada en el gastado pergamino. Séneca comenzó, mirando a cada uno a los ojos:

—La invasión de Britania es inminente —dijo—, y el emperador nos ha encomendado un papel crucial. Debemos infiltrarnos en las tribus de la costa oriental, aquellas más cercanas a los lugares de desembarco donde las legiones atacarán primero. —Hizo una pausa, dejando que la gravedad de la misión calara—. Nuestro objetivo principal es apoyar a las tribus que ya son aliadas y desbaratar cualquier preparativo que estén haciendo las que no lo son. Además, si podemos convencer a sus líderes, persuadirlos de que aliarse con nosotros es lo que más les conviene, podríamos asegurar la costa sin un conflicto prolongado. Eso les dará a las legiones el punto de apoyo que necesitan para adentrarse en el interior.

Falco gruñó, mientras una sonrisa irónica se dibujaba en la comisura de sus labios.

—¿Y si no ven las cosas a nuestra manera?

La mirada de Séneca se endureció.

—Si la persuasión falla, tenemos órdenes de eliminar a cualquier líder problemático, discretamente, a ser posible, y reemplazarlo por alguien más favorable a los intereses de Roma.

—¿Y cómo vamos a hacer eso?

—Haciéndoles la vida imposible a los que se nieguen a ver las cosas desde nuestro punto de vista. Trastocaremos su modo de vida, presionaremos a su gente, a sus familias. Que sientan el aguijón del hambre, que teman la hoja del asesino en la oscuridad de la noche. Si lo hacemos bien, los celtas verán a sus líderes como débiles e incapaces de protegerlos y, posiblemente, se verán obligados a reemplazarlos. No dudo de que será difícil, y puede que no logremos hacer tanto como quisiéramos, pero hasta el más pequeño de los cambios podría ayudar a salvar cientos de vidas romanas. No os equivoquéis, si las tribus de Britania se unen como una sola, nuestras legiones podrían ser expulsadas de vuelta al mar.

—Los britanos probablemente recelarán de los forasteros —dijo Marcus—, especialmente en estos tiempos inciertos. ¿Cómo pensamos ganarnos su confianza?

—Preveo que Raven será influyente en todo esto —replicó Séneca—, conoce bien el país, a la gente, sus costumbres y tradiciones. Nos guiaremos por él en todas las cosas, pero primero, tenemos que llegar allí. No podemos ir como comerciantes, ya que son plenamente conscientes de que Roma está llamando a su puerta y pareceríamos demasiado sospechosos. Nos llevarán unos pescadores al amparo de la oscuridad y, una vez allí, nos ocultaremos hasta que Raven idee una estrategia para ir adonde tengamos que ir.

—¿Y dónde es eso exactamente? —preguntó Marcus.

—Los detalles finales se nos darán cuando se acerque el momento —dijo Séneca—, pero, hasta entonces, tenemos que prepararnos para cualquier eventualidad.

—Estaremos listos —dijo Falco.

Sica asintió una vez, un sutil reconocimiento de las tareas más oscuras que podrían aguardarles.

—Una cosa más —continuó Séneca—. No caigáis en la trampa de pensar que son solo bárbaros con poca inteligencia o habilidad para la guerra. Son un pueblo celta típico, ferozmente orgulloso de su cultura y su herencia, dispuesto a morir para defenderla. Como pueblo unido, son más que capaces de asestar a Roma un golpe devastador, pero tenemos una ventaja: el conflicto continuo entre

muchas de sus tribus. Es ese conflicto el que tenemos que alimentar y nutrir si nuestras legiones han de conseguir el más mínimo avance en esa extraña tierra.

—¿Y qué hay de Decimus? —preguntó Falco—. ¿Por qué no está aquí?

—Le informaré cuando regrese —dijo Séneca—. Pero no se unirá a nosotros en Britania. En su lugar, volverá a Aquae Tarbellicae antes de que nos marchemos. No cabe duda de que sus habilidades son insuperables y tenerlo para ayudar a entrenar a los reclutas fue un verdadero regalo de los dioses, pero ya ha cumplido su servicio y se quedará en El Toro Sin Cuernos como nuestro enlace con Roma.

—¿No tiene una mujer en Aquae Tarbellicae? —preguntó Marcus.

—Así es, pero como he dicho, ha visto más sangre y conflictos que todos nosotros juntos y se merece su retiro.

—Destinado en la mejor taberna del imperio con una mujer que le mantenga la cama caliente —reflexionó Falco—. A mí me parece el puesto perfecto.

—Un día podrías ser tú —dijo Sica desde detrás de la silla de Falco—, si vives tanto, claro.

—Tú no te preocupes por mí —replicó Falco—. Estaré aquí mucho después de que hayamos meado en tu tumba, amigo mío.

—Solo asegúrate de haberte bebido antes una jarra entera de cerveza —dijo Sica.

—Oh, lo haré —dijo Falco—. Una de muchas.

—Sé que habrá muchas preguntas —dijo Séneca, interrumpiendo las bromas—, y hallaremos las respuestas en las próximas semanas, pero hasta que recibamos la orden de partir, no les quitéis ojo a estos reclutas. Cuantos más hombres llevemos, más fácil será. Ahora, id a dormir un poco.

---

En la espesura del bosque, Decimus avanzaba en silencio a través de la oscuridad. Un grupo de reclutas lo seguía en silencio, con los rostros contraídos por la concentración.

Decimus se movía con la serena confianza de quien ha pasado toda una vida en la naturaleza; sus pasos apenas hacían

ruido mientras se desplazaba por el terreno irregular. Era un veterano curtido, con el pelo plateado por la edad, pero sus ojos eran agudos y sus movimientos, precisos. Décadas como *exploratore* habían afilado sus instintos como el filo de una navaja, y pocas cosas en el bosque podían escapar a su atención.

Los reclutas, todos supervivientes del brutal entrenamiento inicial hasta la fecha, sabían que aquella noche les esperaba otra prueba. Se habían endurecido con un sinfín de ejercicios y desafíos que habían quebrado a hombres más débiles. Pero aquella noche era diferente: versaba sobre el arte de sobrevivir y prosperar en la naturaleza, la esencia misma de lo que significaba ser un miembro de los Occultum.

Al llegar a un pequeño claro, Decimus levantó una mano, indicando a los hombres que se detuvieran. Los reclutas se detuvieron de inmediato, conteniendo el aliento mientras esperaban a que hablara. Decimus se volvió para mirarlos, su mirada recorriendo el grupo, calibrando a cada hombre bajo la tenue luz.

—La noche es su aliada —comenzó—. Los oculta, los protege, si saben cómo usarla. Pero también puede traicionarlos si son descuidados. La primera lección que deben aprender no es solo cómo moverse en la oscuridad, sino cómo formar parte de ella.

Se agachó, cogió un puñado de tierra y la dejó escurrirse entre sus dedos.

—Esta tierra es su amiga, pero solo si la respetan. Cada hoja, cada rama, cada sombra puede revelar su posición si no tienen cuidado. Para sobrevivir aquí, para ser verdaderamente invisibles, deben aprender a formar parte del paisaje. No meramente a esconderse en él, sino a desaparecer en él.

Los reclutas lo observaban atentamente, con los ojos muy abiertos a la luz de la luna, absorbiendo cada palabra. Decimus les indicó que se agacharan también, y ellos obedecieron, formando un círculo irregular a su alrededor.

—El ocultamiento no consiste solo en esconderse —continuó Decimus—. Se trata de mimetizarse. El mejor refugio es el que no parece un refugio en absoluto. Necesitan aprender a leer el terreno, a entender dónde pueden esconderse y dónde no. Y cuando no

puedan esconderse, deben aprender a moverse en silencio y con rapidez, como una sombra que pasa en la noche.

Extendió el brazo y señaló a una espesa zona de maleza cercana.

—Allí —dijo—. ¿Qué ven?

—Cobertura —respondió uno de los hombres—. Un lugar donde esconderse.

—Eso pensarían —dijo Decimus—, pero si para ustedes es obvio, también lo es para los demás. Tienen que esconderse a plena vista, entre las hondonadas y matorrales que no llaman la atención. Quienes los persigan pasarán de largo lo oculto y buscarán lo evidente. Es una habilidad en sí misma, pero llegará con la práctica.

—Miren —ordenó. Los reclutas se inclinaron hacia delante, forzando la vista mientras Decimus parecía fundirse con las sombras. En un momento estaba allí y, al siguiente, había desaparecido por completo en el denso follaje. No hubo ningún sonido, ninguna alteración; solo un hombre desvaneciéndose en la noche.

Durante un largo instante, los reclutas se quedaron mirando el lugar donde Decimus había desaparecido, hasta que volvió a aparecer, con el mismo sigilo, como si se materializara de la nada.

—Esto es lo que deben aprender —dijo, con voz apenas audible—. A fundirse con su entorno. A dejar que la noche los oculte, que los proteja.

Indicó a los hombres que lo siguieran de nuevo, adentrándose aún más en el bosque. Mientras caminaban, siguió enseñándoles, señalando sutiles indicios que podían delatar su presencia: una ramita rota, un trozo de tierra removida, el más leve susurro de las hojas. Cada detalle importaba, y Decimus se aseguró de que comprendieran lo implacable que podía ser la naturaleza. Finalmente, llegaron a un arroyo estrecho, cuyas aguas brillaban débilmente a la luz de la luna. Decimus se arrodilló a su lado y sumergió los dedos en el agua fresca.

—Vivir de la tierra no es solo cuestión de comida —dijo—, aunque eso es parte de ello. Se trata de comprender su entorno, de saber dónde encontrar agua, dónde poner trampas, cómo evitar

dejar un rastro que pueda ser seguido. Se levantó y señaló hacia los árboles.

—Dentro de unos días, Raven les enseñará a cazar, a rastrear presas y a poner lazos. Pero también deben aprender a moverse por el terreno sin dejar rastro, a orientarse por las estrellas y a interpretar el viento y el tiempo. Estas habilidades son las que los mantendrán con vida cuando el enemigo los esté cazando. Son las que les permitirán atacar desde las sombras y desaparecer antes de que su adversario sepa siquiera que estuvieron allí.

Los reclutas asintieron, mientras el peso de sus palabras calaba en ellos. Aquello era más que un simple ejercicio de entrenamiento. Se trataba de la supervivencia, de dominar las habilidades que los convertirían en verdaderos miembros del Occultum.

—Esta noche —dijo Decimus, entrecerrando los ojos—, pondrán en práctica lo que les he enseñado. Se separarán en parejas y cada uno de ustedes tendrá una tarea. Pero recuerden esto: la noche tiene ojos y lo ve todo. Úsenla en su favor, o los traicionará.

Los reclutas se emparejaron; olvidado el anterior agotamiento ante este nuevo desafío. Mientras se adentraban en las sombras, Decimus los vio marchar, siguiendo sus avances con su experta mirada. Sabía que algunos sobresaldrían mientras que otros pasarían apuros, pero de eso se trataba. Ahí era donde se forjaría la verdadera fuerza del Occultum: en la oscuridad, en el silencio, donde solo los más aptos sobrevivirían.

---

# Capítulo Segundo

## Isla de Mona - Britania

El rey Cunobeline, líder de los catuvelonos, encabezaba la procesión de poderosos reyes guerreros que caminaba por los bosques sagrados de la isla de Mona. La isla era un lugar de poder, un santuario venerado donde la propia tierra parecía respirar con los espíritus de los antiguos dioses. Allí, entre los imponentes árboles y los susurros del viento, los druidas tenían su hogar y custodiaban la sabiduría ancestral transmitida a través de incontables generaciones.

A medida que los líderes tribales se acercaban al corazón de la isla, el aire se cargaba con el aroma de las hierbas quemadas. Los druidas, ataviados con vaporosas túnicas de lana en tonos ocres, se movían entre ellos, con los rostros ocultos bajo capuchas adornadas con muérdago y hojas de roble. Sus voces, graves y melódicas, entonaban cánticos en una lengua más antigua que las piedras que pisaban, invocando a los espíritus de la tierra, de las bestias y de las aguas. Las palabras, aunque incomprensibles para muchos, resonaban con un poder profundo y primigenio que provocaba escalofríos en la espina dorsal de cuantos las oían.

En el centro de la arboleda, un antiguo círculo de piedra desafiaba los estragos del tiempo, con sus superficies desgastadas grabadas con símbolos que hablaban de dioses olvidados y de los misterios de la tierra. Una gran hoguera ardía dentro del círculo y sus llamas danzaban y crepitaban mientras los druidas giraban a su alrededor, y sus cánticos subían y bajaban como el ritmo del mar. Los líderes tribales, guerreros y jefes de todos los rincones de Britania, observaban con solemne reverencia, con los rostros iluminados por el resplandor del fuego.

Uno de los druidas, un anciano de larga barba blanca y ojos tan penetrantes como los de un halcón, dio un paso al frente y alzó los brazos al cielo. Los demás guardaron silencio y sus cánticos se

desvanecieron en la noche mientras la voz del anciano resonaba, nítida y potente.

—Espíritus de la tierra, a vosotros os invocamos —entonó, con una voz que recorrió la arboleda como el viento entre los árboles—. Ancianos, escuchad nuestra súplica. A vosotros os honramos, guardianes de la tierra, de los bosques y de los ríos. Os damos gracias por vuestra generosidad, por la fuerza que nos prestáis en tiempos de necesidad.

Mientras sus palabras resonaban en la noche, los otros druidas comenzaron a cantar de nuevo, esta vez en un tono más bajo y resonante, al compás de los lejanos tambores que retumbaban desde el corazón de los bosques cercanos. El fuego brilló con más intensidad, proyectando sombras espeluznantes sobre los árboles, y pareció que la propia tierra temblaba en respuesta a su llamada. El anciano continuó, con la voz llena de una fe profunda e inquebrantable.

—Pedimos vuestra bendición, grandes espíritus. Bendecid a nuestros guerreros con coraje, a nuestros líderes con sabiduría y a nuestro pueblo con paz. Al encontrarnos en esta tierra sagrada, seamos uno con la tierra, como ha sido desde el principio de los tiempos.

Los cánticos se hicieron más fuertes, un poderoso coro que parecía resonar con el latido del corazón de la propia isla. Los líderes permanecieron en silencio, asombrados, sintiendo cada uno la conexión en lo más profundo de su alma. Era como si los propios espíritus se hubieran reunido para presenciar este momento, para prestar su fuerza a las tribus que durante tanto tiempo habían llamado hogar a esta tierra. Finalmente, los cánticos alcanzaron su punto álgido y luego comenzaron a desvanecerse lentamente, dejando solo el crepitar del fuego y el susurro de las hojas con la brisa.

Los líderes permanecieron inmóviles, absorbiendo la energía que aún persistía en el aire, antes de salir lentamente de la arboleda. La ceremonia había sido espiritual y había enardecido la sangre de todos los que la presenciaron, unidos en su vínculo con la tierra, sus dioses y entre ellos. Pero solo era un preludio de lo que

vendría después. Primero, un festín para celebrar la gran reunión, pero una vez terminado, llegaría la importante razón por la que tantos habían viajado tantas leguas para estar allí: discutir una guerra que amenazaba las costas del lugar que habían llamado hogar desde el principio de los tiempos. Salieron a un claro, lleno de toscas mesas repletas de comida y jarras de hidromiel, y a medida que avanzaba la noche, los líderes de las tribus de Britania se sintieron unidos no solo por la sangre y la tierra, sino por los antiguos rituales que los habían conectado con los dioses y entre sí desde tiempos inmemoriales.
Demasiado pronto, llegó a su fin y, mientras una hilera de doncellas se llevaba los restos del festín, todas las miradas se volvieron hacia la enorme losa de piedra que yacía en un extremo del claro. Se hizo el silencio y, mientras observaban, el hombre al que habían venido a escuchar desde tan lejos salió del bosque y subió hasta situarse sobre el monolito. Era Mordred, el líder de la casta guerrera que defendía a los druidas de la isla de Mona.

Su entrada fue deliberadamente dramática, cada uno de sus movimientos calculado para captar la atención de los jefes reunidos. Tenía el rostro pintado con intrincados diseños de glasto, los profundos dibujos azules en espiral y entrecruzados de una forma que parecía casi de otro mundo, lo que le daba el aspecto de un espíritu de otro reino.

Llevaba una capa hecha con las plumas de mil estorninos, cuyo plumaje negro e iridiscente captaba la luz del fuego con destellos verdes y púrpuras. La capa susurraba al moverse, imitando el sonido de las alas en pleno vuelo, lo que añadía una cualidad sobrenatural a su ya imponente figura. Sobre su cabeza lucía una corona de astas, enroscadas y retorcidas como las ramas de un roble milenario, una encarnación viviente de los antiguos dioses.

Mordred se quedó quieto un instante, dejando que el peso de su presencia se asentara sobre los hombres que tenía ante sí. No necesitaba palabras para captar su atención; su sola apariencia bastaba para mantenerlos cautivados.

—Hombres de Britania —comenzó—, ustedes, que son los guardianes de esta tierra, los protectores de su gente, escúchenme ahora, pues los espíritus de nuestros ancestros hablan a través de mí. —Alzó su báculo. La calavera de la punta relució, blanca contra el oscuro cielo.

—Esta tierra es antigua, como lo somos nosotros, unidos a ella por la sangre y el espíritu. Los dioses que moran en los bosques, los ríos y las montañas los contemplan esta noche, observando, esperando. Buscan cerciorarse de si todavía son dignos de su favor, de si se alzarán contra quienes pretenden conquistar lo que es nuestro.

Los hombres escuchaban, cautivados, mientras Mordred continuaba, tejiendo un hechizo sobre ellos con sus palabras.

—Hay fuerzas más allá de estas costas que intentarán arrebatarnos lo que es sagrado. Vienen con hierro y fuego, con mentiras de paz y promesas de oro. Pero nosotros conocemos la verdad: estos invasores no vienen como amigos, sino como conquistadores, como destructores de todo lo que nos es querido.

Su voz se alzó, con los ojos encendidos de fervor.

—Somos los hijos de esta tierra, nacidos de su suelo, y su poder fluye por nuestras venas. Los espíritus de la tierra, de las bestias y del agua son nuestros aliados, nuestros parientes. Lucharán con nosotros, pero solo si les somos fieles, si somos fieles a nosotros mismos.

Mordred hizo una pausa, permitiendo que sus palabras calaran. Los hombres que tenía ante sí, todos guerreros, sintieron la gravedad de sus palabras, y la verdad que contenían resonó en lo más profundo de sus corazones.

—Esta noche —continuó—, hemos festejado como hermanos, como un solo pueblo. Pero mañana debemos prepararnos para la guerra. Debemos ser como las bestias del bosque: astutos, implacables y unidos. Los invasores no mostrarán piedad, y debemos estar preparados para hacer lo mismo.

Muchos de los caudillos asintieron. El tiempo de los festejos había terminado, se acercaba la hora de la batalla, y sabían que

necesitarían toda la fuerza y la unidad que pudieran reunir para enfrentarse a la tormenta que se avecinaba.

Mordred bajó del plinto; las plumas de su manto susurraron como las alas de mil pájaros alzando el vuelo. Se movió entre ellos lentamente, cada paso medido mientras los deleitaba con historias más antiguas que los árboles circundantes, de grandes dioses y guerreros aún más grandes. De batallas y dolor y masacres, y de sacrificio y esperanza y miedo, y, por encima de todo, del único factor que los unía a todos: el amor del pueblo por la tierra.

A su paso, muchos inclinaban la cabeza en señal de respeto, reconociendo la autoridad del druida y el poder de los dioses a los que representaba. El druida había hablado, y ahora muchos de los reyes guerreros de Britania sabían lo que tenían que hacer. Permanecerían juntos, como un solo pueblo, como una sola tierra, y lucharían con la fuerza de los dioses a su lado. Los invasores vendrían, pero no encontrarían una tierra que conquistar, sino una tierra dispuesta a defenderse con la furia de la propia tierra. Muchos se habían unido por primera vez en generaciones, cada uno decidido a luchar hasta el último hombre para negar la tormenta que se avecinaba, y, mientras la noche avanzaba inexorablemente hacia los primeros rayos del sol de la mañana, la mayoría había prestado juramentos de sangre para proteger sus tierras hasta la muerte. La mayoría..., pero no todos.

---

El sol de la mañana se ocultaba tras una montaña de nubes ondulantes cuando Cunobeline y sus hombres se alejaron a caballo de Isla Mona, con los ecos de las palabras del druida aún frescos en su mente. Cunobeline cabalgaba al frente, con la postura erguida y regia a pesar del peso que cargaba sobre los hombros. A ambos lados lo flanqueaban sus hijos, Caratacus y Togodumnus, con expresiones tan tormentosas como el cielo que se cernía sobre ellos. El silencio entre los tres era denso por la tensión, cada uno sumido en sus propios pensamientos, y la camaradería de la noche anterior había sido reemplazada por una tirantez palpable.

—Y bien —dijo Togodumnus—, ¿va a darnos alguna explicación o compartiremos este silencio durante todo el camino

hasta Camulodunum?

—Soy un rey —respondió Cunobeline—, y no tengo necesidad de dar explicaciones a ningún hombre.

—También es nuestro padre —dijo Togodumnus—, y como hijos suyos, merecemos saber por qué nos avergonzó anoche.

—Su vergüenza no fue causada por mí —replicó el anciano, con la mirada fija en el camino que tenía por delante—. Búsquela más bien en las teatralidades de ese loco vestido de pájaro. Fue él quien hizo hervir la sangre con sus astutas palabras y sus supuestos encantamientos ancestrales, y fue él quien exigió las promesas que solo acabarán con la muerte de todos nosotros.

Togodumnus lo miró horrorizado. Negarse a comprometerse con un esfuerzo unido era una cosa, pero insultar al hombre más santo de Britania era arriesgarse a invocar la ira de los mismísimos dioses.

—Mire que habla —siseó—. Sus palabras no podrían ser más traicioneras ni aunque las pronunciara el mismísimo Claudio. Mordred decía la verdad, esta es nuestra tierra y los romanos no tienen ningún derecho sobre ella. Deberíamos unir a las tribus, no dividirlas con habladurías de paz. ¿Por qué se empeña en pregonar el vuelo de la paloma en lugar del ataque del halcón?

Cunobeline mantuvo la mirada al frente. Había previsto esta confrontación, pues conocía el temperamento fogoso de su hijo menor y su profundo sentido del deber para con su pueblo. Pero también conocía las duras realidades que Togodumnus se negaba a ver.

—Porque, hijo mío —dijo al fin—, no podemos ganar una guerra contra Roma. El poderío de sus legiones supera cualquier cosa a la que jamás nos hayamos enfrentado. Unir a las tribus en abierto desafío sería enviar a nuestros jóvenes a una muerte innecesaria.

Togodumnus se erizó y apretó las riendas con más fuerza.

—Entonces, ¿no vamos a hacer nada? ¿Quedarnos de brazos cruzados y dejar que se apoderen de nuestra tierra, de nuestra gente? ¿Qué honor hay en eso?

—El honor —dijo Cunobeline en voz baja— no siempre se encuentra en la batalla. A veces, se encuentra en las decisiones que tomamos para proteger a nuestro pueblo, aunque esas decisiones sean difíciles de sobrellevar.

Caratacus paseó la mirada entre su padre y Togodumnus, con el ceño fruncido, pensativo. Siempre había sido más pragmático que su hermano, pero incluso a él le resultaba difícil aceptar el camino que su padre sugería.

—Pero ¿cómo podemos fiarnos de ellos? —preguntó—. Los romanos son conquistadores. Vienen con palabras de paz, pero portan armas de guerra. Sus intenciones son claras: quieren gobernar, no comerciar.

—No me fío de ellos, Caratacus —replicó su padre—. No del todo. Pero sé que enfrentarnos a ellos directamente nos llevaría a la destrucción. No somos tan diferentes de las tribus que ya han conquistado: los galos, los íberos, las tribus germánicas. No podemos vencer por la fuerza, pero podemos vencer con sabiduría, usando sus propios deseos en su contra.

Togodumnus negó con la cabeza, desbordado por la frustración.

—¿Cree que nos dejarán en paz si nos sometemos a ellos? Cogerán y cogerán hasta que no quede nada, hasta que no seamos más que otra provincia famélica de su voraz imperio.

Cunobeline se giró para mirar a su hijo, con una expresión severa, pero suavizada por el amor que le profesaba.

—Si nos resistimos, traerán más legiones, incontables hombres adiestrados en las artes de la guerra, y la tierra se empapará con la sangre de nuestro pueblo. Pero si podemos darles lo que quieren —comercio, alianzas, estabilidad—, tal vez podamos evitar ese destino. Quizá un día se marchen con sus soldados y solo queden mercaderes y políticos. Hombres con los que podremos negociar, hombres que no quemarán nuestros campos ni masacrarán a nuestros guerreros.

Los ojos de Togodumnus ardían de ira, pero también del dolor de ver la determinación de su padre.

—¿Y si se equivoca? ¿Y si se aprovechan de nuestra debilidad?

—Entonces lucharemos —dijo Cunobeline—, cuando sea el momento oportuno y en nuestros propios términos. Pero hasta entonces, debemos ser pacientes. Debemos ser inteligentes. Un rey no lleva a su pueblo a una batalla que sabe que no puede ganar. Lo conduce a un futuro en el que pueda prosperar, aunque ese futuro no sea el que él mismo elegiría.

El silencio regresó y, mientras proseguían la marcha, la niebla comenzó a disiparse, revelando la escarpada belleza de Britania, una tierra por la que valía la pena luchar y proteger. Cunobeline contempló las colinas, con el corazón dolido por saber el difícil camino que le aguardaba. Rogó que su elección trajera la paz, que ahorrara a su pueblo los horrores de la guerra. Pero, en el fondo, sabía que no había nada seguro, que el futuro era tan impredecible como los vientos que soplaban sobre aquellas antiguas tierras.

---

# Capítulo Tres

## Aquae Tarbellicae

Semanas más tarde, en una casita de una callejuela de Aquae Tarbellicae, Decimus yacía en la cama, con el brazo sobre Julia a modo de protección, que dormía plácidamente acurrucada en su hombro. Su labor como instructor de los nuevos miembros del Occultum había concluido; las agotadoras sesiones de entrenamiento y los interminables ejercicios por fin habían terminado. Había convertido a los novatos en una unidad formidable, preparada para los desafíos que les aguardaban en Britania. Pero ahora, con la mayor campaña militar de la historia reciente en el horizonte, su papel en la misión del Occultum estaba cambiando. Lepidus lo había enviado a Aquae Tarbellicae para que sirviera de enlace entre el Occultum y Roma. Era un papel esencial, aunque más tranquilo, que lo mantendría alejado del peligro directo y muy lejos de la vida que había conocido como *veteranus* de incontables campañas.

Desde que había regresado con Julia, por fin se había permitido relajarse, bajar la guardia, algo que no había hecho en años. Volvió a cerrar los ojos mientras caía en un duermevela, pues todavía le costaba acostumbrarse a la comodidad de un colchón blando y unas sábanas limpias, pero, cuando por fin se quedaba dormido, un suave golpe en la puerta lo obligó a abrirlos de nuevo, y sus instintos, perfeccionados tras años de peligro, lo pusieron en alerta al instante.

Se deslizó fuera de la cama con el mayor sigilo posible para no despertar a Julia, cogió una túnica de la silla, se la echó sobre los anchos hombros y se dirigió rápidamente hacia la puerta. Dudó un instante antes de abrir, con la mano suspendida sobre la empuñadura de la daga que siempre tenía a mano. Cuando por fin abrió la puerta, se encontró a un joven de pie, jadeando ligeramente como si hubiera corrido una buena distancia.

—¿Qué ocurre? —preguntó Decimus.

—Mi señor, Hannibal necesita verle, ahora mismo.

Decimus frunció el ceño aún más. Lo último que le apetecía era que lo sacaran de la cama en mitad de la noche por el recado de una tabernera, por muy de fiar e ingeniosa que fuera Marcia.

—¿No podía esperar a mañana? —preguntó.

El mensajero negó con la cabeza.

—No, mi señor. Ha dicho que era urgente, algo sobre el Occultum, sea lo que sea eso.

Al oír mencionar el Occultum, la irritación de Decimus fue sustituida por un nudo de fría inquietud. Hannibal no era de las que exageraban y, si lo había mandado llamar a esas horas, significaba que algo había sucedido. Miró por encima del hombro hacia el dormitorio donde Julia seguía durmiendo, y la idea de dejarla tan repentinamente lo reconcomía. Pero el deber llamaba, y él sabía bien que no debía ignorarlo.

—Dile que iré tan pronto como pueda —dijo, y cerró la puerta con suavidad antes de volverse de nuevo hacia el interior de la casa.

Julia ya se había despertado y estaba sentada en la cama, con los ojos legañosos.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella en voz baja, percibiendo el cambio en su humor.

Decimus se acercó, se sentó en el borde de la cama y le pasó una mano por el pelo.

—No es nada —dijo—, solo un asunto que no puede esperar.

—¿A estas horas?

—replicó ella—. ¿Qué puede ser tan urgente?

Él suspiró y le apretó la mano con suavidad.

—No lo sé, pero no puedo ignorarlo. No tardaré.

Julia le escudriñó el rostro un instante y luego asintió, confiando en su juicio como siempre hacía.

—Ten cuidado —susurró.

Él se levantó, se calzó rápidamente las botas y se puso la capa, abrochándose el sencillo broche en el hombro. Sintió la mirada de Julia sobre él mientras se dirigía a la puerta; la silenciosa preocupación de ella flotaba en el aire entre ambos. Al llegar a la

puerta, se volvió para mirarla y le dedicó una pequeña sonrisa tranquilizadora.

—Descansa, Julia. Volveré antes de que te des cuenta. —Tras dedicarle una última mirada, se giró y salió al fresco aire de la noche, cerrando la puerta sigilosamente a su espalda.

El mensajero se había marchado, y él se apresuró por las silenciosas calles de Aquae Tarbellicae, solo, con apenas el parpadeo ocasional de la luz de una ventana o el ladrido lejano de un perro rompiendo la quietud. La mente de Decimus bullía de posibilidades. ¿Qué podía ser tan urgente para que Aníbal lo mandara llamar en plena noche? Se suponía que el Occultum debía mantener un perfil bajo, preparándose para la próxima campaña. ¿Acaso algo había salido ya mal? ¿Habían sido descubiertos sus planes?

Cuando por fin llegó al Toro sin Cuernos, la familiar y robusta estructura que había desempeñado un papel tan importante en las vidas de tantos como él, se detuvo y contempló la modesta fachada. La taberna era un lugar como ningún otro: un antro de iniquidad, un lugar de ladrones y matones, de mercaderes y generales. Un edificio donde ricos y pobres podían mezclarse sin discriminación y donde se podía comprar cualquier cosa, desde una mujer hasta un arma, y todo lo que uno pudiera imaginar entremedias.

Ahora, en las horas previas al amanecer, se erguía silenciosa y modesta; sin embargo, era un lugar donde las noticias inesperadas solían significar que algo malo había ocurrido. Con un profundo suspiro, empujó la puerta y entró. La sala principal de la taberna estaba tenuemente iluminada por unas cuantas lámparas parpadeantes, con las mesas y sillas desiertas a esa hora. Marcia lo esperaba cerca del fondo, de pie tras la barra con una expresión de sombría determinación en el rostro. Alzó la vista cuando Decimus entró y entornó ligeramente los ojos mientras lo calibraba con la mirada.

—Has tardado lo tuyo —dijo ella.

—Estamos en plena noche, Marcia —replicó Decimus—. Más vale que sea importante.

—No estoy segura de si es bueno o malo —contestó Marcia.

—Suéltalo ya, Marcia, que tengo una cama caliente a la que volver.

Marcia echó un último vistazo a la taberna vacía antes de acercarse, bajando la voz hasta casi un susurro.

—Es Brennus —empezó con tono grave—. Talorcan lo ha visto.

—¿Te refieres a su cadáver? —preguntó Decimus, frunciendo el ceño mientras trataba de asimilar la información.

—No, Decimus, está vivo y, por lo visto, es un esclavo de los vándalos.

Decimus sintió una sacudida de conmoción, seguida rápidamente por una oleada de escepticismo. —Eso es imposible —dijo, negando con la cabeza—. Brennus está muerto. Falco lo vio hundirse en el Rin. Nadie podría haber sobrevivido a eso, especialmente en esas aguas.

—Puede que sea cierto —admitió ella—, y, sin embargo, Talorcan lo vio hace apenas un mes en territorio de los queruscos. Lo reconoció de inmediato y, por la expresión del rostro de Brennus, él también reconoció a Talorcan, pero hizo todo lo posible por evitar hablarle.

Decimus frunció el ceño, invadido por una sensación de inquietud.

—¿Por qué haría eso?

—No tengo ni idea.

—¿Dónde está Talorcan ahora?

—Regresó a Germania hace unos días para ver si puede averiguar algo más, pero vino hasta aquí primero para informarnos.

—No lo entiendo —dijo Decimus—. Si Brennus está vivo y reconoció a Talorcan, ¿por qué no iba a intentar contactar con él? ¿Qué razón tendría para guardar silencio?

Marcia suspiró y se pasó una mano por el pelo; la tensión en sus hombros delataba sus propias dudas. —Lo único que sé es que Talorcan dijo que Brennus hizo lo imposible por evitarlo y, cuando intentó acercarse, Brennus se limitó a negar con la cabeza y desapareció en el bosque. Talorcan no tuvo más remedio que marcharse sin hablar con él. Piénsalo. Si Brennus está vivo y trabaja

para los vándalos, deben de tener algo contra él, algo tan terrible que no se atreve a pedir ayuda, ni siquiera a uno de los nuestros. Tenemos que idear un plan para sacarlo de ahí.

Decimus negó con la cabeza.

—No —dijo—. Si hay algo que no podemos permitirnos ahora mismo, es una distracción o un error. Tenemos que pensar esto con mucho cuidado.

—Entonces debemos decírselo a Séneca —dijo ella con un matiz de urgencia en la voz—. Es el único que puede decidir cómo manejaremos esto. Tienes que volver.

—Ya sabes que no puedo.

—¿Por qué no?

—Porque Séneca y los demás me necesitan aquí. La invasión es inminente y podría ser desastroso que el Occultum perdiera el único vínculo que tiene con Roma. Créeme, en otras circunstancias iría al instante, pero mi prioridad ha de ser apoyar a quienes están a punto de jugarse la vida, no a alguien que quizá ya esté perdido.

—Séneca tiene que saberlo —replicó Marcia—. Era muy amigo de Brennus. ¿Y si voy yo en tu lugar?

Decimus se quedó mirando a la mujer. La conocía desde hacía años y, desde luego, sabía cuidarse sola, pero cabalgar sola a campo traviesa era algo completamente distinto. Marcia se inclinó hacia delante, con el rostro demacrado pero decidido.

—Decimus, déjame llevarle el mensaje a Séneca —dijo, rompiendo el silencio—. Puedo ponerme en camino al amanecer y tú puedes quedarte aquí para coordinar lo que sea que tengas que hacer.

Él negó con la cabeza; sus instintos se rebelaban contra la idea.

—No. Es demasiado peligroso.

—Es un riesgo que estoy dispuesta a correr —le interrumpió Marcia—. Brennus también era un buen amigo mío y, además, llevaré a algunos de mis trabajadores para que me protejan. Viajaré ligera y evitaré cualquier parada innecesaria.

Decimus la miró fijamente mientras su mente lidiaba con la lógica de sus palabras. Tenía razón, por supuesto. No podía

permitirse dejar Aquae Tarbellicae sin contacto con Roma, no cuando había tanto en juego, pero un camarada necesitaba ayuda y ellos nunca abandonaban a nadie. Ella le sostuvo la mirada, con los ojos firmes.

—No te lo estoy pidiendo, Decimus —prosiguió—. Te estoy diciendo lo que hay que hacer. Sabes que puedo hacerlo. Déjame ayudar.

—Sea —dijo él finalmente—. Llévale tú el mensaje a Séneca. Pero tienes que tener cuidado, si te pasa algo ahí fuera...

—Estaré bien —le aseguró Marcia—. Ya he viajado antes por estos caminos y sé cómo evitar los problemas. No tienes que preocuparte por mí.

Decimus asintió.

—Lo sé —dijo él—, pero no hagas ninguna estupidez, y dile a Séneca… dile que confío en que tome la decisión correcta.

—Lo haré —prometió ella. Le cogió el brazo brevemente, un gesto de consuelo y solidaridad. Luego, sin mediar más palabra, se dio la vuelta y salió de la taberna; la puerta se cerró silenciosamente tras ella.

Decimus permaneció allí un momento, con el peso de la responsabilidad sobre sus hombros. Había hecho lo necesario, pero eso no lo hacía más fácil, y mientras los pasos de Marcia se desvanecían en la mañana, supo que lo único que podía hacer era esperar y confiar en que Séneca encontrara la manera de salvar a Brennus sin poner en peligro todo por lo que tanto habían trabajado.

---

# Capítulo Cuatro

## Britania

Cunobeline y Caratacus cabalgaban codo con codo a través de los densos bosques de Camulodunum. El blanco cabello de Cunobeline ondeaba con la fresca brisa, su postura ligeramente encorvada en la silla de montar. Entrecerró los ojos hacia el frente, donde los árboles daban paso a la llanura en la que esperaba Togodumnus, quien había enviado un mensaje para que se reunieran con él a mediodía.

—Tu hermano es un impaciente —masculló Cunobeline, mirando de soslayo a Caratacus—. Siempre demasiado presto a recurrir a la espada.

—Los tiempos le son propicios —dijo Caratacus—, pues muchas de las tribus ansían sangre. Los icenos hablan de tratados rotos, mientras que los Trinovantes murmuran sobre los mercaderes romanos. Afirman que los romanos ya nos desangran sin necesidad de levantar una sola lanza.

—El comercio no es conquista —replicó Cunobeline con firmeza—. Envían mercaderes, sí, pero no es un ejército.

—Cierto —contestó Caratacus—, pero algunos dicen que los mercaderes no son más que exploradores y que pronto los seguirán naves repletas de soldados.

Cunobeline suspiró, y las profundas arrugas de su curtido rostro revelaron su hastío.

—Rumores, siempre rumores. Roma es una bestia de muchas partes, pero hasta ella debe de tener límites. ¿Qué razón tendrían para lanzar sus legiones al otro lado del mar solo para reclamar una isla cubierta de niebla con tan poco oro?

La mirada de Caratacus se ensombreció y apretó con más fuerza las riendas.

—La misma razón de siempre: tierras, control y las riquezas de la conquista. Puede que nuestras tierras no refuljan de oro, pero

tenemos guerreros, madera y hierro. El águila romana proyecta su sombra a lo largo y ancho, y ya ha sometido a las tribus de la Galia, Hispania y Germania. Britania es una de las últimas tierras libres en el confín occidental de su imperio.

Cunobeline permaneció en silencio un momento, sopesando las palabras de su hijo mientras atravesaban un estrecho claro entre los árboles, con la luz del sol haciéndose más intensa a medida que se acercaban al linde del bosque. Los romanos eran implacables en su búsqueda de nuevos territorios; sin embargo, él siempre había albergado la esperanza de preservar la independencia de Britania mediante la negociación y la paz, y no a través del derramamiento de sangre.

—Los romanos vendrán —prosiguió Caratacus—. Ya sea ahora o en los años venideros, vendrán. La cuestión es: ¿los enfrentaremos divididos como estamos o nos mantendremos unidos como una fuerza única?

Cunobeline miró a su hijo. Caratacus, a pesar de su juventud, poseía sabiduría y arrojo. Contaba con el respeto de muchas tribus, incluso más allá de los catuvelonos.

—¿Y qué hay de tu hermano? —preguntó en voz baja—. Togodumnus ansía el poder, pero es un poder que nace del caos. Busca la unidad a través de la guerra, no de la paz.

Caratacus frunció el ceño, y una sombra cruzó su rostro.

—No dudo de que Togodumnus se preocupa por la seguridad de nuestro pueblo, pero cada vez se deja influir más por las palabras de los druidas. Necesita dar un paso atrás y observar las necesidades de nuestra isla en su conjunto, no solo las de nuestra tribu. Pero he de decir una cosa: si se llega a las manos, cosa que en el fondo de mi corazón creo que ocurrirá, no querría a ningún otro hombre a mi lado.

—Y ahora cabalgamos para reunirnos con él bajo sus condiciones —dijo Cunobeline con una sonrisa leve y amarga—. ¿Qué dice eso de nosotros?

Al salir del bosque, un jinete solitario se separó del grupo que aguardaba y comenzó a acercarse. Su figura era tan austera como su ambición; los lados de la cabeza recién afeitados y su rostro

tatuado le conferían un aire siniestro que contrastaba marcadamente con la presencia más regia de su padre y su hermano.

Cunobeline retuvo a su caballo y entornó los ojos a medida que Togodumnus se aproximaba. Caratacus, siempre alerta, mantuvo la mirada fija en su hermano, sabiendo muy bien que la reunión, aunque planteada como familiar, podía ser cualquier cosa menos eso. Cuando estuvieron lo bastante cerca para hablar, Togodumnus detuvo su caballo en seco y una sonrisa irónica asomó a su rostro.

—Padre, hermano —los saludó con un gesto de cabeza—. Veo que habéis respondido a mi llamada. Es bueno saber que el lazo familiar aún tiene cierto poder.

—Estamos aquí como pediste, Togodumnus —dijo Cunobeline —. ¿Qué es eso que no podía esperar a que nos reuniéramos de nuevo en Camulodunum?

Togodumnus los miró a ambos, deteniendo la vista en Caratacus un instante más.

—Unidad, padre. Eso es lo que no podía esperar. Mientras estamos sentados en los salones, debatiendo sobre la paz y los tratados, el mundo que nos rodea se prepara para la guerra. Los romanos se acercan con cada luna que pasa y las tribus están cada vez más inquietas, divididas, inciertas de lo que ha de venir.

—Ya hemos hablado de esto, Togodumnus —dijo Cunobeline —, en muchas ocasiones, y aun así hablas como si no hubiésemos hecho nada. Nos llegan buenas comunicaciones de Roma a través de sus comerciantes y mensajeros, y mientras haya diálogo, hay esperanza.

—¿Esperanza? ¿Es eso lo que ofreces, padre? A los romanos no los detendrá la esperanza. No se darán la vuelta por unas palabras de paz. Vendrán con hierro y fuego, y nos aplastarán bajo sus sandalias a menos que estemos preparados para hacerles frente con nuestra fuerza.

Cunobeline apretó con más fuerza las riendas.

—Hablas de fuerza, ¿pero a qué precio? Las tribus aún no están unidas, a pesar de los gritos de guerra de Mordred. Si continúas por este camino, solo traerás más división y más

derramamiento de sangre antes de que un solo soldado romano pise el suelo de estas tierras.

Los ojos de Togodumnus centellearon.

—Las tribus no están unidas porque tú y otros como tú las habéis debilitado con promesas de paz. Pero yo he visto la verdad. He hablado con los jefes, con los guerreros; quieren un líder que luche. Quieren a alguien que les dé la victoria, no palabras vacías.

Cunobeline se inclinó hacia delante en la silla de montar, con un tono cada vez más agudo.

—¿Y qué hay del coste de tu «victoria»? ¿Crees que las tribus te seguirán ciegamente a la guerra? ¿Qué pasará cuando tu fuego arda con demasiada intensidad y se vuelvan contra ti?

Togodumnus sonrió con suficiencia, como si hubiera anticipado la pregunta.

—¿Crees que el pueblo se volverá contra mí? ¿Crees que no ve lo que debe hacerse? —Se irguió, con los ojos brillantes de feroz determinación—. Te enseñaré lo que quieren.

Con un sutil gesto de la mano, Togodumnus hizo una seña. Al principio, solo hubo silencio. Luego, de entre los árboles circundantes, el susurro de un movimiento, tenue al principio pero que se hacía más fuerte por segundos.

Cunobeline se giró en su silla, y sus ojos se abrieron de par en par cuando la linde del bosque del oeste comenzó a moverse y a romperse. Desde el borde del bosque, cientos de hombres empezaron a salir, adentrándose en la llanura. Llevaban lanzas, escudos y espadas, sus rostros endurecidos por la batalla y sus ropas marcadas con los colores de sus diversas tribus. Icenos, Trinovantes, Catuvelonos y otros estaban unos junto a otros, una amalgama de guerreros cuya lealtad se unía ahora bajo un solo estandarte. Caratacus también miraba incrédulo. El ingente número de hombres, la variedad de tribus representadas, no era una mera reunión de guerreros; era un ejército.

Togodumnus sonrió, deleitándose claramente con la conmoción en los rostros de su padre y su hermano.

—¿Lo veis? —dijo, señalando el mar de guerreros que tenían ante ellos—. Esto es la fuerza. Esto es lo que quiere el pueblo. No la

paz. No las negociaciones. Quieren un líder que los defienda. Quieren un ejército que infunda temor en los corazones de nuestros enemigos.

El rostro de Cunobeline se ensombreció, y una profunda tristeza se instaló en sus ojos mientras miraba a su hijo.

—¿Y crees que esto —señaló a la fuerza reunida—, esta asamblea de marginados y belicistas, sin un solo jefe reconocido entre ellos, es la única manera? ¿Que esto salvará a nuestro pueblo?

La sonrisa de Togodumnus se desvaneció, reemplazada por una intensidad que rayaba en la desesperación.

—Es la única manera, padre. Las tribus están listas para la guerra. Y si no las lideramos nosotros, recurrirán a otro que lo haga.

Cunobeline, aunque sacudido por la exhibición, se mantuvo firme.

—Un ejército no hace a un rey, Togodumnus. Estos hombres te seguirán ahora, pero cuando llegue la verdadera prueba, cuando el suelo tiemble con la marcha de sus legiones y los campos se tiñan de rojo con sangre, y los hombres griten de dolor mientras van al encuentro de sus dioses, ¿seguirán siguiéndote?

Togodumnus sostuvo la mirada de su padre, con una expresión indescifrable.

—Me seguirán porque no tienen otra opción. La guerra se acerca, padre. Y te guste o no, pretendo ser yo quien nos guíe a través de ella.

---

# Capítulo Cinco

## Territorio Vándalo

Brennus cabalgaba en silencio a la zaga de la columna mientras los guerreros vándalos conducían los caballos que les quedaban de vuelta de las tierras de los queruscos. El cuerpo le dolía tras días a caballo, pero era el peso familiar en su corazón lo que de verdad lo agotaba. A su alrededor, los vándalos reían y hablaban en su lengua gutural, con sus voces animadas por el éxito de la feria de caballos. Cargados de plata, armas y nuevas sillas de montar, cabalgaban orgullosos; su botín, un testimonio de su habilidad para el trueque y, en parte, de la propia pericia de Brennus con los animales.

La aldea, rodeada por toscas empalizadas de madera, se extendía por la llanura en una dispersa agrupación de cabañas y recintos para animales. Los hombres que regresaban entraron despacio por la ancha entrada, donde un par de guerreros vándalos montaban guardia, lanza en mano.

Los sonidos de la vida cotidiana los envolvían. En un rincón, un grupo de mujeres trabajaba cerca de una hoguera comunal, con sus chales de lana ceñidos con fuerza contra la brisa mientras removían grandes ollas o remendaban ropas. Sus vestidos eran sencillos, de tela basta teñida en colores apagados: marrones, grises y algún que otro azul desvaído. Algunas cuidaban de los niños que jugaban en la tierra cerca de allí, y sus risas resonaban en el aire.

Los esclavos caminaban entre las cabañas con movimientos enérgicos pero metódicos, acarreando leña, dando de comer a los animales y transportando sacos de grano. La mayoría vestía túnicas bastas y sin teñir, con la cabeza gacha mientras trabajaban, evitando el contacto visual con sus amos vándalos. Cerca de los recintos de los animales, otro grupo de esclavos atendía al ganado —ovejas, cabras y un pequeño rebaño de caballos—, mientras que otros

limpiaban los establos de estiércol o clavaban clavos en cercados recién construidos.

Brennus lo observó todo mientras cabalgaban por la aldea. Aunque llevaba ya un tiempo viviendo entre los vándalos, la visión de la aldea siempre le producía una extraña mezcla de familiaridad e inquietud. A pesar de toda su actividad, el lugar estaba gobernado por sus guerreros, hombres que vivían de la fuerza y la violencia, y que dejaban el duro trabajo de la aldea a sus esclavos.

Se removió, incómodo, en la silla, mientras el pavor familiar se le instalaba en el pecho. Aunque no lo trataban con la misma dureza que a los demás esclavos, sus cadenas no eran por ello menos reales. Los vándalos valoraban su conocimiento de los caballos y su habilidad batava con los animales, lo que le concedía cierta indulgencia. Tenía su propia cabaña cerca de los corrales de los caballos y le permitían cabalgar, hablar y trabajar sin la constante supervisión que muchos otros soportaban. Pero seguía siendo un esclavo.

El jefe vándalo esperaba junto a los corrales de los caballos cuando llegaron, con su ancha figura envuelta en pieles y su rostro curtido, surcado de arrugas de satisfacción mientras examinaba al grupo que regresaba. Brennus desmontó y llevaba su caballo a los corrales cuando la voz ruda del jefe lo detuvo.

—Brennus.

Él se volvió e inclinó ligeramente la cabeza, un gesto de deferencia que aún hería su orgullo.

Eirik lo escrutó con sus penetrantes ojos azules.

—Wulfstan me ha dicho que los caballos se vendieron por buena plata. Mañana se unirá usted a los demás en las llanuras del este para reunir a la manada salvaje. Necesitamos nuevo ganado para la cría.

A Brennus se le encogió el estómago. La idea de volver a cabalgar, de enfrentarse a más días y noches bajo la fría y vigilante mirada de los capataces vándalos, le arrebató las pocas fuerzas que le quedaban. Parecía que cada vez que rozaba el umbral de la esperanza, se le recordaba que su cautiverio era interminable. Una vez había creído que podría escapar, que encontraría el modo de

regresar a su tierra natal o, al menos, a la libertad. Pero cada estación que pasaba había erosionado ese sueño hasta que solo quedaba la rutina implacable de la supervivencia y la razón principal por la que sabía que nunca podría marcharse. Asintió con rigidez.

—Entendido.

Eirik le dio una palmada en el hombro, con la mano pesada y condescendiente.

—Bien. Descanse. Mañana será una cabalgata dura.

Con una última mirada, el jefe se marchó, dejando a Brennus con sus pensamientos. Se apartó del bullicioso campamento y se dirigió a la pequeña cabaña que había llamado hogar durante más de un año. Sus botas crujían sobre la tierra seca al pasar junto a los corrales de los caballos, y el olor familiar a sudor y cuero se mezclaba con el aire frío del atardecer.

Al llegar a la puerta de la cabaña, vaciló un instante, con la mano apoyada en la madera rugosa. Dentro, le recibió el leve olor a humo de leña y a heno y, a pesar de todo, su corazón se alegró. Allí, sentada cerca del fuego que ardía bajo, estaba la mujer con la que lo habían emparejado desde que la patrulla vándala lo había sacado medio muerto del río.

Su figura era menuda, envuelta en una sencilla túnica de lana, y su pelo oscuro estaba recogido sin apretar. Al entrar él, ella levantó la mirada y su rostro se suavizó al verlo.

—Has vuelto —dijo en voz baja, con una calidez en la voz que atravesaba el frío de la noche.

Brennus cerró la puerta tras de sí. Por un momento, el peso de su cautiverio, la rutina interminable de la servidumbre, pareció desvanecerse, pues allí, en aquella choza estrecha y llena de corrientes, rodeado del olor a humo de leña y a heno, había encontrado algo que hacía soportables sus cadenas. La mujer, su compañera, aunque los vándalos no reconocían formalmente tales vínculos, se había convertido en su ancla. Ella, como él, era una cautiva, arrebatada a su pueblo lejos en el este, y juntos se habían labrado una frágil existencia en medio del caos.

Fuera, los sonidos del campamento vándalo se desvanecieron al caer la noche y Brennus apoyó la frente en la de ella, cerrando los

ojos mientras escuchaba su respiración acompasada.

—Eirik dice que mañana tengo que volver a cabalgar —dijo en voz baja—. Podríamos estar fuera muchos días.

La mujer no respondió, sino que le entregó el bulto que acunaba en sus brazos, sabiendo que era una de las pocas cosas que podían aliviar su carga.

Una sonrisa agridulce se dibujó en el rostro de Brennus mientras bajaba la vista hacia la razón por la que no había huido con Talorcan cuando tuvo la oportunidad. Su hijo recién nacido le devolvía la mirada con ojos grandes e inocentes, ajeno a la dureza del mundo. A Brennus se le encogió el corazón al sentir que el peso de su cautiverio se desvanecía y, por un brevísimo instante, se permitió experimentar la frágil ilusión de la libertad.

---

Muy al suroeste, Séneca y algunos de los Occultum alcanzaron la cima de una colina y refrenaron a sus caballos, contemplando el valle que se extendía a sus pies. Desde su posición privilegiada, podían ver una legión romana que serpenteaba hacia el norte, una larga columna de soldados, carros y animales que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. El tintineo de las armaduras y el ritmo constante de las pisadas en la marcha ascendían con el viento, un sonido familiar para el experimentado grupo.

—Miradlos a todos —dijo Falco en voz baja—, con sus caras de novatos y ávidos de gloria. Ya aprenderán. —Se recostó en la silla, con la voz teñida de diversión y un atisbo de amargura.

—La mayoría probablemente no han visto un combate de verdad —dijo Marcus, mientras observaba a los hombres que marchaban—, pero parecen tener la moral alta.

—La moral no va a servir de nada cuando lleguemos a Britania —dijo Séneca—, dicen que las tribus de allí se están reuniendo, y no son como los galos. Son más salvajes, menos predecibles.

Se produjo un largo silencio mientras el grupo observaba a la legión avanzar firmemente hacia el norte. Los hombres de abajo eran solo la primera oleada y, en los meses siguientes, llegarían

más, pero antes de eso, los Occultum harían su jugada y se convertirían en la mano invisible que los guiaría.

—Vamos —dijo Séneca al fin—, deberíamos regresar. Algo me dice que no nos queda mucho tiempo en este lugar. En marcha.

---

Unas horas más tarde, los tres hombres entraron en el campamento que habían utilizado como base de entrenamiento durante tantos meses. De pie, en el claro, estaban los hombres que finalmente habían sobrevivido al largo y arduo proceso de selección, cada uno exhausto y desaliñado tras el último ejercicio de supervivencia que habían soportado durante los últimos siete días. Raven permanecía a un lado, con los brazos cruzados. Había hecho todo lo posible por quebrarlos, y ahora el adiestramiento había terminado.

Séneca desmontó y se acercó a los reclutas. Eran seis en total, cuatro menos que unos días antes.

—¿Estáis listos? —preguntó, volviéndose hacia Raven.

Raven dio un paso al frente y recorrió a los reclutas con la mirada una vez más antes de responder.

—Han aguantado todo lo que se les ha echado encima —dijo —. Aguantarán.

—¿Dónde están los otros?

—Cuatro se han retirado esta mañana. Les dije a todos que quedaban otros siete días y decidieron que era demasiado. Una pena, uno de ellos prometía de verdad.

—Formad un círculo —ladró Falco a un lado—, mirando hacia adentro.

Los reclutas se colocaron en posición arrastrando los pies, algunos cojeando ostensiblemente.

Séneca entró en el círculo y caminó a su alrededor, deteniéndose para mirar fijamente a cada uno de ellos antes de volver al centro.

—Bien hecho —dijo finalmente—. Habéis sobrevivido. Os habéis sometido a pruebas que han quebrado a hombres de menor valía, así que no fingiré que vuestro esfuerzo carece de mérito.

Algunos de los reclutas se permitieron relajarse y un levísimo atisbo de alivio cruzó sus rostros.

—Pero —prosiguió Séneca, endureciendo el tono—, la supervivencia por sí sola no es suficiente.

El fugaz destello de alivio se desvaneció y Séneca entrecerró los ojos mientras reanudaba la marcha con paso mesurado y presencia imponente.

—Estáis al borde de algo mucho más grande que vosotros mismos —continuó—, algo que va a cambiar el panorama del mundo conocido. Todos sabemos que serán las legiones las que se enfrenten a las tribus de Britania en la batalla, pero que no os quepa duda: antes incluso de que pongan una sola *caligae* en un barco, nosotros ya habremos allanado el camino para su éxito. —Hizo una pausa, preparando las palabras que todos ellos habían soñado oír durante tantos meses—. A partir de ahora —prosiguió—, ya no sois legionarios, prisioneros, tratantes de caballos o carpinteros. No pertenecéis a ninguna unidad que no sea esta. Los del Occultum no somos meros soldados, ni simples exploradores; somos la mano invisible de Roma, los ocultos, la pesadilla que desvela a los guerreros curtidos en la noche. Operamos en las sombras, en tierras donde el águila aún no ha extendido su alcance. Ya no existís, y solo respondéis ante mí y entre vosotros. Habéis demostrado vuestra fuerza física, pero ahora os pido vuestra fuerza mental, vuestra fuerza de espíritu.

Se detuvo en el centro del círculo y se giró lentamente para mirarlos una vez más.

—Lo que hacemos no es por la gloria. No es por el honor, ni por la fama o las riquezas; es por la supervivencia de la propia Roma. Nadie sabrá jamás lo que hacemos. Y si caéis, el mundo os olvidará, pero os juro aquí y ahora que nosotros, vuestros hermanos, no os olvidaremos. Al contrario, nos haremos más fuertes con el recuerdo de quiénes erais, de lo que hicisteis, y nos esforzaremos por lograr lo que vosotros ya no podéis alcanzar. Somos el Occultum y a eso nos dedicamos.

El peso de sus palabras se instaló sobre el campamento. Nadie se atrevió a moverse. Raven observaba, con expresión

indescifrable, pero en sus ojos se adivinaba un leve destello de aprobación.

—La misión en la que estamos a punto de embarcarnos —prosiguió Séneca— es más peligrosa que cualquier cosa a la que os hayáis enfrentado hasta ahora. Estaremos solos, en un país extraño, rodeados de enemigos. No habrá refuerzos, ni aliados, ni ayuda. Es muy probable que algunos de nosotros, quizás todos, no sobrevivamos. Así que, si albergáis la más mínima duda, esta es vuestra última oportunidad para marcharos.

Séneca hizo una pausa, dejando que la gravedad de sus palabras calara. La oferta era clara. Podían marcharse, regresar a las legiones o a cualquier vida que hubieran tenido. Pero los reclutas permanecieron inmóviles. El agotamiento estaba grabado en sus huesos, pero ni uno solo de ellos se movió. Los ojos de Séneca escrutaron sus rostros, buscando cualquier señal de vacilación, pero no encontró ninguna.

—Bien —dijo—. A partir de ahora, os entrenaréis a nuestro lado como hermanos. Descansad.

Sin más, se dio la vuelta y caminó de regreso hacia los caballos. Raven se demoró un momento y su mirada se cruzó con la de los reclutas una última vez. Luego, él también se giró, dejándolos con sus pensamientos mientras el sol se ponía en el horizonte.

---

Aproximadamente una hora más tarde, Séneca estaba junto a su caballo, cepillándole el pelaje con pasadas firmes y metódicas. El sonido rítmico de las cerdas recorriendo la crin oscura del animal era tranquilizador, un respiro silencioso tras la tensión de los últimos meses. Su caballo pateó el suelo suavemente, disfrutando de la atención, pero la mente de Séneca ya estaba centrada en la misión que tenía por delante, en los peligros del norte y en los hombres que estaba a punto de guiar hacia lo desconocido. A su lado, Falco se estiró, gimiendo al levantarse de donde había estado sentado limpiando su silla de montar.

—Vaya, vaya, mira ahí —masculló, dándole un codazo a Séneca y señalando con la cabeza hacia el borde del claro.

Séneca siguió su mirada. Se acercaban tres jinetes, con las siluetas recortadas contra la luz agonizante. Quien iba en cabeza era, inconfundiblemente, una mujer, de postura erguida e inflexible mientras guiaba a su caballo con precisión. La flanqueaban dos hombres, ambos vestidos con túnicas sencillas y oscuras, y sus caballos, cargados con bolsas de viaje y pertrechos. El cabello de la mujer, recogido en un moño severo, atrapó los últimos rayos de sol mientras se acercaba, y Séneca entrecerró los ojos al reconocerla.

—Marcia —murmuró para sus adentros.

—¿Cómo nos ha encontrado aquí? —dijo Falco—. Creía que se suponía que este lugar era secreto.

—Lo es —replicó Séneca—, pero ella es una de las pocas personas que lo conoce. —Le entregó el cepillo a Falco mientras los jinetes desmontaban. Los dos acompañantes de Marcia se quedaron cerca, sujetando las riendas de los caballos y murmurando entre ellos en voz baja. Marcia, sin embargo, avanzó con la segura desenvoltura de alguien acostumbrado a moverse entre hombres de importancia.

—Marcia —saludó Séneca, inclinando ligeramente la cabeza en señal de respeto—. Es un largo viaje desde el Toro Sin Cuernos. ¿Qué la trae por aquí?

—Tengo noticias, Séneca, noticias que necesita saber.

Él dirigió la mirada hacia los dos hombres que la habían acompañado y esperaban.

—Que alguien se ocupe de esos hombres —dijo—. Dadles de comer y un lugar donde dormir. —Se volvió de nuevo hacia Marcia y señaló la gran tienda que usaban como comedor.

—Pase. Ha hecho un largo viaje. Puede contármelo mientras bebemos algo.

Marcia siguió a Séneca al interior de la tienda. Varias mesas de madera vacías se alineaban a los lados, salvo una que permanecía cargada de pan, queso, carne seca y jarras de cerveza, una ofrenda siempre dispuesta para los hombres que requerían sustento constante a todas horas.

Séneca le indicó un banco en una de las mesas del fondo y Marcia tomó asiento, con su expresión tan indescifrable como

siempre. Él sirvió una copa de vino aguado y se la entregó antes de sentarse frente a ella.

—Entonces —dijo—, ¿qué es tan importante como para haberla traído hasta aquí, arriesgando no solo su vida, sino también la integridad de este campamento?

Marcia percibió el ligero tono de fastidio en la voz de Séneca, pero decidió ignorarlo.

—Hay algo que necesita saber —dijo ella finalmente—. Hace unas semanas, Talorcan llegó al Toro Sin Cuernos. Me dio esto. — Buscó entre los pliegues de su capa y sacó un pequeño trozo de pergamino doblado, desgastado y arrugado por el viaje. Lo deslizó sobre la mesa hacia él.

Séneca frunció el ceño mientras desdoblaba el pergamino y examinaba las palabras toscas, escritas a toda prisa. El habitual estilo críptico de Talorcan estaba presente, pero el mensaje era lo bastante claro. El corazón se le paró al leer las últimas líneas: la mención de Brennus lo atravesó como una cuchillada. Brennus estaba vivo.

La mano de Séneca se aferró al pergamino. Su viejo amigo, al que había dado por muerto durante casi dos años, capturado por los vándalos y, lo que era peor, viviendo como un esclavo. El mundo a su alrededor pareció oscurecerse, los lejanos ruidos del campamento se desvanecieron en la nada mientras la revelación se asentaba en su mente.

—¿Es esto una broma? —preguntó, con los ojos fijos en los de Marcia—. ¿Una broma cruel de Talorcan?

Marcia negó con la cabeza.

—No es ninguna broma, Séneca. Talorcan lo vio con sus propios ojos en territorio querusco. Envió un mensaje en cuanto pudo.

Séneca se levantó bruscamente y se puso a caminar de un lado a otro de la tienda. Su mente iba a toda velocidad. Brennus, uno de sus más antiguos camaradas, un hombre con el que había luchado en incontables batallas, un hombre al que había creído muerto en los confines del imperio, estaba vivo y sufriendo encadenado. Se volvió para mirarla de frente.

—Si Brennus está realmente vivo, no podemos dejarlo allí. Tenemos que traerlo a casa.

Marcia observaba, sus ojos siguiendo los movimientos de él, sintiendo la tormenta que se gestaba en su interior.

—No se lo habría traído si no lo creyera —dijo ella—. Sé lo que Brennus significa para usted y para el resto de los Occultum.

Séneca maldijo en voz baja, con la mente dividida entre el deber a Roma y la lealtad a su hermano de armas. Un camino conducía al norte, a las tierras salvajes de Britania, donde podría decidirse el destino de Roma; el otro, al noreste, a través de los ríos Rin, Weser y Elba, hacia territorio vándalo, un lugar adonde pocos hombres iban y de donde menos aún regresaban.

—Nunca dejamos a nadie atrás —dijo Séneca en voz baja, casi como si se recordara a sí mismo su mantra particular.

—No —convino Marcia, con voz firme—. Nunca lo hacen.

Su dilema se hacía más pesado con cada momento que pasaba. La invasión lo era todo. Si los Occultum fracasaban, la conquista de Britania podría retrasarse o, peor aún, estar condenada. Debían preparar el terreno, influir en las tribus, asegurar la victoria antes incluso de que llegaran las legiones. Ese era su deber, su propósito. Roma lo exigía.

Pero Brennus... Brennus había luchado a su lado más veces de las que podía contar y le había salvado la vida en más de una ocasión. Habían luchado juntos en las peores batallas, sobreviviendo codo con codo cuando otros habían caído. ¿Podía abandonar a un amigo, dejar que se pudriera encadenado?

—Esta no puede ser solo mi decisión —dijo Séneca finalmente —. Los hombres tienen tanto que ver en esto como yo. Necesitan saberlo.

---

# Capítulo Seis

## Galia

Dos días después, Marcia salió de la tienda que le habían asignado y encontró el campamento lleno de actividad. Los reclutas más nuevos del Occultum, aún inexpertos pero endurecidos por el peso de su entrenamiento, estaban recibiendo su equipo. Falco les había proporcionado un heterogéneo surtido de equipamiento propio de los países del norte, especialmente de la Belgica y Britania.

Se invitó a cada hombre a escoger aquello con lo que se sintiera más cómodo, sobre todo las armas que sin duda necesitarían antes de que acabara la invasión. Era importante que se mezclaran con los lugareños tanto como fuera posible, y eso empezaba por la apariencia.

—Dejaos crecer el pelo —dijo Raven mientras caminaba entre ellos—, los britanos respetan la fuerza que confiere. Pocos se lo cortan. Y escoged las botas con cuidado, nada de *caligae*.

Los hombres rebuscaron en el montón de ropa y, finalmente, se decidieron por lo que necesitaban y lo colocaron frente a ellos, a sus pies. Falco se acercó y arrojó un macuto delante de cada uno, las *sarcinae* en las que llevarían el mundo a cuestas.

—Metedlo todo aquí —dijo—. Si algo no cabe, dejadlo. Llevad solo lo básico y compartid las cosas más pesadas. Una tienda pequeña para cada tres y un puchero por tienda. No os olvidéis de dejar espacio para cantimploras de agua extra, pero recordad que tendréis que cargarlas allá donde vayamos, así que mantened el peso al mínimo.

Marcia observaba cómo los hombres se preparaban. Algunos no regresarían, pero sabía que Séneca y el Occultum los habrían preparado bien. Sin embargo, su trabajo allí había terminado y sabía que debía regresar al Toro Sin Cuernos. Se dio la vuelta y se dirigió hacia los caballos, donde sus dos compañeros de viaje ya la esperaban.

Séneca estaba de pie a pocos pasos, observándola preparar su montura. Su rostro era impasible, pero sus ojos seguían cada movimiento que ella hacía. Detrás de él, Falco, Marcus y Sica aguardaban a una distancia respetuosa, también con la mirada fija en Marcia. El Occultum siempre la había tratado con una extraña mezcla de camaradería y cautela; formaba parte de su mundo tanto como cualquiera de ellos, pero siempre se mantenía al margen. Confiaban en ella, pero era distante.

Marcia montó a caballo con facilidad, ajustándose la capa para cubrir la silla. Por un momento, se limitó a mirarlos, deteniéndose en Séneca. Ya no hacían falta palabras entre ellos; se habían dicho todo lo importante en las tranquilas conversaciones nocturnas en la tienda del comedor. La decisión recaía en él, y solo en él.

—Ya sabe cómo encontrarme —dijo simplemente, con una voz que resonó en el silencioso claro—. No era un adiós, en realidad. Marcia nunca se despedía.

—Buen viaje, Marcia —respondió él—. Dele recuerdos a Decimus de mi parte.

Ella inclinó la cabeza y, con un tirón seco de las riendas, giró su caballo para salir del campamento.

—Tiene más agallas que la mitad de los hombres que he conocido —masculló Falco, apareciendo junto a Séneca—. Nunca la he visto vacilar, da igual adónde la enviemos.

Séneca permaneció en silencio, con el peso del mensaje de Marcia sobre sus hombros. Tenían una misión, pero el destino de Brennus, aún por resolver, le reconcomía. Cuando ella por fin se perdió de vista, exhaló y se volvió hacia sus hombres.

—Tenemos que hablar —dijo—. Venid a la tienda.

Dentro, el aire parecía más denso. Séneca se quedó un momento de espaldas a los demás, con las manos aferradas al borde de la mesa. Contempló el tosco mapa de Britania extendido sobre la superficie, las líneas oscuras trazando las rutas que pronto tomarían. Finalmente, se giró para encararlos.

—Es sobre Brennus —dijo al fin—. Está vivo y en territorio vándalo.

Ante la mención de Brennus, la tensión pareció adueñarse de la estancia; la atmósfera cambió.

—Eso no es posible —dijo Falco—. Brennus está muerto. Lo vi ahogarse.

—Al parecer, no —repuso Séneca—. Parece que sobrevivió y, de algún modo, acabó en manos de los vándalos. Ha sido esclavizado allí y ahora sufre al otro lado del Elba. Talorcan lo vio con sus propios ojos y le envió un mensaje a Marcia.

—Se tiene que haber equivocado —dijo Falco, luchando contra la esperanza que empezaba a nacer en su interior.

—La información de Talorcan ya ha resultado fiable en otras ocasiones —intervino Marcus—. Si dice que Brennus está vivo, yo le creo.

Seneca asintió.

—Yo también le creo. Pero la situación es complicada —señaló el mapa que había sobre la mesa—. La invasión de Britania está decidida. Si partimos en busca de Brennus, nos arriesgamos a perder todo por lo que hemos trabajado.

—Pero si no vamos —le interrumpió Falco—, lo abandonamos para que muera como un esclavo.

La tienda se sumió en un pesado silencio.

—Si está vivo —dijo Raven al cabo de un rato—, tenemos que ir a por él. Nos hicimos un juramento y, si hay que elegir entre la invasión y Brennus, yo digo que vayamos a por Brennus. Ningún hombre se queda atrás, ¿recordáis?

—¿Y si dividimos nuestras fuerzas? —propuso Marcus—. Tenemos a los nuevos reclutas y habrá que ponerlos a prueba en algún momento. Algunos de nosotros podríamos ir al norte para asegurar el paso de las legiones, mientras que los demás, los más aptos, podrían ir en pos de Brennus.

Seneca guardó silencio un instante, dejando que la sugerencia flotara en el aire. Su mente repasaba a toda velocidad la logística de semejante plan, los riesgos que implicaba dividir en dos su ya de por sí pequeña unidad; pero una parte de él sabía que, de haber estado cualquiera de los otros en su lugar, Brennus ya estaría en camino para rescatarlos, con invasión o sin ella.

—Ya he meditado largo y tendido sobre esto —dijo Seneca—, y aunque tenemos un compromiso con Brennus, también tenemos un deber para con Roma. Así que lo que propongo es esto: vosotros cuatro iréis al norte y haréis lo que tengáis que hacer en Britania. Yo me llevaré a uno de los nuevos reclutas e iré a buscar a Talorcan. Juntos encontraremos a Brennus y lo traeremos a casa.

—¿Un recluta? —dijo Falco, negando con la cabeza—. Apenas están entrenados. Necesitas a alguien con experiencia. Llévame a mí.

—Necesitamos a todo hombre con experiencia rumbo al norte —dijo Seneca—. Talorcan conoce las tierras vándalas y, con él a nuestro lado, deberíamos ser capaces de conseguirlo.

—Esto no está bien, Seneca —dijo Falco—. No nos separamos, vamos juntos, como siempre hemos hecho.

—Conozco los riesgos, Falco. Pero también sé lo que está en juego en Britania. Si vamos todos a por Brennus, le fallamos a Roma y todo lo que hemos hecho aquí no habrá servido para nada.

Falco suspiró, con la frustración aún a la vista. Se cruzó de brazos y miró a Seneca.

—Entonces, ¿quién va contigo?

Seneca miró a Raven.

—¿A quién me recomienda, Raven? Usted los conoce mejor que ninguno de nosotros.

—Llévese a Canis —respondió Raven—. Es callado, a veces esquivo, pero ha sobresalido en todo a lo que lo hemos sometido. No le fallará.

—Canis será, pues —dijo Seneca.

Falco masculló algo por lo bajo, pero asintió a regañadientes.

—Espero que tengas razón en esto, Seneca —dijo Falco—. Si no la tienes, puede que tengamos que rescatarte a ti después.

La tienda volvió a sumirse en el silencio mientras los hombres asimilaban lo que se acababa de exponer ante ellos. La división de su grupo iba en contra de todo para lo que se habían entrenado, de todo lo que habían jurado defender. Pero no había forma de eludir la realidad de su situación. Seneca se irguió, con la mano de nuevo apoyada en el mapa.

—Partiré al alba —dijo—. Vosotros esperad aquí hasta tener noticias de Lepidus y, cuando llegue la orden, ya sabéis lo que tenéis que hacer. Cuando termine, os encontraré en Britania.

—¿Cómo? —preguntó Falco.

—Tú déjamelo a mí —dijo Seneca—. Ahora, id a buscar a Canis. Tengo que informarle de lo que le espera.

Los hombres salieron de la tienda sabiendo que, aunque los dados estaban cargados en su contra, si Brennus había de salir con vida de aquello, no podría haber deseado a un hombre mejor que Séneca para que intentara rescatarlo. El plan estaba trazado. Ahora solo restaba llevarlo a cabo.

---

# Capítulo Siete

## Galia

Durante gran parte de su viaje hacia el norte, el camino había estado relativamente tranquilo, pero a medida que los Occultum se acercaban a Gesoriacum, en la costa noroeste, el ambiente se tornó denso y vibrante con la evidencia de los preparativos romanos. Las calzadas estaban atestadas de carros de suministros, y soldados y tiendas de campaña se extendían por los campos, un mar de rojo y pardo. Los legionarios se instruían bajo la atenta mirada de sus centuriones y, a lo largo de la costa, cientos de barcos —algunos recién construidos; otros, pesqueros reconvertidos a toda prisa— se mecían en los estuarios, listos para la invasión. Falco barrió la costa con la mirada.

—Mirad todo esto —dijo, negando con la cabeza—. Nunca he visto tantos barcos juntos. Parece que el mismísimo Neptuno esté reuniendo una flota.

—No son más que barcos —masculló Sica, que cabalgaba unos pasos por delante—. Arderán igual que cualquier otra cosa.

—No son los barcos los que ganarán esta guerra —dijo Marcus—, y la mitad de estos muchachos ni siquiera han visto una batalla. —Su mirada se desvió de los campamentos hacia los aldeanos reclutados a la fuerza por el ejército. Los pescadores clavaban clavos en los cascos bajo la atenta mirada de los artesanos romanos, mientras sus esposas e hijos transportaban suministros.

—Las legiones ya están cogiendo lo que necesitan —observó Raven—. Están esquilmando la costa antes siquiera de zarpar.

—No se trata de necesidad —replicó Marcus—. Se trata de control. Nosotros cogemos, ellos se someten. El procedimiento habitual.

Falco suspiró, negando con la cabeza.

—Parece que estés listo para dar un discurso en el Senado, Marcus.

—Pasé más de una década en las legiones —dijo Marcus— y luché a las órdenes de muchos generales. Sé cómo funcionan.

A medida que se acercaban a Gesoriacum, la magnitud de los preparativos se hizo aún más evidente. El extenso puerto bullía de soldados y artesanos. El humo se elevaba de las forjas y el sonido del metal contra el metal llenaba el aire mientras los herreros trabajaban día y noche.

—Parece que llegamos tarde a la fiesta —reflexionó Falco, observando la bulliciosa escena—. Ya está aquí medio imperio.

—Sí —masculló Marcus—, y tenemos el honor de ser los primeros en entrar. —Contempló las escenas familiares que lo rodeaban, reconociendo los olores, los sonidos e incluso las órdenes a gritos de los oficiales legionarios en la distancia y, por un brevísimo instante, sintió una leve punzada de nostalgia. Había sido centurión, antes de las acusaciones, antes de la deshonra. Y ahora se encontraba en compañía de hombres que operaban fuera de la rígida estructura que había conocido durante tanto tiempo. Los sonidos del orden y la disciplina militar flotaban en el aire, reavivando los recuerdos de tantos años, tantas batallas... tantos camaradas muertos. Se quedó en silencio, absorbiendo todo lo que le rodeaba, pero sus pensamientos pronto se vieron interrumpidos por la vozarrón de Falco.

—Bueno, ¿quién va a camelarse a Lepidus cuando lleguemos?

Durante unos instantes se hizo el silencio, y entonces Marcus sintió cómo el peso de sus miradas se volvía lentamente hacia él.

—No —dijo, negando ya con la cabeza.

—Es lo lógico —dijo Raven—. Eres el único que ha pasado por las filas de las legiones. Lepidus es un senador. Querrá tratar con alguien que entienda la estructura, que sepa hablar su idioma.

—Pero vosotros tres habéis formado parte de esto mucho más tiempo que yo. Sigo siendo el nuevo, ¿recordáis? Debería ser uno de vosotros.

—Tienes que ser tú, Marcus —dijo Raven—. Ni Sica ni yo somos romanos y llamaríamos demasiado la atención. Y no puede ser Falco; esto no es una cuestión de fuerza bruta, es política.

Probablemente insultaría al senador y acabaríamos todos de vuelta en el Carcer Tullianum.

—Me ofende ese comentario —dijo Falco, sin mirar—. Que sepas que soy un hombre muy inteligente. Un asesino, sí, pero tengo facetas ocultas.

Raven y Sica se miraron, conteniendo las ganas de reír a carcajadas.

El grupo guardó silencio por un momento mientras sopesaba el problema. Lepidus no era un senador cualquiera; era su tabla de salvación. Sin su respaldo, su misión no serviría de nada y los planes de Roma para Britania penderían de un hilo. Todos sabían que Séneca era un experto a la hora de navegar por las delicadas aguas de la política romana, pero, en su ausencia, alguien tenía que dar un paso al frente.

—No soy diplomático —dijo Marcus al cabo de un rato—. Solo era un centurión, ¿recuerdas?

—No necesitas ser diplomático —replicó Raven—. Sabes cómo funcionan estas cosas mejor que ninguno de nosotros. Limítate a escuchar lo que tenga que decir y haz preguntas, muchas preguntas.

—¿Y si digo que no?

—Entonces mandamos a Falco y observamos cómo provoca él solito el colapso del Imperio romano.

Marcus se rio y miró la fingida expresión de ofensa en el rostro de Falco.

—Sea pues —dijo, cediendo por fin—. Lo haré. Pero si esto sale mal, no me echéis la culpa.

Tomada la decisión, continuaron su camino en silencio, aparentando ser solo otros cuatro mercaderes en la larga caravana de carros de suministros.

—Ya casi estamos en el puerto —dijo Raven pasado un rato, con un tono más serio—. Allí habrá demasiados ojos puestos en nosotros. Deberíamos buscar alojamiento lejos de la ciudad.

El grupo se desvió de la calzada principal y dejó atrás la marcha constante de la columna de suministros.

En la ladera de una colina, vieron una pequeña aldea con sus casas de madera apiñadas. En un extremo, un hombre con el torso

desnudo estaba sentado en un cubo a la puerta de una taberna, desplumando un pollo.

—Veremos si podemos pasar la noche aquí —dijo Marcus— y descansar un poco. Mañana me reuniré con Lepidus mientras vosotros vais a buscar a los demás.

Unos minutos más tarde, Falco empujó la puerta de la taberna y el olor a cerveza rancia y humo los recibió como a viejos amigos.

—Este sitio servirá —dijo. Se acomodaron en la estancia tenuemente iluminada mientras el bajo murmullo de la conversación llenaba el aire. Mañana recibirían sus órdenes finales, pero esa noche, para cualquiera que los mirase, no eran más que unos simples mercaderes lejos de casa. Una vez que se hubieron acomodado con las bebidas delante, Falco alzó su copa.

—Por los Occultas —dijo en voz baja—. Y por cualquier locura que esté por venir.

Los demás intercambiaron miradas y, a pesar de la tensión, Marcus se permitió una pequeña sonrisa. Levantó su propia copa y la hizo chocar contra la de Falco.

—Por lo que esté por venir —repitió.

---

A la mañana siguiente, Marcus salió de la taberna; el aire húmedo de la mañana todavía se aferraba a la aldea mientras los sonidos apagados de los aldeanos al despertar se mezclaban con el clangor lejano de los martillos del campamento romano.

Falco ya se estaba desperezando, su enorme figura ocupaba casi todo el umbral cuando Raven apareció desde el interior y le entregó una pequeña bolsa de cuero, cuyas monedas tintinearon al cambiar de manos.

—No te lo gastes todo en el mismo sitio, Falco —le dijo—, repártelo un poco. Demasiado dinero hace que un hombre destaque entre la multitud. Y no te lo gastes en cerveza. Necesitamos provisiones secas, no resacas.

Falco fulminó a Raven con la mirada, pero, sin responder, se marchó con aire despreocupado hacia el mercado, en el otro

extremo de la aldea. Después de que se fuera, Raven se volvió hacia Marcus.

—Mientras vas a ver a Lépido, Sica y yo nos reuniremos con los otros, como acordamos. Si siguieron nuestras instrucciones, deberían estar aquí para el mediodía.

—Diles que se alojen en algún lugar fuera de la ciudad —dijo Marcus—. Es demasiado arriesgado que estemos todos aquí al mismo tiempo. Y asegúrate de que saben lo que hacen, no quiero sorpresas antes siquiera de haber empezado.

Raven sonrió levemente.

—Son buenos hombres, Marcus. Solo necesitan la oportunidad de demostrarlo.

Marcus se dio la vuelta y se dirigió hacia el puerto; los caminos de tierra daban paso a las calles empedradas que conducían a los muelles. Gesoriacum bullía de actividad incluso a una hora tan temprana, con el movimiento constante de soldados y marineros que se preparaban para la invasión. Se descargaban suministros de barcos recién llegados de Roma y los legionarios se movían en prietas formaciones por las calles. No era un simple puesto militar avanzado, sino el corazón palpitante de la ambición de Roma.

Al acercarse al puerto, Marcus vio a lo lejos un pequeño corrillo de oficiales romanos, de pie junto a una gran galera amarrada al muelle. Sus relucientes armaduras y sus capas carmesí los distinguían como oficiales de alto rango, y sus guardaespaldas permanecían cerca, escrutando la zona en busca de cualquier señal de amenaza. La escena era de disciplina y control, un marcado contraste con el caos organizado del puerto en general. Y allí, en el centro de todo, se encontraba Lepidus, el senador por el que todos habían arriesgado la vida tantos meses atrás.

Alto, sereno y en todo momento el líder que el Occultum sabía que era, Lepidus conversaba con dos oficiales de alto rango. No llevaba armadura, solo su ornamentada túnica senatorial, pero no era su atuendo lo que infundía respeto, sino su presencia. Incluso rodeado de hombres de alto rango militar, se mantenía firme como un igual.

Por un instante, Marcus se detuvo al borde del puerto. Era un mundo diferente al de la tranquila aldea que había dejado atrás; aquí, cada movimiento tenía un propósito, cada legionario formaba parte de una maquinaria mayor, una que pronto aplastaría a Britania bajo las cáligas romanas.

Marcus se rascó la barba, sintiendo los ásperos enredos contra sus dedos. Su aspecto había cambiado en las últimas semanas, y no para mejor. El pelo le caía largo sobre los hombros, salvaje y desaliñado, y la barba la tenía espesa y sin recortar. Su deslucida túnica estaba gastada y remendada en varios sitios, pero eso formaba parte del plan. Más valía pasar desapercibido que llamar la atención.

—Alto ahí —ladró uno de los guardias, avanzando mientras blandía un pilum—. ¿Adónde se cree que va?

Marcus mantuvo las manos a la vista, pues no quería provocar una escena.

—Necesito hablar con el senador Lepidus —dijo—. Me está esperando.

El guardia de más edad bufó, con los labios curvados en un gesto de diversión.

—¿De verdad cree que vamos a dejar que un mendigo asqueroso entre y moleste a un senador? Vuelva al agujero del que haya salido.

Marcus se obligó a mantener el rostro impasible. Ya había tratado con gente de su calaña: soldados jóvenes y engreídos, ansiosos por demostrar su valía menospreciando a los demás. Podría haberlos derribado a ambos en un instante, pero eso solo habría atraído más atención, y no era el momento para ello. Mantuvo la voz serena.

—Tengo un mensaje para el senador, y créame, no le conviene ser quien me impida entregarlo.

El guardia más joven se mofó y se acercó un paso más a Marcus, con la mano apoyada en la empuñadura de su gladius.

—El único mensaje que le voy a dar yo es que se dé la vuelta o lo arrojaré al mar personalmente.

El guardia de más edad rio entre dientes, disfrutando a todas luces del momento.

—Vamos, lárguese de aquí antes de que tengamos que ensuciarnos las manos.

Antes de que Marcus pudiera responder, una voz familiar se abrió paso entre el ruido.

—¿Hay algún problema aquí?

Lepidus se dirigió hacia ellos desde el otro lado del muelle. Tenía una mirada aguda que escrutaba la escena con la serena autoridad de un hombre acostumbrado a ser obedecido. Había sido legado durante muchos años y estaba más que habituado a ejercer el poder. Los guardias se pusieron firmes de inmediato, aunque la confusión asomó a sus ojos.

—Disculpe, senador —balbució el guardia de más edad—. Este hombre afirmaba tener asuntos con usted, pero no creímos...

Lepidus levantó una mano, interrumpiendo al guardia.

—Lo conozco —dijo—. Déjenle pasar.

Los dos guardias intercambiaron miradas de asombro y su arrogancia previa se disolvió en vergüenza. El rostro del más joven enrojeció mientras se apartaba a regañadientes.

—Por supuesto, senador. Discúlpennos —dijo, inclinando ligeramente la cabeza.

Marcus se quedó quieto mientras los guardias lo registraban en busca de armas ocultas. Sus manos fueron bruscas al revisarle la túnica, la cintura y los brazos. Eran meticulosos o, al menos, eso creían ellos, y uno incluso sonrió con suficiencia al encontrar la pequeña daga envainada en la cadera de Marcus.

—¿Qué es esto? —dijo con desdén, desenvainando la daga—. ¿Se llevan armas para reunirse con un senador, eh?

—Llevo una daga a todas partes —dijo Marcus—. Es por protección.

—Pues no la necesitará en el muelle —dijo el guardia, arrojándola a un cajón cercano—. Puede recogerla al salir.

Marcus no respondió. Sabía que no le convenía enemistarse más con ellos, pero no pudo evitar una leve sonrisa al ver que no habían encontrado las otras dos dagas que llevaba escondidas. Una

estaba metida en la caña de su bota; la otra, bien sujeta a la parte baja de la espalda, bajo la túnica. Le indicaron que pasara, claramente desconcertado por la intervención de Lepidus.

—Tiene suerte de que lo haya reconocido —dijo Lepidus en voz baja mientras se alejaban—. ¿Hay alguna necesidad de todo esto? —añadió, ojeando el aspecto desaliñado de Marcus.

—Al parecer, nos ayudará a pasar más desapercibidos cuando lleguemos a Britania —dijo Marcus—, o eso dice Raven.

—¿Dónde está Séneca? —preguntó Lepidus de repente—. Debería ser él quien se reuniera aquí conmigo.

—Se unirá a nosotros más tarde —dijo Marcus—. Él..., eh, tenía que estar en otro sitio.

Lepidus se detuvo y miró fijamente al excenturión.

—No hay ningún otro lugar en el que deba estar —siseó—. Su deber es estar aquí mismo, conmigo. Y ahora, ¿dónde está?

—No puedo decírselo, senador, es algo que debemos resolver entre nosotros. Pero créame cuando le digo que ha sido inevitable. Le prometo que se unirá a nosotros tan pronto como pueda.

—No es suficiente —dijo Lepidus—. Ya hablaremos de esto más tarde.

Siguieron caminando y se acercaron a las mesas donde los oficiales romanos examinaban un mapa.

—Espere aquí —dijo Lepidus y se acercó a la mesa. Tras una breve conversación, uno de los oficiales se volvió para mirar en su dirección y, momentos después, Lepidus regresó para llevar a Marcus a un almacén cercano.

—¿Qué está pasando? —preguntó Marcus—. ¿Quién era ese hombre?

—Ese, amigo mío —dijo Lepidus—, es Aulo Plaucio, Legatus Augusti pro Praetore, el hombre que nos guiará a Britania. En este momento, es probablemente el hombre más poderoso del Imperio y, en unos instantes, se unirá a nosotros para darle sus órdenes. Y créame, por su bien, espero que Séneca lo haya entrenado bien.

---

# Capítulo Octavo

## Germania

El viaje a Oppidum Ubiorum había sido más tranquilo de lo esperado, y Séneca y Canis habían avanzado a buen ritmo.

—Deberíamos llegar al pueblo al anochecer —dijo Séneca, mirando de reojo a Canis—. Una vez allí, encontrar a Talorcan será otro cantar. Va y viene a su antojo.

—¿No le oí decir a Raven que Talorcan suele trabajar para el fuerte como cazador o explorador? —preguntó Canis.

—Así es. Y esa será nuestra primera parada. No obstante, tendremos que andarnos con cuidado. No soy persona grata por aquí.

—¿Por qué?

—Eso, amigo mío, es historia para otro día. Digamos que no doy un duro por nosotros si nos atrapa el legado de la zona. Pero ten presente que Talorcan no siempre quiere que lo encuentren, y tendremos que tener cuidado de no llamar demasiado la atención mientras preguntamos por ahí. Oídos indiscretos podrían enterarse de nuestra presencia.

—Comprendo —respondió Canis.

Séneca lo miró de reojo. La más reciente incorporación al equipo había demostrado su valía durante el adiestramiento: era rápido, hábil y tenía un don natural para la improvisación. Pero esta era su primera vez sobre el terreno.

Al tomar un recodo del sendero, los sentidos de Séneca se pusieron en alerta. Cinco hombres estaban en mitad del camino, bloqueando el paso, con una tensión inconfundible en la postura. Vestían harapos y apoyaban las manos en las empuñaduras de toscas espadas y dagas. Bandidos. De la clase que acechaba a los viajeros lejos de la seguridad de las patrullas romanas.

—Mantén la calma —susurró Séneca a Canis, mientras tensaba sutilmente la mano sobre las riendas—. Déjame hablar a mí.

Aminoraron la marcha de sus caballos mientras los hombres avanzaban, cortándoles el paso. Uno de ellos, un hombre alto de barba grasienta, alzó una mano en un saludo burlón. Su sonrisa era una mueca de dientes rotos sin asomo de calidez.

—Salud, viajeros —dijo en voz alta—. ¿Qué os trae por aquí, lejos de las rutas más transitadas?

—Los caminos son más tranquilos —dijo Séneca—, con menos ojos romanos que nos vean pasar.

—¿Así que sois alborotadores? —dijo el hombre con expresión divertida—. ¿Bandidos, tal vez?

Séneca suspiró para sus adentros.

—No buscamos problemas —dijo con calma—. Dejadnos pasar y seguiremos nuestro camino.

La sonrisa del líder se ensanchó.

—Ah, seguro que seguiréis vuestro camino. Pero primero, ¿qué tal si arrojáis las bolsas que llevéis escondidas, eh? Aligerad un poco la carga. Para que os sea más fácil viajar.

La mano de Canis se deslizó hacia su cinto. Séneca le lanzó una mirada de advertencia, pero mantuvo la voz firme al dirigirse de nuevo a los bandidos.

—No queréis hacer esto. No llevamos nada que merezca la pena y vosotros tenéis mejores cosas que hacer que pelear con dos viajeros cansados.

El rostro del líder se ensombreció y se acercó más.

—Creo que eso lo decidiré yo.

Séneca estaba a punto de intentarlo de nuevo cuando, sin previo aviso, la mano de Canis se movió como un relámpago y un cuchillo surcó el aire, girando en un borrón antes de clavarse en la garganta del bandido. El hombre ahogó un grito y retrocedió tambaleándose mientras la sangre brotaba a borbotones de la herida, llevándose las manos al cuello.

Por una fracción de segundo, reinó el silencio. Luego, el caos estalló cuando los cuatro hombres restantes desenvainaron sus armas y cargaron. Séneca maldijo en voz alta y desenvainó su propia espada antes de saltar del caballo, justo a tiempo para parar una estocada salvaje del más cercano.

—¡Ese no era el plan! —gritó, pero Canis no respondió; estaba demasiado ocupado abalanzándose para enfrentarse a los tres bandidos que quedaban.

Séneca esquivó una estocada y, girando, le rajó la cara al hombre con precisión letal. El bandido se desplomó con un aullido, agarrándose la herida, y Séneca lo derribó de una patada antes de rematarlo con una estocada en el pecho.

Canis también luchaba con una eficacia brutal que no daba pie a la vacilación. Se movía con acometidas rápidas y certeras, con un segundo cuchillo en una mano y la espada en la otra, que centelleaban en perfecta coordinación mientras despachaba a otro atacante, rebanándole el cuello antes de girar para encarar a los dos últimos hombres.

Uno de los atacantes que quedaban se dio la vuelta para huir, pero Canis le arrojó otro cuchillo, que se le clavó profundamente en la nuca y le seccionó la espina dorsal, haciendo que cayera a plomo.

Ver caer a sus camaradas tan rápido hizo que otro entrara en pánico y atacara a Séneca a la desesperada, pero el veterano guerrero esquivó el golpe con facilidad y le atravesó el estómago de una estocada limpia y, así, sin más, el combate terminó. Los cinco bandidos yacían muertos o moribundos en el camino, y su sangre formaba charcos en la tierra. Canis se quedó de pie junto a los cuerpos y, tras recuperar sus cuchillos, los limpió en la túnica de uno de ellos.

Séneca limpió y envainó su espada, inspeccionando la escena. A pesar de la facilidad con la que se habían deshecho de los ladrones, su expresión era sombría. Pateó uno de los cadáveres con la punta de la bota.

—No teníamos por qué matarlos —dijo—. Unas pocas palabras, quizá alguna moneda, y nos habrían dejado pasar.

—Eran bandidos —dijo Canis—. No iban a dejarnos marchar.

—Quizá —dijo Séneca, limpiándose la sangre de las manos—. Pero ahora tenemos cinco muertos de los que ocuparnos, y los cadáveres atraen la atención. No queremos eso. No tan cerca de Oppidum Ubiorum.

—Entonces los esconderemos —dijo Canis—, y para cuando los encuentren ya estaremos muy lejos.

Séneca asintió y miró fijamente al joven.

—Eres bueno con esos cuchillos —dijo, con una admiración a regañadientes en la voz—. Nunca nos dijiste que podías manejar un arma así.

—Nunca lo preguntasteis —dijo Canis simplemente y, antes de que Séneca pudiera responder, se agachó para coger un cuerpo y lo arrastró hacia la maleza al borde del sendero.

Séneca se unió a él y trabajaron con rapidez, arrastrando los cuerpos fuera del camino hacia la maleza antes de esparcir tierra sobre las manchas de sangre más visibles. No cabía duda de que tarde o temprano los encontrarían, pero al menos eso les daba algo de tiempo. Cuando el último cuerpo estuvo oculto, Séneca retrocedió, examinando el camino ahora vacío.

—Lo has hecho bien —dijo, montando a caballo—. Pero la próxima vez, intentemos hablar primero.

—Ya veremos —replicó Canis, montando en su propio caballo —. Pero depende de quién hable.

Con los cuerpos ocultos y el camino despejado, partieron de nuevo hacia Oppidum Ubiorum y, a pesar de la inquietud que persistía tras la escaramuza, Séneca no pudo evitar sentir una chispa de respeto por el hombre que cabalgaba a su lado. Era, sin duda, un luchador excelente, pero quizá solo necesitaba aprender a ser un poco más paciente; aunque la paciencia, como la habilidad, se aprendía con el tiempo.

---

A medida que entraban en Oppidum Ubiorum, la atmósfera cambió de la quietud del camino que habían dejado atrás a la bulliciosa energía de una ciudad romana en la frontera. Las calles estaban atestadas de mercaderes que regateaban por las mercancías, de ciudadanos ocupados en sus quehaceres diarios y de una mezcla de romanos y lugareños que apenas dedicaron una mirada a los recién llegados. La ciudad en sí era una extraña mezcla de influencia romana y carácter nativo, con casas de madera junto a edificios de piedra de estilo más romano.

Séneca guio su caballo con cuidado por las estrechas calles, evitando las vías principales donde lugareños y soldados se congregaban en grupos. Canis lo seguía de cerca, con la mirada viva y alerta, escudriñando el desconocido entorno.

El fuerte romano se alzaba en la distancia, sus murallas visibles justo más allá de los límites de la ciudad. Podrían haberse dirigido directamente allí, pero Talorcan no estaría dentro del fuerte; era un hombre de la naturaleza que siempre prefería mantenerse fuera del alcance, mezclándose entre las sombras, donde las miradas eran menos indiscretas.

—Dejaremos los caballos aquí —dijo Séneca en voz baja, señalando con la cabeza un pequeño establo escondido tras una hilera de casas—. No queremos llamar la atención.

Desmontaron y llevaron sus caballos al establo y, una vez que los animales estuvieron a buen recaudo, se deslizaron de nuevo por las calles.

—Si Talorcan está en alguna parte, estará en una de las tabernas —dijo Séneca mientras avanzaban por los sinuosos callejones—. Es donde se cierran los tratos serios en pueblos como este.

Canis mantenía el paso a su lado, con el rostro inexpresivo, aunque sus ojos escudriñaban cada rincón. Entraron en la primera taberna, un lugar angosto, denso por el humo y el olor agrio a vómito. Mercenarios y lugareños abarrotaban la sala; sus voces, un murmullo sordo mientras bebían y hablaban en grupos. Séneca se movió con soltura entre la multitud, buscando con la mirada cualquier señal de Talorcan mientras Canis se apoyaba en la pared junto a la entrada, vigilando la sala con la cautela de un hombre que nunca bajaba la guardia. Sin suerte, salieron del edificio y se dirigieron callejuela arriba, en dirección a la siguiente taberna.

Durante la siguiente hora, más o menos, inspeccionaron otras tres sin rastro de Talorcan, y para cuando llegaron a la cuarta, una sensación de intranquilidad había comenzado a cernirse sobre ellos. Séneca se acercó a la barra, haciendo algunas preguntas más con discreción, pero la sala se había quedado demasiado silenciosa. Lo notó casi al instante. Las conversaciones se habían apagado y todos

los ojos se volvieron hacia ellos. Canis también se dio cuenta y su mano se deslizó sutilmente hacia el cinturón, donde aguardaba su cuchillo. Séneca levantó una mano para detenerlo. No necesitaban otra pelea. No aquí.

Un hombre sentado en una mesa del rincón se levantó lentamente, entrecerrando los ojos al mirarlos. Era alto, de hombros anchos; su túnica, gastada, pero sus brazos, gruesos y musculosos. Cruzó la sala, y el ruido sordo de sus pesadas botas resonó sobre las tablas del suelo y se detuvo justo delante de Séneca.

—Ustedes no pintan nada aquí —dijo—. Y han estado haciendo demasiadas preguntas.

Séneca mantuvo la calma, levantando las manos ligeramente para mostrar que no buscaba pelea.

—Solo buscamos a un amigo.—¿Un amigo? —repitió el hombre con desdén—. Ustedes no tienen amigos aquí, romanos —escupió la palabra como si le dejara un mal sabor de boca.

Otros empezaron a levantarse por la sala, y la tensión aumentó. Canis se movió junto a Séneca, con los músculos tensos, listo para pelear. Pero Séneca no estaba dispuesto a dejar que las cosas se descontrolaran. Todavía no.

—Puede que seamos romanos, pero no le debemos lealtad a ninguna legión. Solo necesito encontrar a nuestro camarada y nos iremos de aquí.

El hombre empujó a Séneca con fuerza, interrumpiéndolo.

—No intenten salir de esta con palabrería, forasteros. ¿Por qué buscan a su supuesto camarada?

Otros parroquianos se habían reunido ya a su alrededor, formando un círculo laxo. La multitud esperaba una pelea, ansiosa por ver caer a los forasteros. La mano de Canis ya estaba en su cuchillo, con la mandíbula apretada, listo para derramar sangre. Pero, justo antes de que se pudiera asestar el primer golpe, una voz resonó desde el otro extremo de la sala.

—Ya basta.

La multitud se apartó y Talorcan avanzó, con su largo pelo negro recogido y su inconfundible barba puntiaguda. Se movía con la gracia de un cazador, sus ojos oscuros contemplaban la escena

con un aire de autoridad informal. El hombre que los había confrontado refunfuñó algo por lo bajo, pero retrocedió, y el resto de la multitud, sintiendo que la situación había pasado, volvió a sus bebidas. Séneca miró a Canis, que se relajó lentamente, aunque su mano permaneció cerca de su cuchillo.

—Vámonos —dijo Talorcan—. Estáis llamando demasiado la atención.

Sin mediar más palabra, Séneca y Canis siguieron a Talorcan de vuelta al estrecho callejón. El ruido de la taberna se desvaneció tras ellos a medida que se adentraban en las sombras, lejos de miradas indiscretas. Una vez que estuvieron a salvo, Séneca soltó un aliento que no se había dado cuenta de que estaba conteniendo.

—Has llegado en buen momento, Talorcan. Creo que podríamos habernos metido en un lío ahí.

—Y tanto. Esa es probablemente la taberna más peligrosa de toda la zona. Suerte que os encontré cuando lo hice —miró a Canis —. ¿Y tú quién eres?

—Es uno de los nuestros —dijo Séneca—. Un nuevo miembro del Occultum.

—Marcia comentó algo sobre una nueva unidad —dijo Talorcan—. ¿Dónde están los demás?

—Solo somos nosotros dos —dijo Séneca—, los demás tienen otra función que cumplir.

—¿Supongo que has recibido mi mensaje?

—Sí, y por eso estamos aquí. Para ver si podemos recuperar a Brennus. Pero ¿hay algún otro sitio donde podamos hablar? Este lugar está demasiado a la vista.

Talorcan asintió.

—Seguidme —dijo—. Conozco el lugar perfecto.

Mientras se escabullían por las calles que oscurecían, Séneca sintió que lo invadía una sensación de alivio. Pero la tensión en el ambiente no se había disipado del todo. Oppidum Ubiorum estaba lleno de ojos y oídos, y cualquier paso en falso podría hacer que las fuerzas romanas o nativas cayeran sobre ellos antes siquiera de empezar. Pero, por ahora, habían encontrado a su hombre, y eso era un magnífico comienzo.

---

La pequeña habitación tenuemente iluminada a la que los condujo Talorcan estaba escondida al fondo de una posada decrépita en las afueras de Oppidum Ubiorum. No era gran cosa, apenas unos taburetes de madera, una mesa llena de muescas y una única lámpara de aceite parpadeante que proyectaba largas sombras en las paredes, pero era un lugar privado y eso era lo único que importaba. Talorcan se sentó a la cabecera de la mesa mientras Canis se apoyaba en la pared del fondo, sin apartar la vista de la puerta. Séneca se paseaba lentamente, con expresión meditabunda, y la calma habitual de sus facciones daba paso a una tensión inusual.

—Bueno —empezó—. ¿Cuál es la situación de Brennus? En tu mensaje decías que lo viste, pero que se negó a reconocerte. ¿Es cierto?

—Lo es —respondió Talorcan—. Lo reconocí de inmediato. Cruzamos la mirada y sé que él también me reconoció, pero negó con la cabeza y se marchó, como si no quisiera saber nada de mí.

—¿Pero dices que era un esclavo?

—No llevaba cadenas, si es a lo que te refieres. Estaba cuidando de los caballos. Pero los vándalos no emplean a forasteros, usan cautivos, y Brennus estaba sin duda con ellos.

—¿Sabes cómo llegó hasta allí?

—No, pero supongo que lo sacaron del río aguas abajo, después de que lo arrastrara la corriente.

—¿Y estás seguro de eso? ¿No podría haber sido alguien que se le pareciera?

—Estoy seguro —replicó Talorcan—. Está vivo, Séneca, o al menos lo estaba la última vez que lo vi. Desde que regresé, he hablado con mis contactos en las aldeas. Uno de los cazadores queruscos mencionó a una tribu vándala que tiene un esclavo occidental, un hombre con una habilidad excepcional con los caballos. La tribu está dirigida por un jefe llamado Wulfstan. No es aliado de Roma, pero es astuto. Sabe que, si se corre la voz de que retienen a un soldado romano, podría provocar una reacción, y no quieren eso.

—Pero si Brennus forma parte de los Occultum —dijo Canis—, no hay constancia de que haya servido en ninguna legión.

—Eso lo sabemos nosotros —dijo Séneca—, pero los vándalos no.

—Entonces, ¿cuál es el plan? No podemos marchar a territorio vándalo sin más y esperar que nos lo entreguen.

—No vamos a marchar a ninguna parte —dijo Séneca con firmeza—. Tendremos que entrar sigilosamente y ver primero a qué nos enfrentamos. Pero debemos actuar con rapidez. Si esperamos demasiado, podrían trasladar a Brennus y le perderíamos la pista.

Talorcan asintió.

—De acuerdo. Sé dónde está el campamento, pero no cuánto tiempo permanecerá allí.

Séneca se quedó mirando la pared, sopesando las opciones. Tenían poco tiempo para planear, pero el momento era crucial.

—Tú conoces estas tierras, Talorcan —dijo—. ¿Cómo es el terreno? ¿Podemos usarlo a nuestro favor?

—El terreno es accidentado, bosques densos, valles profundos. Los vándalos lo conocen mejor que nosotros, pero podemos usarlo para acercarnos sin ser vistos. ¿Estáis solos o tenéis refuerzos?

—No necesitamos refuerzos —dijo Séneca—. Un grupo reducido es más fácil de ocultar.

Canis se separó del muro.

—Ya he oído bastante —dijo—. ¿Cuándo partimos?

—Cuanto antes —dijo Séneca, poniéndose en pie—. No podemos permitirnos perder más tiempo.

—En ese caso, reuniré las provisiones que necesitemos —dijo Talorcan— y os encontraré aquí al alba. Mañana parte una caravana hacia la frontera. Podemos mezclarnos con ellos, haciéndonos pasar por mercaderes y, una vez que estemos cerca, nos separaremos y pondremos rumbo al Elba.

Y con eso, la decisión estaba tomada. Se adentrarían en el corazón de una de las tribus más hostiles de Germania, sin refuerzo alguno, solo tres hombres que buscaban rescatar a uno de los

suyos. En alguna parte, Brennus estaba esperando, y iban a sacarlo de allí... o a morir en el intento.

---

# Capítulo Noveno

## El mar del Norte

El barco pesquero se mecía y gemía bajo el peso de la tormenta, con su maltrecho casco abriéndose paso entre las agitadas olas negras. Marcus estaba de pie en la proa, con las manos aferradas a la barandilla astillada y todos los músculos en tensión mientras el barco se encabritaba contra el mar implacable. La espuma salada le escocía en los ojos y el frío le calaba hasta los huesos, pero su mirada permanecía fija en la silueta sombría de la tierra que apenas se vislumbraba a través de la lluvia torrencial. La travesía había sido dura, pero era la única forma de llegar a las costas de Britania sin ser vistos, y les había costado una fortuna en plata pagar a un capitán lo bastante estúpido como para intentarlo en una noche tan mala.

Falco estaba sentado junto al mástil. Había pasado la mayor parte de la última hora vomitando y estaba inusualmente callado.

—¿Cómo lo llevas? —gritó Marcus, mirando hacia abajo.

—Si a esto lo llaman una travesía rápida —gritó Falco—, la próxima vez voy nadando.

—¡Ya casi hemos llegado! —gritó Marcus, luchando por mantener el equilibrio—. ¡Veo tierra!

Todos a bordo estaban desesperados por alcanzar tierra firme y Marcus podía sentir la creciente inquietud entre los hombres.

Raven, agazapado cerca de la popa junto a Sica, levantó la vista y escudriñó la costa, con su largo pelo pegado a la cara. —No estamos ni cerca de donde deberíamos —dijo en voz alta, con un tono firme a pesar del caos que los rodeaba—. Ese no es el lugar de desembarco, no debería haber acantilados.

—Ya lo veo —le respondió Marcus a gritos—. ¡Tendremos que apañárnoslas cuando desembarquemos!

En el centro del navío, los miembros más nuevos del equipo estaban sentados, muy juntos, protegiéndose del embate incesante

del viento y la espuma. Las capas se les pegaban a sus cuerpos empapados mientras se agachaban, cada hombre aferrando su sarcina con ambos brazos y los nudillos blancos por la tensión. Los bultos, envueltos en tela encerada, estaban encajados entre sus rodillas y asegurados con cuerdas atadas a sus muñecas, una precaución vital por si el mar embravecido los arrastraba por la borda. Las envolturas enceradas les ayudarían a mantenerse a flote, aunque solo fuera por un breve tiempo, ofreciéndoles un frágil salvavidas en las aguas traicioneras.

Los tres hombres adicionales estaban acurrucados, todos deseando desesperadamente que la infernal travesía terminara. El embriagador deleite y la satisfacción de haber superado el proceso de selección apenas unas semanas antes se habían convertido en nada más que un recuerdo lejano y, mientras el barco gemía bajo la tensión de la tormenta, más de uno temió que encontraría su fin antes siquiera de desenvainar la espada con furia.

—¡Sujetaos! —gritó Marcus, mientras otra potente ráfaga de viento azotaba las velas.

El barco se escoró peligrosamente mientras otra ola se estrellaba sobre la cubierta. Falco maldijo y su habitual humor descarado dio paso al miedo y la frustración.

—Si no desembarcamos pronto —gritó—, el mar nos tragará.

Como si fuera una respuesta, una ola gigantesca se alzó hacia ellos y, al instante siguiente, estrelló el barco contra la costa rocosa con un crujido que hizo temblar los huesos, lanzando a los hombres a las aguas heladas, con sus gritos ahogados por el rugido del viento y las olas.

Marcus se golpeó con fuerza contra el agua; el impacto del frío casi lo paralizó. Luchó por salir a la superficie, boqueando en busca de aire, tratando desesperadamente de mantenerse a flote. Otra ola lo golpeó, abrumándolo, pero empujándolo más cerca de la orilla. Una y otra vez fue arrastrado bajo el agua solo para emerger de nuevo, cada vez mucho más débil, pero, momentos después, su mano chocó con algo sólido y se abrió paso a gatas hasta las rocas escarpadas, arrastrándose fuera del alcance del mar. Subió su sarcina empapada con la correa y buscó supervivientes a su

alrededor. A un lado, Raven ya estaba sacando a Sica a la orilla y, junto a él, estaba Falco, farfullando y maldiciendo mientras arrastraba a Cassius consigo.

Marcus se puso en pie tambaleándose, recorriendo la orilla con la mirada. La barca era un amasijo de restos, destrozada contra las rocas, pero en la distancia pudo ver a Atticus que llegaba a la orilla a trompicones, chorreando y sin aliento; sin embargo, a Druso no se le veía por ninguna parte. Una vez que todos hubieron recuperado el aliento, buscaron supervivientes a lo largo de cientos de metros en ambas direcciones, pero Druso había desaparecido, junto con el capitán de la nave y sus dos tripulantes.

—No podemos quedarnos aquí más tiempo —dijo Raven—. Estamos muy lejos de donde planeábamos y ya casi amanece. Tenemos que encontrar un lugar donde guarecernos hasta que averigüemos dónde estamos.

—Ahí arriba —señaló Falco un estrecho barranco que ascendía por los acantilados—. Parece escarpado, pero es mejor que quedarnos aquí sentados esperando a morirnos de frío.

Sin más opciones, empezaron a trepar, resbalando en las rocas mojadas mientras subían a duras penas por el barranco, con sus sarcinae empapadas pesándoles sobremanera. El viento aullaba a través de la estrecha brecha, pero ellos siguieron adelante, cada hombre concentrado en escapar de la mortal atracción del mar que se extendía a sus pies.

Sica fue el primero en llegar a la cima y se giró para ofrecer una mano a los demás, ayudándolos a subir uno a uno. Cuando Marcus alcanzó la cima, se detuvo y contempló el paisaje a oscuras.

—Aquí encontraremos refugio —dijo al ver un saliente bajo en el acantilado—. Solo por esta noche. Con las primeras luces, buscaremos un sitio mejor y averiguaremos dónde estamos.

Los hombres se acurrucaron bajo el saliente rocoso, exhaustos pero vivos. La tormenta aún rugía en el exterior y el viento aullaba sobre los acantilados, pero, por el momento, habían encontrado un atisbo de seguridad y, en su oficio, la supervivencia era la primera victoria.

---

Al amanecer, la tormenta había amainado, dejando el paisaje empapado pero en una calma inquietante. Los hombres se desperezaron en su refugio improvisado; el viento era ahora un murmullo apagado en comparación con la ferocidad de la noche anterior.

—Decimus sabe cómo sobrevivir —murmuró Marcus, más para tranquilizarse a sí mismo que a los demás—. Lanzó una mirada al resto: rostros pálidos, ojos hundidos por el agotamiento, pero decididos. Habían sobrevivido a la noche y ahora debían prepararse para lo que viniera después.

Los hombres empezaron a desenvolver sus sarcinae, retirando con cuidado la tela encerada que había mantenido seco su equipo durante la tormenta, e inspeccionaron sus armas y provisiones con silenciosa eficacia. Los envoltorios encerados, ahora embarrados y gastados, fueron enterrados en un hoyo poco profundo bajo las rocas, a salvo de miradas indiscretas.

Falco asintió enérgicamente hacia el sol naciente.

—Los dioses nos sonríen hoy. Hemos pasado noches peores, ¿eh?

Sica, sentado con las piernas cruzadas mientras volvía a comprobar el filo de su espada, emitió un gruñido parco en palabras. Su silencio decía todo lo que había que decir: habían sobrevivido de pura casualidad, pero estaban vivos, y esa siempre era una buena manera de empezar el día.

Marcus se levantó, ajustándose la capa, con la mente ya puesta en el siguiente paso.

—No podemos quedarnos aquí —dijo—. Este lugar está demasiado expuesto. Si alguien vio el naufragio u oye hablar de él, vendrán a investigar.

Raven se puso en pie.

—Saldré a reconocer el terreno y a averiguar dónde estamos.

—Voy contigo —replicó Marcus, ciñéndose la espada al costado—. Los demás, permaneced ocultos. Volveremos en cuanto podamos.

Los dos hombres se aventuraron a salir, adentrándose en la densa maleza que había más allá del barranco. La tierra era salvaje

e indómita, y el viento aún arrastraba la sal del mar, pero cuanto más se adentraban en el interior, más cambiaba el paisaje. Raven iba en cabeza, con los ojos siempre alerta en busca de señales de vida, humana o no. Marcus lo seguía de cerca, con los sentidos aguzados por años de vida militar, aunque sabía que Raven era mucho mejor en este tipo de trabajo.

El terreno ascendía formando una serie de colinas, y la costa rocosa daba paso a espesos pastizales pantanosos y árboles dispersos. A medida que subían, la extensión de Britania se desplegaba ante ellos, un terreno vasto e implacable sin rastro de puntos de referencia familiares. Ni aldeas, ni granjas, ni señales de civilización. Solo tierra salvaje y yerma.

Raven se detuvo, agazapado junto a unos matorrales.

—Creo que estamos más al norte de lo esperado —murmuró, pasándose la mano por la tierra húmeda—. No es aquí donde se suponía que debíamos desembarcar.

—¿Cuánto nos hemos desviado? —preguntó Marcus.

—Leguas —la mirada de Raven se desvió hacia el horizonte—. Se suponía que íbamos a desembarcar en el sur, pero esto está demasiado al norte. Creo que el viento nos ha arrastrado hasta las tierras de los icenos.

—¿Estás seguro?

—No puedo estarlo del todo, pero esta costa parece salvaje y habitada y, con esos vientos del sur, tiene sentido. Lo sabré con certeza cuando vea el ganado o escuche hablar a alguno de sus habitantes. Si son tierras de los icenos, podremos respirar un poco más tranquilos. Se sabe que Prasutagus comercia libremente con Roma y no es tan belicoso como sus vecinos, pero, si son los Trinovantes, tendremos que andarnos con cuidado.

—¿No es Cunobeline el rey de los Trinovantes?

—Lo es. Y también es el rey de los catuvelonos. Pero, más cerca de la costa, Togodumnus goza de mucha más influencia que su padre y muchos clanes siguen su ejemplo. Es de él de quien debemos preocuparnos.

—Bueno, esperemos estar en tierras de los icenos, al menos hasta que nos orientemos.

Mientras el sol subía cada vez más alto, Marcus y Raven descendieron la colina. Las tierras salvajes de Britania se extendían ante ellos y, durante las siguientes horas, no vieron señal de vida alguna. Hacia el mediodía, estaban a punto de dar media vuelta cuando Raven se detuvo de repente y alzó una mano en señal de advertencia.

—¿Qué ocurre? —preguntó Marcus.

Raven no respondió. Tenía los ojos fijos en la cresta de la siguiente colina. Un instante después, Marcus también vio el peligro: tres jinetes aparecieron por la loma, los cascos de sus caballos levantando terrones de tierra mientras descendían hacia el valle abierto. Jinetes celtas.

Marcus se agachó de un salto e indicó a Raven que lo siguiera hacia la hierba más espesa que había cerca. Los dos hombres se tumbaron en el suelo, con los cuerpos ocultos por los altos y ondulantes tallos. Desde su posición, podían oír el leve tintineo de las bridas y el suave resoplido de los caballos a medida que los jinetes se acercaban.

Los celtas cabalgaban despacio, con sus agudos ojos recorriendo el paisaje. Eran guerreros envueltos en pieles, con el pelo largo recogido con cordones de cuero y las lanzas en la mano sin apretarlas. Llevaban la piel descubierta cubierta de dibujos pintados y se movían con la soltura de hombres acostumbrados a patrullar sus tierras.

Marcus no se atrevía a moverse; contenía el aliento mientras observaba a los jinetes acercarse. Si uno de ellos miraba hacia abajo, incluso un atisbo de movimiento podría delatarlos. Apretó con más fuerza la empuñadura de su espada, aunque sabía perfectamente que una confrontación sería un suicidio. ¿Tres guerreros a caballo contra dos a pie? No tendrían ninguna oportunidad.

Raven yacía inmóvil a su lado, con el rostro sereno, pero Marcus podía ver la tensión en sus ojos. Cada segundo parecía una eternidad mientras los jinetes se aproximaban, sus caballos resoplando y pateando la tierra a pocos pasos de donde los dos hombres permanecían ocultos. Uno de los celtas tiró de las riendas,

haciendo que su caballo se girara en su dirección, y Marcus se quedó helado, con los músculos tensos como un resorte, listo para atacar si los descubrían.

Pero la mirada del jinete pasó por encima de ellos, sin ver más que la hierba salvaje que se extendía sin fin por las colinas. Espoleó a su caballo para que avanzara y, para inmenso alivio de Marcus, los jinetes continuaron su camino, acelerando el paso mientras se dirigían hacia el valle. En cuestión de minutos, no eran más que una mancha lejana que desaparecía tras la siguiente loma, dejando tras de sí únicamente el sonido del viento.

Marcus se incorporó ligeramente, todavía medio agachado, y miró a Raven.

—Ha estado cerca.

Raven exhaló lentamente y se puso en pie.

—Demasiado —dijo—, pero al menos no eran Trinovantes.

—¿Estás seguro?

Raven asintió secamente.

—Ícenos. He reconocido las marcas.

Marcus soltó el aire, con los músculos todavía tensos por el encontronazo.

—Bueno, al menos eso confirma que no estamos en pleno territorio enemigo. Si estamos cerca de las tierras de los icenos, significa que no nos hemos desviado tanto como pensábamos.

—De acuerdo —dijo Raven—. Ahora que sabemos dónde estamos, podemos planear nuestro siguiente paso. Volvamos con los demás.

Los dos hombres se levantaron de la hierba y empezaron a desandar el camino. Las tierras salvajes de Britania eran implacables, y aún les quedaban leguas por recorrer antes de alcanzar a sus camaradas.

---

Varias horas después, regresaron al barranco, pero no había ni rastro de los demás, ni siquiera una huella.

—Se han ido —masculló Raven, mientras sus agudos ojos recorrían el suelo. Se arrodilló y pasó la mano por una zona de hierba aplastada—. Pero no hace mucho.

Marcus asintió, pero en su rostro no se veía preocupación alguna. Era una práctica habitual de los Occultum trasladarse si encontraban un escondite mejor.

—Busca señales —dijo.

Raven se puso en pie y ambos se dispersaron en busca de algo que sabían que los hombres habrían dejado. Raven se dirigió hacia la gran roca que los había guarecido del viento cuando algo llamó su atención: una tenue serie de arañazos en la superficie de la piedra, apenas visibles para un ojo inexperto. Se acercó, se acuclilló junto a la piedra y pasó los dedos por las marcas. Eran toscas, talladas a toda prisa, pero para Raven su significado era nítido.

Los símbolos no eran aleatorios. Formaban parte de un código ideado por los Occultum, un lenguaje propio que solo conocían los miembros del grupo. La primera marca se parecía a un pájaro anguloso; la siguiente, a una serie de líneas quebradas, y la última, a una línea curva. Para cualquier otro hombre, aquellos arañazos habrían parecido meros grabados hechos por pasar el rato, pero para Raven, lo decían todo.

—Se han ido hacia el oeste —dijo con seguridad—. Hacia el bosque.

—Bien —dijo Marcus—, habrán encontrado un refugio mejor. Vamos.

Los dos hombres echaron a andar en la dirección que indicaban las marcas. El terreno ascendía con una suave pendiente, y la hierba alta daba paso a zonas de maleza espesa y árboles achaparrados. Al acercarse al linde del bosque, Marcus sintió que la tensión amainaba ligeramente. Los bosques profundos de Britania eran indómitos y estaban llenos de peligros ocultos, pero, por el momento, ofrecían seguridad y refugio de cualquier mirada indiscreta que pudiera haber descubierto su barca destrozada o sus huellas en campo abierto.

Momentos después, entraron en el bosque, cuyo espeso dosel proyectaba largas sombras sobre el suelo. Allí el aire era más fresco, y el olor a tierra húmeda y pino lo impregnaba todo. Marcus se mantuvo alerta, con la mano siempre cerca de la espada y, cien pasos más adentro, Raven levantó la mano para indicar que se

detuvieran. El rastreador tenía la mirada afilada y sus movimientos eran controlados mientras escuchaba los tenues sonidos del bosque. Instantes después, ahuecó las manos alrededor de la boca e imitó la llamada de un búho, un ulular suave y bajo que resonó brevemente en la quietud. Durante unos cuantos latidos más reinó el silencio; luego, desde las sombras que se cernían más adelante, llegó una débil respuesta, otra llamada de búho, esta un poco más aguda, un poco más deliberada. Una señal. La boca de Raven se torció en una breve sonrisa.

—Están cerca.

Avanzaron de nuevo, pasando por encima de raíces y agachándose bajo las ramas bajas y, a los pocos minutos, Raven volvió a detenerse, observando otra señal inequívoca: una rama delgada doblada en un ángulo extraño. Era lo que había estado buscando y, al darse la vuelta, dio un respingo al ver a Sica de pie a solo unos pasos de distancia.

—Sica —siseó—, me has dado un susto de muerte.

—Sabíamos que veníais —dijo Sica—. Has perdido práctica, Raven. Parecíais una manada de ciervos corriendo por el bosque.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Marcus, acercándose.

—Cerca —dijo Sica—. Seguidme.

Diez minutos después, se agacharon y reptaron por debajo de un denso y enmarañado matorral para finalmente salir a un pequeño claro que se había formado apenas unas horas antes. Todos los hombres estaban sentados en el perímetro, con un aspecto más relajado del que habían tenido en muchos días.

—Habéis tardado lo vuestro —dijo Falco—. Estábamos pensando que a lo mejor teníamos que dejaros atrás y encargarnos de esto solos.

—Hemos tenido un pequeño encontronazo —dijo Marcus, dirigiéndose a su sarcina—. Nada grave, pero al menos sabemos que estamos en territorio de los icenos. —Miró a su alrededor con aprobación. El matorral proporcionaba una cobertura excelente y amortiguaría cualquier ruido que pudieran hacer sin querer—. Acamparemos aquí mañana —dijo—, y partiremos con las últimas luces del día.

—¿En qué dirección? —preguntó Sica.

—Hacia el oeste —dijo Marcus—. Al final encontraremos una aldea o una granja y, cuando lo hagamos, Raven conseguirá indicaciones para llegar a Venta Icenorum, la capital de los icenos.

—El nombre suena romano —dijo Cassius.

—Porque lo es —dijo Marcus—. Su rey, Prasutagus, es uno de los pocos de estas tierras que es aliado de Roma. Iremos allí y nos afianzaremos antes de dirigirnos al sur.

—Que así sea —dijo Falco y, mientras Raven y Marcus abrían sus mochilas para coger algo de comida bien merecida, Sica y Atticus salieron del escondite para hacer la primera guardia, mientras el resto de los hombres se disponía a instalarse para pasar la noche. Por fin habían llegado a Britania y, tras los primeros contratiempos, ya estaban listos para llevar a cabo la misión para la que tanto se habían entrenado durante los últimos meses.

---

# Capítulo Diez

## Territorio Vándalo

El denso bosque al este del Elba se tragó a los tres hombres en su penumbra y sus imponentes árboles bloqueaban la escasa luz matutina que lograba atravesar el dosel. Sus caballos avanzaban con cautela por la espesa maleza, con los cascos amortiguados por la húmeda y esponjosa alfombra de hojas. Los estrechos y descuidados senderos que seguían distaban mucho de los caminos trillados que cruzaban el este de Germania; aquí, entre las raíces nudosas y la densa maleza, hasta el más mínimo traspié podía delatarlos, y ese era un riesgo que no podían permitirse correr.

Talorcan iba en cabeza, con los agudos ojos escudriñando la penumbra entre los árboles, alerta a cualquier señal de movimiento o peligro. Tras él, Séneca y Canis lo seguían en silencio, cada uno dolorosamente consciente de que la muerte podía acechar a la vuelta de cualquier esquina. Los vándalos eran famosos por su agresividad, propensos a atacar a los extraños nada más verlos, sin previo aviso ni piedad.

Su cabalgata por el territorio de los queruscos había sido frenética, una carrera alocada por tierras que, en el mejor de los casos, eran poco hospitalarias. Pero ahora, al adentrarse más en los bosques cercanos al Elba, su ritmo se ralentizó; cada movimiento era más deliberado, más calculado. Ya estaban cerca y un solo error podría costarles la vida a todos.

Talorcan alzó la mano y los detuvo. El bosque enmudeció a su alrededor mientras desmontaba y se agachaba para inspeccionar el suelo. Sus dedos recorrieron una rama quebrada; la tierra estaba blanda y recién removida. Frunció el ceño.

—Por aquí ha pasado una partida de caza —musitó—. No hace más de un día. Un grupo pequeño que se movía con rapidez.

La mirada de Séneca se desvió hacia el norte, donde un tenue olor a humo flotaba en la brisa. Entrecerró los ojos.

—Hogueras —dijo en voz baja—. Debemos de estar cerca.

Talorcan asintió. Su avance desde que cruzaron el Elba había sido terriblemente lento, cada paso cargado de peligro. Pero ahora, por fin, se acercaban a su destino, la zona de la que le había hablado su contacto. Era aquí, en algún lugar de estos bosques, donde una de las tribus tenía a un esclavo romano, un hombre encargado de cuidar de sus caballos.

—Necesitamos cobijarnos mejor —dijo Séneca—. Una vez que nos hayamos guarecido, seguiremos a pie.

Volvieron a montar y guiaron a sus caballos hacia las profundidades del bosque. Las sombras se espesaron y los árboles parecieron cernirse sobre ellos, sus ramas entrelazándose como dedos esqueléticos, y cada susurro de las hojas, cada chasquido de una ramita, se magnificaba en el opresivo silencio. El viaje hasta el momento había sido frenético, peligroso y angustioso, pero todos sabían que lo más difícil estaba aún por llegar.

---

A unas cuantas leguas de distancia, un grupo de guerreros se dirigía al cercado situado en el centro de la aldea. Se había corrido la voz de que una valiosa yegua de cría había parido, pero el potro estaba en apuros y, al acercarse, pudieron ver al maestro de caballos bátavo arrodillado junto al cuerpo aparentemente sin vida del recién nacido. Tenía el rostro empapado en sudor mientras trabajaba febrilmente, luchando por salvarle la vida.

Brennus tenía el ceño fruncido en profunda concentración mientras sus manos se movían por las patas del potro, masajeándolas, tratando de infundir sangre y fuerza en las temblorosas extremidades. La madre permanecía cerca, con sus grandes ojos fijos en Brennus, pero no había miedo en su mirada. Ahora confiaba en él, como todos los demás.

Se congregaron más guerreros, hombres rudos ataviados con pieles y cuero, con los rostros curtidos por la batalla y el clima. Observaban en silencio, con los ojos entrecerrados, no con desdén, sino con un respeto a regañadientes. Brennus, aunque seguía siendo un cautivo, se había ganado cierto reconocimiento entre ellos gracias a su habilidad con los caballos. Había pasado más de un año desde

que lo sacaron del río y, aunque sus primeros días con los vándalos habían sido duros, poco a poco las cosas habían empezado a cambiar.

Al darse cuenta de que estaba perdiendo al potro, Brennus actuó con rapidez, ahuecando las manos alrededor del pequeño hocico del animal hasta sellarlo por completo. Los guerreros observaban, con el ceño fruncido, mientras lo veían intentar algo inesperado. Sin dudarlo, Brennus cubrió la nariz del potro con su propia boca, soplando con fuerza en sus ollares. Los presentes negaron con la cabeza, incrédulos, y un murmullo recorrió la multitud. Al no haber respuesta, Brennus lo intentó de nuevo, cada aliento más desesperado que el anterior.

Justo cuando los guerreros empezaban a mofarse, con sus voces alzándose en son de burla, un débil balido escapó de la boca del potro. Brennus aflojó la presa y reanudó el masaje en sus patas, haciendo circular la sangre por las pequeñas y frágiles venas. Instantes después, el potro volvió a chillar, esta vez con más fuerza, y lanzó una coz con una fuerza repentina que alcanzó a Brennus en el costado. Este apenas se inmutó, ignorando el dolor, y continuó hasta que, por fin, el potro empezó a moverse.

Al principio se tambaleó, luchando por ponerse en pie, y luego tropezó hacia delante. Brennus extendió los brazos y sus rudas manos afirmaron a la criatura, guiándola en sus primeros intentos de mantener el equilibrio, mientras su diminuto pecho subía y bajaba al tomar sus primeras bocanadas de aire. La yegua resopló suavemente, empujando con delicadeza a su recién nacido con el hocico, y Brennus, concluida su labor, retrocedió para dejar que madre y potrillo crearan su vínculo en paz.

Un gruñido de aprobación provino de los guerreros que observaban. Uno de ellos, el dueño de la yegua, se abrió paso entre el grupo, y el crujido de sus pesadas botas resonó sobre la tierra. Era un hombre corpulento, de barba enmarañada y ceño perpetuo. Estudió a Brennus un buen rato, con la mirada saltando del bátavo a la yegua y su potrillo. Sin mediar palabra, rebuscó en los pliegues de su manto y sacó un brazalete de plata, deslucido pero de fina factura, cuya superficie brillaba tenuemente a la luz del fuego.

Con un gruñido, se lo arrojó a Brennus, que lo atrapó con una mano. El peso de la plata resultó extraño en su palma y, por un momento, Brennus miró al hombre, sorprendido. Era raro que a un cautivo se le diera algo de valor, y más raro aún era un gesto de gratitud por parte de uno de los vándalos. El grupo que los rodeaba permaneció en silencio, con los ojos fijos en el intercambio, pero no cabía duda de su significado. La plata era más que un pago, era un reconocimiento.

Brennus asintió con la cabeza, con expresión serena, aunque por dentro sintió el cambio. Llevaba más de un año prisionero, sobreviviendo a base de mantener un perfil bajo y sus habilidades a punto. Ahora, lentamente, la balanza se estaba inclinando. Los vándalos ya no lo veían como un simple cautivo, sino como alguien útil, alguien digno de reconocimiento.

El guerrero se dio la vuelta y se marchó, con los hombros encorvados contra el viento, dejando a Brennus allí de pie, con el brazalete aún frío en la mano. La multitud comenzó a dispersarse, su interés se desvanecía ahora que el espectáculo había terminado, pero Brennus sentía que su lugar entre los vándalos estaba cambiando, aunque ellos aún no lo admitieran. Se secó el sudor de la frente, con el pecho todavía agitado por el esfuerzo de salvar al potro, y su mirada se desvió más allá del cercado, hacia el lado opuesto, donde una figura familiar permanecía de pie, observando.

Allí, a la sombra de una cabaña cercana, estaba Elara, su mujer, con el hijo de ambos envuelto en brazos. Su cabello, oscuro y trenzado, captaba la luz del atardecer, e incluso desde esa distancia, Brennus pudo ver la dulzura en su mirada. Se había acercado en silencio, como solía hacer, evitando las miradas de los guerreros que merodeaban por las inmediaciones. Era cautelosa, sabiendo que la posición de él en la tribu aún era incierta. Sin embargo, allí estaba, ofreciéndole la fuerza de su presencia en aquel momento de silencioso triunfo.

Sin decir palabra, Brennus se enderezó y caminó hacia ella, con el cuerpo todavía dolorido por la tensión del trabajo, pero con el corazón aliviado por su presencia. Al acercarse, Elara sonrió, una sonrisa pequeña y dulce, y fue suficiente. La criatura en sus brazos

se removió, y un suave gorgoteo rompió la quietud. Brennus extendió la mano y le ofreció el brazalete de plata.

Ella se quedó mirando el regalo, con un destello de sorpresa en los ojos. No era frecuente que alguien recibiera tales gestos de los vándalos, y sabía lo que significaba.

—Te lo has ganado —dijo en voz baja—. Es tuyo para que lo lleves, no mío.

—Quiero que lo tengas tú —dijo él—. Guárdalo por si alguna vez necesitas medicinas si tú o el niño enfermáis. —La mujer asintió y, juntos, emprendieron el camino de regreso a la cabaña que compartían, con el brazalete guardado en la mano de Elara.

Mientras se alejaban del cercado, Brennus podía sentir las miradas en su espalda, el peso de su atención, inconfundible. Miró por encima del hombro y vio a Wulfstan y a otro guerrero, Odo, un hombre que sabía cercano al jefe, observándolo.

Los dos vándalos lo vieron marchar; sus miradas, agudas pero pensativas. Wulfstan soltó un pequeño gruñido de aprobación mientras observaba al bátavo alejarse.

—Es diferente —dijo, rascándose la barba—. No es como los otros.

Odo asintió lentamente.

—Lo es. Tiene una habilidad con los caballos como no he visto a nadie jamás. Hay valor en un hombre así.

Wulfstan volvió a mirar al potro, ahora en pie, tambaleante pero vivo.

Los ojos de Odo permanecieron fijos en Brennus, que en ese momento desaparecía en la luz mortecina con su mujer y su hijo.

—Lleva ya bastante tiempo con nosotros —reflexionó en voz alta—. Y se ha ganado su puesto, al menos en lo que a los caballos respecta. Quizá sea hora de que lo aceptemos como uno de los nuestros.

Wulfstan gruñó en señal de asentimiento, aunque se percibía un atisbo de vacilación en su voz.

—Sigue siendo un occidental, y hay algunos que todavía preferirían ver su cabeza en una pica.

Odo se encogió de hombros, sin apartar la mirada de la figura que se alejaba.

—Puede que así sea, pero ya has visto cómo trabaja con los caballos. Seríamos necios si no lo considerásemos. Perder a un hombre así por negligencia sería un insulto para los dioses.

Wulfstan le dio una palmada en la espalda a Odo, un gesto de camaradería poco habitual en él.

—Pensémoslo. No hay por qué precipitarse, pero tienes razón. Se ha ganado algo más que una simple cinta de plata.

Cuando se volvieron hacia el cercado, el potro se les acercó al trote, y Wulfstan lo observó con callada satisfacción. Esperarían a ver qué pasaba, pero una cosa estaba clara: el lugar de Brennus entre los vándalos estaba cambiando. Lenta, pero inexorablemente, el cautivo bátavo se estaba convirtiendo en algo más que un simple esclavo.

---

Seneca y Talorcan se movían por el espeso bosque; cada pisada, cuidadosamente colocada; cada aliento, contenido. La maleza era allí densa, una maraña de raíces y espinas que amenazaba con enganchar y delatar hasta la pisada más leve. Canis se había quedado atrás, con la tarea de vigilar los caballos, asegurándose de que permanecieran en silencio y ocultos en las profundidades del bosque. Los vándalos matarían a un hombre por mucho menos que adentrarse en sus tierras, y que los descubrieran ahora significaría la muerte para todos.

A medida que se acercaban a la aldea, los sonidos del asentamiento llegaron hasta ellos: voces lejanas, el ruido de herramientas y el ladrido ocasional de un perro. Talorcan levantó una mano, haciéndoles señas para que se detuvieran, y Seneca se quedó helado al instante, con sus agudos ojos clavándose en algo más adelante.

Seneca señaló una pequeña elevación del terreno, cubierta de zarzas y helechos. Les daría la altura extra que necesitaban sin exponerlos a miradas indiscretas. Talorcan asintió y empezaron a arrastrarse, centímetro a centímetro, con el cuerpo pegado a la tierra. Cada movimiento era deliberado; cada cambio de peso,

calculado para evitar el chasquido de las ramitas o el susurro de las hojas.

Alcanzaron la elevación y se pusieron en posición, ocultándose bajo la espesa maleza. Los helechos y las zarzas los cubrían por completo, sus cuerpos se fundían con la tierra, invisibles para cualquiera que pudiera pasar por allí. Seneca se movió ligeramente, asegurándose de que tenía una línea de visión clara, mientras que la mirada de Talorcan ya estaba fija en la aldea de abajo, con sus agudos ojos buscando cualquier señal de Brennus.

Yacieron en silencio, observando, aprendiendo las costumbres del pueblo vándalo. La aldea bullía de actividad: un hombre afilaba un hacha junto al fuego, un grupo de mujeres preparaba la comida, unos cuantos guerreros regresaban de cazar, cargando con las reses sobre los hombros. Los ojos de Talorcan saltaban de una figura a otra, con su mente recomponiendo los patrones de vida en el asentamiento, pero no había ni rastro del hombre que buscaban.

—Nada —susurró Talorcan, con una voz apenas audible por encima de la brisa.

Seneca asintió, con el ceño fruncido por la concentración. Brennus estaba allí, en alguna parte, de eso estaba seguro. El contacto de Talorcan había sido categórico, y si no estaba a la vista ahora, simplemente tendrían que esperar, observar más tiempo y aprender más.

Pasaron las horas mientras permanecían ocultos, la luz cambiando lentamente del final de la tarde al anochecer. Las sombras se alargaron y la aldea se asentó en un ritmo más tranquilo a medida que el trabajo del día llegaba a su fin. Encendieron la hoguera central y pronto el olor a carne asada impregnó el aire. Los guerreros se reunieron alrededor del fuego, hablando en voz baja, compartiendo jarras de cerveza.

—Ahí está —susurró Talorcan de repente.

Seneca siguió su mirada y lo vio. Un hombre alto, con el pelo oscuro recogido hacia atrás, que salía de los límites del asentamiento con un caballo a la zaga. Incluso desde esa distancia, Seneca pudo ver la facilidad con la que manejaba al animal, con sus manos moviéndose con la confianza de alguien que conocía bien a la

criatura. El caballo era un bello ejemplar, que a todas luces pertenecía a alguien importante, y quien lo guiaba no era otro que el propio Brennus.

—Está vivo —murmuró Seneca, con la voz firme a pesar del torrente de emociones que sintió—. Pero necesitamos más tiempo. Tenemos que saber cuán integrado está aquí. Ver con quién habla, cuál es su función.

Los dos hombres permanecieron ocultos, sin apartar la vista de Brennus. Observaron cómo ataba el caballo y hablaba brevemente con un guerrero que pasaba; su lenguaje corporal era relajado, pero no sumiso. No había señales visibles de maltrato, ni cadenas, ni un guardia siguiéndole los pasos, pero seguía siendo un cautivo, por muy libre que pareciera.

Cayó la noche, y la hoguera de la aldea ardió con más fuerza a medida que el cielo se oscurecía y la aldea comenzaba a recogerse para pasar la noche. Seneca miró a Talorcan.

—Volveremos mañana. A vigilar de nuevo. Necesitamos saber más antes de actuar.

Comenzaron a arrastrarse lenta y penosamente de vuelta a lo más profundo del bosque antes de ponerse en pie y regresar adonde Canis y los caballos los esperaban. La misión distaba mucho de haber terminado, pero, por primera vez desde que habían partido, Seneca sintió un atisbo de esperanza. Brennus estaba vivo y pronto, con la ayuda de los dioses, lo traerían de vuelta a casa.

---

# Capítulo Once

## Las Tierras de los Icenos

El viaje desde la costa hasta la capital de los icenos había sido largo y agotador, y cada paso había requerido paciencia, cautela y destreza. Los Occultum se movían solo de noche, deslizándose entre las sombras como fantasmas sin dejar rastro de su paso. De día, permanecían ocultos, valiéndose de la espesura de los bosques, de los afloramientos rocosos y de las ruinas abandonadas para guarecerse. Cada miembro del equipo estaba entrenado en el subterfugio y el secretismo, y ello se reflejaba en su forma de moverse por aquella tierra hostil: lentos, metódicos e invisibles.

Las tierras britanas eran peligrosas, no solo por las tribus que las poblaban, sino porque el propio terreno parecía oponerse a su prohibida presencia. Raven iba en vanguardia y su aguda vista era capaz de distinguir las rutas más seguras, evitando los senderos de caza o cualquier señal de paso humano; sus sentidos estaban en sintonía con la tierra, con el susurro de la brisa, con el crujido de una ramita. La luna era su única guía, y su pálida luz se filtraba a través del dosel arbóreo mientras se adentraban en el interior. A veces, oían voces lejanas, el parloteo de una reunión vespertina en un asentamiento cercano o el ladrido de un perro de caza en las colinas. En tales ocasiones, se quedaban inmóviles, con la respiración contenida y los cuerpos pegados al suelo del bosque hasta que el peligro pasaba. Una vez que lo hacía, reanudaban su cauteloso avance, un pie delante del otro, siempre alerta, siempre ocultos.

Pasaron los días en silencio, con el sol filtrándose débilmente entre los árboles. Los hombres comían en silencio, con las raciones escasas y los oídos atentos a cualquier sonido que pudiera delatar la proximidad de un peligro. Se comunicaban mediante gestos; una palabra susurrada de vez en cuando bastaba para mantenerlos centrados en la tarea, pero, a medida que se acercaban a la capital

de los icenos, la tensión aumentaba. Los bosques clarearon, reemplazados por campos abiertos y castros que salpicaban el paisaje.

Finalmente, al sexto día, avistaron las murallas de la capital de los icenos. Estaba enclavada en una colina, rodeada por una empalizada de madera, con la tierra circundante salpicada de granjas y campos de pastoreo.

Marcus hizo una señal al grupo para que se detuviera en el linde del bosque.

—Desplegaos —ordenó en voz baja—. Manteneos en la linde del bosque, pero no os dejéis ver. Raven, Sica, ya sabéis lo que tenéis que hacer.

---

Aproximadamente una hora más tarde, los dos hombres se movían por el asentamiento celta, con las capas ceñidas para protegerse del aire fresco y húmedo. Las calles eran estrechas, flanqueadas por casas de adobe y cabañas con armazón de madera, de cuyos hogares ascendía el humo. El murmullo de la vida continuaba a su alrededor: el ocasional susurro de voces tras las puertas cerradas, el balido de las ovejas en pequeños cercados, el tintineo de herramientas en talleres lejanos. Sin embargo, ellos seguían adelante, con los rostros gachos, confundiéndose con las muchas personas que se movían por la ciudad.

A medida que se adentraban, Sica advirtió algo inusual entre las toscas estructuras nativas. Escondidos entre las sencillas viviendas había pequeños edificios de inconfundible estilo romano. Eran escasos, diseminados como protuberancias ajenas en el suelo celta, pero su influencia era clara. Sencillos ladrillos, tejados de tejas y arcos, pequeñas estructuras funcionales que recordaban a los diseños de la Galia, aunque mucho menos grandiosas. Era un testimonio sutil, pero innegable, del comercio romano que Prasutagus, el rey de los icenos, había fomentado durante años. Raven intercambió una mirada con Sica; un atisbo de sorpresa se reflejaba en los ojos de su camarada. La influencia de Roma estaba aquí, incluso en este remoto rincón de Britania.

—Han adoptado las costumbres romanas más de lo que pensaba —masculló Sica por lo bajo.

—Prasutagus se ha asegurado de ello —dijo Raven—. El comercio es una herramienta poderosa.

Continuaron por la ciudad, con cuidado de no llamar la atención. Las calles se estrechaban, convergiendo hacia el centro. El olor a pan recién horneado se mezclaba con los aromas exóticos y distintivos de las especias, olores desconocidos en estas tierras del norte, en los confines del imperio.

La plaza del centro de la ciudad estaba llena de comerciantes que vendían sus mercancías regateando con los clientes. Entre ellos, un hombre estaba de pie junto a una colección de vasijas de barro y cestas tejidas, con sus existencias repletas de especias del lejano oriente. Ramas de canela, azafrán seco y granos de pimienta yacían cuidadosamente dispuestos, su valor inconfundible incluso con la poca luz.

—Ahí está —susurró Raven, señalando al mercader con la cabeza—. Ese debe de ser nuestro hombre.

Sica gruñó en señal de asentimiento, su mano rozando instintivamente la empuñadura de su daga mientras se dirigían hacia el puesto. Al acercarse, Raven mantuvo el rostro impasible, oteando la plaza en busca de cualquier señal de problemas. La ciudad estaba tranquila, pero toda precaución era poca, sobre todo tan cerca de su objetivo.

El mercader alzó la vista cuando se acercaron y sus ojos oscuros los recorrieron rápidamente. Era más viejo de lo que Raven había esperado, con el rostro surcado por años de viajes y comercio, pero su mirada era aguda y perspicaz.

—Saludos, forasteros —dijo, intuyendo otra venta.

—Saludos —respondió Raven—. ¿Está usted despachando?

—Siempre estoy despachando —replicó el mercader—. ¿Qué puedo ofrecerles?

—Buscamos una especia muy rara de las profundidades de Italia —dijo Raven—. He olvidado el nombre, pero sé que los nativos de allí se refieren a ella como Garra de Águila. ¿La tiene?

Durante unos instantes, el mercader permaneció en silencio, con los ojos entornados por la confusión antes de que un destello de comprensión le iluminara el rostro.

—En efecto, es una rareza —respondió—, pero creo que me queda un poco. Vengan conmigo.

Les hizo un gesto para que lo siguieran, alejándolos del puesto y adentrándose con ellos en las callejuelas de la ciudad. Mientras caminaban, Raven y Sica no pudieron evitar fijarse en la deferencia que mostraban al mercader aquellos con los que se cruzaban. Era a todas luces un hombre influyente, lo cual tenía todo el sentido, pues era su intermediario, un enlace directo con el mismísimo Prasutagus.

Pocos minutos después, llegaron a uno de los edificios de estilo romano que habían visto antes y entraron. El interior les resultó familiar, pues se asemejaba a una casa romana y, si bien no era tan opulento como los de las grandes ciudades, estaba limpio, era cómodo y supuso una grata visión para ambos. El mercader se detuvo, mirando hacia atrás para asegurarse de que no los habían seguido, antes de cerrar la puerta tras ellos. Luego se reunió con ellos en la estancia que servía de modesta cocina.

—Bienvenidos —dijo el hombre, mientras alargaba el brazo hacia un estante para coger un ánfora de vino—. Por favor, siéntense; deben de estar agotados. —Raven y Sica se sentaron a la mesa, esperando mientras su anfitrión servía tres copas de vino antes de aguarlas. Una vez hecho, se sentó con ellos—. Bueno, lo han conseguido —dijo—. Así que brindemos por el futuro de Britania. —Bebió un sorbo, con la mirada fija en sus dos invitados mientras estos apuraban sus copas de un solo trago—. Bien —continuó, mientras ellos dejaban las copas de nuevo sobre la mesa —, como probablemente ya sepan, mi nombre es Quintus Valerius, consejero personal del rey Prasutagus en todos los asuntos romanos. ¿Cuál de los dos es Seneca?

—Yo soy —mintió Raven antes de que Sica pudiera responder —. ¿Pero cómo sabemos que es usted quien dice ser?

—No lo saben —dijo Quintus, encogiéndose de hombros—. Pero el hecho de que los estuviera esperando y sepa lo que quieren

debería tranquilizarlos.

—¿Y qué cree usted que queremos? —preguntó Sica.

—Acceso directo al rey —respondió Quintus—. No conozco todos los detalles, pero si son quienes creo que son, entonces han acudido al hombre adecuado. Puedo organizarlo. Además, el hombre que preparó esto es un viejo amigo mío, un exlegado llamado Lepidus. ¿Les tranquiliza eso?

Raven miró a Sica, que asintió levemente. No era una certeza, pero los hechos parecían encajar y, sin ninguna señal clara de engaño, empezaron a relajarse.

—¿Tienen hambre? —preguntó Quintus—. Deben de haber viajado mucho. —Sin esperar respuesta, se acercó a la puerta y gritó un nombre. Instantes después, un muchacho joven entró apresuradamente, con el rostro lleno de preocupación.

—Perdonadme, señor —dijo el muchacho, inclinando la cabeza—. Estaba preparando vuestra comida.

—Bien —replicó Quintus—. Prepare para dos más. Tenemos invitados.

—Enseguida, mi señor —dijo el muchacho, con claro alivio en la voz mientras se apresuraba a volver a la cocina.

—No podemos quedarnos —dijo Raven en cuanto se fue el muchacho—. Necesitamos ver a Prasutagus y marcharnos lo antes posible.

—Bien podrían quedarse a comer —replicó Quintus, sirviéndose otra copa—. No puedo conseguir que se acerquen a él hasta mañana, como muy pronto. Regresará justo después del amanecer.

—¿Dónde está? —preguntó Sica.

—¿Quién puede predecir los movimientos de un rey? —Quintus se encogió de hombros—. Pero hay comida de sobra y deben de estar hambrientos. También podría proporcionarles provisiones para su viaje de vuelta con sus hombres. ¿Cuántos son?

Raven y Sica intercambiaron una mirada, con las sospechas a flor de piel. Era la primera vez que Quintus decía algo que los incomodaba.

—¿Qué le hace pensar que somos más? —preguntó Raven.

—Ah —dijo Quintus, alzando una mano en gesto de disculpa —. Me doy cuenta de cómo ha podido sonar eso, pero me alegra ver que es usted tan cauto. Mi pregunta ha sido torpe, pero, para responder a la suya, simplemente supuse que dos hombres no bastarían para una misión de tal importancia. Su fuerza no es asunto mío y el tema está zanjado. Ahora, ¿se quedarán o no?

---

Más tarde esa noche, Raven y Sica se escabulleron de la casa de Quintus al amparo de la oscuridad. No intercambiaron palabra; cada uno confiaba en su instinto mientras recorrían las estrechas calles y se dirigían hacia el lejano linde del bosque.

Al acercarse a la linde, las imponentes sombras del bosque los llamaban como un viejo aliado, familiar y reconfortante. Sin embargo, justo antes de alcanzar el cobijo de los árboles, ambos hombres se detuvieron en seco, se giraron y se echaron cuerpo a tierra, con la mirada fija en el camino que dejaban atrás. Permanecieron completamente inmóviles, escuchando atentamente cualquier sonido, escrutando el camino en busca de la más mínima señal de que los hubieran seguido.

Durante lo que pareció una eternidad, permanecieron tumbados en silencio, con el único sonido del suave susurro de las hojas en la brisa. Pasaron diez minutos y, cuando por fin estuvieron seguros de que nadie los había rastreado, Raven le dio un golpecito en el hombro a Sica. Sin mediar palabra, los dos hombres se levantaron y, mientras se adentraban en el abrazo del bosque, Marcus salió de entre las sombras. Silbó en voz baja y esperó mientras el resto de los Occultum comenzaba a emerger lentamente de las sombras, con movimientos fantasmales y las capas fundiéndose a la perfección con el oscuro follaje. Sin hablar, Raven y Sica se unieron a ellos, y el grupo avanzó como uno solo, adentrándose en el corazón del bosque.

---

Entre los árboles centenarios y las espesas zarzas, encontraron el lugar que habían escogido para pasar la noche, bien oculto, con el espacio justo para reunirse y descansar. Una vez acomodados, cavaron un pequeño hoyo en el suelo del bosque para

ocultar una hoguera muy necesaria, cuyas llamas les proporcionaban calor sin delatar su presencia. Falco sacó una olla de su sarcina y, tras llenarla hasta la mitad con agua, todos contribuyeron con un puñado de raciones secas al guiso comunal. Sica añadió un pequeño bloque de algo impronunciable para el resto de los hombres, cuyo penetrante olor atrajo miradas de curiosidad y, gradualmente, la tensión comenzó a disiparse mientras esperaban la primera comida caliente que tomaban en días.

Mientras el guiso hervía a fuego lento, Raven relató los detalles de su reunión con Quintus y explicó que se habían marchado tras acordar volver al atardecer del día siguiente. Marcus escuchó con atención, entornando ligeramente los ojos cuando Raven mencionó el extraño interrogatorio de Quintus.

—¿Crees que podemos confiar en él? —preguntó Marcus.

—¿Tenemos otra opción? —replicó Raven—. Creo que es el contacto, pero es posible que sus lealtades hayan cambiado. No lo sabremos con certeza hasta que nos reunamos con él de nuevo mañana.

—Podríamos estar cayendo en una trampa —dijo Sica—. Sabe exactamente dónde estaremos y cuándo llegaremos. Es la preparación perfecta para una emboscada.

Marcus asintió lentamente.

—Es cierto. Pero es un riesgo que tenemos que correr. Le daré unas vueltas y quizá se me ocurra algo para reducir el peligro. Lo habéis hecho bien hoy, ahora comed algo y descansad. Ya lo resolveremos. —Dicho esto, se dio la vuelta y regresó junto a la hoguera, donde algunos de los hombres ya estaban recostados en la blanda tierra, con las capas ceñidas con fuerza en torno a ellos para protegerse del frío de la noche.

---

Después de que el grupo compartiera la comida, Marcus se reclinó contra su sarcina, con la mirada perdida mientras sus camaradas se sumían en un sueño intranquilo. La hoguera, ahora poco más que ascuas incandescentes, proyectaba una luz tenue y parpadeante que ofrecía escaso calor contra el aire fresco de la noche. La inminente reunión con Quintus y Prasutagus le pesaba en

la mente. Era, sin duda, la situación más peligrosa a la que se habían enfrentado hasta el momento. Un paso en falso, un momento de confianza mal depositada, podría suponer el desastre no solo para él y sus hombres, sino para toda su misión. Quintus había revelado lo suficiente como para sugerir que era el contacto, pero su extraño interrogatorio y su fácil ofrecimiento de ayuda hacían que Marcus se mantuviera cauto.

El riesgo era grande, pero no había forma de avanzar sin afrontarlo. Le dio vueltas al problema en la cabeza, buscando un ángulo, una forma de disminuir el peligro que les esperaba, hasta que finalmente, agotado por sus propios pensamientos acelerados, se dejó vencer por un sueño agitado.

---

# Capítulo Doce

## Territorio de los Trinovantes

Hacia el sur, Togodumnus cabalgaba hacia Camulodunum en respuesta a una citación que un jinete le había traído a través de las neblinosas colinas del oeste. La noticia de la enfermedad de su padre no le sorprendió, pues los rumores habían corrido por el país durante semanas, pero la urgencia de la llamada le infundió una sensación de finalidad.

Cuando llegó a la sede del poder de su padre, estaba de un humor de perros, teñido con una pizca de tristeza por la inminente noticia del fallecimiento de su progenitor. Contempló la capital, un lugar que no había visto en muchos meses.

La influencia romana estaba ahora por todas partes, cerniéndose como una sombra sobre la ciudad. Telas de colores y los extraños aromas de especias desconocidas, vocablos extranjeros y el sonido ocasional de la lengua latina; todo ello lo traían a Camulodunum mercaderes que se colaban por sus fronteras como ratas hambrientas. Togodumnus sintió que la amargura le subía por la garganta. Su padre lo había permitido; había permitido que los Trinovantes se acercaran demasiado a Roma, que se sintieran demasiado cómodos con sus nuevas costumbres. Incluso ahora, con su padre moribundo, Togodumnus no podía librarse de la ira que se enconaba en su interior.

Caratacus, apenas unos años mayor que él, cabalgaba a su lado en silencio. Ambos se habían encontrado a las afueras de la ciudad, pero apenas intercambiaron palabras, cada uno perdido en sus propios pensamientos. La mente de Caratacus estaba en el futuro, en la invasión que sabía que se avecinaba, pero se debatía entre la senda de la paz que su padre siempre había favorecido y la férrea determinación de su hermano de expulsar a los romanos de vuelta al mar. Su corazón luchaba contra su razón, pero en ese

momento y lugar, tales asuntos no tenían cabida. No cuando su padre se estaba muriendo.

Desmontaron y entraron en el gran salón de su padre, con sus viejos muros de piedra, curtidos por el tiempo y familiares, rodeándolos. En el centro, su padre yacía en un lecho gigantesco, rodeado de su familia y sus caudillos predilectos. Pero el otrora gran rey, que había gobernado con tanta fuerza y autoridad, yacía ahora frágil y consumido sobre el lecho, con la respiración entrecortada y la mirada perdida.

Togodumnus vaciló en el umbral. Se había distanciado de su padre en los últimos años; sus diferencias sobre los romanos habían abierto una profunda brecha entre ellos. Cunobeline siempre había buscado la diplomacia, el acuerdo, una forma de coexistir con la creciente influencia romana, mientras que Togodumnus bullía con el deseo de resistir, de guerrear. Ahora, al borde de las últimas horas de su padre, esa distancia parecía un abismo infranqueable.

Caratacus se adelantó y tomó la mano de Cunobeline.

—Padre —dijo en voz baja—. Estamos aquí.

Los ojos del anciano rey se abrieron con un aleteo, nublados y débiles, pero hubo un destello de reconocimiento. Movió los labios, pero las palabras apenas se formaron, pues el esfuerzo de hablar era demasiado grande. Caratacus se inclinó más, con la cabeza gacha, esforzándose por oír.

Togodumnus permaneció atrás, con los brazos cruzados, incapaz de moverse. La ira que había hervido en su interior luchaba ahora con algo más profundo, algo más doloroso. Durante años había luchado contra su padre en cada decisión, cada reunión del consejo, cada conversación sobre Roma. Pero ahora, en este momento, nada de eso parecía importar. El hombre que una vez había infundido respeto y lealtad a todos los que lo conocían se estaba apagando, y Togodumnus no estaba seguro de poder decidirse a despedirse.

—Ven, Togodumnus —dijo Caratacus—, nos necesita a los dos.

El hermano menor vaciló, pero, lentamente, se acercó al lecho y se arrodilló en el lado opuesto. Por primera vez en años,

Togodumnus miró a los ojos de su padre sin el peso del resentimiento.

Los ojos de Cunobeline se volvieron hacia él, sus labios se separaron como para hablar. Togodumnus se inclinó y oyó el más leve susurro de una palabra, aunque su significado se perdió. Pero la mirada de su padre decía más de lo que las palabras podrían expresar jamás: una mezcla de pesar, orgullo y algo que tiró del corazón de Togodumnus de una manera que no había esperado.

—Descansa, padre —murmuró Togodumnus, y le posó una mano en el hombro, sintiendo la delgadez de su cuerpo, la fragilidad del hombre que una vez había sido un gigante.

La respiración de Cunobeline se hizo más lenta, cada aliento más fatigado y débil, hasta que, finalmente, el gran rey de los catuvelonos y los Trinovantes exhaló su último aliento. Y sus hijos, antes divididos por el orgullo y la ambición, se unieron en el duelo, con las cabezas inclinadas mientras despedían al hombre que había forjado sus destinos.

---

# Capítulo Trece

## Venta Icenorum

Apenas había despuntado el sol por el horizonte oriental cuando Raven y Sica se dirigieron una vez más hacia la capital de los icenos y, conforme descendían de las alturas boscosas, el camino que atravesaba el diseminado de cabañas de las afueras del asentamiento se fue llenando de gente que se afanaba en sus quehaceres matutinos. El día anterior solo habían visto una parte del poblado, pero ahora, a la plena luz del sol matutino, podían por fin contemplar el asentamiento en toda su magnitud; las estacas de madera de la empalizada hablaban de décadas de incursiones y guerras.

Intramuros, el poblado era un bullicioso hervidero de actividad. Las calles de tierra eran irregulares, desgastadas por años de pisadas y por el paso de los carros, y las casas eran las típicas construcciones que los dos hombres habían visto por toda la Galia y Germania: estructuras redondas de zarzo y barro con tejados cónicos de paja. El olor a humo de los hogares se mezclaba con el aroma terroso del ganado y la madera recién cortada, y las gallinas picoteaban el suelo mientras los cerdos hozaban en los cercados de madera instalados en los márgenes del poblado. Los perros vagaban libremente entre las cabañas, alertas pero indiferentes a la presencia de los forasteros.

El mercado en sí era una arremolinada mezcla de lo viejo y lo nuevo. Los puestos de madera toscamente labrada se agrupaban en la plaza, donde los comerciantes vendían mercancías que abarcaban desde sencilla alfarería y artículos de tela hasta objetos más refinados que parecían haber viajado desde tierras lejanas. Entre los productos locales, se podían ver algunos artículos romanos: baratijas de bronce, cuentas de vidrio y herramientas de metal que ostentaban la inconfundible precisión de la manufactura romana. Estaba claro que el comercio con el imperio ya estaba en marcha,

aunque el dominio romano total aún no hubiera descendido sobre aquellas tierras.

—Te miran fijamente —dijo Raven en voz baja mientras echaba un vistazo a un grupo de mujeres que pasaban; sus susurros eran débiles, pero inconfundibles.

Sica no respondió. Sus ojos recorrieron la plaza, buscando cualquier señal de hostilidad y tomando nota de las posibles vías de escape. Estaba acostumbrado a ser un extraño, acostumbrado a las miradas y, además, no estaba allí para buscar su aprobación.

El mercado era un hervidero de actividad y, aunque la gente de allí pertenecía a la tribu de los icenos, el ambiente le recordó a Sica el de incontables pueblos por los que había caminado en tierras lejanas. Raven señaló con un gesto de cabeza hacia el centro del mercado.

—Allí —dijo, con la voz apenas por encima de un susurro.

Quintas estaba en su puesto, con su sencilla túnica que se confundía con la de la multitud local. Su postura era relajada, pero Sica pudo ver la tensión en sus hombros, la forma en que sus ojos saltaban de un rostro a otro. Quintas no era tonto; conocía los riesgos de estar allí, igual que Sica y Raven.

Cuando se acercaron, se giró ligeramente y captó su mirada. Su expresión permaneció neutra, aunque su mano se crispó brevemente como si anhelara alcanzar la daga oculta bajo su capa. Hizo un breve gesto de asentimiento, reconociendo su llegada, pero manteniendo el encuentro casual, consciente de cualquier atención no deseada.

—Nos vigilan —murmuró Sica en voz baja, mientras sus agudos ojos captaban a un grupo de jóvenes de pie junto a un muro lejano. No eran de la zona. Llevaban el pelo más largo, sus ropas eran distintas y la forma en que se demoraban con demasiado interés hizo que su instinto se disparase.

Raven no dio señal de haberlo oído, pero su cuerpo se tensó ligeramente. Se acercó más al puesto y se llevó un pequeño cuenco de especias a la nariz como si estuviera sopesando una compra.

—¿Está hecho? —preguntó en voz baja.

—Los arreglos están hechos —respondió Quintas—. Bajo el roble junto al río, a mediodía. Prasutagus se reunirá allí con ustedes.

Raven se acercó más.

—¿Por qué no podemos reunirnos con él en sus aposentos? —siseó.

Quintas cogió una pequeña bolsa de hierbas y la inspeccionó con forzada indiferencia antes de continuar.

—Puede que Prasutagus sea receptivo a una alianza de algún tipo —respondió—, pero estos siguen siendo tiempos inciertos y, hasta que no sepamos qué oferta trae usted de Roma, preferirá mantener su participación alejada de las miradas indiscretas. Pero debemos ser precavidos. Hay quienes se encargarían de que tal encuentro no tuviera lugar.

La mirada de Sica se ensombreció al seguir la de Quintas, deteniéndose una vez más en el grupo de hombres que holgazaneaban junto al muro. Quintas asintió y bajó la voz. —Hay muchos hombres como esos en el poblado, y si sospechan que ustedes están aquí para algo más que comerciar, actuarán.

Raven volvió a dejar las especias en el puesto y miró cómo el sol se alzaba lentamente sobre los tejados. Se acercaba el mediodía y, con él, la reunión que podría determinar el futuro de la alianza de Roma con los icenos. O quizá la trampa que la destruiría.

—Esperemos que valore la paz más que la guerra —murmuró, y empezaron a alejarse, dejando atrás el bullicio del mercado.

---

Quintas los vio marchar con alivio. Demasiada atención podía inclinar la balanza, y distaban mucho de estar a salvo, pero por ahora había cumplido con su parte y podía volver a respirar. Se dio la vuelta para escabullirse de nuevo entre la multitud, pero, antes de que pudiera moverse, un brazo le rodeó el cuello y lo arrastró a las sombras de un estrecho callejón. Por un brevísimo instante, sopesó la idea de defenderse, pero la presa se ciñó con más fuerza y se quedó helado, con los ojos como platos y el corazón martilleándole en las costillas.

—No se mueva —siseó una voz en su oído.

Quintas luchó por mantener la respiración acompasada. Eran al menos tres, quizá más; hombres que no había visto ni percibido en el mercado. ¿Cómo había podido ser tan descuidado?

—¿Qué quieren? —jadeó.

Un segundo hombre se plantó frente a él, con el rostro ensombrecido bajo una capucha.

—Nos va a decir quiénes eran esos hombres y qué están tramando.

Quintas apretó los dientes, resistiendo el impulso de gritar. Su mente se aceleró, tratando de encontrar una salida a la situación, pero el agarre era firme y los hombres que lo sujetaban no eran icenos. Sus acentos eran diferentes, sus ropas más gastadas. Eran hombres de los Trinovantes, leales a Togodumnus. Maldijo en voz baja. El alcance del caudillo era mayor de lo que había pensado.

—No sé de qué me hablan —dijo con la voz temblorosa, a pesar de su esfuerzo por mantener la calma.

El guerrero se acercó más y presionó una hoja contra el pecho de Quintas.

—Las mentiras solo le harán esto más difícil, romano. Llevamos meses observándolo y sabemos que algo está pasando. Díganos todo lo que sepa y puede que le dejemos vivir. Niéguenos lo que queremos y lo mataremos aquí mismo para dejar que su cuerpo atraiga a los perros.

El pánico se apoderó de Quintas. Su vida pendía de un hilo, pero sabía que no podía traicionar a Sica y a Raven. Intentó zafarse, pero el cuchillo presionó con más fuerza y supo que lo atravesaría en cualquier momento. En ese instante, se dio cuenta de que iba a morir y, mientras el instinto de supervivencia lo abrumaba, las palabras brotaron antes de que pudiera detenerlas.

—En el río —dijo con voz ahogada y ronca—. Se reúnen en el río... al mediodía. Lo juro. Por favor..., déjenme marchar...

—¿Quiénes son? —preguntó otra voz.

—Hombres de Roma —dijo Quintas—. No conozco los detalles, pero me pidieron que concertara una reunión.

La presión de la hoja disminuyó ligeramente, aunque el hombre que estaba detrás de él todavía lo sujetaba con firmeza.

Quintas sentía que le temblaban las rodillas, que todo su cuerpo se estremecía ante la idea de su muerte inminente.

—¿Con quién se reúnen?

—Con Prasutagus —graznó Quintas—. Intentan forjar una alianza. Pero es todo lo que sé, lo juro. Solo estoy aquí para organizarlo.

—¿Qué más? —exigió el líder—. ¡Dígamelo o juro que morirá aquí mismo!

—No sé nada más —jadeó Quintas, desesperado por seguir con vida—. Lo juro por todos los dioses, ya saben todo lo que yo sé.

Los hombres intercambiaron una mirada, con los rostros aún ocultos en la sombra, antes de que el líder se volviera de nuevo hacia Quintas.

—En ese caso —dijo—, ya no nos es de ninguna utilidad —y, con una rápida estocada, le atravesó el corazón al mercader y lo vio caer al suelo. Mientras la luz se extinguía en los ojos de Quintas, se dirigió a sus hombres:

—Tenemos poco tiempo. Tenemos que irnos.

---

Fuera del asentamiento, Raven y Sica continuaron por el sendero hacia el río mientras el aire se enfriaba a medida que los árboles se espesaban a su alrededor.

—Entonces, ¿confías en él? —preguntó Raven en voz baja, con una voz que apenas se oía por encima del sonido de sus pasos.

—La confianza es un lujo que no podemos permitirnos ahora mismo —dijo Sica—. La situación no es buena, pero poco podemos hacer salvo dejar que las cosas sigan su curso.

El río apareció ante su vista, y su superficie resplandeciente reflejaba el sol del mediodía. Raven escudriñó los alrededores, fijándose en las zonas boscosas que bordeaban la orilla del río, ideales para una emboscada, en caso de que alguien estuviera esperando. Sus ojos se posaron finalmente en un pronunciado recodo donde el río casi retrocedía sobre sí mismo antes de continuar su curso. Un roble solitario se erguía en medio del recodo, un magnífico tótem que se alzaba hacia el cielo, con las ramas extendidas como si ofreciera protección a todo aquel que se

guareciese bajo él, y Raven supo de inmediato que ese era el lugar. Desmontó y se acercó, inspeccionando de nuevo la zona en busca de posibles vías de escape por si algo salía mal, hasta que, finalmente, ambos hombres se sentaron en una roca cercana y se volvieron para mirar por donde habían venido. Ahora solo podían esperar.

---

# Capítulo Catorce

## El Asentamiento Vándalo

Séneca, Talorcan y Canis se turnaban para vigilar el asentamiento vándalo desde la seguridad de la espesa maleza, estudiando las rutinas diarias, las idas y venidas de los guerreros y los momentos de vulnerabilidad que llegaban con el crepúsculo. Era una tarea lenta y frustrante, pero esencial si querían acercarse a Brennus.

Séneca había permanecido concentrado en todo momento, con la mente siempre activa, analizando cada pequeño detalle y pergeñando una estrategia. Ahora, tras incontables horas de observación silenciosa, un plan empezaba a tomar forma. Era arriesgado, pero sabía que había pocas alternativas. Los vándalos eran demasiados y la aldea estaba demasiado bien fortificada, por lo que el sigilo, la astucia y la elección del momento oportuno serían sus únicas ventajas.

Una vez más, regresaron a gatas desde su punto de observación y se retiraron a las zonas más profundas del bosque, donde no se aventuraba ni hombre ni bestia. Para la mayoría, la enmarañada maleza y los matorrales de árboles espinosos no merecían el esfuerzo, pero era precisamente el tipo de terreno en el que los Occultum prosperaban.

—La situación se va aclarando —dijo Séneca finalmente—. Es Brennus quien está ahí, sin duda, pero no es un prisionero encadenado. Confían en él lo bastante como para dejarle trabajar con los caballos y moverse con libertad por la aldea, y eso podría jugar a nuestro favor.

—¿En qué sentido? —preguntó Talorcan.

—Si se ha ganado su confianza —respondió Séneca—, quizá pueda abandonar el campamento sin escolta y, si es así, tal vez podamos llegar hasta él sin que se dé la voz de alarma.

—Tener su confianza es una cosa —dijo Talorcan—, pero no hay manera de que le dejen salir solo de la aldea. Es demasiado valioso.

—Aunque lo haga —dijo Canis—, y suponiendo que logremos escapar sin una docena de flechas en la espalda, los vándalos tienen caballos más fuertes y rápidos, y podrían recorrer estas tierras con los ojos vendados si fuera necesario. Incluso con ventaja, nuestras cabezas estarían en picas antes del atardecer.

—Estoy de acuerdo en que tienen mejores caballos —dijo Séneca—, o al menos eso creen ellos.

—Los has visto con tus propios ojos, Séneca. Los nuestros no durarían ni medio día en comparación con los suyos.

—Uno de ellos sí —dijo Séneca, y se giró para mirar fijamente a Talorcan.

Talorcan le devolvió la mirada, dándose cuenta de adónde quería llegar. El caballo que había comprado en la feria meses atrás era un espécimen magnífico y estaba muy acostumbrado al terreno, pues había sido criado por los vándalos en estos mismos bosques y colinas. No le cabía duda de que podría competir con cualquiera que los vándalos tuvieran, pero estaba confuso. ¿De qué serviría un buen caballo contra un centenar o más, especialmente cuando serían cuatro intentando escapar?

—Perdona que no siga tus pensamientos, Séneca —dijo—, pero, por el momento, no tienen ningún sentido.

—Tengo un plan —dijo Séneca—. Es peligroso y depende de que Brennus consiga salir del asentamiento, pero si podemos lograrlo, y si los dioses nos acompañan, tenemos una probabilidad razonable de escapar.

—Todo eso está muy bien —dijo Canis—, pero ¿adónde vamos exactamente una vez que salga? Como ya he dicho, los vándalos conocen bien estas tierras, nos atraparían antes incluso de llegar al río Weser, no digamos ya al Rin.

Los ojos de Séneca brillaron a la luz del fuego mientras negaba lentamente con la cabeza.

—No nos cogerán —dijo—, porque no estaremos allí.

—¿Dónde estaremos? —preguntó Canis.

—Rumbo al este —dijo Séneca—, tan rápido como nos lleven los caballos.

Por un momento, se hizo el silencio mientras asimilaban la afirmación.

—¿Al este? —susurró Talorcan, finalmente—. ¿Hacia dónde?

—Al río Viadrus —dijo Séneca—. Es el último lugar donde a nadie se le ocurriría buscarnos.

Talorcan y Canis se quedaron mirando a Séneca, atónitos y en silencio.

—Quieres que nos separemos —dijo Talorcan, a medida que el plan se le iba aclarando—. Quieres que yo guíe a los vándalos hacia el oeste, en una persecución alocada a través del Elba, mientras el resto de vosotros os dirigís a tierras desconocidas..., hacia el este, al Viadrus.

—Es la única manera —dijo Séneca—. Una vez que tengamos a Brennus, si permanecemos juntos, nos podemos dar por muertos. Los vándalos tienen caballos más rápidos, conocen cada sendero y nos cazarán sin descanso si creen que nos dirigimos al Elba. Lo esperarán porque es lo que haría cualquiera que huyera. Pero tú, Talorcan, puedes darles la caza que buscan. Y mientras te siguen, nosotros desapareceremos en la dirección opuesta.

—Esto es una locura, Séneca —dijo Canis—. Incluso si Talorcan consigue despistarlos, ningún romano ha ido jamás tan al este ni ha navegado por el Viadrus. Por lo que sabemos, esas tierras podrían ser yermas, estar llenas de tribus hostiles o plagadas de espíritus malignos. Es una idea estúpida.

—Y por esas mismas razones, se convierte en la mejor esperanza que tenemos —dijo Séneca—. Sin embargo, lo que sabes del río es incorrecto. Hay una antigua ruta comercial que va desde las frías tierras del norte hasta el Mare Nostrum. Los mercaderes la llaman la Ruta del Ámbar, ya que se usa para transportar ámbar hasta Roma a cambio de joyas, pieles y armas. El río forma parte de esa ruta y, aunque estoy de acuerdo en que se sabe poco sobre él y sé que muchos mercaderes nunca regresan, algunos sí que vuelven, y dicen que el río es inmenso y fácilmente navegable. Si podemos alcanzarlo, podemos seguirlo río arriba hasta las montañas antes de

girar de nuevo al oeste y bordear de vuelta a territorio querusco. Es un riesgo, lo admito, pero creo que es la única forma de escapar a salvo.

—¿Y qué les impedirá seguirnos?

—Que, con suerte, seguirán persiguiendo a Talorcan hacia el Elba. Él viajará rápido, pero dejando todo el rastro posible. Con una carga ligera y su conocimiento de la zona, no me cabe duda de que puede volver vivo al Rin y, para cuando los vándalos se den cuenta de que los han engañado, ya estaremos a medio camino del Viadrus.

Talorcan se frotó las sienes, con la mente acelerada ante la enormidad de la tarea. Era un plan empapado de riesgo, pero cuanto más lo pensaba, más sentido cobraba. Poner rumbo al este era lo último que cualquiera esperaría, y los vándalos estarían tan centrados en el camino obvio hacia el Elba que nunca considerarían la alternativa.

—¿Y qué hay de Brennus? —intervino Canis, rompiendo el silencio—. Aún no sabemos si siquiera estará de acuerdo con esto. ¿Y si ahora está demasiado metido con ellos? ¿Y si ya no es el mismo hombre que ambos conocisteis?

—Por eso necesito hablar con él primero —dijo Séneca—. No podemos mover ficha hasta que hable con él. Si está dispuesto, seguimos adelante. Si no… —Séneca dejó la frase en el aire, y las palabras no dichas quedaron suspendidas. Todos sabían lo que eso significaba. Si Brennus se negaba, su plan estaba muerto antes incluso de empezar.

—Si Brennus acepta —dijo Talorcan—, lo haré. Cabalgaré hacia el oeste y haré que parezca que nos dirigimos al Elba. Pero tienes que sacarlo rápido, Séneca, vamos a necesitar toda la ventaja posible.

—Una cosa más —dijo Canis—. Una vez que saquemos a Brennus y pongamos rumbo al oeste, ¿cómo vamos a dar la vuelta y dirigirnos en la dirección opuesta sin que nos vean?

—Ya he pensado en eso —dijo Séneca—. Hay una estrategia que usamos en estas situaciones. Es peligrosa y requiere una sincronización perfecta, pero lo bueno es que Brennus la conoce a la perfección y sabrá exactamente lo que intentamos hacer.

—¿Cuál es? —preguntó Canis.

—Se llama Latebra —dijo Séneca—, y escucha con atención, Canis, pues de ti dependerá que la ejecutemos a la perfección. Nuestras vidas dependen de ello.

---

A la noche siguiente, Séneca abandonó la seguridad de la maleza y comenzó a acercarse al asentamiento vándalo. Su túnica, embadurnada de estiércol, se le pegaba incómodamente a la piel, pero el hedor ayudaría a enmascarar su olor a los perros y a los caballos, lo que evitaría que dieran la alarma. Se movía con una lentitud deliberada, colocando cada pie con cuidado para no quebrar ninguna rama ni hacer crujir la maleza.

La muralla se alzaba imponente ante él, alta y formidable, con sus postes de madera macizos y ajustados entre sí. El pulso de Séneca se aceleró a medida que se acercaba al linde del bosque. Las antorchas de la empalizada parpadeaban con debilidad y arrojaban una luz escasa sobre la madera toscamente labrada; se tumbó en el suelo, dispuesto a reptar por el terreno descubierto que mediaba entre los árboles y el asentamiento.

Estiró un brazo y arrastró el cuerpo entre la hierba como una serpiente, a un ritmo desesperadamente lento, con la silueta oculta a cualquiera que no fuera el más avizor de los observadores. Latido a latido, se fue acercando, silencioso, invisible. Pero, cuando realizaba la aproximación final, un leve susurro proveniente de la muralla le llamó la atención. Séneca se quedó helado, con el corazón martilleándole en el pecho. La silueta de un guardia apareció en el adarve, y el apagado destello de la punta de una lanza reflejó la luz por un instante. Sin embargo, tras lo que pareció una eternidad, el guardia masculló algo entre dientes, se dio la vuelta y sus pasos se desvanecieron en la distancia.

Séneca exhaló en silencio y continuó su lento avance a rastras hasta llegar a la empalizada. Volvió a detenerse, aguzando el oído en busca de cualquier indicio de que lo hubieran descubierto, antes de ponerse en pie al amparo de las sombras de la muralla.

Se agachó y deslizó la mano sigilosamente en la bolsa de cuero que llevaba a la cintura. De su interior, sacó un manojo de

garfios de acero, cada uno cuidadosamente envuelto en cordel de arpillera para evitar cualquier tintineo o traqueteo delator. Los garfios eran puntiagudos y letales, pero era su forma lo que los hacía únicos: aplanados y más finos que la hoja de un cuchillo en el extremo afilado, mientras que el extremo opuesto tenía un estribo de cuero sujeto, un peldaño improvisado para escalar.

Tras inspirar hondo, Séneca eligió uno de los garfios y lo alzó. Buscó a tientas la estrecha rendija entre dos de los troncos de la empalizada, moviendo los dedos con cuidado, guiado por el tacto más que por la vista. Al encontrar la hendidura, deslizó el garfio con la mayor delicadeza posible y, con un movimiento practicado, tiró de él hacia abajo hasta que la fina hoja se encajó con firmeza entre los troncos.

El estribo de cuero quedó colgando y Séneca lo probó, aplicando el peso justo para asegurarse de que era seguro. El acero aguantó firme, y él se permitió una breve exhalación, con el aliento apenas visible en el aire fresco de la noche.

Lenta y metódicamente, repitió el proceso, con movimientos deliberados y precisos. Colocó cada garfio con el máximo cuidado para que ningún sonido delatara su presencia y, mientras ascendía por la muralla, mantuvo la mente totalmente alerta y los oídos atentos a cualquier señal de los guardias de arriba. Tenía las manos firmes y los músculos tensos, pero controlados, adiestrados para este tipo de ascenso lento y arduo. El parpadeo de una antorcha pasó por encima de su cabeza. Se quedó inmóvil, esperando, casi sin atreverse a respirar.

Ningún sonido llegó de arriba. Ninguna alarma. Séneca reanudó el ascenso hasta que estuvo justo debajo del borde superior de la muralla. Se detuvo de nuevo, pegándose a la madera, escuchando.

Los débiles murmullos de los guardias eran audibles ahora, pero volvían a distanciarse, pues la ronda los alejaba de su posición. Permaneció inmóvil, concentrado en el aspecto más peligroso del ascenso que aún tenía que superar.

Finalmente, se agarró con fuerza a la parte superior de los troncos y, tras una última y controlada inspiración, se izó por encima de la

muralla, balanceando las piernas con rapidez mientras aterrizaba con un golpe sordo en la plataforma de madera del interior de la empalizada. Dobló las rodillas por instinto para absorber el impacto y se quedó agazapado, perfectamente quieto. El corazón le retumbaba en los oídos, pero la noche a su alrededor permanecía imperturbable. Aguzó el oído en busca de cualquier indicio de alarma, cualquier movimiento que pudiera indicar que los guardias habían advertido su presencia.

Nada. Se permitió un momento de alivio. Los guardias, a no más de cien pasos de distancia, estaban girando de nuevo y sus antorchas arrojaban una luz tenue en la lejanía. Séneca supo que solo tenía unos segundos antes de que estuvieran lo bastante cerca para verlo.

Sin más vacilación, se arrastró hasta el borde de la plataforma y miró la tierra apisonada que había abajo. No había tiempo para dudas, así que se descolgó en silencio por el costado y se dejó caer al suelo sin apenas hacer ruido. Aterrizó en cuclillas antes de pegarse al interior de la empalizada.

Sabía que tenía mucho que hacer y que las probabilidades estaban en su contra, pero era esencial que Brennus conociera el plan; aunque, para ello, primero tenía que encontrarlo.

---

# Capítulo Quince

## Territorio Vándalo

Seneca observaba la aldea desde su escondite en las sombras. Había memorizado la disposición desde su posición privilegiada en la colina, pero en la densa oscuridad, con las cabañas cerniéndose sobre él, todo resultaba desconcertante.

Se movió con lentitud, manteniéndose junto a los bordes de las edificaciones, deslizándose por las estrechas aberturas que había entre ellas.

Ladró un perro en la distancia, seguido por el murmullo apagado de unas voces, y Seneca se congeló, apretándose contra la sombra de una gran vasija de barro que descansaba junto a una de las cabañas. El corazón le martilleaba en el pecho mientras esperaba a que las voces se apagaran, alejándose de él, y exhaló en silencio, aliviado al comprobar que no lo habían descubierto.

Delante, el cercado se cernía ante él. Los caballos se movían inquietos en sus recintos, con los cascos rascando la tierra. Se deslizó sigilosamente a lo largo de la valla, manteniéndose agachado para no ser visto. Los caballos resoplaron y se agitaron, pero ninguno reaccionó a su presencia. Paso a paso, con una lentitud agónica, Seneca recorrió el cercado hasta que finalmente llegó al otro extremo y allí, justo más allá de las barandillas de madera, se alzaba una pequeña cabaña aislada. La cabaña de Brennus.

---

Dentro de la cabaña, una única vela se consumía en un tosco estante de madera, arrojando una luz parpadeante sobre el escueto entorno. Las paredes eran de toscos maderos y los huecos entre los troncos estaban remendados con barro y paja para mantener a raya el viento. En un rincón, un montón de pieles yacía en el suelo y servía de lecho para Brennus, su mujer y su hijo pequeño.

Brennus yacía boca arriba, con las extremidades pesadas por la fatiga de la larga jornada cuidando de los preciados caballos de

los vándalos. Se encontraba en un duermevela, atrapado en ese estado de desasosiego en el que su cuerpo ansiaba el descanso, pero su mente no le permitía abandonarse por completo a él.

Una sombra se movió por el rabillo del ojo, un movimiento tan sutil que pensó que podría haber sido un engaño de la luz de la vela, y su cuerpo se tensó instintivamente; la familiar sensación de peligro le recorrió como una chispa de fuego helado. De pie, sobre él, había una figura cuyos rasgos apenas se distinguían en la penumbra. Un hombre alto y delgado, con el rostro embadurnado de carbón ennegrecido, confundiéndose a la perfección con las sombras de la cabaña.

Los ojos del intruso brillaron a la tenue luz de la vela y, en ese instante, Brennus supo que no era un guerrero vándalo ni un aldeano que hubiera venido a perturbar la noche. La postura del hombre, su silencio y su forma de moverse —deliberada, calculada— denotaban a alguien que no pertenecía a aquel lugar y supo de inmediato que solo había un grupo de hombres lo suficientemente hábiles como para siquiera intentarlo. Los Occultum.

---

Brennus permaneció allí tumbado, con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho mientras sus ojos se acostumbraban a la visión de Seneca de pie ante él, el hombre junto al que había luchado en innumerables campañas y el único hombre al que jamás esperó ver allí, en aquel asentamiento vándalo abandonado de los dioses.

Por un instante, se preguntó si se trataría de un sueño febril, si su mente le estaría jugando una mala pasada a causa del agotamiento. Pero la intensidad en los ojos de Seneca, la tensión silenciosa y controlada de sus movimientos, le indicaron lo contrario. Aquello era real.

Seneca le sostuvo la mirada. Sin mediar palabra, se llevó un dedo a los labios, exigiendo silencio con una mirada apremiante. Brennus tragó saliva y miró a su izquierda, donde su mujer yacía profundamente dormida, con el bebé acurrucado en el hueco de su brazo.

Lentamente, se movió, y sus músculos protestaron con un gemido mientras se levantaba de las pieles, con cuidado de no hacer ruido.

Seneca hizo un gesto hacia el otro lado de la estancia y Brennus asintió, siguiéndole en silencio hasta la tosca pared de la cabaña, lejos de la luz de la vela y de la frágil paz de su familia. Los dos hombres se agacharon, de espaldas a la madera, y los sonidos de la noche apenas eran audibles por encima del suave crepitar del fuego que se extinguía en el hogar.

Por un momento, ninguno de los dos habló. Brennus miró fijamente a Seneca, con la mente esforzándose por asimilar la situación. La última vez que se habían visto, huían de una partida de guerra de los Queruscos, con escasas posibilidades de sobrevivir, pero allí estaban ambos, vivos y en un peligro aún mayor.

—¿Qué demonios haces aquí? —susurró Brennus al fin.

—He venido para sacarte —replicó Séneca—. Llevamos días vigilando el asentamiento, esperando el momento oportuno.

Brennus sintió que una oleada de incredulidad lo invadía.

—¿Sacarme? ¿Sabéis lo que os estáis jugando? Si los Vándalos os encuentran...

—No lo harán —dijo Séneca—. Lo hemos planeado todo hasta el último detalle. Si haces lo que te digo, podemos sacarte en dos días y estaremos a leguas de aquí antes de que siquiera se den cuenta.

Brennus negó lentamente con la cabeza, aún esforzándose por comprender la enormidad de la situación. Su vida allí, por precaria que fuera, se había convertido en algo familiar, algo estable. Y estaban su mujer y su hijo. Los miró y la visión de sus cuerpos dormidos lo ancló en el lugar.

—Tengo una familia —susurró con voz ronca—, un hijo... No puedo abandonarlos sin más.

La mirada de Séneca se desvió hacia la mujer dormida y el bebé acurrucado en sus brazos.

—Eso no importa —dijo—. Tienes que venir conmigo. Eres nuestro hermano, y tus camaradas han ido en contra de los deseos del propio emperador para venir hasta aquí a sacarte.

—No me marcharé sin mi familia —dijo Brennus.

—Sabes que no podemos llevárnoslos —siseó Séneca—. Apenas lograremos salir nosotros. El plan siempre fue solo para ti, Brennus.

La mirada de Brennus se endureció y negó con la cabeza.

—Si los dejo, los Vándalos los matarán como represalia. No puedo, no pienso abandonarlos a esa suerte.

—Si te quedas —dijo Séneca tras una larga pausa—, estás muerto de todos modos. Antes o después se volverán contra ti, ya sea mañana o dentro de unos meses, pero ocurrirá. Lo sabes tan bien como yo. —Su voz se suavizó y un atisbo de desesperación se deslizó en su tono—. Brennus, podemos sacarte de aquí. Pero tenemos que movernos, y rápido.

Brennus se inclinó más, clavando su mirada en la de Séneca.

—Si no podemos llevárnoslos, Séneca, me quedo aquí, y viviremos como los dioses dispongan durante el tiempo que se nos haya concedido.

La mirada de Séneca se desvió de nuevo hacia la mujer y el niño, que seguían durmiendo plácidamente, ajenos al peligro que se cernía tan cerca. Finalmente, con un suspiro lento y reacio, se volvió hacia Brennus.

—Que así sea —dijo—, pero si lo hacemos, tendrás que llevar tú al niño y tu mujer deberá seguir nuestro ritmo. No podemos detenernos, Brennus. Por nada.

Brennus asintió.

—Es fuerte —susurró—. Nos las arreglaremos, ¿qué quieres que haga?

———

Una hora más tarde, después de haber informado a Brennus con todo detalle, Séneca deshizo el camino andado y, tras esquivar de nuevo a los centinelas, descendió por el exterior de la empalizada, retirando los ganchos a medida que bajaba. Resistiendo la tentación de correr, se arrastró una vez más entre la hierba alta hasta que, por fin, estuvo de vuelta en la relativa seguridad de los árboles.

—Séneca —susurró Talorcan, saliendo de la maleza—. Pensábamos que no lo conseguirías. ¿Hablaste con él?

Séneca asintió, con la respiración todavía algo agitada.

—Ha aceptado venir —dijo en voz baja, mirando de reojo hacia la aldea—, pero no se marchará sin su mujer y su hijo.

—Eso no era parte del plan —dijo Talorcan.

—El plan ha cambiado —dijo Séneca—. Brennus ha estado con nosotros desde el principio y forma parte de los Occultum tanto como cualquiera de nosotros. Yo no estaría aquí ahora si no fuera por él, y sé de muchos otros que ahora duermen profundamente en sus camas gracias a algo que él hizo. Se lo debemos.

Talorcan suspiró, sopesando claramente los riesgos. Finalmente, asintió, aunque su rostro era sombrío.

—De acuerdo —dijo—. Lo haremos. ¿Cuándo salimos?

—Dentro de dos días, al anochecer —dijo Séneca—. Brennus estará listo y, en cuanto haga su parte del plan, nos moveremos.

Ambos miraron a Canis. Era el miembro más reciente del Occultum, pero aun así tenía voz y voto en el asunto.

—Estoy de acuerdo —dijo—, pero debemos movernos tan rápido como podamos. Antes ya era difícil, pero ahora no hay el más mínimo margen de error.

Séneca volvió la vista hacia la aldea, donde Brennus y su familia esperaban su única oportunidad de alcanzar la libertad.

—En ese caso, pongámonos en marcha —dijo—, y que los dioses nos acompañen.

---

# Capítulo Dieciséis

## Britania

A cientos de leguas de allí, Raven y Sica esperaban bajo el roble junto al río. La mente de Sica regresó a Quintas y a la apresurada conversación que habían mantenido en el mercado aquella mañana. Prasutagus había accedido a la reunión, pero la forma en que se iba a llevar a cabo, el secretismo, la ubicación junto al río, lo inquietaba.

—¿Crees que Prasutagus vendrá solo? —preguntó.

—Ni en mil años —dijo Raven—. Después de todo, es un rey.

—Entonces tendremos que andarnos con ojo —dijo Sica—. Toda esta situación apesta a traición.

El sonido de hombres que se acercaban, apenas audible por encima del murmullo del río, captó su atención y se giraron para observar cómo se aproximaba un grupo de seis jinetes, todos guerreros y armados hasta los dientes.

—No se parece en nada a lo que esperaba —dijo Sica, sin apartar la vista del hombre que iba al frente.

—Ese no es ningún rey —dijo Raven, poniéndose en pie—. Mantente alerta, Sica, puede que tuvieras razón. Esto apesta a traición. Entrecerró los ojos mientras los seis hombres a caballo se acercaban por la ribera, con sus armas refulgiendo bajo el sol de mediodía. A medida que se aproximaban, se desplegaron en un semicírculo, acorralando a los dos hombres contra el recodo del río.

El líder del grupo detuvo su caballo a pocos pasos, con la mirada vacía, sin revelar nada de sus pensamientos.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó—. Parece que nos hemos topado con un par de infiltrados romanos.

—No soy romano —dijo Raven—. Nací en estas tierras, y mi camarada es sirio, un mercader de especias raras de Oriente. No buscamos problemas.

El hombre suspiró y se recostó en la silla.

—¿Sabéis qué? —dijo—. En cualquier otro momento, me divertiría escuchar las mentiras que vuestros amos os han hecho aprender, pero llevo mucho tiempo lejos de mi tribu y anhelo el calor de mi propio hogar. De hecho, sé quiénes sois, porque vuestro amigo Quintas me lo dijo justo antes de que lo matara. Así que no os haremos perder más tiempo y os enviaremos por vuestro camino... a encontraros con vuestros dioses, claro está. —Hizo una señal, y el resto de sus hombres desenvainaron sus espadas y alzaron sus escudos, preparándose para atacar.

El corazón de Raven se encogió. Había temido una traición, pero esto era peor. No solo los habían traicionado, sino que ya los habían sentenciado a muerte.

Los guerreros se acercaron un poco más mientras Raven y Sica desenvainaban sus cuchillos, un gesto fútil pero simbólico contra los hombres que los tenían rodeados.

—Les llevaremos sus cabezas a Togodumnus como trofeos —dijo el líder por encima del hombro—, y que nuestros guerreros vean con qué facilidad masacramos a sus espías.

La mente de Raven trabajaba a toda velocidad. Ya veía que no se podría razonar con aquellos hombres. Y, desde luego, no había escapatoria. Incluso si saltaban al río, la lenta corriente significaba que podrían abatirlos con flechas en cuestión de minutos. Sica y él estaban acorralados.

—¿Crees que podemos llevarnos por delante al arrogante? —preguntó, mirando de reojo a Sica.

—A él y al menos a otros dos —dijo Sica con rebeldía—. Cualquier cosa menos sería una deshonra.

El guerrero Trinovante alzó la mano para ordenar el ataque, pero antes de que pudiera bajarla, un agudo silbido rasgó el aire y una andanada de flechas descendió en arco desde la linde del bosque, alcanzando a los jinetes con una precisión letal. Dos hombres cayeron de sus sillas con un golpe sordo, con las flechas hundidas en el pecho, y los ojos del líder se abrieron de par en par por la conmoción mientras luchaba por mantenerse sobre su caballo, con una flecha clavada en el hombro.

Los jinetes restantes apenas tuvieron tiempo de reaccionar antes de que otra andanada cayera sobre ellos. El hombre más cercano a Raven se desplomó de su montura, agarrándose la flecha que le atravesaba el costado mientras la sangre manaba de la herida y, en cuestión de instantes, el otrora amenazante círculo de enemigos se había reducido a una caótica dispersión de hombres heridos y sillas vacías.

Sica y Raven, todavía preparados para luchar, se quedaron paralizados por la confusión, con las armas listas pero sin usar. Los ojos de Sica se clavaron en los de Raven, y la incertidumbre titiló en sus rasgos, por lo general imperturbables.

—¿Qué demonios ha sido eso?

Antes de que Raven pudiera responder, el estruendo de unos cascos retumbó desde los árboles y un nuevo grupo de jinetes cargó hacia el claro con las capas ondeando a sus espaldas. El jinete que los encabezaba, un hombre de porte regio, ralentizó su caballo al acercarse a la orilla del río. Su expresión era serena pero imponente, una presencia que no dejaba lugar a dudas sobre quién era: Prasutagus, rey de los icenos.

Sus arqueros se desplegaron en abanico tras él, con los arcos aún en la mano, pero su atención ya no se centraba en Raven y Sica. En su lugar, registraban a los guerreros caídos, buscando cualquier cosa de valor entre sus ropas.

Prasutagus detuvo su caballo a unos pasos de distancia y su afilada mirada recorrió a los hombres caídos antes de posarse en Raven y Sica. Sus labios se torcieron en una leve sonrisa, aunque no había regocijo en sus ojos.

—Parece que hemos llegado justo a tiempo —dijo, echando un rápido vistazo al líder herido que se retorcía de dolor en el suelo.

Raven bajó la espada, aunque permaneció alerta.

—Nos ha salvado la vida —dijo—, y tiene nuestra gratitud.

Prasutagus inclinó la cabeza en señal de reconocimiento.

—Parece que los hados han alargado su hilo un poco más en este día —dijo, y señaló a los moribundos con un gesto despectivo —. Estos hombres no son de los míos y cabalgan con quienes buscan la senda de la guerra: los Trinovantes.

—Los Trinovantes no dejan de ser una tribu de Britania —dijo Sica—, y sin embargo los ha masacrado usted sin dudarlo.

Prasutagus lo observó con frialdad un instante antes de responder.

—Soy un orgulloso britano —dijo— y no siento ningún afecto por Roma, pero no estoy tan ciego como para sacrificar a miles de los míos para que unos jóvenes exaltados busquen la gloria inútil de morir en una guerra que no pueden ganar. Sí, nos aguardan batallas, pero batallas que requieren algo más que decisiones precipitadas y el derramamiento de sangre britana. —Hizo una pausa, entornando ligeramente los ojos—. Sé quiénes sois y por qué estáis aquí, y estoy dispuesto a honrar el acuerdo para ayudar a negociar una paz entre Roma y mis tribus hermanas, pero sabed esto: si estáis aquí para engañarme, no dudaré en terminar lo que ellos empezaron.

Raven envainó su daga y sostuvo la mirada del caudillo sin inmutarse.

—No buscamos engañarlo, Prasutagus —dijo—, solo su ayuda.

Prasutagus los estudió durante un largo instante y luego asintió con lentitud.

—Entonces, hablaremos. Venid. —Giró su caballo hacia la ciudad que se veía en la distancia, y sus arqueros lo siguieron.

Raven y Sica intercambiaron una mirada. Habían estado a un paso de la muerte una vez más, pero por fin, después de tantas semanas, habían contactado con el hombre clave al que habían venido a ver.

---

Más tarde esa noche, Raven y Sica se encontraban sentados en el salón del rey de los icenos. El humo ascendía en espirales, escapando por un agujero en el techo de paja, mientras el cálido resplandor iluminaba los rostros de Raven y Sica, sentados cerca del hogar.

El salón era grandioso, digno de un rey como Prasutagus. Sus paredes estaban adornadas con tapices de enrevesados diseños celtas que representaban escenas de caza y batalla, con sus vibrantes colores atenuados por la tenue luz. Escudos y lanzas se

alineaban en las paredes; algunos, gastados y con cicatrices de combate; otros, finamente decorados, elaborados para la exhibición ceremonial. Una colección de cráneos de animales colgaba sobre el hogar, y sus cuencas vacías captaban la luz parpadeante del fuego. El poder ancestral de Britania era palpable allí, con el peso de generaciones oprimiendo a quienes entraban.

Sin embargo, mientras la mirada de Raven recorría el salón, no pudo evitar notar la creciente influencia de Roma. Cerca de la cabecera del salón, donde Prasutagus solía sentarse en consejo, había una gran mesa de estilo romano, cuya superficie de mármol brillaba en marcado contraste con los muebles de tosca factura diseminados por el resto de la estancia. Sobre la mesa descansaban finas cerámicas romanas, relucientes vasijas de bronce y un plato de plata pulida que ostentaba la inconfundible artesanía de los artesanos romanos. También había otras señales: una pequeña estatua de Marte, el dios romano de la guerra, intrincadamente tallada, y una delicada cristalería, muy alejada de las prácticas jarras de barro del pueblo iceno. Incluso la gran silla de madera, cubierta con piel de oveja, donde se sentaba Prasutagus, tenía toques de diseño romano en las cabezas de león talladas en los reposabrazos.

El salón era una fusión de dos mundos: el espíritu salvaje e indómito de Britania y el orden de Roma que avanzaba sigilosamente. Era un reflejo del propio Prasutagus, un hombre dividido entre su herencia ancestral y las presiones del Imperio romano que se cernían sobre su pueblo.

Raven se inclinó hacia delante y extendió las manos hacia el fuego para calentarse. Frente a él, Sica permanecía sentado en silencio, con sus ojos perspicaces escudriñando la sala. Aquel no era el salón de un rey que se oponía firmemente a Roma; era el salón de un hombre que caminaba por la cuerda floja entre la alianza y la rebelión.

Al cabo de unos instantes, entró Prasutagus, cuya imponente presencia llenó la estancia mientras se acomodaba en la enorme silla de madera frente a Raven y Sica. Estiró las piernas y la piel de oveja que cubría el asiento crujió al ponerse cómodo. Durante un

momento no dijo nada; se limitó a mirar el fuego, con las llamas danzando en sus ojos oscuros.

—La tierra habla —dijo Prasutagus al fin—. Y se agita inquieta. —Alzó la vista para cruzarse con la de Raven—. Mucha de mi gente quiere la guerra. Algunos incluso la anhelan. Creen que podemos oponer resistencia a Roma, expulsarlos como en los viejos tiempos, cuando nuestros enemigos eran otras tribus.

—¿Y usted lo cree? —preguntó Raven.

Prasutagus se recostó en la silla, sin apartar la mirada.

—No soy tan necio como para pensar que podemos derrotar a Roma —dijo—. Su poder es inmenso. Pero también sé que hincar la rodilla ante ellos significa más que pagar tributo. Significa perder nuestra alma. He visto lo que Roma hace a quienes no se arrodillan lo bastante rápido.

—Entonces, ¿cuál es su postura? —preguntó Raven—. ¿Entre Roma y su gente?

Los labios de Prasutagus se contrajeron en una fina línea.

—Me encuentro en el filo de una cuchilla —replicó el rey—. Si me inclino demasiado hacia un lado, nos engulle Roma. Si me inclino demasiado hacia el otro, nos aniquila la guerra.

—Estamos aquí para ofrecerle una salida —dijo Raven—. Una forma de proteger a su gente sin perder el alma, como usted dice.

—Eso está por ver —dijo Prasutagus—. ¿Qué necesitan exactamente de mí? Porque no alzaré ni una sola espada contra otros britanos.

—Sin embargo, eso es exactamente lo que hizo hace apenas unas horas —dijo Sica—. ¿Por qué fue diferente?

—Porque entraron en mi territorio sin ser invitados con el único fin de derramar sangre. Soy el rey de esta tribu y ningún hombre decide quién vive y quién muere en mis tierras sin mi consentimiento. Así que díganme qué es lo que quieren.

—No queremos más que un refugio seguro aquí, en sus tierras —dijo Raven—. Nuestros asuntos están en otra parte, pero necesitaremos un lugar donde establecernos sin temor a una cuchillada en la noche o a que mil jinetes nos den caza si su rey

cambia de parecer. No causaremos problemas y, aparte de la compra ocasional de suministros o caballos, no sabrá que estamos aquí.

—Puedo concederles eso —dijo Prasutagus—. ¿Pero qué recibo yo a cambio?

Raven miró a Sica antes de sacar un rollo de pergamino sellado de debajo de su capa.

—¿Qué es esto? —dijo Prasutagus, alargando la mano para coger el documento.

—Es la palabra del propio emperador —dijo Raven—, prometiéndole el estatus de reino protegido del Imperio. No es ningún secreto que nuestras legiones se están reuniendo, y este documento garantiza su seguridad, la de su familia, la de su gente y la de todo lo que vive en las tierras de los icenos. Y no solo eso, si alguna otra tribu posa sus ojos codiciosos en sus tierras y decide atacarlas, lo pagará caro bajo el filo de las espadas romanas. Este documento significa paz y prosperidad para usted y su gente, Prasutagus, sin importar lo lejos que llegue la invasión ni cuánto dure.

Por un instante, el silencio se adueñó de la sala. El fuego crepitaba y los sonidos lejanos de la aldea entraban por la puerta abierta. Prasutagus sostenía el pergamino en sus manos, recorriendo con la vista el sello del emperador, cuyo peso estaba cargado de promesas tácitas. Le dio la vuelta lentamente, con los dedos trazando la cera como si buscaran un significado oculto bajo su superficie. Luego, con un suspiro, lo dejó sobre su regazo y volvió a inclinarse hacia el fuego.

—Paz y prosperidad —repitió en voz baja, casi para sí mismo —. La canción favorita de Roma. —Alzó la vista y se encontró con la de Raven—. Y a cambio de esta protección, ¿qué más me pedirán? ¿Tributos? ¿Impuestos? ¿O tal vez algo más… vinculante?

—No más de lo que ya da —replicó Raven—. Piden estabilidad y su lealtad, a cambio de la suya.

—¿Lealtad? —espetó Prasutagus, como si la palabra le dejara un sabor amargo en la boca—. Hablan de lealtad, pero reúnen a sus legiones para invadir nuestras tierras, exigir nuestros recursos y volvernos los unos contra los otros. —Señaló las baratijas romanas

esparcidas por la sala—. ¿Acaso esto es lealtad? ¿Es este el futuro de mi gente, arrodillada ante dioses extranjeros, bebiendo en copas de cristal mientras olvidamos cómo moldear nuestra propia arcilla?

—Lo que le ofrecemos, Prasutagus —dijo Raven—, no es solo protección. Es una oportunidad para que guíe a su gente a través de lo que se avecina. Usted ve la tormenta en el horizonte, igual que nosotros. Los romanos están aquí para quedarse. Puede luchar contra ellos y ser aplastado bajo sus legiones, o puede forjar un camino en el que su gente sobreviva, en el que su nombre sea recordado no como el del rey que cayó, sino como el del rey que aseguró el futuro de su tribu.

El rey guardó silencio un momento antes de responder.

—Muy bien. Tendrán sus tierras, un lugar en las marismas, cerca del confín oriental de mi territorio. Es una tierra salvaje, indómita, y hay poco allí para sustentarlos; no crecerán los cultivos y el ganado no prosperará en su blando suelo. Pero hay agua dulce y bosques, y se encuentra lo bastante lejos de mis aldeas para que su presencia no provoque malestar.

Raven inclinó la cabeza, agradecido pero reservado.

—Con eso bastará. Solo necesitamos un lugar donde descansar y trazar nuestros planes. No tenemos ningún deseo de molestar a su gente.

Prasutagus asintió, aunque su semblante permaneció sombrío.

—No crea que le concedo esto a la ligera, Raven. Su presencia aquí ya es conocida y agita los corazones de aquellos que todavía sueñan con la rebelión. Cumpla sus promesas y no atraiga más miradas a este lugar. No dudaré en revocar mi hospitalidad si percibo que mi gente corre peligro.

—Entendido —dijo Raven, poniéndose en pie al tiempo que Sica lo imitaba—. Nos mantendremos en la sombra y, cuando llegue el momento, nos iremos tan sigilosamente como llegamos.

Prasutagus también se levantó, aunque no le tendió la mano. En su lugar, se limitó a señalar la puerta con la cabeza.

—Que los dioses velen por ustedes. Y recuerden, esta es una tierra donde hasta las marismas le susurran al viento.

Con estas palabras, Raven y Sica abandonaron la calidez del salón y salieron al aire fresco de la noche. El cielo sobre ellos era de un negro profundo, y las estrellas brillaban como llamas lejanas mientras la aldea se sumía en el silencio del sueño. Avanzaron en silencio por los estrechos senderos que serpenteaban entre las casas y salieron por las puertas del asentamiento. Una vez que alcanzaron la protección de los árboles, Sica se volvió hacia Raven, con los ojos relucientes en la oscuridad.

—Debemos andarnos con cuidado. Prasutagus está al límite y no podemos presionarlo demasiado. Al menos, no todavía. Ya viste con qué facilidad mató a esos hombres antes y, si puede hacerle eso a miembros de su propia tribu, no creo que dudara en hacérnoslo a nosotros.

Se adentraron más en el bosque y desaparecieron en la noche, dejando atrás el asentamiento. Su futuro se hallaba ahora en las marismas, entre lo salvaje y lo indómito, lejos de las miradas tanto de romanos como de britanos.

---

# Capítulo Diecisiete

## Germania Oriental

Séneca se agazapó tras una espesa mata de helechos, con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho. Todo había conducido a este momento. La meticulosa planificación, la cuidadosa coordinación con Brennus... Ahora era el momento de ponerlo todo en marcha. Si algo salía mal, no solo sufrirían Brennus y su familia; los hombres que habían acudido a rescatarlo probablemente también encontrarían su fin.

Notaba los dedos fríos cuando metió la mano en la bolsa de su cinturón y sacó una pieza de cobre muy pulida, la herramienta que llevaría la señal a su viejo camarada. Exploró el asentamiento con la mirada, intentando localizar a Brennus entre los vándalos. Tras varios momentos de tensión, por fin lo localizó cerca de un grupo de hombres al borde del cercado de los caballos, con aspecto relajado mientras hablaba con ellos. Pero Séneca podía percibir la tensión en su postura, la forma en que sus hombros estaban demasiado rígidos y su mirada se desviaba con demasiada frecuencia hacia el bosque.

Con mano firme, Séneca alzó el espejo de cobre y lo inclinó para que reflejara los últimos rayos del sol poniente. La luz se reflejó en la superficie, un breve destello que danzó colina abajo hacia el asentamiento. Durante un instante no hubo reacción, y Séneca sintió cómo se le aceleraba el pulso en la garganta. ¿Lo habría visto Brennus? ¿Sería capaz de responder sin llamar la atención?

Unos instantes después, Brennus por fin se movió. Se arrodilló como para ajustarse la bota y sus dedos se demoraron más de lo necesario en las correas de cuero. Era la señal. Lo había entendido.

Séneca soltó el aire lentamente, invadido por una oleada de alivio. El mensaje había sido recibido y esa noche pasarían a la

acción. Se dio la vuelta y regresó adonde esperaban Talorcan y Canis, y se agachó a su lado.

—Hecho —dijo Séneca—. En cuanto caiga la noche, actuaremos. ¿Está todo listo?

—Tan listo como va a estarlo —dijo Talorcan—. Los caballos están en su sitio, al otro lado del campamento, y tienen comida y agua para dos días. Buscad el peñasco con cara de hombre.

—¿Canis? —preguntó Séneca—. ¿Sabes lo que tienes que hacer?

—Lo sé —respondió Canis—. Y estaré esperando según lo acordado.

—En ese caso —dijo Séneca—, no hay nada más que decir. Pongámonos en posición.

Canis se dio la vuelta y se dirigió hacia el trillado sendero que llevaba al oeste, hacia el río Elba. Séneca y Talorcan tomaron la dirección opuesta y descendieron por la colina hacia el asentamiento. El poblado bullía de los sonidos del atardecer: las risas, el golpeteo de las vasijas, el murmullo lejano de las conversaciones. La mayoría de los vándalos estaban reunidos alrededor de sus hogueras, pendientes de sus cenas, pero unos pocos guardias patrullaban las afueras del campamento. Los ojos de Séneca se posaron en la torre de vigilancia junto a la puerta principal, donde dos centinelas se recortaban contra el cielo cada vez más oscuro.

El plan dependía de la velocidad y la precisión. Brennus crearía la distracción cerca del extremo opuesto del poblado, atrayendo a tantos guardias como fuera posible, y cuando llegara el momento, Séneca y Talorcan entrarían en acción y se asegurarían de que la puerta permaneciera abierta para que Brennus y su familia pudieran escapar.

Llegaron al linde del bosque y se agazaparon, observando el poblado al abrigo de los árboles. Desde su posición, podían ver a través de las puertas abiertas hasta el corazón del campamento vándalo. La tensión era palpable, el aire denso de expectación, y Séneca miró a Talorcan, con los ojos endurecidos por la determinación.

—Espera la señal —susurró—. En cuanto Brennus actúe, nos movemos.

---

Dentro del campamento, Brennus permanecía de pie bajo la luz moribunda, pasando las manos distraídamente por el flanco del caballo que estaba cepillando. La criatura resopló y pateó el suelo, con un nerviosismo que igualaba el suyo. Desvió la mirada y sintió una punzada de preocupación en el corazón al ver a Alana acercarse al pozo con un cubo en las manos, aunque esta vez contenía un montón de brasas incandescentes en lugar de agua. Parecía tranquila, su rostro no delataba el miedo que él sabía que debía de estar royéndola por dentro. Se había mostrado insistente en que, si iban a escapar, tenían que hacerlo juntos; pero un movimiento en falso, una mirada de sospecha, y todo se vendría abajo.

Brennus observó a su mujer mientras esta hacía su jugada. Miró a su alrededor para asegurarse de que nadie la observaba y, con un rápido movimiento de manos, arrojó el contenido del cubo al corazón del pajar. Por un instante, a Brennus le costó respirar mientras ella se alejaba del creciente fuego y comenzaba a caminar tranquilamente de vuelta hacia el cercado. Nadie pareció fijarse en ella y las parpadeantes llamas todavía eran demasiado pequeñas para llamar la atención, pero solo había dado unos pocos pasos cuando tropezó y cayó de bruces al suelo. Algunas de las mujeres la oyeron caer y se sonrojó intensamente al ponerse de nuevo en pie, pero no se había hecho daño y se apresuró a volver a su cabaña.

A su espalda, el fuego comenzó a extenderse, reptando por el heno. El pulso de Brennus martilleaba en su pecho mientras le daba una última caricia a la crin del caballo y luego se alejaba lentamente del animal. Tenía que mantener la calma, actuar con normalidad, al menos hasta que el fuego prendiera del todo.

Por el rabillo del ojo, vio a su mujer deslizarse en su cabaña e intercambiaron una última mirada antes de que ella desapareciera dentro. Lo había conseguido. El fuego estaba prendido. Ahora solo quedaba esperar a que comenzara el caos.

Brennus se obligó a caminar despacio por el recinto, dando la apariencia de alguien que cumplía con sus obligaciones. Ya podía ver

las llamas crecer, lamiendo el cielo cada vez más alto, y el humo comenzaba a ascender en espirales. Podía sentir cómo aumentaba el calor y, al poco, sonó el primer grito: uno de los centinelas había visto el incendio.

—¡Fuego! —bramó el guardia—. ¡En el pajar!

El pandemonio estalló casi al instante. Los guerreros corrieron hacia el fuego, gritando órdenes, cogiendo cubos y odres de agua, mientras otros pedían ayuda a gritos. El asentamiento se sumió en el desorden mientras todos se afanaban por contener el creciente infierno, cuyas hambrientas llamas enviaban ahora oleadas de humo que se arremolinaban por el poblado.

Brennus echó un último vistazo al caos y luego, al amparo del humo y el ruido, se escabulló de los caballos y corrió de vuelta a su cabaña. Instantes después, reapareció de la mano de Elara mientras corrían hacia las puertas. El fuego, que ahora rugía con intensidad, había atraído la atención de todos; la parpadeante luz anaranjada danzaba en los rostros de quienes intentaban contener desesperadamente las llamas, pero los ojos de Brennus estaban fijos en su única vía de escape.

Las puertas estaban justo delante, pero al acercarse, vio que todavía quedaban dos guardias, mirando hacia dentro, hacia ellos, observando cómo el fuego y el humo ascendían hacia el cielo en el otro extremo del asentamiento. Brennus maldijo por lo bajo y su pulso se aceleró mientras arrastraba a Elara a las sombras de una cabaña cercana. Por un momento, consideró intentar matarlos él mismo, pero justo cuando se disponía a dar un paso al frente, un movimiento en los arbustos al otro lado de las puertas le llamó la atención.

En la confusión, con la atención de los centinelas en otra parte, ninguno de ellos se percató de las oscuras figuras que se acercaban por detrás y, antes de que los guardias pudieran reaccionar, Talorcan atacó y su hoja cortó la garganta del guardia más cercano.

Seneca se deshizo del segundo guardia de manera similar y, mientras los dos hombres yacían moribundos en el suelo, cada uno

agarró a una víctima y la arrastró apresuradamente hacia la hierba más alta a un lado del camino.

Brennus observó cómo se desarrollaba la escena y, sin perder más tiempo, agarró a Elara del brazo y tiró de ella hacia las puertas. Fuera, Talorcan y Seneca los vieron salir, con Elara apretando contra su pecho al niño envuelto en mantas y una expresión de terror en el rostro.

—¿Listos? —preguntó Seneca.

—Vámonos —dijo Brennus y, sin más dilación, salieron corriendo del asentamiento para desvanecerse en el denso bosque que se extendía más allá.

---

De vuelta en la aldea, Wulfstan permanecía de pie en medio del caos, con los ojos entornados mientras observaba a su gente combatir las llamas. Se pasaban cubos de agua de mano en mano en un intento desesperado por contener el incendio, pero el trabajo era terriblemente lento. El calor del fuego le lamía el rostro, pero la atención de Wulfstan se centraba en el pánico y el desorden que se arremolinaban a su alrededor.

Mientras avanzaba a grandes zancadas, su mirada se posó en un cubo abandonado. Se agachó para cogerlo, deteniéndose al percibir un extraño olor. Miró dentro y, en lugar de agua, encontró marcas de quemaduras en el fondo y un ligero olor a madera quemada. Por un momento, se quedó inmóvil, con el ceño fruncido por la confusión. Entonces, la revelación lo golpeó como un mazazo: este fuego no había comenzado por sí solo.

Se dio la vuelta, con los ojos encendidos de furia mientras examinaba la escena. Su mente trabajaba a toda velocidad, buscando respuestas, buscando a alguien a quien culpar. Antes de que pudiera ladrar una orden a sus hombres, una esclava se le acercó con la cabeza gacha.

—Mi señor —balbuceó, con la voz apenas audible—, yo..., yo vi algo.

La feroz mirada de Wulfstan se clavó en ella.

—Habla rápido —espetó él.

La mujer tragó saliva con dificultad y desvió la mirada hacia el suelo.

—Había una mujer cerca del fuego —murmuró—, no le vi la cara, pero se cayó. Y, al hacerlo, se le cayó esto.

Sus manos temblorosas se metieron entre los pliegues de su vestido andrajoso y sacaron un pequeño objeto. Wulfstan se lo arrebató de las manos, sus dedos se cerraron en torno al objeto mientras lo acercaba a la luz. Se le cortó la respiración. Era un brazalete. Sencillo, pero inconfundible. El corazón le dio un vuelco. Había visto ese brazalete antes. Era el que le habían regalado a Brennus.

La verdad lo golpeó con una fuerza súbita y aplastante. Sus nudillos se pusieron blancos al apretar con más fuerza el brazalete; el fuego de su pecho era ahora un infierno embravecido. Este incendio no había sido un accidente fortuito; había sido deliberado, y Brennus estaba detrás de todo.

Se giró bruscamente para encararse con los hombres que se habían congregado cerca de las llamas.

—Traedme al encargado de los caballos.

Dos hombres corrieron de inmediato hacia la cabaña de Brennus, pero Wulfstan no apartó la vista de las llamas mientras permanecía allí, furioso, esperando a que Brennus fuera arrastrado ante él. Su mente trabajaba a toda velocidad, intentando dar sentido a la traición, a la audacia de aquello. Brennus, en quien había confiado, a quien había concedido más privilegios que a ningún otro esclavo, se había vuelto contra él.

Pocos minutos después, los hombres regresaron.

—No está allí, mi señor —informó uno de ellos—. Tampoco está en el cercado. La mujer también se ha ido. La cabaña está vacía.

A Wulfstan se le revolvió el estómago y se dirigió a grandes zancadas hacia la empalizada, con sus soldados pisándole los talones. La verdad comenzaba a cristalizar, pero a Wulfstan todavía le costaba aceptarla. Era imposible que Brennus escapara, no con una mujer y un niño. Era una locura, una insensatez. Se obligó a sí mismo a buscar alguna otra explicación, algo que absolviera a

Brennus de aquella demencia, pero al llegar a las puertas, la imagen que los recibió aplastó cualquier esperanza que le quedara. Las puertas estaban abiertas, sin vigilancia, y el corazón se le encogió, mientras un pavor helado se apoderaba de sus huesos.

De repente, una voz rasgó la oscuridad.

—Mi señor, nuestros hombres están aquí. Los han matado.

Los ojos de Wulfstan se clavaron en el origen de la voz. Avanzó y se arrodilló junto a los cuerpos de los dos centinelas. Les habían degollado limpiamente, la sangre formaba un charco bajo ellos. Sus dedos recorrieron las heridas y la verdad lo golpeó una vez más. Los habían matado por la espalda. Brennus no había actuado solo.

---

# Capítulo Dieciocho

## Britania

El campamento del Occultum se acurrucaba entre los peñascos escarpados de un extenso afloramiento rocoso, oculto en el denso bosque que rodeaba el terreno anegado. Las hogueras se mantenían pequeñas y su luz apenas era visible a través de la espesa niebla que se enroscaba entre los árboles como tentáculos espectrales.

Marcus estaba de pie junto a una de las hogueras. A su alrededor, los hombres del Occultum se movían en silencio; unos afilaban sus armas, otros inspeccionaban el equipo que habían traído consigo. Sus oscuras capas se confundían con las sombras y su presencia era apenas perceptible entre las rocas y los árboles. Sica estaba acuclillado cerca de allí, con los dedos trazando distraídamente dibujos en la tierra, aunque su mente parecía estar muy lejos.

Marcus se acercó a su propia sarcina, que estaba apoyada contra una losa de roca que lo protegía de lo más crudo del viento. Ya llevaban allí dos noches, trazando sus planes sobre cómo proceder, pero su sarcina estaba hecha y lista para partir en cualquier momento si las circunstancias lo exigían. Todas lo estaban y solo las abrían para sacar las mantas de dormir o para coger alguna otra pieza del equipo que necesitaran. Dos tiendas de campaña se alzaban entre los peñascos más altos, resguardadas de las peores inclemencias del tiempo y ocultas por el follaje cortado de los matorrales cercanos. En general, Marcus estaba satisfecho con el lugar. Ciertamente no ofrecía ninguna comodidad, pero su remota ubicación y la presencia de agua corriente lo habían convertido en una buena elección, y era el lugar perfecto desde el que lanzar sus misiones por toda Britania.

—Acérquense —dijo en voz baja, y uno por uno, los demás miembros del Occultum se aproximaron, listos para recibir sus

órdenes finales. Todos ellos eran hombres especiales, cada uno con talentos ocultos, pero con una determinación colectiva que los diferenciaba de los demás. Y aunque algunos tenían más experiencia que otros, todos habían alcanzado el exigente nivel que se esperaba de ellos. Eran los hombres que lo habían dejado todo para unirse a la causa, hombres que comprendían lo que estaba en juego. No necesitaban discursos motivadores, solo órdenes claras.

—¿Han comido todos y han preparado su equipo? —preguntó Marcus en voz baja.

Los hombres asintieron o gruñeron a modo de confirmación.

—Bien —dijo Marcus—. Ahora debemos centrarnos en lo que tenemos por delante. Este campamento es probablemente lo mejor que podemos esperar encontrar mientras estemos aquí, así que, aunque no sea perfecto, a partir de ahora, esta será nuestra base. Dicho esto, cuando nos marchemos, no dejaremos rastro de nuestra presencia, pero recuerden bien dónde está para que, si las cosas se tuercen, sepamos dónde reagruparnos. —Echó un vistazo a su alrededor y se encontró con la mirada de cada hombre por turno—. Tenemos dos misiones por delante. La primera es perturbar y destruir las fuerzas de los Trinovantes. No me refiero a una confrontación directa, pues ese es el camino al desastre; atacaremos sus líneas de suministro y sembraremos el caos en sus filas. Si creen que corren peligro, retírense; sencillamente, no tenemos suficientes hombres como para sufrir bajas. Debemos permanecer ocultos y no dejar constancia de nuestra existencia, aparte de la destrucción que dejemos a nuestro paso. Mantengámoslos en vilo y, para cuando se den cuenta de lo que está ocurriendo, las legiones ya estarán en camino.

Murmullos de aprobación recorrieron el grupo y sus rostros se endurecieron en previsión del conflicto venidero.

—La segunda misión —continuó Marcus—, es más delicada. Los cantiacos del sur flaquean en su lealtad a Roma. Durante años, han comerciado libremente y se han beneficiado de nuestro patrocinio. Sin embargo, hemos sabido que están sometidos a una presión inmensa para que se unan a los Trinovantes. Los cantiacos controlan la mayor parte de la costa oriental más cercana a la Galia

y a la Bélgica, y es la zona más probable para el desembarco de nuestras naves. Como saben, el momento más peligroso para cualquier ejército invasor es cuando desembarca de las naves, así que, si los cantiacos se unen a los Trinovantes y nos esperan en la costa, podría costar cientos de vidas romanas e incluso obligarnos a dar media vuelta. No podemos arriesgarnos a que eso ocurra, por lo que el segundo grupo se dirigirá más al sur para intentar influir en ellos. —Miró a su alrededor para ver si había alguna pregunta. Como nadie comentó nada, continuó—:

—Raven liderará el equipo contra las tribus hostiles junto con Sica, Falco y Atticus. Cassius y yo seremos quienes negociemos con los cantiacos. Cada grupo partirá de aquí por separado y elegirá sus propias rutas. Una vez que nos vayamos, estaremos solos y nuestros caminos probablemente no volverán a cruzarse hasta que hayamos terminado. Sin embargo, si surge algo que no pueda esperar, podemos dejar un mensaje oculto allí —dijo, señalando con la cabeza una roca situada entre un montón de otras—. Si alguien necesita regresar, que busque los mensajes y actúe en consecuencia si es posible. Aunque no haya necesidad de volver, nos reuniremos todos aquí dentro de tres meses, en luna llena, para informar de la situación y ponernos al día. Nos quedan muchas leguas por recorrer a todos, así que calculen el tiempo para regresar. A quienes no estén aquí, se los dará por capturados o muertos.

Volvió a mirar a su alrededor, fijando la vista en los rostros decididos de cada hombre. Para esto se habían entrenado tan duramente y no había nada más que necesitaran saber. En el momento en que abandonaran el campamento, sus métodos de operación, sus tácticas y sus planes dependerían de ellos, y cada uno era más que capaz de tomar la iniciativa.

—¿Alguna pregunta? —preguntó.

Al no obtener respuesta, respiró hondo y asintió secamente.

—En ese caso, partiremos al anochecer.

Mientras los hombres se dispersaban para hacer sus últimos preparativos, Raven se acercó a Marcus.

—Será difícil convencer a los cantiacos —dijo—. Su posición es precaria y temen la ira de los Trinovantes. ¿No sería mejor que lo

acompañara?

—Lo sería —dijo Marcus—, pero lo necesito con los demás. Deben causar la mayor perturbación posible y luego moverse con rapidez para no ser descubiertos. Usted conoce estas tierras y las costumbres de la gente, por lo que sus habilidades se aprovecharán mejor allí.

—¿Y qué hay de los cantiacos?

—Admito que teman a los Trinovantes —dijo Marcus—, pero deben darse cuenta de que Roma es una amenaza mucho mayor para su existencia. Debemos hacerles ver que, si acceden a mantenerse al margen del conflicto que se avecina, tienen la oportunidad de seguir siendo libres bajo su propio gobierno.

—¿Es eso probable?

—¿Quién sabe? —repuso Marcus—. No soy político, pero es la promesa que me hizo Séneca en Gesoriacum.

—¿Y si se niegan?

La mirada de Marcus se endureció.

—Entonces les recordaremos lo que les sucede a quienes se interponen en el camino de Roma.

Unas horas más tarde, mientras la luz comenzaba a desvanecerse, los hombres se reunieron por última vez, ya separados en los dos grupos que se les habían asignado. Marcus miró a su alrededor y, tras ver que el campamento había sido despojado de toda señal de vida, incluidas las cenizas de las hogueras, se volvió para mirar a sus camaradas.

Cassius tenía un cierto aire. A sus ojos agudos no se les escapaba nada, y su astucia de zorro le había sido de gran utilidad en su anterior vida como mercader. Aunque se sentía más a gusto en los bulliciosos mercados del Imperio que en el agreste terreno de Britania, su habilidad para negociar y leer a la gente sería crucial en los días venideros y aportaría la agudeza mental necesaria para burlar a los líderes más taimados de la tribu.

Se volvió hacia el segundo grupo. Sica, Raven y Falco eran todos miembros veteranos del Occultum, y no tenía ninguna duda sobre ninguno de ellos. Todos eran luchadores brutales y estaban muy acostumbrados a operar tras las líneas enemigas. Eran la

elección perfecta para la tarea que tenían por delante, mientras que Atticus, por otro lado, era probablemente el más débil de todos. Sus habilidades de supervivencia eran bastante sólidas y, aunque joven, prometía ser un excelente explorador. Pero su pericia con las armas necesitaba mejorar y a Marcus le preocupaba que pudiera flaquear si se llegaba al combate cuerpo a cuerpo.

—Luna llena, tres meses —dijo simplemente.

Raven asintió y, sin más conversación, los dos grupos se dieron la vuelta y tomaron caminos separados. El Occultum se había dividido, pero su misión compartida seguía siendo la misma: preparar el terreno para las legiones de Roma en marcha y para todo lo que vendría después.

---

# Capítulo Diecinueve

## Germania Oriental

Brennus corría a través del denso bosque, apretando con más fuerza la mano temblorosa de Elara mientras se abrían paso a toda prisa entre los árboles. Cada paso estaba plagado de peligros: raíces retorcidas y piedras afiladas que sobresalían del terreno irregular. Detrás de ellos, Séneca y Talorcan los apremiaban con susurros roncos, y el sonido de sus respiraciones fatigosas se mezclaba con el ominoso galope de los cascos en la distancia.

La respiración de Elara se había convertido en jadeos cortos y desesperados, y su miedo era palpable en la forma en que se aferraba a Brennus. Aunque las lágrimas le corrían por las mejillas, no emitía sonido alguno, demasiado aterrorizada para gritar. El galope de los jinetes de Wulfstan se hacía más fuerte, la persecución era implacable. Se estaban acercando.

—No puedo —gimoteó Elara, con la voz quebrada por el peso de la desesperación—. No lo conseguiremos, Brennus..., no podemos...

Brennus no se atrevió a aminorar la marcha, ni siquiera con el corazón martilleándole en el pecho. Sabía que su única esperanza se encontraba un poco más adelante.

—Claro que podemos —jadeó—. Solo unos pasos más. Aguanta.

Con las fuerzas de Elara menguando, Brennus prácticamente la arrastraba, con las piernas ardiéndole por el esfuerzo. Estaba a punto de desesperarse él mismo cuando la voz de Séneca se oyó a sus espaldas en la noche.

—Brennus, a tu derecha... La *latebra*.

Sin dudarlo, Brennus se desvió del estrecho sendero y se adentró en un pequeño claro cubierto de helechos. Sus ojos se movieron frenéticamente en busca de la escapatoria oculta que sabía que debía estar allí. —La *latebra* —ladró, con creciente

frustración—. Entonces, como por arte de magia, una trampilla oculta bajo los helechos se abrió hacia arriba y reveló a un hombre de pie en el refugio oculto, con el agua hasta la cintura. Canis, con el rostro sombrío y manchado de barro, extendió los brazos para coger a Elara cuando Brennus prácticamente la arrojó a ella y al niño en sus brazos. Brennus lo siguió y su cuerpo se desplomó contra la húmeda pared de tierra mientras Canis bajaba la tapa cubierta de helechos, un enrejado perfectamente camuflado de ramas de fresno y hojas.

Canis miró a través de una diminuta rendija de la tapa, escudriñando el bosque.

—¿Dónde está Séneca? —siseó—. Debía de estar con vosotros.

—Estaba justo detrás de nosotros —jadeó Brennus—. Debería estar aquí.

Fuera, Séneca y Talorcan corrían hacia el único caballo que habían mantenido oculto en la maleza. Talorcan se encaramó a la silla con un movimiento fluido y sus ojos se encontraron con los de Séneca por la que podría ser la última vez.

—Cabalga como el viento —dijo Séneca, dándole una palmada en la pierna—. No te detengas hasta llegar al Rin.

El rostro de Talorcan se endureció.

—¿Y tú? Vas a un lugar del que ningún hombre que yo conozca ha regresado jamás.

—Entonces seremos los primeros —replicó Séneca—. Y la próxima vez que nos veamos en el Toro sin Cuernos, te invitaré a toda la cerveza que puedas beber.

Talorcan sonrió.

—Te tomo la palabra —dijo y, con una brusca patada, espoleó a su caballo en la noche; el sonido de los cascos resonó por el bosque, deliberadamente ruidoso para atraer la atención de los hombres de Wulfstan.

Séneca observó cómo Talorcan desaparecía en la noche antes de volverse hacia el claro. Corrió a través de la maleza, con la respiración acelerada y superficial.

—*Latebra* —siseó y, mientras la tapa se levantaba en silencio, Canis alargó la mano para bajar a Séneca al escondrijo.

---

Dentro de los angostos confines del escondrijo, la tensión se mascaba en el aire. A Brennus le martilleaba el corazón; el rítmico latido de su pulso resonaba en sus oídos mientras abrazaba a Elara con fuerza. La respiración de ella, superficial y dificultosa, reflejaba el terror que la recorría. El niño que sostenía en brazos se removió inquieto, y Brennus rogó a los dioses que el pequeño no llorase.

Sobre ellos, las voces de los hombres de Wulfstan cobraban fuerza. Se oía el pisotear de los cascos, el tintineo de las armas y órdenes ladradas con frustración.

—Dispersaos —gritó uno de los hombres—. Peinad cada palmo de este bosque. No pueden haber ido muy lejos.

Canis mantenía la vista fija en una diminuta rendija de la tapa, observando el parpadeo de la luz de las antorchas mientras los guerreros se desplegaban.

El suelo del bosque crujía bajo el peso de las botas de los guerreros mientras avanzaban por el claro, acercándose a cada paso al refugio oculto. Brennus podía sentir las vibraciones a través de la tierra mientras la búsqueda continuaba sobre sus cabezas. Sabía que el escondite estaba bien camuflado, pero si uno de los hombres pisaba directamente sobre él, todo habría acabado.

Elara le apretó con más fuerza el brazo, con el cuerpo temblando de miedo. Él se inclinó, rozándole la oreja con los labios.

—Chisss...

Ella asintió débilmente, pero sus ojos, muy abiertos y anegados en lágrimas, delataban la profundidad de su terror.

Seneca apretó la empuñadura de su daga. Sus ojos se desviaron hacia Brennus y luego a la tapa que tenían encima, con expresión serena pero vigilante. En los años que Brennus llevaba conociendo a Seneca, ya había visto esa mirada antes: el rostro de un hombre preparado para cualquier cosa, incluso la muerte. Pero todavía no. Ahora no. No mientras aún tuvieran una oportunidad.

Afuera, uno de los guerreros maldijo en voz alta.

—Nada. No pueden haberse desvanecido sin más.

Otro soldado respondió con un gruñido irritado.

—El rastro lleva hasta aquí. Seguid buscando. No nos iremos hasta que los encontremos.

El sonido de los caballos piafando llenó el aire, y a Brennus se le cortó la respiración cuando un par de botas resonaron a pocos pasos de su escondite. Su cuerpo entero se agarrotó mientras el hombre se detenía justo encima de ellos, mascullando para sí.

—Algo no encaja —dijo el guerrero—. Puedo sentirlo.

A Brennus se le encogió el estómago cuando Canis se movió ligeramente, con el cuerpo en tensión, listo para saltar a la acción si era necesario. Pero entonces, otra voz, una familiar, ruda y autoritaria, rasgó la noche.

—Basta —resonó la voz de Wulfstan—. Nos han llevado a una persecución absurda.

Su sombra se proyectó sobre la maleza, y Brennus pudo ver el parpadeo de su antorcha a través de las grietas de la tapa.

—Montad —ordenó Wulfstan—. Estamos perdiendo el tiempo aquí.

—Mi señor, aquí había caballos —llegó un grito—, y parece que se dirigen al este.

—Claro que sí —gruñó Wulfstan—. Bueno, ¿a qué esperáis? Tras ellos.

Los guerreros corrieron hacia sus caballos y, momentos después, salieron al galope del claro hacia el sendero del bosque, sabiendo que su presa solo podía estar unos instantes por delante.

Brennus exhaló lentamente, atreviéndose a tener esperanza. Quizá Wulfstan por fin se había dado por vencido. Entonces la voz volvió a sonar, grave y fría, suspendida justo sobre el escondrijo.

—No voy a permitir que me tome por tonto, Brennus —espetó Wulfstan en la noche, sus palabras claramente dirigidas al hombre oculto—. Si está aquí, lo encontraré. Y cuando lo haga, le haré mirar mientras quemo viva a su familia. —Hizo girar a su caballo y, momentos después, galopó tras sus hombres.

Mientras los últimos ecos de los jinetes se desvanecían, Canis levantó la tapa con cuidado, solo una fracción, para asomarse al

claro. El silencio lo recibió, nada más que el quedo susurro de las hojas y la lejana llamada de las aves nocturnas.

—Se han ido —susurró mientras bajaba de nuevo la tapa.

Brennus dejó escapar un suspiro largo y trémulo, y sus músculos por fin comenzaron a relajarse. Elara, que aún aferraba al niño, se apoyó en él, con el cuerpo debilitado por el alivio. Las lágrimas volvieron a correr por sus mejillas, pero esta vez eran de desahogo, no de miedo. Seneca envainó la daga y se recostó contra la pared de tierra, cerrando los ojos un instante.

—Demasiado cerca —masculló.

Brennus se sentó a su lado.

—Volverán —advirtió—. Ese Wulfstan no es de los que se rinden fácilmente.

—Lo sé —replicó Seneca—. Pero hemos ganado tiempo, y eso es todo lo que necesitamos.

—¿Y ahora cuál es el plan? No podemos quedarnos aquí para siempre.

Seneca se quedó mirando el techo del escondrijo un momento, y el pulso se le fue calmando.

—Descansaremos aquí hasta que la persecución amaine —dijo al fin—. Luego regresaremos.

—¿Por qué vamos a volver? —jadeó Elara en la oscuridad—. Allí no es seguro.

—No vamos a volver al asentamiento —dijo Seneca—, iremos hacia el sur y lo bordearemos. Tenemos dos caballos al otro lado.

Brennus le apretó la mano.

—Nunca es seguro del todo, Elara. Pero para cuando Wulfstan se dé cuenta de que lo hemos engañado, ya estaremos muy lejos.

El pequeño grupo permaneció sentado en la oscuridad de la latebra, con la respiración sosegándose poco a poco mientras regresaban los sonidos de la noche. Estaban a salvo, de momento, ocultos bajo tierra. Pero Brennus sabía muy bien que su huida no había hecho más que empezar.

---

# Capítulo Veinte

## Britania

Togodumnus y sus guerreros más allegados cabalgaban a un ritmo constante por el bosque donde él y sus hombres habían acampado durante muchos meses. A medida que los imponentes árboles clareaban ante él, el extenso campamento de su gente apareció a la vista: cabañas y tiendas de campaña esparcidas por el vasto suelo del bosque, con el humo que se elevaba de las muchas y pequeñas hogueras que salpicaban el paisaje.

Sus guerreros estaban por todas partes: algunos practicaban el combate entre sí; otros se reunían en grupos, riendo y presumiendo de batallas libradas y de victorias aún por llegar. El sonido de las espadas al chocar y las voces altas y jactanciosas resonaban por el campamento, creando una cacofonía que transmitía confianza y camaradería. Togodumnus sintió una oleada de orgullo al observarlos. Aquellos hombres eran la sangre vital de Britania: orgullosos, feroces y ansiosos por la guerra que ahora se cernía en el horizonte.

Mientras se adentraba en el campamento, una conmoción cercana llamó su atención. Aric, uno de sus señores de la guerra, estaba increpando a un guerrero delante de una multitud reunida. El guerrero permanecía con la cabeza gacha, el rostro contraído en una mezcla de frustración y vergüenza. Togodumnus tiró de las riendas, detuvo su caballo y observó desde una corta distancia, curioso por oír lo que se desarrollaba.

—Nos has vuelto a fallar —gritó Aric con el rostro desfigurado por la ira—. Por tercera vez en diez días, nuestras columnas de suministros han sido emboscadas. No podemos luchar sin comida ni armas y, aun así, regresas con las manos vacías.

El joven guerrero se movió, incómodo, pero permaneció en silencio, con los ojos fijos en el suelo.

Aric continuó.

—¿Todo quemado? —prosiguió—. ¿Hasta el último carro, hasta la última arma? ¿Acaso no comprendes la gravedad de esto? Nos están desangrando, y no traes más que excusas.

Togodumnus sintió que un nudo helado se le formaba en el estómago. ¿Emboscados? ¿Por tercera vez? Su inquietud se hizo más profunda a medida que asimilaba las implicaciones. Su tribu no solo se enfrentaba a un enemigo declarado, sino que estaba siendo debilitada metódicamente por alguien invisible que atacaba como un rayo y desaparecía con la misma rapidez.

Desmontó con agilidad, sus botas hundiéndose en el blando suelo del bosque, y se acercó a la escena. Aric, al percatarse de su llegada, se enderezó de inmediato, y su ira fue reemplazada por una rígida formalidad.

—Señor Togodumnus —dijo Aric, inclinando la cabeza en señal de respeto—, estaba ocupándome del asunto de nuestras líneas de suministro.

—Ya lo he oído —replicó Togodumnus. Dirigió su mirada al joven guerrero, que todavía no le había sostenido la mirada—. Dime, ¿qué ha pasado exactamente?

—Nos tendieron una emboscada, mi señor —respondió el guerrero—. Seguimos la ruta habitual y acampamos en el bosque al oeste del río. Pusimos guardias extra, pero en mitad de la noche nos despertó el sonido del fuego mientras devoraba los carros. Todos se levantaron para enfrentarse al enemigo, pero, por más que miramos, no había nadie. Mis hombres se adentraron en los árboles, pero no hallaron ni rastro. Fue como si nos hubieran atacado fantasmas.

Togodumnus se quedó mirando al hombre. La descripción era inquietantemente familiar: tácticas de ataque y huida, rápidas, mortales y diseñadas para no dejar rastro de los responsables. Aquello no era obra de una banda desorganizada de saqueadores. Era algo más deliberado, perpetrado por alguien que conocía los secretos del bosque, casi como si su propia gente se hubiera vuelto contra los suyos.

—¿Creen que pueden ser algunos de los icenos? —preguntó uno de los guerreros—. Es sabido que están a sueldo de los romanos y les interesaría que nuestra resistencia fracasara.

—¿Britanos atacando a los suyos? —escupió Aric con incredulidad—. Ninguna tribu sería tan necia como para debilitarnos con los romanos a las puertas.

Togodumnus se volvió de nuevo hacia el joven guerrero.

—¿Has dicho que esto ha ocurrido tres veces?

El guerrero asintió, tragando saliva con dificultad.

—Sí, mi señor. Yo no estuve allí, pero cada vez fue igual. Al principio pensamos que solo era una banda de ladrones. Pero esto está demasiado organizado. Saben dónde estamos. Conocen nuestras rutas.

La mente de Togodumnus trabajaba a toda velocidad. Si estos ataques continuaban, sus guerreros quedarían mermados mucho antes de que pudieran siquiera enfrentarse a los romanos en el campo de batalla. Y peor aún, si había britanos detrás de esto, significaba que había enemigos en la sombra, enemigos que podrían estar aliados con Roma o trabajando para conseguir sus propios fines.

—Aric —dijo Togodumnus—, llama a los otros caudillos. Hay que detener esto ahora mismo, antes de que vaya a peor.

Aric asintió con semblante sombrío.

—De inmediato, mi señor.

Togodumnus se volvió hacia el joven guerrero.

—Has hecho bien en traerme estas noticias, pero la próxima vez espero que regreses con algo más que un simple relato. Si no podemos detener estos ataques, no tendremos fuerzas para luchar contra nadie, ya sean romanos o de cualquier otra índole.

El guerrero volvió a inclinar la cabeza, amonestado pero aliviado.

Mientras Aric se alejaba a grandes zancadas para reunir a los otros líderes, Togodumnus permaneció en silencio, con la vista clavada en el extenso campamento. Sus guerreros seguían riendo y alardeando, ajenos al creciente peligro. Pero la mente de Togodumnus ya estaba en marcha, calculando, preparándose. Si había enemigos en Britania, los encontraría. Y cuando lo hiciera, conocerían toda la furia de los Trinovantes.

---

A leguas de distancia, Raven se movía entre la maleza mientras los cuatro miembros del Occultum se adentraban en las tierras de los Trinovantes. Aún estaban a una hora más o menos del lugar que habían encontrado para guarecerse y, aunque no era más que una cabaña de pesca ruinosa enclavada a la orilla de un río, era el lugar perfecto: oculto y olvidado, como ellos. La maleza del bosque casi se había tragado la construcción; las vigas de madera se habían derrumbado hacia dentro hacía mucho tiempo y el musgo y la hiedra trepaban por las dispersas piedras del hogar. Para un forastero, no era más que una reliquia del pasado, pero para Raven y sus compañeros era su refugio.

Una vez que llegaron a la cabaña, Raven se agachó y apartó una cortina de enredaderas que ocultaba la entrada. Se colaron dentro uno por uno, y el oscuro y húmedo interior los recibió como a un viejo amigo. No era gran cosa, apenas un espacio para tumbarse y mantenerse ocultos, pero era suficiente.

En cuanto entraron, Falco se sentó contra los restos de un pequeño muro y dejó escapar un profundo suspiro.

—Bueno, ha salido mejor de lo esperado —dijo mientras abría su sarcina—. Tres columnas de suministros en diez días. Los Trinovantes no tardarán en pasar hambre.

—Lo dudo —dijo Raven—, pero les hará daño. Tenemos que mantener la presión, pero también debemos tener cuidado. Hemos tenido éxito hasta ahora, pero si hacemos demasiado y demasiado pronto, podrían darse cuenta de que alguien los está atacando.

Los hombres guardaron silencio por un momento, con sus mentes reviviendo el ataque que acababan de llevar a cabo. Había sido su golpe más ambicioso hasta la fecha: una columna entera de carros, cargados de comida, armas y pertrechos, con destino al campamento de guerra de los Trinovantes. Habían vigilado el convoy durante días, estudiando sus movimientos, esperando el momento adecuado para atacar. Y cuando llegó la hora, se infiltraron entre el enemigo, matando a los centinelas que se habían vuelto complacientes antes de moverse con rapidez por el campamento temporal, prendiendo fuegos a su paso. La confusión ayudó al Occultum y, para cuando hubieron terminado, toda la columna

estaba en llamas y más de veinte hombres habían muerto, sin siquiera haber visto a sus asesinos. Había sido un ataque impecable, y su éxito los llenó a todos de una sensación de logro, aunque ninguno lo admitiría en voz alta. Pero Raven tenía razón. Cuanto más daño hicieran, más atención atraerían.

—Entonces, ¿qué es lo siguiente? —preguntó Atticus.

—Pasaremos desapercibidos —dijo Raven—. Dejemos que malgasten sus fuerzas buscándonos. Que se dispersen y entonces volveremos a atacar. Los desangraremos con mil cortes.

El grupo se sumió en el silencio, y el murmullo del río cercano llenó el espacio donde las palabras sobraban.

Sica añadió más leña al fuego antes de levantar la vista y ver a Falco ofreciéndole la olla comunal.

—Que sea un buen guiso, Sica —dijo—. Podría comerme una vaca entera.

---

La mañana siguiente trajo un frío glacial y, con él, un aguacero implacable que calaba cada capa de ropa y piel. La cabaña de pesca, aunque remota y bien escondida, ofrecía poco refugio de los elementos, y el cielo gris y pesado parecía abatirse sobre ellos. El agua goteaba sin cesar de lo que quedaba de las vigas del techo, formando charcos en el suelo de tierra, y el fuego que se habían esforzado por mantener vivo durante la noche no era ahora más que un montón de cenizas humeantes.

Falco estaba sentado de espaldas a la pared, con la mirada perdida a través de las rendijas de la madera podrida mientras la lluvia azotaba el mundo exterior. Su humor era un reflejo del tiempo: agrio y frío. Sica estaba en cuclillas cerca del hogar, rezongando mientras intentaba encender un nuevo fuego con yesca húmeda, mientras que Atticus, siempre vigilante, permanecía sentado en silencio junto a la entrada, con el rostro pálido y demacrado, un reflejo de sus menguantes provisiones.

Raven contemplaba a sus hombres con una sombría determinación. Su éxito contra los Trinovantes había tenido un precio. Aunque los guerreros de la tribu quizá se estuvieran debilitando, también lo hacían los miembros del Occultum. Sus

provisiones estaban casi agotadas y el bosque ofrecía poco sustento. Si no encontraban comida pronto, el hambre los debilitaría antes incluso de que pudieran hacerlo sus enemigos, pero necesitaban algo más que comida: necesitaban calor y un nuevo lugar donde esconderse.

Sica maldijo entre dientes mientras el fuego se negaba a prender, con una frustración que iba en aumento.

—Estoy harto de esta humedad —gruñó, arrojando a un lado la leña a medio quemar—. Si no vuelvo a ver una cabaña de pesca en mi vida, no pasará nada. —Falco gruñó en señal de asentimiento, pero no dijo nada. El estómago se le retorcía de hambre y el frío le calaba hasta los huesos.

—Tenemos que encontrar un refugio diferente —dijo Raven—. Nos hemos centrado en los bosques y las colinas, pero podría haber pequeñas granjas o puestos de avanzada cerca. Unas pocas monedas de plata podrían conseguirnos comida suficiente para aguantar un tiempo.

Falco levantó la vista.

—¿Estás pensando en enviar a alguien a comprar provisiones?

Raven asintió.

—Iré yo y me llevaré a Atticus. Puedo pasar por un lugareño y no llamaré demasiado la atención, sobre todo con este tiempo. Iremos hacia el sur, hacia el linde del bosque. Seguro que allí hay alguna aldea o granja. Vosotros dos id a explorar más al oeste, buscad un sitio mejor, quizá un viejo granero u otras ruinas.

—Cualquier cosa es mejor que esto —dijo Falco.

Con el plan establecido, el grupo comenzó a prepararse, y Raven sacó una pequeña bolsa de monedas de su sarcina.

Una vez listo, le hizo un gesto a Atticus para que lo siguiera y el joven, aunque exhausto y hambriento, se levantó sin dudar, arrebujándose en su capa. Juntos, salieron sigilosamente de la cabaña y se adentraron en la tormenta, moviéndose con rapidez por la maleza, con los pies hundiéndose en el barro a cada paso.

Sica y Falco los vieron marchar antes de recoger lo poco que tenían. El frío les mordía la piel, pero sabían que no tenían otra opción. Necesitaban un refugio mejor y quizá algo más para evitar

que la lluvia les calara hasta los huesos. Todos habían elegido ese camino, ser sombras en una tierra hostil, pero el coste empezaba a notarse. El hambre les roía el espíritu y el cuerpo, pero necesitarían algo más que comida y cobijo. Necesitarían suerte y, en aquellos tiempos, la suerte era tan escasa como un lugar seco donde descansar.

---

La lluvia caía sin tregua mientras Sica y Falco caminaban con dificultad por la enmarañada maleza, con las capas pegadas a la piel, ofreciendo poca protección contra el frío. El mundo a su alrededor parecía anegado, los árboles goteaban y el aire estaba cargado de humedad. Cada paso se sentía más pesado que el anterior, con las botas hundiéndose en el lodo a cada zancada. El aliento de Falco era un ritmo constante de irritación mientras maldecía entre dientes, mientras que Sica, siempre estoico, no decía nada, concentrado únicamente en el camino que tenía por delante.

—Esto es una locura —refunfuñó Falco, pasándose una mano por la cara mojada—. Llevamos horas caminando. No hay nada aquí.

Era difícil discutir la verdad de sus palabras. Todos los lugares posibles que habían encontrado estaban o demasiado cerca de zonas habitadas, lo que los hacía demasiado arriesgados, o carecían de necesidades básicas como el agua dulce. Su búsqueda se estaba volviendo cada vez más desesperada, pero no podían permitirse conformarse con cualquier cosa.

Sica se detuvo de repente y levantó una mano, y Falco se quedó helado, aguzando el oído contra el sonido de la lluvia. Al principio, lo único que pudieron oír fue el constante tamborileo del agua contra los árboles, pero entonces, débilmente, el inconfundible sonido de unas voces llegó hasta ellos a través de la tormenta.

—Guerreros —siseó Sica.

Se dejaron caer en silencio, apretando sus cuerpos contra la espesa maleza. Escrutando a través de los huecos entre las hojas, vieron a cinco hombres fuertemente armados que se movían en una formación dispersa, con las capas ceñidas mientras avanzaban con dificultad por el bosque. Trinovantes.

Los guerreros estaban alerta, con los ojos escudriñando los árboles. Estaba claro que iban de patrulla, probablemente buscando señales de los bandidos que habían estado asolando a su tribu.

—Nos están cazando —susurró Falco, apenas audible por encima de la lluvia.

Sica le lanzó una mirada de advertencia, pero no abrió la boca. El corazón les martilleaba mientras permanecían inmóviles, sabiendo que un solo movimiento en falso podría delatarlos. Durante lo que pareció una eternidad, los guerreros avanzaron entre los árboles, con las voces ahogadas por la lluvia. Luego, finalmente, desaparecieron de la vista, engullidos por la niebla.

—Tenemos que movernos —dijo Sica, y se pusieron en pie de un salto, corriendo en silencio pero con rapidez en dirección opuesta. Se movieron tan rápido como se atrevieron, con los pies chapoteando en los charcos y el corazón martilleándoles en el pecho. El bosque se desdibujaba a su alrededor, con la lluvia y el viento aullando en sus oídos, pero no se detuvieron hasta que los sonidos de la patrulla quedaron muy atrás y el bosque volvió a quedarse en silencio.

Jadeando, Falco se dobló por la cintura, con las manos en las rodillas.

—Ha estado demasiado cerca.

—Todavía no estamos a salvo —dijo Sica—. Sigamos moviéndonos.

Siguieron adelante, mientras la lluvia no daba señales de amainar, y al coronar una pequeña elevación, el terreno bajo sus pies cambió bruscamente. Los árboles dieron paso a un paisaje rocoso y lleno de cicatrices, una vieja cantera abandonada hacía mucho tiempo. El terreno descendía abruptamente hacia un foso, con las paredes de roca veteadas con las cicatrices de antiguas herramientas de minería y los bordes de la cantera cubiertos de enredaderas y zarzas.

—Parece que no ha venido nadie por aquí en años —dijo Falco.

Sica señaló los restos de una pequeña cabaña cerca del lado más alejado de la cantera, con el techo hundido, poco más que una

ruina.

—Eso podría servir, si podemos apañarlo.

Falco negó con la cabeza.

—Demasiado expuesta —dijo—. Si alguien pasa por aquí, es lo primero que verá.

A medida que se acercaban, la cabaña reveló su completo estado de deterioro. Las vigas de madera se habían derrumbado hacia adentro y las piedras del hogar estaban ennegrecidas por el tiempo y la podredumbre. Ofrecería poco más refugio que la choza de pescadores que habían dejado atrás.

Pero entonces algo más les llamó la atención. Justo más allá de la cabaña, escondido en la ladera, un pozo estrecho y cubierto de maleza descendía hacia la roca. Las enredaderas y las zarzas habían crecido densamente sobre la entrada, ocultándola casi por completo, pero no cabía duda de lo que era: un viejo túnel minero, olvidado y ahogado por la vegetación.

—¿Qué es eso? —preguntó Falco.

—Posiblemente, una antigua mina de estaño —dijo Sica—. Parece que lleva años abandonada.

Se acercó al borde del pozo y comenzó a tirar suavemente de las zarzas para dejar al descubierto la oscura entrada. El aire a su alrededor era más fresco, una leve corriente que ascendía desde las profundidades.

—Esto podría ser algo —murmuró, agachándose y asomándose al interior—. Veamos adónde conduce.

Falco sacó un pedernal y un puñado de lana de oveja seca de su capa y, tras avivar una llama, encendió una pequeña vela que le entregó a Sica. Una vez hecho esto, los dos hombres se adentraron en el pozo. Al principio era estrecho, apenas lo suficiente para pasar, pero, a medida que descendían, el túnel se ensanchaba y las paredes rocosas estaban resbaladizas por la humedad. El débil sonido de un goteo de agua resonaba desde las profundidades y el aire olía a tierra húmeda y a antigüedad.

Avanzaron con cautela, con sus pasos resonando en el silencio y, al poco tiempo, el túnel se abrió a una serie de pequeñas cámaras, toscamente excavadas en la roca. Pasaron las manos por

las paredes, sintiendo los surcos dejados por herramientas antiguas. Allí era donde los hombres habían trabajado antaño, extrayendo estaño de la tierra.

En la más grande de las cámaras encontraron lo que habían estado buscando. Un fino hilo de agua se deslizaba por una pared, filtrándose desde las rocas superiores. No era mucho, pero era fresca y clara. Falco se arrodilló junto al arroyo, se mojó los dedos en él y se llevó el agua a los labios.

—Es potable —dijo, con una nota de alivio en la voz—. Esto podría funcionar. Está escondido, está seco y hay agua. El único problema es que solo hay una forma de entrar y salir, y si nos descubren, estaremos atrapados aquí.

—Quizá no —dijo Sica, sosteniendo la vela y observando cómo parpadeaba la llama—. Esa corriente de aire viene de más adentro, lo que significa que debe de haber algún tipo de conducto de ventilación. Vamos, veamos si podemos encontrarlo.

Se adentraron en los túneles, siguiendo la brisa tenue pero constante que jugueteaba con la vela parpadeante. El aire parecía más fresco a medida que avanzaban, una señal prometedora, pero las paredes se estrechaban y el suelo se volvía irregular, lo que los obligaba a moverse con cautela. A ambos lados, túneles más pequeños, apenas lo bastante grandes como para que un hombre pudiera arrastrarse por ellos, se desviaban en diferentes direcciones, con sus superficies desgastadas y pulidas por incontables generaciones de mineros. Finalmente, Sica se detuvo y alzó una mano.

—Ahí —susurró con una voz apenas audible por encima del sonido de sus respiraciones fatigosas, y señaló una grieta oscura en la roca, sobre sus cabezas. La corriente de aire fresco era inconfundible y provenía de algún lugar más allá de la estrecha abertura.

Falco levantó la vista y escudriñó la fisura.

—Tienes que estar de broma —masculló—. Ahí apenas cabe un perro.

—Tendrá que servir —replicó Sica—. Si nos atrapan, esta podría ser nuestra única salida. Voy a comprobar si se puede pasar.

Sin esperar más quejas, Sica le entregó la vela a Falco y se estiró para encajar con cuidado los hombros en la abertura. Gruñó mientras se impulsaba hacia delante; la áspera piedra le rozaba la espalda y el pecho, pero siguió avanzando, impulsado por la promesa del aire libre.

El pasadizo parecía interminable, pero, tras lo que pareció una eternidad, la cabeza de Sica asomó al exterior. Sobre él, una luz pálida se filtraba a través de la niebla. Se liberó del todo y echó un vistazo a su alrededor para asegurarse de que la zona estaba despejada. Satisfecho, se dio la vuelta y descendió de nuevo por la fisura para reunirse con Falco.

—¿Y bien? —le preguntó Falco cuando Sica aterrizó a su lado.

—Servirá; podremos salir si es necesario —hizo una pausa y miró a Falco de arriba abajo deliberadamente—. Al menos, los que no comáis demasiado.

Antes de que Falco pudiera reaccionar, se dio la vuelta y se dirigió de nuevo hacia el túnel, intentando contener la risa ante la expresión de perplejidad del rostro de Falco.

Con la ruta de escape asegurada, se tomaron un momento para descansar, sintiendo cómo la tensión de los túneles por fin se disipaba.

Echaron un vistazo a su alrededor. Las cámaras eran lo bastante profundas como para mantenerlos ocultos, y la segunda entrada significaba que sería fácil escapar si los encontraban. No era perfecto, pero era lo mejor que iban a encontrar.

—Volveremos a por los demás —dijo Sica—. Les haremos saber lo que hemos encontrado.

Con energías renovadas, los dos hombres emprendieron el largo viaje de regreso a través del bosque empapado por la lluvia, con pasos más ligeros ahora que habían encontrado lo que buscaban. La cantera a sus espaldas se desvaneció en la niebla, pero el conocimiento de lo que yacía debajo, las cámaras ocultas, el agua fresca, les dio un resquicio de esperanza en medio de la desoladora e interminable tormenta.

---

Más al sur, Raven y Atticus avanzaban lentamente, mientras la lluvia continuaba su asalto despiadado, calándolos hasta los huesos. Los estrechos senderos de ciervos que seguían se habían convertido en poco más que arroyos, y sus botas chapoteaban a cada paso. El viento cortaba a través de los árboles, aullando mientras rasgaba sus capas empapadas, pero los dos hombres siguieron adelante, con el rostro contraído por una sombría determinación.

De vez en cuando, Atticus miraba de reojo a Raven, que se movía con una seguridad que contradecía las míseras condiciones. Era evidente que se había criado en estas tierras; sus instintos estaban afinados a los ritmos del bosque y de su gente.

Llevaban horas caminando cuando Raven levantó una mano bruscamente, indicándole a Atticus que se detuviera. Más adelante, a través de la lluvia y los árboles cada vez más ralos, apareció a la vista una pequeña granja. La casa principal era sencilla, una típica casa circular con techo de paja, y a su lado se alzaba un granero, desgastado pero robusto. Un murete de piedra rodeaba la propiedad y, a lo lejos, un pequeño rebaño de ovejas se acurrucaba bajo el escaso cobijo de un árbol torcido.

Bordearon la propiedad, con cuidado de no llamar la atención, y, al acercarse al granero, los agudos ojos de Raven distinguieron los detalles: fardos de pieles de oveja apilados, listos para el mercado. El granjero, un hombre mayor de rostro curtido, se movía entre el granero y la casa, sin percatarse de las dos figuras que lo observaban desde los árboles.

Atticus abrió la boca para hablar, pero Raven lo silenció con un gesto brusco. No podían arriesgarse a acercarse al granjero directamente. Demasiado peligroso, sobre todo con la probabilidad de que hubiera guerreros Trinovantes cerca. En su lugar, tomó nota mental de las pieles de oveja y de la ubicación del granero. Podría ser útil más adelante, un recurso potencial si se encontraban en una desesperada necesidad de abrigo o materiales.

Tras observar la alquería unos instantes más, Raven les hizo un gesto para que continuaran. Se alejaron de la propiedad, manteniéndose al abrigo de los árboles mientras caminaban junto a un sendero trillado que se abría paso por el bosque. Aunque el

sendero era tentador y ofrecía un paso más fácil, Raven los mantuvo apartados de él, deslizándose entre los árboles donde el follaje era más denso. Habían aprendido por las malas que los caminos, incluso los pequeños, eran lugares peligrosos para hombres como ellos.

Finalmente, el terreno comenzó a descender y, a lo lejos, la vaga silueta de una aldea apareció entre la niebla. Era pequeña, un cúmulo de casas bajas de madera con tejados de paja, de las que salían finos hilos de humo hacia el cielo lluvioso. Un puñado de personas se movía por la aldea, resguardadas bajo sus capas para protegerse del tiempo, yendo deprisa de una casa a otra.

Raven condujo a Atticus hasta una pequeña arboleda a las afueras de la aldea, desde donde podían observar sin ser vistos. Desde su escondite, podían ver la plaza del pueblo y el pequeño mercado que se había montado a pesar de la lluvia. Granjeros y aldeanos pululaban por allí, intercambiando mercancías y chismes, con los rostros casi ocultos bajo las capuchas.

—Es aquí —masculló Raven, agachándose junto a Atticus—. Aquí conseguiremos lo que necesitamos. —Se puso en pie y se ajustó la capa para que la capucha le cubriera el rostro. Echó un último vistazo a la aldea, evaluando rápidamente la mejor ruta, antes de deslizarse ladera abajo hacia las afueras. Pronto se encontró entre las casas, confundiéndose con los lugareños que se ocupaban de sus quehaceres.

Los aldeanos apenas le prestaron atención. Las capuchas que la mayoría llevaba para protegerse de la lluvia le permitieron pasar desapercibido con facilidad, y mantuvo la cabeza gacha. Sus ojos, sin embargo, no se perdían detalle.

Llegó a la plaza del pueblo sin incidentes, donde el pequeño mercado bullía de actividad a pesar del tiempo. Había puestos montados bajo toldos combados, con las mesas cargadas de verduras, pescado ahumado y pequeños barriles de cerveza. Un carnicero descuartizaba un animal, con el cuchillo reluciendo bajo la lluvia, mientras cerca de allí una mujer vendía hogazas de pan negro de una gran cesta.

Raven se movía entre los aldeanos con la soltura de quien lo ha hecho muchas veces. La capa, empapada como estaba, le

ayudaba a ocultarse aún más, y la capucha le ensombrecía el rostro. Se movía con determinación, sin detenerse demasiado en ningún sitio, siempre observando, siempre escuchando.

Al pasar por un puesto que vendía carnes ahumadas, se detuvo y recorrió con la mirada la mercancía. El vendedor apenas levantó la vista de su trabajo cuando Raven cogió despreocupadamente una tira de cecina.

—¿Cuánto por esto? —preguntó Raven.

—Tres monedas por una pieza buena, dos por las pequeñas —respondió el hombre.

Raven asintió, sacó un par de monedas de su bolsa y se las entregó. El vendedor, sin interés en conversar, cogió las monedas y le dio la carne, volviéndose ya hacia su siguiente cliente.

Con la cecina bien guardada bajo la capa, Raven continuó por el resto del mercado. Compró algunas provisiones más —dos hogazas de pan, harina, sal y un pequeño saco de tubérculos—, siempre pendiente de las miradas a su alrededor. Cada compra era pequeña, nada que pudiera levantar sospechas, pero suficiente para alimentarlos unos días más. Una vez terminó, salió de la aldea y regresó a la arboleda donde Atticus esperaba.

El joven estaba exactamente donde Raven lo había dejado, agazapado bajo las ramas goteantes, con la mirada escrutando la aldea a sus pies.

—Ya tengo lo que necesitamos —dijo Raven mientras se agachaba junto a Atticus—. Volvamos.

Se adentraron de nuevo entre los árboles, desandando el camino, pero, al cabo de un rato, Raven aminoró el paso y miró a su alrededor con agudeza, examinando el estrecho sendero que se abría ante ellos. Finalmente, se detuvo y se metió en la maleza antes de soltar las provisiones que había comprado en el mercado. Se volvió hacia Atticus y bajó la voz.

—Quédate aquí —dijo—. Tengo que ocuparme de una última cosa.

Atticus frunció el ceño y, por instinto, apretó con más fuerza el saco de grano que llevaba.

—¿Qué quieres decir? ¿Adónde vas?

Raven hizo un gesto displicente con la mano.

—No te preocupes. Seré rápido. Mantente fuera de la vista.

Antes de que Atticus pudiera protestar más, Raven giró sobre sus talones y desapareció por un sendero lateral.

Atticus se quedó allí un momento; de repente, sintió el aire más frío a su alrededor. Sabía que no debía seguirlo, pero algo lo carcomía por dentro, una sensación de inquietud que no podía quitarse de encima. Se agazapó tras un trozo de hierba alta cerca del borde del camino, haciendo lo posible por no ser visto por ningún transeúnte, pero, a medida que el tiempo pasaba, empezó a preocuparse y su mente no paraba de darle vueltas a toda clase de posibilidades. ¿Habrían atrapado a Raven? ¿Estaba en apuros? Al final, Atticus decidió ir tras él, pero, justo antes de moverse, la silueta de Raven apareció entre los árboles; llevaba algo en brazos.

Atticus se puso en pie, invadido por una oleada de alivio.

—Bien —dijo Raven, mirando a Atticus—. Coge las provisiones, ya podemos irnos.

Atticus parpadeó, mirando el bulto que Raven llevaba en brazos, mientras intentaba encontrarle sentido a la situación.

—¿Pieles de oveja? —dijo al fin, alzando la vista—. ¿Has desaparecido una hora para traer esto?

Raven se rio entre dientes y se echó las pieles de oveja al hombro.

—Confía en mí, Atticus —dijo—. Esta noche vamos a ser los hombres más populares a este lado de Roma.

Negando con la cabeza, Atticus cogió las provisiones y siguió a Raven de vuelta a las profundidades del bosque.

---

# Capítulo Veintiuno

## Britania

Marcus y Cassius se acercaron al poblado de los cantiacos, situado a orillas de un pequeño lago salpicado de barcas. Su viaje hacia el sur a través de los escarpados territorios de los icenos y los Trinovantes había sido más largo y duro de lo previsto, jalonado de caminos embarrados, marismas traicioneras y miradas vigilantes. Ahora, por fin, habían alcanzado su destino, y Marcus contempló el poblado que tenían delante, evaluando la amenaza y su propia vulnerabilidad. Los techos de paja de las casas circulares se apiñaban unos contra otros para resguardarse del viento constante, pero el lugar parecía extrañamente silencioso.

—¿Dónde están los hombres? —masculló Cassius mientras sus agudos ojos escudriñaban la escena.

—No andarán lejos —dijo Marcus—. Esta gente es bien conocida por su ferocidad.

Observaron durante una hora más o menos, pero al final, Marcus supo que no podían esperar más.

—Entramos —dijo, poniéndose en pie—. A las claras.

Con un asentimiento, Cassius siguió a Marcus cuando salieron de la protección de los árboles y caminaron hacia el poblado. A medida que se acercaban, el ritmo habitual del asentamiento —niños corriendo, mujeres tejiendo, hombres afilando herramientas— se detuvo cuando todas las miradas se volvieron hacia los dos extraños.

Tres hombres, altos y de hombros anchos, salieron de una de las chozas para plantarse ante ellos; llevaban el pelo recogido en trenzas salvajes y tatuajes que cubrían casi cada trozo de piel visible. Uno de ellos dio un paso al frente, entornando los ojos mientras recorría con la mirada a la desaliñada pareja.

—¿Quiénes son ustedes? —exigió—. ¿Y qué quieren?

—Somos mensajeros —dijo Marcus—, y hemos venido a hablar con su caudillo.

—A mí me parecen Trinovantes —dijo uno de los hombres—, y también huelen como ellos.

—No somos Trinovantes —intervino Cassius bruscamente—. Ni tampoco enemigos. Somos amigos de los cantiacos y estamos aquí únicamente para negociar.

—Piden ver a nuestro caudillo como si fuera un camarada suyo —fue la respuesta—, así que díganos su nombre.

Cassius vaciló, y una gota de sudor le perló la frente. Sabían que, en esencia, los cantiacos estaban bajo el dominio de los catuvelonos, pero también eran conocidos por ser una tribu ferozmente independiente y, desde la muerte de Cunobelinus, no estaba seguro de a quién eran leales. El guerrero se acercó más, con los ojos brillantes de malicia.

—No lo sabe, ¿verdad? —dijo—. Y, aun así, viene aquí, proclamándose un aliado. —Su mano se deslizó hacia la empuñadura de la daga que llevaba al cinto—. Quizá sean espías que han venido a recabar información para sus amos Trinovantes.

Cassius abrió la boca para hablar, pero Marcus lo interrumpió, al percibir el tono de voz del guerrero cuando mencionó a los Trinovantes.

—No somos espías —dijo con firmeza—, y aunque sé que Cunobelinus ha muerto, admito que desconozco el nombre de su señor. Pero si es Togodumno quien los lidera, entonces nuestro viaje ha sido en vano, pues nuestras palabras no son para sus oídos y los dejaremos en paz.

Al oír el nombre de Togodumno, los tres hombres intercambiaron miradas sombrías. La tensión se hizo aún más densa, aunque ahora sus manos colgaban a los costados en lugar de cerca de sus armas.

—Togodumno no ejerce su dominio aquí —dijo uno de los hombres—. Muchos han asumido su gobierno, pero los cantiacos somos un pueblo orgulloso y decidiremos por nosotros mismos quién portará la espada de la realeza sobre nosotros.

—No obstante, hasta entonces, deben de tener un caudillo —dijo Marcus—. Si nos concediera audiencia, podríamos explicarle con todo detalle por qué estamos aquí.

El hombre más corpulento lo miró fijamente unos instantes más antes de asentir.

—Esperen aquí —dijo. Se alejó, dejando a Marcus y a Cassius bajo la atenta mirada de sus dos compañeros guerreros. Tras lo que pareció una eternidad, regresó y les hizo un gesto para que lo siguieran.

—Está comiendo —dijo—, pero escuchará lo que tengan que decir.

Unos minutos más tarde, Marcus y Cassius entraron en la cabaña del jefe; la baja entrada los obligó a inclinarse al pasar. A diferencia de las cabañas de otros jefes, aquí no había indicios de riqueza: ni tapices, ni ornamentos de bronce o plata, solo el olor a humo, a tierra húmeda y a algo que se asaba sobre el fuego. El espacio era reducido, las paredes oscuras y desnudas, con pocos indicios de que allí residiera alguien influyente.

El jefe estaba sentado con las piernas cruzadas junto al hogar central. No se levantó para recibirlos, ni siquiera les ofreció un gesto de asentimiento como reconocimiento. Sus ojos ciegos parecían mirar más allá de ellos, hacia las danzantes llamas, perdido en sus pensamientos o recuerdos.

—Siéntense —espetó el guerrero, señalando el suelo de tierra cerca del fuego.

Marcus y Cassius intercambiaron una mirada, pero obedecieron sin rechistar y se sentaron en el suelo frío y duro. A pesar de la sencillez del entorno, el jefe exudaba una autoridad tácita. Su pelo blanco, largo y enmarañado, le caía sobre los hombros en mechones apelmazados, y su rostro curtido llevaba las marcas de innumerables inviernos. Su complexión, aunque delgada por la edad, sugería a un hombre que en otro tiempo había infundido temor y respeto a partes iguales. Todavía había algo en él, algo que pervivía bajo la fragilidad de su cuerpo debilitado.

A su lado, una anciana trabajaba en silencio. Tenía la espalda encorvada por la edad y las manos nudosas como raíces centenarias. Masticaba una tira de carne de venado, ablandándola antes de pasársela al jefe sin mediar palabra. Él aceptó la carne distraídamente, royéndola con los dientes que le quedaban.

Cassius se movió, inquieto, y sus ojos escudriñaron la estancia en busca de cualquier señal de amenaza o trampa. Era difícil conciliar la estampa que tenían ante ellos con las historias de feroces líderes tribales que gobernaban con puño de hierro. Sin embargo, a pesar del estado debilitado del jefe, podía percibir la historia de aquel hombre, el poder que aún se aferraba a él como las últimas ascuas de un fuego moribundo.

Tras un largo silencio, Marcus se aclaró la garganta y se inclinó ligeramente hacia delante.

—Nos dijeron que el jefe estaba dispuesto a hablar con nosotros —dijo.

El anciano no dio señal de haberlo oído y continuó aceptando la carne masticada que le ofrecía la mujer.

—Cunda no habla si no es necesario —dijo la mujer—, pero ve más de lo que creen.

Marcus inclinó la cabeza en señal de asentimiento, pero permaneció en silencio. A pesar de su calma aparente, sintió el peso de la mirada del anciano jefe, como si los ojos ciegos de aquel hombre aún pudieran traspasar sus pensamientos para evaluarlo. Aquel no era un lugar para palabras vanas ni falsas apariencias. Sería el jefe, y no ellos, quien decidiría cuándo comenzaría esa conversación.

---

Más al norte, Raven, Sica y Falco estaban sentados en una de las cavernas laterales de la mina de estaño abandonada. La vasta red de túneles y cámaras se extendía sin fin bajo tierra y, aunque el aire estaba viciado, una leve brisa lo recorría, asegurando que el humo de su hoguera se dispersara sin peligro por las numerosas cavernas y pozos.

Sica estaba acuclillado sobre las llamas, dando vueltas con cuidado a unas tiras de venado curado en un espetón improvisado. El olor de la carne asada llenaba la caverna, mezclándose con el aroma terroso de la mina.

—La carne está casi lista —murmuró en voz baja sin levantar la vista.

Falco levantó la vista desde el montón de pieles de oveja que Marcus había robado de la granja, con los brazos detrás de la cabeza, mientras disfrutaba del lujo del calor y la comodidad.

—A mí tráeme la mía en una bandeja de oro —bromeó—. Y ya que estás, trae vino y una mujer desnuda.

Sica lo ignoró y sacó las raíces de entre las brasas.

—Podría acostumbrarme a esto —continuó Falco perezosamente. Su voz resonó por toda la caverna—. Un fuego cálido, carne en el asador y un lugar decente para dormir. Casi parece una recompensa.

—Disfrútalo mientras puedas —dijo Raven desde el otro lado de la caverna—. No pasará mucho tiempo antes de que estemos de nuevo en marcha.

Falco gruñó como respuesta y se giró sobre un costado para mirar el fuego.

—Siempre tienes que aguar la fiesta, ¿verdad?

Sica le entregó una brocheta de venado cocido a Raven y luego le lanzó otra a Falco, que la cogió con una sonrisa.

—Al menos no pasaremos hambre mientras esperamos —dijo, hincándole el diente a la carne con ganas.

Sica tornóse hacia el fuego para remover los postreros trozos de carne, y la caverna tornó a quedar sumida en silencio, roto tan sólo por el ocasional crepitar de las llamas. A la postre, levantóse con un cuenco de madera lleno de carne y tubérculos asados, y encaminóse por el túnel hacia donde Atticus guardaba la entrada, portando un plato de carne y hortalizas, y tornó por el corredor hasta donde Atticus yacía oculto tras la maleza que cegaba la boca de la cueva.

—Comida —dijo mientras se acercaba, y Atticus retrocedió a gatas para apartarse de las zarzas que cubrían la boca de la mina. Sica ocupó su lugar y observó la mina a cielo abierto, que antaño había sido un hervidero de actividad y sufrimiento.

—Comida —dijo Sica en voz baja al llegar y, mientras Atticus se retiraba de su puesto de vigía para comer, Sica lo reemplazó y se quedó observando las galerías de la mina, abandonadas desde hacía mucho tiempo.

—¿Qué te parece este sitio? —preguntó Atticus, haciendo un gesto a su alrededor con un trozo de venado—. Esta mina... Parece que no ha estado nadie por aquí en generaciones.

—Los lugares como este —dijo Sica—, las minas, las canteras..., han visto más sangre y sufrimiento que cualquier campo de batalla. En mi tierra tenemos muchos sitios así. De los esclavos que enviaban a estos lugares no se esperaba que volvieran a salir. Sobre todo de las minas de estaño, son lugares crueles, peores de lo que puedas imaginar.

Atticus se detuvo a medio bocado y miró a Sica con más atención.

—¿Peor que un campo de batalla? —preguntó, enarcando una ceja.

Sica asintió con expresión sombría.

—En un campo de batalla, tienes una oportunidad. Luchas, sangras, quizá mueres, pero es rápido. ¿Aquí, en estas minas? La muerte es lenta. Cruel. El estaño es valioso, sobre todo para Roma. Probablemente han comerciado con esta gente durante generaciones para conseguir su estaño, y no me sorprendería que esa sea una de las razones por las que Claudio mira esta isla con ojos codiciosos. En otras minas parecidas por todo el imperio, envían a los hombres a los túneles y los explotan hasta la muerte. Esclavos en su mayoría, algunos criminales. Cualquiera de quien quisieran deshacerse sin hacer demasiado ruido.

Atticus cambió de postura, mirando hacia el oscuro pasadizo que se abría tras ellos.

—¿Cuánto tiempo durarían?

—Depende —dijo Sica, encogiéndose de hombros—. Algunos apenas duraban unos meses. El aire ahí abajo es nauseabundo, el polvo te ahoga y el trabajo... —Hizo un gesto hacia las toscas paredes de piedra—. Extraían la roca con nada más que martillos y cinceles, día tras día, hora tras hora. Sin más luz que la de unas pocas velas parpadeantes. No es lugar para que viva un hombre, pero a los romanos eso no les importa. Les importa el estaño.

Atticus se limpió la boca con el dorso de la mano y se apoyó en la pared junto a Sica.

—¿Y para qué se usa todo este estaño? ¿No puede valer todas esas vidas, no?

—Te sorprenderías —dijo Sica—. El estaño se mezcla con cobre para hacer bronce. Sin él, no hay espadas de bronce, ni armaduras, ni herramientas. Los romanos lo necesitan para su maquinaria de guerra. Por eso existen lugares como este. Britania es rica en estaño, y Roma la despojará de él hasta dejarla yerma. Las legiones no solo conquistarán a la gente; expoliarán la propia tierra.

Atticus frunció el ceño y echó un vistazo al túnel irregular que se extendía tras ellos. La idea de hombres, encadenados y destrozados, trabajando en aquellas profundidades, le provocó un escalofrío.

—Una sentencia de muerte, entonces.

Sica asintió lentamente, con el rostro endurecido.

—Exacto. Si a un hombre lo enviaban a una mina de estaño, ya estaba muerto, aunque él aún no lo supiera. Se deslomaban en la oscuridad hasta que sus cuerpos cedían. Algunos se asfixiaban con el polvo, otros morían aplastados cuando las paredes de roca se derrumbaban. Pocos volvían a ver la luz del día.

El peso de las palabras de Sica quedó suspendido en el aire entre ellos. Atticus, un hombre normalmente rápido para la broma o para recurrir al humor, se encontró mirando el túnel de la mina con un respeto... y una inquietud... que no había sentido antes.

—Y pensar —murmuró, casi para sí— que este era el mejor sitio que pudimos encontrar para escondernos.

Sica soltó una risita breve y carente de humor.

—Sí, pero de eso se trata. Nadie busca a los vivos en un cementerio.

Atticus guardó silencio un instante, asimilando aquellas palabras junto con el final de su comida.

—Esperemos que siga oculto, entonces —dijo al fin—. Preferiría no compartir el destino de los pobres desgraciados que nos precedieron.

—Simplemente no te adentres demasiado en esos túneles —dijo Sica—. Ya hay suficientes muertos ahí abajo.

Atticus esbozó una media sonrisa, aunque no llegó a reflejarse en sus ojos.

—Créeme, me mantendré tan lejos de esos túneles como pueda. —Se enderezó y su mirada se endureció—. Aun así, es mejor que estemos aquí que ahí fuera. Prefiero enfrentarme a fantasmas que al acero de los Trinovantes cualquier día.

Sica asintió levemente con la cabeza.

—Sí —murmuró, casi para sus adentros—. Y yo también.

---

De vuelta en el sur, en la cabaña de los cantiacos, el crepitar del fuego llenaba el silencio mientras el jefe masticaba, con sus ojos hundidos aparentemente fijos en las llamas. Marcus sintió a Cassius removerse a su lado, la incomodidad del momento era palpable, pero él permaneció inmóvil. No era el momento de presionar. La autoridad del anciano era evidente, aunque no hubiera hablado. Cuando el jefe estuviera listo, lo sabrían.

Tras lo que pareció una eternidad, la mujer que estaba junto a Cunda se limpió las manos en un trozo de tela y se inclinó para susurrarle algo al oído. Él no se movió de inmediato, pero, al cabo de un instante, sus labios se entreabrieron.

—¿Por qué ha venido aquí, romano? —dijo de repente. Las palabras del jefe eran lentas, pero Marcus intuyó que cada sílaba tenía peso, como si cada una fuera una decisión en sí misma.

Marcus se movió ligeramente, pero mantuvo su postura de respeto, sosteniéndole la mirada al jefe lo mejor que pudo, a pesar de la ceguera del hombre. Sabía que el anciano seguía evaluándolo, sopesando aún la veracidad de sus intenciones.

—Hemos venido a ofrecerle una elección —empezó Marcus—. Como sabe, Togodumnus está reuniendo a las tribus para oponer resistencia a Roma, para alzarse contra nuestras legiones. Pero usted, gran jefe, tiene ante sí un camino diferente, un camino que no conduce a la guerra, sino a la prosperidad.

La expresión del anciano no cambió, pero inclinó la cabeza muy levemente, una señal quizá de que estaba escuchando con más atención.

—Roma ha tratado a los icenos con mucho favor —continuó Marcus—. Prasutagus duerme tranquilo por las noches sabiendo que pronto disfrutará de riqueza, estabilidad y la libertad de gobernar a su pueblo como estime oportuno. Ya comercian con nosotros, obteniendo riquezas muy superiores a las que estas tierras de Britania pueden ofrecer. Pero están a punto de cosechar mucho más.

Los labios del jefe se crisparon, en una reacción apenas visible. Marcus no supo si era de diversión o de desdén. Pero insistió.

—Sabemos que ya comerciáis con Roma, pero se ha observado que, últimamente, vuestros comerciantes y embajadores han empezado a temer las repercusiones si Togodumnus los descubre. Sabemos que presiona a los cantiacos para que entreguen a sus jóvenes para luchar bajo su estandarte, prometiendo riquezas si cumplen y la guerra si no lo hacen. Pero estamos aquí para decirle que si se alía con Togodumnus, si sucumbe a sus falsas promesas o escucha sus equivocados discursos belicistas, solo encontrará sangre y aniquilación. Las legiones vendrán, como han hecho en otros lugares. La resistencia será aplastada, sus tierras quemadas, su pueblo esclavizado o algo peor. Pero si elige otro camino..., si elige la paz..., Roma recompensará a los cantiacos como ha recompensado a otros. Tendrá condiciones favorables en el comercio, estabilidad para su tribu y la protección de un imperio que se extiende por todo el mundo.

El silencio flotaba en el aire, denso y opresivo. La anciana no levantó la vista de su labor, aunque Marcus sintió que sus oídos estaban tan atentos como los del jefe. Cassius permanecía tenso a su lado, sin duda imaginando el filo de una espada en sus entrañas si aquello no salía bien.

Finalmente, Cunda levantó una mano, lenta y deliberadamente, como si el propio gesto le supusiera un esfuerzo tremendo.

—¿Y qué sabe de los cantiacos, romano? —preguntó—. ¿Cree que somos como los icenos? ¿Anhelamos las riquezas y el gobierno de Roma?

Marcus tragó saliva, pero no dejó que la incertidumbre se reflejara en su rostro.

—Sé que son ustedes orgullosos y fuertes —dijo—. Y que Roma no pretende arrebatarles eso. Pero les ofrecemos algo mejor que Togodumnus. Él no les traerá más que la muerte.

El jefe apretó los labios y frunció el ceño, sumido en sus pensamientos. El fuego crepitaba, proyectando sombras parpadeantes sobre su rostro. Por un instante, Marcus temió haber ido demasiado lejos, que el orgullo del anciano no le permitiera considerar semejante oferta.

—Habla usted bien, romano —dijo por fin—. Pero las palabras por sí solas no nos convencerán. Los cantiacos no toman sus decisiones a la ligera y no seré yo quien prometa nada sin meditarlo profundamente. Togodumnus es un necio, pero es de los nuestros. Y los lazos de sangre son profundos en estas tierras, más que el oro que tanto ansían los romanos.

Marcus sintió un atisbo de esperanza a pesar de las palabras del jefe.

—Sin embargo —continuó Cunda—, les daré una respuesta muy pronto. Hasta entonces, se quedarán aquí, en nuestra aldea. Comerán con nosotros, dormirán bajo nuestros techos y veremos qué clase de hombres son en realidad. Solo entonces sabré si fiarme de sus palabras o arrojarlas al fuego.

Marcus asintió, aunque, en su interior, una parte de él se estremeció ante la idea de quedarse en aquella extraña aldea, bajo la atenta mirada de unos hombres que podrían cortarles el cuello en cualquier momento.

—Nos quedaremos —dijo Marcus—. Estamos a su merced.

El jefe no hizo más comentarios; se limitó a hacer un gesto al guerrero que los había traído.

Marcus y Cassius se levantaron del suelo de tierra y siguieron al guerrero fuera de la choza, sintiendo el peso de miradas invisibles sobre ellos. Al salir al frío aire del atardecer, Marcus le echó una ojeada a Cassius.

—Tenemos que andarnos con mucho cuidado —murmuró—; los cantiacos son una tribu temible, conocida por su destreza en la batalla, pero si logramos ganarnos su confianza y evitamos que se

unan a la contienda, podríamos salvar muchas vidas romanas y, como mínimo, por eso merece la pena correr el riesgo.

—No son sus vidas las que me preocupan en este momento —dijo Cassius, observando las miradas hostiles a su alrededor—, sino las nuestras. —Y mientras el guerrero Cantiaco los conducía hacia el interior de la aldea, ambos supieron que caminaban sobre el filo de la navaja, con la vida y la muerte a cada lado; una amenaza familiar para los Occultum, pero inquietante, a pesar de todo.

---

# Capítulo Veintidós

## Germania Oriental

El viento azotaba el rostro de Talorcan, haciéndole escocer los ojos y rasgándole la capa mientras espoleaba al caballo para que fuera más y más rápido. Cada músculo de su cuerpo aullaba de dolor por el esfuerzo, pero se negaba a aflojar el paso.

Se atrevió a echar un vistazo por encima del hombro, con el corazón martilleándole en las costillas. Unas formas oscuras se movían en la distancia; los vándalos se acercaban, una jauría implacable en su persecución. Conocían aquellas tierras mucho mejor que él, e incluso con la ventaja que había conseguido, no tardarían en darle alcance. Pero no tenía elección. Tenía que mantenerlos alejados de los demás.

El aire gélido le quemaba los pulmones mientras obligaba a su caballo a seguir adelante. La bestia que montaba estaba cubierta de espuma de sudor y su aliento salía en jadeos irregulares, pero no había tiempo para la piedad, no ahora. Talorcan aún podía ver el miedo en los ojos de Elara, la desesperación en el agarre de Brennus mientras sostenía a su hijo. Les había prometido una oportunidad, y era esta.

Se agachó sobre el cuello del caballo, con los dedos aferrados a las riendas, mientras zigzagueaba entre los árboles cada vez más dispersos. El bosque comenzaba a clarear y el paisaje se transformaba en colinas rocosas y peñascos diseminados. Detrás de él, los gritos lejanos de los vándalos llegaban con el viento. Le estaban ganando terreno y tenía que pensar. No podía limitarse a huir de ellos para siempre; su caballo ya daba muestras de flaqueza.

Su mente galopaba tan rápido como los cascos bajo él. Conocía la reputación de los vándalos: guerreros despiadados, expertos en emboscadas y rastreo. Esperarían que cabalgase hacia una ruta de escape conocida, que buscase refugio en los bosques o que se plantase cerca de los ríos. Pero ese no era su plan. Su único

objetivo era atraerlos muy, muy lejos de los demás, lejos de Brennus y Canis, de Séneca y Elara. Ellos necesitarían tiempo, y él se lo daría, aunque le costase todo.

Los árboles por fin se abrieron y Talorcan salió de la protección del bosque, galopando hacia la vasta llanura. El terreno era abrupto, desigual y sembrado de piedras afiladas, pero el caballo era ágil y sus cascos golpeaban la tierra con un ritmo rápido.

El viento aullaba a su alrededor, trayendo consigo el olor a lluvia. Talorcan podía sentirla, la tormenta que se avecinaba. Nubarrones oscuros se acumulaban en el horizonte, densos y pesados. Quizá jugara a su favor. Si lograba adelantarse lo suficiente, la lluvia podría borrar sus huellas, confundir a los vándalos el tiempo suficiente para desaparecer en la naturaleza.

Dirigió su caballo hacia ellos, espoleándolo con todo lo que le quedaba. Los vándalos esperarían que siguiera corriendo, que cabalgara hacia el oeste, cada vez más lejos, hasta que el agotamiento lo venciera. Pero Talorcan no pensaba huir para siempre. Tenía que pensar como ellos.

Al llegar a la base de las colinas, tiró con fuerza de las riendas y detuvo a su montura tras un grupo de peñascos. La bestia jadeaba con fuerza, con los flancos subiendo y bajando por el esfuerzo, pero lo había llevado hasta allí, y por ello, Talorcan dio gracias en silencio a los dioses.

Se agachó, cogió un puñado de tierra y la frotó sobre los flancos del caballo para apagar el brillo del sudor. El corazón se le aceleraba y la adrenalina le corría por las venas, pero se obligó a mantener la calma. Ahora, cada paso debía ser calculado; cada decisión, sopesada.

Con una última mirada hacia el bosque lejano, guio a su caballo a la sombra de las colinas, serpenteando por el terreno rocoso en un amplio arco. Se movió con rapidez pero con cuidado, asegurándose de que los vándalos vieran las tenues huellas que se dirigían al oeste. Su plan era sencillo: dejar un rastro falso, alejarlos y después desaparecer. Si los dioses eran benévolos, la tormenta cubriría sus huellas por completo y, para cuando los vándalos se

dieran cuenta de que habían sido engañados, él ya estaría muy lejos, desapareciendo en la inmensidad del páramo.

El suelo tembló ligeramente a medida que el lejano sonido de los cascos se hacía más fuerte. Los vándalos estaban cerca, sus oscuras figuras surgían de la linde del bosque, recortadas contra el cielo gris. No lo veían. Todavía no.

El pulso de Talorcan se aceleró cuando los primeros jinetes pasaron como un trueno, con los ojos fijos en el rastro falso que se adentraba en el oeste. Los observó seguirlo, sin saber que estaba oculto entre las rocas, viéndolos pasar. Había funcionado.

Unos instantes después, el último de los jinetes desapareció en el horizonte, persiguiendo un rastro que no llevaba a ninguna parte. Talorcan permaneció donde estaba durante varios minutos, casi sin respirar, escuchando el decreciente sonido de los cascos. Cuando estuvo seguro de que se habían ido, se levantó lentamente, con el cuerpo temblando de agotamiento y alivio.

Lo había conseguido. Había ganado un tiempo valioso para sus camaradas.

---

Muy al este, los fugitivos se removieron en los oscuros confines de la latebra. El aire del interior se había viciado y el angosto espacio dificultaba el movimiento. Canis se levantó, con los músculos doloridos pero los sentidos alerta. Empujó la tapa del escondrijo lo justo para atisbar por la rendija. Satisfecho de que el claro estaba vacío, les hizo una seña a los demás.

—Todo despejado —susurró.

Brennus asintió y sacudió a Elara con delicadeza para despertarla. Ella parpadeó; tenía el rostro pálido y demacrado, pero la fuerza de su mirada no había vacilado. Apretó a su hijo contra el pecho; el niño ya dormía profundamente. Séneca ya estaba en pie, con la mano apoyada en la empuñadura de su daga.

La noche seguía siendo cerrada cuando salieron, y las estrellas apenas se veían a través del espeso dosel de los árboles. El bosque bullía de sonidos nocturnos, pero el ominoso retumbar de los cascos se había desvanecido en el recuerdo. Canis los condujo en silencio, con movimientos seguros y deliberados, guiándolos hacia el

este, lejos de los hombres de Wulfstan. El sendero era estrecho, apenas perceptible incluso para quienes lo conocían, pero Canis lo había marcado el día anterior, cuando había escondido los dos caballos de repuesto.

El grupo avanzó casi en silencio; Brennus se mantuvo cerca de Elara, con la mirada escudriñando constantemente la oscuridad en busca de señales de peligro. El subterfugio de la latebra les había concedido unas horas preciosas, pero aún no estaban a salvo, ni mucho menos.

—¿Cuánto falta? —susurró Séneca.

—No mucho —replicó Canis—. Si mantenemos este ritmo, llegaremos a los caballos al amanecer.

Elara tropezó levemente con una raíz, pero se recuperó con rapidez, sin aflojar en ningún momento el agarre sobre su hijo. Brennus alargó el brazo para estabilizarla y le rozó el brazo con la mano.

—¿Estás bien? —le preguntó en voz baja.

Ella asintió, con el rostro endurecido por la determinación.

—Estoy bien. Sigamos.

Siguieron adelante, y el bosque fue clareando gradualmente a medida que avanzaban hacia el este, bordeando los límites del asentamiento vándalo. Finalmente, tras lo que parecieron horas, las primeras y débiles luces del alba comenzaron a despuntar en el cielo.

—Ahí —masculló Canis, señalando al frente.

Bajo la luz tenue, Brennus apenas distinguió las siluetas de los caballos que los esperaban, atados a un par de árboles de ramas bajas.

Brennus ayudó a Elara a subir a uno de los caballos, colocando con cuidado al niño en sus brazos antes de montar detrás de ella. El agotamiento pesaba sobre todos, pero la visión de los animales había reavivado una chispa de esperanza.

—Tenemos que cabalgar sin descanso —dijo Séneca subiendo a la silla de un salto—. No podemos parar hasta que estemos fuera del alcance de los hombres de Wulfstan. —Con una patada seca, espoleó a su caballo y el pequeño grupo galopó hacia el alba. El

paisaje pasaba a toda velocidad, convertido en un borrón de árboles y sombras, mientras los cascos de los caballos martilleaban la tierra en su avance hacia el este, adentrándose en tierras que las legiones romanas no habían hollado.

A medida que el sol se elevaba, la pálida luz iluminó el terreno desconocido. El bosque clareó aún más y los árboles imponentes dieron paso a un terreno abierto, salpicado únicamente por bosquecillos dispersos de abedules y robles. Los fugitivos cabalgaban en silencio, con el rítmico galope de los cascos como única compañía. Brennus podía sentir la tensión en el cuerpo de Elara mientras ella apretaba a su hijo, pero esta permanecía serena, con la mirada fija en el camino. Finalmente, Brennus redujo la marcha de su caballo y alzó la mano, indicando al grupo que se detuviera.

—Debemos dejar que los caballos descansen —dijo, desmontando con un gruñido—. No durarán mucho más si los forzamos sin pausa. —Ayudó a Elara a bajar y cogió al niño en sus brazos por un momento para darle un breve respiro.

—Hemos ganado algo de distancia —dijo Séneca, agachándose para revisar los cascos de los caballos—, pero si logramos cruzar el río antes del anochecer, tendremos más posibilidades.

Canis miró al cielo, calculando la hora. El día apenas había comenzado, pero el peso del viaje ya empezaba a hacer mella en todos ellos.

—¿Crees que los vándalos nos seguirán? —preguntó.

Séneca se levantó y se limpió las manos en la capa.

—No cabe duda —dijo—. Conocen estas tierras mucho mejor que nosotros, pero los caballos necesitan descansar.

—Caminaremos un rato —dijo Brennus—. Cuando hayan recuperado el aliento, podremos volver a cabalgar.

El grupo continuó hacia el este, con los animales siguiéndolos bajo el aire fresco de la mañana. Canis volvió a tomar la delantera, con su aguda mirada escudriñando el terreno mientras avanzaban. Pasaron las horas y el sol ascendió en el cielo. El sudor empapaba los flancos de los caballos y la distancia comenzó a desdibujarse en

una neblina de fatiga. Por fin, el destello del agua apareció en la lejanía: la ancha y resplandeciente extensión del río que habían buscado.

—El Viadrus —dijo Canis, con un jadeo—, lo hemos conseguido.

Elara se acercó despacio a la orilla. Entrecerró los ojos mientras estudiaba el curso del río. Se arrodilló, metió la mano y se la llevó a los labios para probar el agua.

—Este no es el Viadrus —masculló, mientras se levantaba despacio—. Es demasiado pequeño. El gran río está todavía a medio día de camino.

—¿Está segura? —preguntó Séneca.

—Me crie en estas tierras —dijo Elara—. He bebido agua del Viadrus desde que era una niña. El río que buscamos está más al este.

Séneca miró hacia el bosque, cuyos árboles eran ahora siluetas lejanas tras ellos, pero aún demasiado cercanos para su tranquilidad. El sonido de los cascos estaba ausente, pero el miedo persistía.

El grupo avanzó de nuevo hacia el este y, cuando las últimas luces del día dieron paso a la noche, el lejano fragor de un río llegó a sus oídos. Canis desmontó, entrecerrando los ojos mientras observaba la oscura extensión de agua que se abría ante él.

—Debe de ser este —dijo—. Pero no podemos cruzarlo esta noche. Es demasiado peligroso.

Brennus echó un vistazo al río, cuya rápida corriente apenas era visible bajo la tenue luz de las estrellas.

—Tendremos que acampar aquí —convino—. Los caballos necesitan descansar, y nosotros también.

Elara se dejó caer sobre un trozo de hierba, acomodando con cuidado a su hijo dormido en brazos.

—Necesitamos un fuego —dijo Séneca en voz baja—. Mantendrá el frío a raya.

Canis recogió ramas y ramitas secas de los árboles cercanos y, usando un poco de lana de oveja seca de su zurrón, encendió una pequeña hoguera junto al tronco de un árbol gigante.

—Al amanecer, cruzaremos —dijo Séneca, mirando fijamente el fuego—. Al otro lado veremos cómo es la tierra antes de dirigirnos al sur. Si los dioses están con nosotros, podríamos estar de vuelta en territorio romano en menos de un mes.

—Hay otra opción —dijo Brennus, alzando la vista—. Elara me ha dicho que su gente no está lejos de aquí. Podríamos ir allí a descansar y quizá encontrar algo de ayuda.

—Es una opción —dijo Canis—, pero si pudiéramos encontrar una barca, tal vez volveríamos mucho antes.

—Veremos qué nos depara el alba —dijo Seneca—. Aún no estamos a salvo, pero, una vez que estemos al otro lado, podremos respirar un poco más tranquilos.

A medida que avanzaba la noche, el tranquilo murmullo del río trajo una breve sensación de calma y alivio. Las llamas infundieron un calor fugaz en sus cuerpos cansados, y se acomodaron para pasar la noche, mientras el dolor y el agotamiento amainaban con el descanso. Había sido una cabalgata dura y estresante, pero al menos ahora sabían que estaban relativamente a salvo.

Pero se equivocaban.

En una colina cercana, ocultos por la noche, Wulfstan y doce de sus hombres se agazapaban, observando la escena que se desarrollaba abajo. Sus ojos brillaron mientras contemplaba a los fugitivos alrededor del fuego, totalmente ajenos a su presencia. Era un guerrero experimentado y había sospechado que el rastro original hacia el oeste era demasiado fácil de seguir; una vez que sus exploradores encontraron su verdadero rastro, había conducido a sus hombres hacia el este.

Ahora, mientras el grupo se acomodaba para un descanso intranquilo, Wulfstan supo que era el momento de atacar. Los había rastreado hasta aquí y no habría escapatoria. No esta vez.

---

# Capítulo Veintitrés

## La aldea de los Cantiacos

El fuego crepitaba bajo en la cabaña de los cantiacos, el humo mezclándose con el leve y persistente aroma de la comida que se hubiera cocinado antes. Marcus estaba sentado con las piernas cruzadas en el suelo frío y duro, la espalda contra la pared y los ojos fijos en las llamas agonizantes. Su mente bullía, repasando a toda velocidad la conversación que habían mantenido con el jefe esa misma tarde. Habían defendido su postura lo mejor que habían podido, pero el anciano apenas había respondido, con sus ojos hundidos clavados en el fuego y sus pensamientos, indescifrables.

Frente a él, Cassius estaba sentado con los brazos rodeando sus rodillas, en una postura tensa e incómoda. Apenas había hablado desde que los habían llevado a la cabaña, y Marcus podía percibir la frustración que hervía justo bajo la superficie. El tiempo se les escapaba, y ambos lo sabían. Togodumno estaba reuniendo a las tribus con cada hora que pasaba, y si los cantiacos ofrecieran sus guerreros a su causa, solo avivaría las llamas de la rebelión que amenazaban con engullir Britania.

Marcus se movió, tratando de aliviar la incomodidad que se le había instalado en lo más profundo de los huesos. La cabaña era pequeña, incluso claustrofóbica, y podía sentir el peso de ojos invisibles, el juicio silencioso de los guerreros cantiacos que patrullaban la aldea. El jefe les había prometido una decisión pronto, pero «pronto» podía significar cualquier cosa.

—¿En qué piensas? —preguntó Marcus.

Cassius no respondió al principio. Se inclinó hacia delante y se quedó mirando el fuego como si pudiera conjurar una respuesta de sus profundidades.

—¿Alguna vez piensas en lo que nos trajo hasta aquí? —preguntó finalmente, con voz distante, como si se hablara más a sí

mismo que a Marcus—. No solo a esta aldea, a este momento, sino aquí, a esta vida, al Occultum.

Marcus enarcó una ceja, sorprendido por la pregunta.

—¿Te refieres a las decisiones que hemos tomado? Pienso en ello todo el tiempo. Creo que es imposible no hacerlo.

Cassius esbozó una media sonrisa y atizó el fuego con un palo, lo que lanzó una lluvia de ascuas al aire.

—Sí, decisiones. He tomado más de las que me corresponden. —Levantó la vista hacia Marcus—. Dicen que eras centurión.

—Lo era.

—Entonces, has matado a muchos hombres. —Era más una afirmación que una pregunta.

—Todos lo hemos hecho —replicó Marcus con cautela. Presentía que Cassius estaba llevando la conversación a alguna parte, aunque no estaba seguro de adónde.

Durante un largo momento, Cassius volvió a guardar silencio, con los ojos penetrantes parpadeando a la luz del fuego, el habitual brillo calculador reemplazado por algo más oscuro, más pesado. Cuando habló, su voz era apenas un susurro, como si admitir esas palabras pudiera cambiar algo irrevocablemente.

—He matado hombres —dijo de repente—, probablemente muchos más que tú.

—Eso, amigo mío, es muy poco probable —dijo Marcus—, pero no es una competición. Además, eras un mercader con inclinación a salir de los problemas con la labia. Conozco tu pasado.

—No siempre fui solo un mercader —dijo Cassius, con la mirada fija en las llamas—. Antes del Occultum. Antes de todo.

Marcus frunció el ceño, inclinándose.

—¿Qué quieres decir?

Cassius vaciló, como sopesando si continuar o no. Luego, respirando hondo, comenzó:

—Te he hablado del negocio —dijo lentamente—, del comercio, de la corrupción que me arruinó. Esa parte era verdad. Pero no era toda la historia. Después de perderlo todo, hice lo que tenía que hacer para sobrevivir. Al principio, acepté trabajos

pequeños: extorsión, contrabando, ese tipo de cosas. Pero no era suficiente. Había un tipo diferente de mercado, uno que no comerciaba con bienes u oro. Comerciaba con vidas.

A Marcus le dio un vuelco el corazón y se quedó mirando a Cassius, sin estar seguro de haberle oído bien.

—¿Qué quieres decir?

—Asesinato —dijo Cassius rotundamente, cortándole—. Por dinero. Para senadores, para mercaderes, para cualquiera que tuviera suficientes monedas y enemigos. Gente que necesitaba que un problema desapareciera. Si necesitabas herir a alguien y tenías una bolsa de plata, yo era tu hombre. Dos bolsas conseguían que lo mutilaran, y un puñado de monedas de oro, que se convirtiera en un fantasma —levantó la vista para ver la reacción de su camarada.

Marcus sintió un escalofrío que le recorría la espina dorsal y se le encogió el estómago.

—¿Matabas a gente por dinero?

—Lo hacía. Pero no me mires con tanta indignación, ¿acaso no soy como tú? La única diferencia es que tú lo hiciste en nombre de Roma y por mucho menos dinero que yo.

—No es lo mismo —dijo Marcus—, y lo sabes.

—Hice lo que tenía que hacer —dijo Cassius—. Después de que Roma me lo quitara todo, no iba a vivir en la miseria, y no iba a arrastrarme como un perro y dejar que ganaran. Así que acepté las ofertas que me llegaban. Al principio, fueron solo unas pocas: cobradores de deudas, ladrones, hombres que se habían cruzado con el senador equivocado. Pero la cosa fue a más. Siempre había más ofertas. Siempre más gente que quería a alguien muerto.

Marcus no dijo nada, esforzándose por asimilar lo que estaba oyendo. Sabía que Cassius era capaz de matar, todos lo eran, pero, de algún modo, esto era diferente.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —preguntó en voz baja.

—Porque ya no importa —dijo—. Esa parte de mi vida ha terminado. Me uní al Occultum porque pensé que me daría la oportunidad de pertenecer a algo, algo más grande que yo. De hacer algo que no fuera..., eso.

—Sin embargo, sabes lo que hacemos —dijo Marcus—, y no me cabe duda de que se derramará mucha más sangre antes de que esta misión termine. Así que, ¿cómo piensas justificar más muertes si estás huyendo de tu pasado?

Cassius negó con la cabeza, con los labios contraídos en un rictus sombrío.

—No estoy huyendo —dijo Cassius—, y los que creen que se puede dar la espalda sin más a estas cosas se equivocan de cabo a rabo. Las cosas que haces, la sangre que has derramado, te acompaña siempre. Y la gente que pagó por esos contratos... tampoco olvida.

Marcus sintió un nudo de inquietud en el estómago.

—¿Crees que todavía te buscan?

Cassius soltó una risa sorda y amarga.

—No lo sé. Quizá. No es que los senadores de Roma sean conocidos por su clemencia. Siempre hay alguien en el poder que recuerda. Por eso estoy aquí, Marcus. No solo porque el Occultum me diera una salida, sino porque es el único lugar donde no soy un objetivo.

Se sentaron en silencio durante un largo momento, con el peso de la confesión de Cassius suspendido en el aire. Marcus intentó reconciliar al hombre sentado frente a él con la imagen del asesino a sangre fría que Cassius había sido una vez. Era difícil, casi imposible, pero la honestidad en los ojos de Cassius era innegable.

—No soy quién para juzgarte, Cassius —dijo Marcus—. Todos hemos hecho cosas de las que nos arrepentimos y, sí, si quieres ocultarlas, el Occultum es el mejor lugar para hacerlo, aparte de la tumba. Así que déjalo atrás, si no por ti, por el bien del Occultum. Todos cargamos con nuestros fardos y no necesitamos más. Necesito que te centres en por qué estamos aquí y en lo que estás haciendo. Somos más unidos que una familia y cada uno de nosotros moriría por el otro. Es todo lo que pedimos. Haz eso y te encontrarás formando parte de una unidad sin igual y, con el tiempo, esos fantasmas acabarán por desvanecerse. Además, tienes un don especial, la habilidad de salir airoso de cualquier situación usando la labia.

—Una habilidad para sobrevivir —dijo Cassius—, nada más.

—Una habilidad, no obstante —dijo Marcus—, y algo me dice que podríamos necesitar esa habilidad si queremos sobrevivir a todo esto. Pero los hombres como ese jefe no se doblegan fácilmente.

Cassius le sostuvo la mirada, y el más leve atisbo de gratitud centelleó en sus ojos antes de que la apartara.

—Ya veremos —dijo, reclinándose contra la pared, con la voz apenas audible por encima del crepitar del fuego—. Ya veremos.

---

Dos días después, Marcus y Cassius se presentaron una vez más ante el jefe en su modesta cabaña. El anciano estaba sentado en el mismo lugar que antes, con los ojos hundidos fijos en el fuego. Su edad era más evidente hoy, y el peso de los años oprimía su frágil cuerpo. A su lado, la mujer que le había susurrado al oído durante su último encuentro permanecía sentada en silencio, sin apartar la vista de los romanos.

El jefe guardó silencio durante un largo rato, mientras sus huesudos dedos trazaban dibujos en el aire, como si estuviera hilando los pensamientos de su mente. Finalmente, tras lo que pareció una eternidad, habló.

—Ustedes, los romanos, hablan muy bien de la paz —dijo—. Pero la paz no llega con facilidad a quienes han conocido la guerra.

Marcus se irguió y, tras echar un vistazo a Cassius, dio un ligero paso al frente.

—Lo comprendemos, gran jefe. Pero la paz aún es posible. Roma le ofrece estabilidad, protección...

Cunda alzó una mano para hacerlo callar.

—Sé lo que ofrece Roma y sé lo que ofrece Togodumnus. Promete guerra, gloria, una oportunidad para que nuestros guerreros graben sus nombres en la historia. Los cantiacos nunca han rehuido un combate. Nuestros guerreros son fuertes, orgullosos, y hemos librado muchas batallas. No tememos al acero romano.

Su voz cobró fuerza, cargada con el peso del legado de su pueblo. Marcus pudo sentir cómo crecía la tensión en la estancia; el orgullo de los cantiacos era una fuerza palpable.

—Pero —prosiguió el jefe—, soy un anciano. He visto muchos inviernos y he visto el coste de la guerra. La sangre corre a raudales por estas tierras y siempre mancha el suelo. Mi gente... —Hizo una pausa y se quedó con la mirada perdida, como si viera algo más allá de las llamas—. Mi gente anhela la paz. No lo dicen abiertamente, pero yo lo sé. Quieren sembrar sus cosechas sin temor al fuego. Quieren que sus hijos crezcan sin conocer el sonido del cuerno de batalla.

—Es usted un hombre sabio, Cunda —dijo Cassius—, y ve con claridad lo que muchos otros no ven. La guerra con Roma no traerá la gloria que Togodumnus promete. Traerá la ruina. Si retiene a sus guerreros, no solo salvará a su pueblo, sino también su legado.

Los labios del jefe se crisparon y un atisbo de algo indescifrable cruzó su rostro. Se inclinó ligeramente hacia delante, con los ojos hundidos, escrutando el fuego como si las propias llamas contuvieran la respuesta a su dilema. Tras una larga pausa, volvió a hablar.

—Hay uno entre mi gente —dijo— que aspira a convertirse en jefe cuando yo muera. Es joven, fuerte y el favorito de muchos de nuestros guerreros. Se llama Cadorix. Ha jurado su espada a Togodumnus y ha puesto a muchos de nuestros mejores hombres a su servicio. Sus ambiciones son claras. En cuanto yo ya no esté, unirá a los cantiacos bajo su mando y nos llevará a la guerra. Sin importar lo que yo desee, sin importar lo que Roma ofrezca.

Marcus sintió que el peso de las palabras del jefe caía sobre él como un pesado manto. El significado de lo que decía el anciano era claro, y un nudo de tensión se le formó en el estómago.

—Pero —continuó el jefe—, mi hijo tiene la sabiduría para guiar a nuestro pueblo y prefiere la paz a la guerra. Es joven, y su derecho al cargo es frágil, pero mientras Cadorix viva, él nunca gobernará y los cantiacos seguirán a Togodumnus a la masacre.

La choza quedó en un silencio sepulcral. Marcus sintió el corazón latiéndole con fuerza en el pecho, mientras la enormidad de lo que el jefe estaba pidiendo comenzaba a calar en él. Miró a Cassius, que se había quedado quieto, con sus agudos ojos fijos en el anciano.

—Quiere que lo matemos —dijo Cassius con voz monocorde, sin delatar la conmoción que Marcus sentía correr por sus propias venas.

El jefe asintió lentamente.

—Si desean la paz, si desean que mis guerreros se queden atrás cuando Togodumnus los llame, entonces sí. Cadorix debe morir. Solo entonces mi hijo ocupará el lugar que le corresponde como jefe, y solo entonces los cantiacos permanecerán en paz.

—¿Y dónde encontraremos a ese hombre? —preguntó Marcus.

—Se le puede encontrar siempre en el mismo lugar —dijo el jefe—, a la diestra de Togodumnus.

—Pide usted un imposible —dijo Marcus, con la voz tensa por la incredulidad—. Si lo que dice es cierto, estará en el corazón del campamento de los Trinovantes y rodeado de sus mejores guerreros.

—Pero garantizaría la paz —interrumpió Cassius. Clavó la mirada en Marcus y, por un momento, el peso de su pasado pareció pender entre ellos, tácito pero innegable. Marcus conocía esa mirada. Cassius ya había hecho esto antes. Se había cobrado vidas cuando había mucho en juego.

—Vinisteis aquí buscando una forma de impedir que los cantiacos se unan a Togodumnus —dijo el jefe—. No voy a mentirles, romanos. Es una tarea peligrosa, pero si tienen éxito, mi hijo retendrá a los cantiacos y ustedes tendrán su paz.

A Marcus se le hizo un nudo en la garganta. Miró a Cassius y vio el cálculo en los ojos de su amigo. Cassius ya estaba pensando varios pasos por delante, ya estaba sopesando las posibilidades, los riesgos. Marcus pudo ver la decisión formándose en su mente incluso antes de que hablara.

—Lo haremos —dijo Cassius en voz baja.

Marcus sintió una punzada de estupor, pero se obligó a mantener la compostura. Jugaban a un juego peligroso y no había tiempo para vacilaciones.

El caudillo asintió con lentitud, con el rostro como una máscara de sombría aceptación.

—Muy bien —dijo—. Mis guerreros los escoltarán adonde necesiten ir. Desde allí, encontrarán a Cadorix y, una vez consumado el hecho, regresen a mí. Mi hijo estará listo para ocupar su lugar.

---

# Capítulo Veinticuatro

## Germania Oriental

Cuando las primeras luces del alba despuntaban en el horizonte, Canis se agachó a la orilla del río y ahuecó las manos en el agua fresca. El campamento a su espalda estaba en silencio; el fuego, reducido a brasas humeantes. Sus compañeros aún dormían, con la respiración lenta y acompasada en la quietud de la madrugada.

Contempló distraídamente a una ardilla que rebuscaba comida cerca de allí, con sus pequeñas patas moviéndose veloces entre la maleza. El sencillo ritmo de la naturaleza parecía muy alejado de los peligros a los que se habían enfrentado y, por un breve instante, Canis se permitió relajarse. La fresca brisa le acarició la piel y el suave murmullo del río le proporcionó una fugaz sensación de paz, pero el crujido de una ramita a su espalda rompió la quietud. Observó cómo la ardilla se zambullía en la maleza y desaparecía con la misma rapidez con la que había aparecido.

El instinto se apoderó de Canis, que se giró en redondo justo a tiempo de ver el brillo de un hacha en alto y, con una torsión desesperada del cuerpo, esquivó la embestida. El hacha le rozó el lateral de la cabeza, un impacto brutal y ensordecedor que lo hizo trastabillar. Retrocedió tambaleándose y perdió el equilibrio en la resbaladiza orilla del río.

El mundo dio vueltas mientras caía al agua impetuosa. El frío lo golpeó como un muro y sobresaltó sus sentidos, y lo último que oyó antes de que el río lo arrastrara fue el aullido salvaje de los vándalos al abalanzarse sobre sus compañeros dormidos.

---

Seneca se despertó de un sobresalto. El instinto se apoderó de él mientras su mano volaba hacia la daga que llevaba al cinto y su cuerpo se ponía en pie de un salto en medio del caos que envolvía el campamento.

Brennus ya estaba luchando; su espada silbaba en el aire al parar la estocada de la lanza de un vándalo. Con un grito salvaje, descargó su hoja, rajando el pecho del hombre. El vándalo se desplomó y la sangre formó un charco alrededor de su cuerpo destrozado.

Los ojos de Seneca recorrieron el campamento. Vio a otro vándalo, con el hacha en alto, que se abalanzaba sobre la espalda desprotegida de Brennus. Sin dudarlo, se lanzó hacia delante, con la daga surcando el aire. Dio en el blanco, hundiéndose profundamente en el costado del hombre. El vándalo profirió un grito agudo antes de caer al suelo, con el cuerpo convulso mientras la vida se le escapaba.

—Brennus —gritó Seneca, con la voz ronca por la urgencia—. ¡Estamos rodeados!

Brennus se giró para mirarlo, jadeante, con el pecho agitado por la lucha. Pero, antes de que ninguno de los dos pudiera añadir nada más, un repentino y escalofriante silencio se apoderó del campamento. Los vándalos, que habían estado avanzando, se detuvieron y retrocedieron al unísono, con los ojos fijos en una figura que se erguía al borde del claro.

Seneca y Brennus se volvieron; la sangre se les heló en las venas.

Wulfstan estaba de pie justo detrás de los restos humeantes de la hoguera, con el rostro contraído en una sonrisa nauseabunda. En sus brazos acunaba al bebé, pasándole suavemente los dedos por el pelo suave del niño.

Elara yacía inmóvil a sus pies, inconsciente, con el cuerpo inerte sobre la dura tierra. Un oscuro moratón ya se había formado en su frente, una clara señal de que había sido derribada de un golpe. El corazón de Brennus dio un vuelco al verla y el pánico le oprimió la garganta.

Wulfstan dirigió la mirada hacia ellos y su sonrisa se tornó más gélida.

—Arrojad las armas —dijo—, o le aplastaré el cráneo.

La mano de Seneca se aferró con más fuerza a la daga, con la mente trabajando a toda velocidad, pero sus ojos no se apartaron

del niño. Brennus, a un paso de él, temblaba de furia, con el cuerpo tenso por una violencia apenas contenida. Todo su instinto le gritaba que atacara, que despedazara a Wulfstan con sus propias manos si era necesario, pero sabía que cualquier movimiento brusco le costaría a su hijo. Miró a Seneca, con la impotencia y la desesperación grabadas en el rostro.

Lentamente, Brennus bajó la espada y la dejó caer. Seneca hizo lo mismo; la daga se le escurrió de entre los dedos, con los ojos fijos en cada movimiento de Wulfstan.

—Atadlos —dijo Wulfstan.

La cuerda se clavaba en las muñecas de Séneca mientras los hombres de Wulfstan le ataban las manos a la espalda. A su lado, Brennus estaba inmovilizado de forma similar, con el rostro contraído por una ira apenas contenida.

Wulfstan pareció tomarse su tiempo con el bebé, llegando a acunarlo con mofa antes de entregar el niño a uno de sus hombres.

—Si vuelve en sí —dijo, señalando con la cabeza a la mujer—, devolvédselo.

—¿Y si no lo hace?

Wulfstan se encogió de hombros, mostrando su indiferencia por el destino del bebé. Se volvió hacia el resto de sus hombres.

—Dispersaos y recoged leña —ordenó—. Quiero que se construya una pira aquí mismo. Mostrad a esta gente lo que le sucede a cualquiera que me traicione.

Brennus forcejeó contra sus ataduras, con los ojos encendidos de odio mientras los hombres lo ponían de rodillas a empujones. Séneca intentó mantener la respiración acompasada, aunque el peso de su situación lo oprimía como una tenaza. Estaban indefensos.

Los hombres de Wulfstan se movieron con una calma eficaz que le revolvió el estómago a Séneca. No había urgencia en sus acciones, ni prisa, ni frenesí, solo una metódica y escalofriante preparación para lo que estaba por venir. Algunos atendían a los caballos, cepillándolos y asegurando sus arreos, pero la mayoría arrastraba ramas y pequeños árboles del bosque circundante, listos para alimentar la pira. Séneca tragó saliva para aliviar la sequedad de su garganta y miró a Brennus.

—Aún no estamos perdidos, amigo mío —dijo—. Mantente fuerte.

La mirada de Brennus se desvió hacia él, pero su expresión era dura, inflexible.

—Lo mataré —siseó—. Lo haré pedazos.

—No harás nada si estamos atados como ganado —replicó Séneca, con un ligero atisbo de desesperación asomando en su voz. Giró la cabeza, llamando al vándalo más cercano.

—¡Eh! ¿Cómo se llama usted?

El vándalo no respondió. Ni siquiera miró en dirección a Séneca; en su lugar, continuó afilando su hoja con pasadas tranquilas y deliberadas. El chirrido del metal contra la piedra le provocó un escalofrío que le recorrió la espalda. Se movió para aliviar el dolor de sus brazos, pero las cuerdas estaban apretadas y se le clavaban en la piel con cada movimiento.

—¡Nosotros no somos sus enemigos! —gritó Séneca, con la voz quebrada por la frustración—. No tienen por qué hacer esto. Pero los vándalos continuaron con sus tareas como si los dos cautivos ya estuvieran muertos para ellos.

Brennus, sin embargo, no pudo contenerse. Se revolvió contra las cuerdas, con la furia ardiéndole en los ojos.

—¡Luche conmigo como un hombre, Wulfstan! —rugió—. No necesita su fuego para terminar esto.

Al otro lado del claro, la pila de leña seguía creciendo: troncos gruesos y ramas, secas y astilladas, listas para arder en cualquier momento. Séneca se obligó a apartar la vista de la creciente pira, con el pulso martilleándole en los oídos. Sabía lo que se avecinaba, pero la imagen, el mero tamaño de la pila de leña, lo hacía demasiado real. Lo intentó de nuevo.

—¡No tienen por qué hacer esto! —gritó—. Sea lo que sea que crean que hemos hecho, no hay necesidad de esto. ¡Nosotros no somos sus enemigos!

Uno de los hombres se detuvo un momento y se giró para mirar a Séneca, con expresión indescifrable. Por una fracción de segundo, Séneca pensó que podría obtener una respuesta, algún

destello de humanidad, pero la mirada del vándalo pasó de largo, fría y vacía, como si no hubiera hablado en absoluto.

Séneca cerró los ojos brevemente, sintiendo cómo el peso de la desesperación se cernía sobre él. No iban a razonar con aquellos hombres. Eran bestias, despiadadas y ansiosas de sangre.

—No puede acabar así —murmuró Brennus a su lado. Sus ojos se desviaron hacia su hijo, ahora envuelto en una capa junto a Elara.

—Todavía no hemos acabado —dijo Séneca con los dientes apretados—, pero si vamos a salir de esta, tenemos que pensar. Probablemente tendremos una oportunidad, una..., cuando menos se lo esperen.

Inspeccionó el campamento en busca de cualquier señal de debilidad, de cualquier oportunidad. Sus ojos se posaron en los caballos atados cerca del borde del claro. Los vándalos los habían amarrado con holgura, claramente sin esperar resistencia alguna por parte de sus prisioneros. Pero los caballos... podían ser una oportunidad, si lograban soltarse, si pudieran crear una distracción lo bastante grande...

Como si le estuviera leyendo el pensamiento, la voz de Wulfstan rompió el murmullo del campamento, fría y burlona.

—Podéis alimentar todos los anhelos de venganza que queráis —gritó desde su lugar junto a la roca—, pero no hay escapatoria para vosotros. Para cuando la luna ilumine esta tierra olvidada, no seréis más que cenizas. Vuestra mujer..., bueno, será un juguete para mis hombres. ¿Y el niño? —se encogió de hombros, mientras una sonrisilla burlona se dibujaba en sus labios—. Quizá veamos si es lo bastante fuerte como para sobrevivir al viaje de vuelta y convertirse en esclavo. Si no, bueno..., los lobos también tienen que comer.

El corazón de Séneca latió con fuerza mientras la rabia le ardía en el pecho, pero se obligó a mantener la calma, a conservar la respiración acompasada. Wulfstan quería que se derrumbaran, que perdieran el control, que estallaran. Se negó a darle esa satisfacción, pero el tiempo se les agotaba y, a menos que los dioses

fueran misericordiosos, pronto no serían más que cadáveres humeantes bajo un cielo indiferente a su sufrimiento.

---

A dos leguas río abajo, Canis luchaba por mantenerse a flote, zarandeado como un muñeco de trapo por la corriente impetuosa. Sus miembros se agitaban sin control, intentando desesperadamente mantener la cabeza fuera del agua, pero la fuerza del río era implacable. El agua se le metía en la boca y le llenaba los pulmones mientras boqueaba en busca de aire; sus fuerzas se desvanecían con rapidez, su cuerpo era golpeado contra rocas invisibles y un dolor agudo le recorría las extremidades mientras era arrastrado cada vez más lejos del campamento.

Entonces, a través del vertiginoso remolino de agua y dolor, su mano rozó algo sólido: una rama baja que sobresalía sobre el agua. El instinto se apoderó de él y se aferró a ella, con los dedos agarrándola con fuerza mientras el río luchaba por arrancárselo. Sus uñas se clavaron en la corteza y los músculos le ardieron en señal de protesta mientras se arrastraba más cerca de la orilla.

Con un último y desesperado esfuerzo, Canis se liberó del abrazo del río y su cuerpo se desplomó en la orilla fangosa. Yació allí durante varios instantes, con el pecho subiéndole y bajándole con violencia mientras luchaba por recuperar el aliento y la túnica empapada se le adhería como una segunda piel. El aire frío le escocía en los pulmones, pero era una sensación bienvenida en comparación con la fuerza asfixiante del agua.

La sangre de la herida de la cabeza le chorreaba por la frente y el rostro, mezclándose con el agua del río que le empapaba el cuerpo. Cada aliento era superficial y todos los músculos le ardían de agotamiento. La visión se le nublaba intermitentemente y el martilleo en la cabeza era casi insoportable. Por un breve instante, consideró quedarse allí, dejando que la oscuridad se apoderara de él. Pero sabía que no podía descansar. Sus camaradas seguían allí y Wulfstan y sus hombres no mostrarían piedad. Si no volvía pronto al campamento, sería demasiado tarde.

Con un gemido, Canis se obligó a moverse. Le temblaban los brazos al incorporarse sobre las rodillas; el dolor en la cabeza era

como un martillo golpeándole el cráneo. El mundo se inclinó peligrosamente mientras se ponía en pie tambaleándose, balanceándose con inestabilidad un momento antes de encontrar el equilibrio. Su túnica empapada se le adhería, pesada y fría, así que se la arrancó y arrojó la prenda mojada al suelo fangoso.

Respiró hondo y empezó a moverse. Cada paso era una agonía, con las piernas pesadas y el dolor de la cabeza latiéndole con cada movimiento. Pero se forzó a avanzar, tambaleándose río arriba en dirección al campamento. Los pies le resbalaban en la ribera fangosa y más de una vez tuvo que agarrarse a las ramas bajas para no volver a desplomarse. Su respiración se manifestaba en jadeos entrecortados, cada centímetro de su cuerpo gritaba en señal de protesta, pero siguió adelante.

Imágenes fugaces pasaron por su mente: Séneca y Brennus luchando por sus vidas, Elara con su hijo en brazos. Tenía que regresar, pero el tiempo se le escapaba entre los dedos y, con cada momento que se demoraba, mayor era el peligro al que se enfrentaban sus camaradas.

---

# Capítulo Veinticinco

## Las Tierras de los Cantiacos

Marcus y Cassius siguieron los sigilosos pasos de los guerreros cantiacos, abriéndose camino a través de espesos bosques y estrechos senderos con la soltura de hombres que habían conocido aquellas sendas toda su vida. El bosque acabó por clarear y el denso dosel de las copas dio paso a un amplio espacio abierto. El suave murmullo del agua llenó el aire quieto de la noche y, por fin, llegaron al río que separaba las tierras de los cantiacos y las de los Trinovantes.

—Hasta aquí llegamos —dijo uno de sus guías—. Una vez que crucen, estarán por su cuenta. La tierra de más allá pertenece a Togodumnus y a sus hombres.

—Lo entendemos —respondió Marcus—. Dígale a su jefe que regresaremos cuando hayamos terminado.

El guerrero asintió con un gesto breve y seco antes de desaparecer de nuevo en el bosque, y sus pasos se desvanecieron rápidamente en la noche.

En cuanto se quedaron solos, los sonidos del bosque parecieron cernirse sobre ellos; el murmullo del río era ahora la única constante en el silencio.

Marcus permaneció en silencio un momento, con la mirada fija en el agua, pero con el pensamiento muy lejos de allí. Desde que el jefe les había encomendado la tarea, había estado lidiando con la brutal realidad de lo que les esperaba. Matar a Cadorix no era solo difícil, rozaba lo imposible. Si el joven guerrero era tan importante para Togodumnus como les habían hecho creer, estaría bien protegido. Luchadores experimentados, leales y curtidos en la batalla lo rodearían; hombres que no dejarían que un extraño se acercase a punta de espada.

—Nos estamos metiendo en la boca del lobo —masculló, frunciendo el ceño—. Cadorix no es un guerrero más, es parte de la

columna vertebral de la hueste de Togodumnus.

—Tenemos que consultarlo con los demás —dijo Cassius—. No podemos hacer esto solos.

—Estoy de acuerdo —dijo Marcus—. Así que será mejor que nos pongamos en marcha.

Sin mediar más palabra, los dos hombres se pusieron en camino, dirigiéndose una vez más hacia el norte, a las tierras de los icenos.

---

Al noroeste, Falco y Sica permanecían inmóviles, con sus capas fundiéndose a la perfección con el afloramiento rocoso que había sido su refugio durante dos días. El viento susurraba sobre el peñasco, trayendo consigo el sonido de un par de busardos hambrientos, pero, por lo demás, el mundo estaba en silencio.

—Nada —masculló Falco en voz baja, asomándose por el borde para observar el camino vacío que había debajo. Se giró sobre la espalda, masticando una tira de carne seca, con el aburrimiento tiñendo su voz—. Dos días y lo único que hemos visto son ciervos y a ese mercader borracho de ayer.

Sica no respondió de inmediato. Yacía junto a Falco, sin apartar sus agudos ojos del camino que discurría más abajo. Su paciencia, como siempre, parecía infinita. Cada cambio en el viento, cada susurro de las hojas, era recibido con su silenciosa e inquebrantable atención.

—Nos iremos esta noche si sigue sin haber nada —dijo.

Falco gruñó en respuesta y se incorporó ligeramente para estirar las piernas. Estaba a punto de decir algo más cuando Sica levantó la mano en una señal silenciosa para que se detuviera.

Falco se quedó helado, con la vista fija en el sendero que serpenteaba por el bosque. A lo lejos, el leve golpeteo de unos cascos llegó a sus oídos, seguido del chirrido de unas ruedas de madera. Se deslizó sobre el vientre junto a Sica y entrecerró los ojos hacia el camino. A través de la niebla, emergieron unas formas oscuras: figuras a caballo que encabezaban una columna de carros.

—Vaya, mira tú por dónde —susurró Falco con una sonrisa, con voz apenas audible—. Empezaba a pensar que estábamos

perdiendo el tiempo.

Sica no contestó, ahora completamente concentrado en el convoy de suministros que avanzaba lentamente por el camino. Los carros estaban muy cargados, cubiertos con lonas y flanqueados por varios guardias armados a caballo. Los hombres tenían un aspecto rudo, Trinovantes por su apariencia, y sus ojos barrían constantemente la linde de los árboles a ambos lados del camino.

—Esperan problemas —masculló Sica.

—Y están bien preparados para ello —añadió Falco, mientras contaba a los guardias—. Más de con los que me gustaría vérmelas. Sigámoslos, a ver adónde se dirigen.

Mientras los carros de suministros avanzaban por el camino, los dos hombres se fundieron entre los árboles, moviéndose en silencio a través de la maleza. Los siguieron a distancia, manteniéndose fuera de su vista, pero lo bastante cerca para no perderles la pista. Se movían por el escarpado terreno con la soltura de hombres acostumbrados a tal tarea.

Al anochecer, el convoy de suministros los había adentrado más en territorio de los Trinovantes. El camino serpenteaba a través de un denso bosque y la luz se desvanecía a medida que el sol se ocultaba en el horizonte. Cuando cayó la oscuridad, el convoy empezó a reducir la marcha, y Falco y Sica se agazaparon tras una hilera de peñascos, observando cómo los carros se detenían.

A través de los claros entre los árboles, lo divisaron: un poblado fortificado enclavado en el corazón del bosque. Altas empalizadas de madera rodeaban el asentamiento y, a medida que los carros se acercaban, las puertas del poblado se abrieron de par en par, engulléndolos como una bestia famélica.

Sica y Falco intercambiaron una mirada.

—Fortificado —murmuró Falco—. Esto no es un simple poblado perdido.

—No —convino Sica—, esto es un complejo de almacenamiento.

Se apostaron para pasar la noche, vigilando a distancia mientras los guardias patrullaban el perímetro. El poblado estaba

bien organizado, con una rotación constante de centinelas, y el tenue resplandor de las antorchas iluminaba las murallas.

El día siguiente transcurrió con lentitud; Falco y Sica se turnaron para vigilar y descansar, sin apartar la vista del complejo. Hacia el mediodía, llegó otro convoy de suministros, cargado con más mercancías, y la verdad de lo que estaban contemplando comenzó a calar en ellos.

—Este lugar es más que un simple poblado —dijo Falco en voz baja—. Están acumulando armas, suministros, todo lo que necesitan para la guerra. Togodumnus se está preparando para pasar a la acción.

Sica asintió.

—Es importante. Demasiado importante como para ignorarlo.

Vigilaron durante un día más, confirmando lo que habían sospechado. El poblado fortificado era un punto clave en la cadena de suministro, un lugar donde se reunían y almacenaban armas y provisiones, listas para ser distribuidas a las partidas de guerra que se preparaban para la batalla.

Al caer la noche una vez más, Sica se desperezó, estirando las extremidades mientras miraba a Falco.

—Tenemos que volver. Raven debe saber de esto. Si pudiéramos atacar este lugar, asestaríamos un duro golpe a sus líneas de suministro.

Se movieron con rapidez, retirándose de su posición en el peñasco y desapareciendo en el bosque a medida que la noche se cernía sobre ellos. El viaje de vuelta a la mina fue largo y avanzaron al amparo de la oscuridad, con cuidado de evitar cualquier patrulla.

Justo antes del amanecer, la silueta familiar de la mina de estaño abandonada surgió ante ellos y se deslizaron en silencio hacia la entrada. Falco dejó caer su macuto al suelo y giró los hombros, sintiendo cómo el agotamiento se apoderaba de sus huesos. Sica, sin embargo, no perdió el tiempo.

—Raven —llamó en voz baja, y su voz resonó ligeramente en la penumbra de la caverna.

Raven se removió en su sitio junto al fuego y sus agudos ojos se entrecerraron mientras se incorporaba.

—¿Habéis encontrado algo?

—Un poblado fortificado —dijo Sica—. En lo profundo del territorio de los Trinovantes. Lo están usando como un complejo de almacenamiento de armas y suministros. Vimos llegar dos convoyes en los últimos dos días.

Los ojos de Raven brillaron con interés.

—¿Qué tan bien vigilado?

—Mucho —respondió Sica—. Demasiados para que podamos atacarlos solo nosotros cuatro. Pero si pudiéramos eliminarlo, le asestaríamos un duro golpe a las fuerzas de Togodumnus.

—Es un lugar grande —dijo Falco—, y se están preparando para algo gordo. Es un objetivo perfecto.

Raven permaneció en silencio un momento, con la mirada perdida mientras procesaba la información. Finalmente, se puso en pie, estirando sus miembros entumecidos.

—Estoy de acuerdo —dijo—, pero si este lugar es tan importante como dice, tenemos que decírselo a los demás. Descansad, mañana pondremos rumbo al norte.

---

Al día siguiente, Raven, Sica, Falco y Atticus se prepararon para la larga caminata de regreso a las tierras de los icenos. El aire en la mina parecía más denso, como si el peso de siglos de trabajo y muerte se hubiera posado finalmente sobre ellos.

Alrededor del fuego, sus preparativos habían comenzado en silencio. Retiraron los restos de la comida y apagaron la hoguera hasta que solo tenues volutas de humo se enroscaban en el aire húmedo. Cada hombre se movía con eficiencia experta, asegurando sus pertenencias y cerciorándose de no dejar rastro alguno de su presencia.

Raven y Atticus se agazaparon cerca de la entrada de la caverna, observando cómo Sica y Falco trabajaban para ocultar de nuevo la entrada de la mina, usando zarzas, rocas sueltas y ramas para asegurarse de que nadie pudiera saber que habían estado allí.

—Con eso bastará —masculló Sica, limpiándose la tierra de las manos mientras retrocedía para inspeccionar su trabajo. La entrada de la mina estaba ahora completamente oculta, un muro de

zarzas, rocas y follaje que se fundía a la perfección con el paisaje circundante.

Falco se echó la sarcina al hombro.

—Parece que no ha estado nadie aquí en años —dijo.

Atticus, mientras se ajustaba las correas de su propio macuto, miró a Raven.

—Dígame —dijo—, ¿por qué no nos infiltramos en ese complejo ahora y causamos todo el daño que podamos antes de largarnos?

—Porque es demasiado importante —dijo Raven—. Aunque causáramos un poco de caos, se volverían más cautelosos y reforzarían sus defensas. No, si vamos a atacar, necesitamos suficientes hombres para hacer un daño real, para dejarlos tullidos como es debido.

Atticus frunció el ceño, sopesándolo.

—¿Y qué diferencia supondrían Marcus y Cassius? Seis de nosotros no es mucho mejor que cuatro.

Raven se levantó, envainando su daga, con la mirada ligeramente entornada.

—¿Quién ha dicho nada de que seamos solo nosotros seis?

La confusión de Atticus se acentuó.

—No lo entiendo. ¿Dónde vamos a encontrar a más hombres?

Raven sonrió levemente, con un brillo indescifrable en los ojos.

—Ha recorrido un largo camino desde su adiestramiento, Atticus —dijo, cargándose el macuto al hombro—. Pero todavía hay mucho que no sabe. —Se giró hacia el sendero que se adentraba en el bosque—. Ahora, venga. Tenemos que ponernos en marcha.

Sin más explicaciones, Raven avanzó a grandes zancadas. Falco y Sica lo siguieron en silencio, como si las crípticas palabras de Raven tuvieran perfecto sentido para ellos.

Atticus vaciló un momento y luego se apresuró tras ellos, con la mente a toda velocidad. Había creído que entendía a aquellos hombres, su misión, sus tácticas, y se había entrenado duro para convertirse en uno de ellos, pero ahora, mientras se adentraban en la espesura, se dio cuenta de lo poco que sabía en realidad. Había

más en juego de lo que había imaginado, y lo que fuera que Raven tuviera en mente era mucho más grande que una simple incursión en un complejo de suministros.

---

# Capítulo Veintiséis

## Germania Oriental

Canis reptó lentamente hacia los límites del campamento. La pira era inconfundible, una imponente masa de leña en el centro del claro, y su visión le revolvió las tripas.

El impulso de abalanzarse sobre ellos era abrumador, pero Canis sabía que no debía hacerlo. Estaba desarmado, salvo por el cuchillo que aún llevaba al cinto, y se vería superado en número sin remedio si hacía un movimiento imprudente. Había perdido su espada en el río, arrastrada por la violenta corriente que casi le había costado la vida, y su mejor oportunidad estaría en la oscuridad. Se adentró más en el bosque y puso cierta distancia entre él y el campamento. Tenía que pensar. No podía enfrentarse él solo y desarmado a toda una banda de vándalos, pero había algo que sí podía hacer: improvisar.

Una vez oculto, buscó algo, cualquier cosa que pudiera servirle de arma.

Sus ojos se posaron en un par de robustos arbolillos cercanos, cada uno del grosor de su muñeca. Eran rectos, sólidos y lo bastante largos como para darle el alcance que necesitaba. Sin perder tiempo, desenvainó el cuchillo y se puso manos a la obra, serrando los arbolillos con pasadas rápidas y precisas. Le ardían los brazos por el esfuerzo, pero siguió adelante, impulsado por la certeza de que las vidas de sus camaradas dependían de él.

Una vez cortada la primera rama, se puso a trabajar en la segunda. Eran armas toscas, rudimentarias, nada que ver con el fino acero romano que estaba acostumbrado a blandir, pero tendrían que bastar. Empezó a afilar los extremos, tallándolos hasta convertirlos en puntas letales. El trabajo fue rápido y brutal; las afiladas astillas de madera saltaban mientras afilaba las puntas y, para cuando hubo terminado, las ramas se habían convertido en dos rudimentarias lanzas, cada una tan larga como su cuerpo.

Sopesó el peso en las manos, sintiendo el equilibrio. Servirían.

Con las lanzas improvisadas listas, Canis se agazapó y regresó a la maleza que rodeaba el campamento. La noche había caído por completo y el campamento solo estaba iluminado por el resplandor de las pequeñas hogueras. Las sombras danzaban en los bordes del claro, y pudo ver a Brennus atado a la pira.

Se aferró con más fuerza a las lanzas mientras avanzaba de nuevo a hurtadillas y regresaba hacia el linde del campamento. Pudo ver a Seneca atado al árbol no muy lejos de la pira, con las muñecas aún atadas a la espalda. Su rostro estaba crispado por la frustración, y Canis pudo ver los desesperados intentos de su amigo por liberarse; la futilidad del esfuerzo era evidente por las manchas de sangre en los lugares donde las cuerdas se le clavaban en la piel.

Centímetro a centímetro, Canis acortó la distancia que lo separaba de Seneca. Los vándalos reían ahora, con risas sombrías y crueles, mientras uno de ellos, el hombre que sostenía la antorcha encendida, se dirigía lentamente hacia la pira, agitando la llama ante el aterrorizado rostro de Brennus. Los demás observaban, con los ojos brillantes de expectación.

Canis acercó el cuchillo a las cuerdas que ataban las muñecas de Seneca y serró las gruesas fibras con pasadas rápidas y silenciosas. La tensión de las cuerdas cedió de golpe y las manos de Seneca cayeron, libres.

Seneca se quedó inmóvil un momento, con los ojos muy abiertos por la sorpresa al mirar detrás de él, solo para encontrar a Canis agazapado, que ya le entregaba una de las rudimentarias lanzas. Canis le sostuvo la mirada, con el rostro serio y decidido, y en ese instante, la confusión de Seneca dio paso a la comprensión. Tenían una única oportunidad. Cogió la lanza, con las manos aún entumecidas por las horas que había pasado atado, pero empuñó el arma con fuerza, con los nudillos blancos, mientras volvía su atención a la escena que se desarrollaba ante ellos.

El portador de la antorcha se acercaba cada vez más a la pira, y cada paso estaba diseñado para prolongar el miedo de Brennus. Los otros vándalos se burlaban y gritaban palabras de aliento, con la atención completamente absorta en el espectáculo.

Canis se movió rápidamente hacia Elara, cuyo rostro estaba surcado de suciedad y lágrimas. Abrazaba con fuerza a su bebé contra el pecho, meciéndolo suavemente aun cuando el terror la atenazaba. Canis se arrodilló a su lado y le cortó las cuerdas que le ataban los pies con un único y rápido movimiento.

—Cuando empiece la lucha —susurró—, coge al niño y corre. No mires atrás. Busca a tu gente y aléjate todo lo que puedas.

Elara lo miró fijamente, con los labios temblorosos, pero asintió.

Canis le posó una mano brevemente en el hombro antes de retroceder junto a Séneca y, juntos, volvieron la mirada hacia los vándalos. La antorcha estaba ya a centímetros de la pira y la llama arrojaba un resplandor infernal sobre el rostro de Brennus. Los ojos de todos los vándalos estaban fijos en la escena; sus crueles risas resonaban en la noche, ajenos a las dos sombras que se movían en silencio a través de la oscuridad.

Canis y Séneca, con el corazón latiéndoles al unísono, intercambiaron una última mirada y, con un movimiento rápido, Canis desenvainó el cuchillo y lo lanzó por los aires para que se clavara en la nuca del vándalo más cercano con un golpe sordo y repugnante. El cuerpo del hombre se sacudió con violencia y sus manos se aferraron al cuchillo mientras la sangre le brotaba por la garganta y se desplomaba en el suelo, incapaz de proferir un grito.

Antes de que el cuerpo tocara la tierra, ambos hombres se abalanzaron, abriéndose paso en la oscuridad como lobos entre ovejas.

El siguiente vándalo apenas tuvo tiempo de volverse antes de que la lanza de Séneca se estrellara contra su pecho con una fuerza brutal. El arma improvisada astilló el hueso y el hombre cayó con un grito ahogado, con las piernas doblándosele bajo el cuerpo mientras se desplomaba en el suelo, paralizado.

Canis corrió hacia adelante y clavó su lanza en el pecho del tercer hombre. El impacto envió al vándalo hacia atrás, y su cuerpo se retorció al chocar contra el suelo, boqueando y ahogándose mientras la sangre le anegaba los pulmones.

El caos fue rápido y salvaje y, en cuestión de segundos, tres hombres yacían muertos o moribundos, con la sangre empapando la tierra. Los otros vándalos, todavía concentrados en la pira, aún no se habían percatado de lo que estaba sucediendo. Pero el momento de sorpresa se desvanecía a toda prisa.

El portador de la antorcha, con el brazo preparado para prender la pira, se giró justo a tiempo para ver caer a sus camaradas. Sus ojos se abrieron de par en par por la sorpresa, pero antes de que pudiera reaccionar, Canis se le echó encima, con el cuerpo convertido en un borrón al lanzarse contra el vándalo. La antorcha salió volando de la mano del hombre y aterrizó en la tierra sin causar daño alguno. Los dos hombres forcejearon, pero Canis fue más rápido; su puño se estrelló contra la mandíbula del hombre con un crujido repugnante y la cabeza del vándalo se sacudió hacia atrás, dejándolo aturdido.

Séneca ya se dirigía hacia el siguiente guardia, apuntando con su lanza a la garganta del hombre. El vándalo intentó alzar su espada a tiempo, pero era demasiado tarde; la afilada punta de la lanza le atravesó el cuello y se desplomó en un montón gorgoteante, con la sangre derramándosele por el pecho.

Los vándalos restantes, al darse cuenta por fin de lo que ocurría, se apresuraron a desenvainar sus armas. Gritos de alarma resonaron por todo el campamento, pero el daño ya estaba hecho. Los guardias, antes confiados, quedaron conmocionados, enfrentados a dos hombres que se habían movido como fantasmas entre sus filas.

Canis se levantó del suelo, con la mirada enloquecida y la respiración entrecortada, y extrajo el cuchillo de la garganta del primer guardia. Se dio la vuelta y cortó con rapidez las ataduras de Brennus. El bátavo avanzó a trompicones hacia uno de los guerreros caídos y sus manos temblorosas se cerraron en torno a la empuñadura de una espada. Séneca se unió a él y recogió un hacha antes de que se volvieran para enfrentarse codo con codo a los guerreros restantes.

A lo lejos, Elara ya se había levantado y había huido en la noche, desapareciendo en el bosque con el niño, tal y como le

habían ordenado.

Los vándalos restantes, cuya sorpresa dio paso a la furia, comenzaron a acercarse, con las espadas brillando a la luz del fuego. Canis se movió primero, parando el mandoble salvaje de una hoja enemiga y luego hundiendo su propia espada en las entrañas del hombre con un feroz gruñido. El vándalo se desplomó y Canis se giró para hacer frente al siguiente, con su espada silbando por el aire al desviar un fuerte golpe dirigido a la espalda de Séneca.

Séneca blandió su hacha en un arco violento; el filo agudo se hundió en el cuello de un segundo enemigo y la sangre salpicó la tierra mientras el hombre caía, agarrándose la herida. A su lado, Brennus luchaba por mantener el ritmo, con movimientos más lentos, cada paso marcado por el dolor de su cautiverio. Tenía las extremidades pesadas y la visión borrosa, pero se obligó a luchar y clavó su espada en el pecho de un vándalo que se acercaba, tambaleándose cuando el peso del hombre cayó contra él.

La escaramuza fue rápida y brutal, y el choque del acero llenó el aire. Canis y Séneca luchaban como lobos acorralados, con golpes precisos y mortales, abriéndose paso a través del caos con una eficacia consumada. Por un momento, pareció que podrían mantener sus posiciones, incluso con Brennus flaqueando a su lado, pero mientras el resto de los vándalos formaba un círculo a su alrededor, Wulfstan cargó desde la linde del bosque, con el rostro contraído por la rabia y la brutalidad. Brennus alzó su espada con desesperación, bloqueando a duras penas el golpe aplastante de Wulfstan. La fuerza del impacto lo hizo retroceder y sus piernas se doblaron bajo su peso mientras se estrellaba contra el suelo y la espada se le resbalaba de las manos. Su respiración se volvió entrecortada mientras miraba al líder vándalo que se cernía sobre él; el fin, sin duda, estaba cerca.

Wulfstan alzó de nuevo su espada, pero a su espalda, Elara irrumpió desde los árboles, con el rostro desfigurado por la desesperación. Sin pensarlo, se arrojó sobre Wulfstan, rodeándole el ancho cuello con los brazos, y el vándalo se tambaleó, cogido por sorpresa ante el repentino ataque.

Fue una distracción de apenas un instante, pero bastó para que Brennus, aún en el suelo, rebuscara en la tierra hasta encontrar la empuñadura de su espada y, con una oleada de fuerza bruta y primigenia, hundiera la hoja hacia arriba, desgarrando carne y músculo hasta las entrañas del vándalo.

Los ojos de Wulfstan se abrieron de par en par, llenos de sorpresa y dolor. Abrió la boca, pero no emitió sonido alguno mientras su cuerpo se sacudía con violencia. Retrocedió tambaleándose y soltó la espada al tiempo que se llevaba instintivamente las manos a la herida. La sangre le caía por las piernas en gruesos riachuelos y se desplomó en el suelo con un estertor ahogado, mientras la vida se le escapaba de la mirada.

Brennus rodó a un lado, jadeando en busca de aire, con los músculos temblándole por el agotamiento, mientras Elara se derrumbaba a su lado, con el pecho subiéndole y bajándole agitadamente.

Wulfstan yacía muerto, su sangre empapaba la tierra, y los vándalos restantes, al ver a su comandante abatido, vacilaron, con la confianza hecha añicos. Se miraron unos a otros, el miedo se deslizó en sus miradas antes de dar media vuelta y huir en la oscuridad.

Cuando el último de los vándalos desapareció, un silencio denso e incómodo se apoderó del claro. Los únicos sonidos eran el crepitar de las hogueras agonizantes y la respiración entrecortada de los supervivientes. Por un momento, ninguno se movió, como si sus mentes aún no hubieran asimilado la brutal realidad de lo que acababa de acontecer.

Elara fue la primera en moverse, con los ojos abiertos de par en par y sin parpadear. Su mirada voló hacia los árboles donde había escondido al niño y, con un grito ahogado, echó a correr, desvaneciéndose en la oscuridad tan rápido como había aparecido.

Séneca permanecía inmóvil, todavía empuñando el hacha, con el pecho agitado. Sus ojos recorrieron el campo de batalla, observando los cuerpos esparcidos por el suelo, la tierra empapada de sangre a sus pies. Brennus, pálido y tembloroso, se agarraba el costado, donde aún le dolían las magulladuras de su cautiverio, y ambos hombres intercambiaron una mirada incrédula.

—Estamos vivos —graznó Brennus, con la voz ronca por la conmoción.

Séneca asintió, pero el peso de la lucha aún pendía sobre ellos como una tormenta. Estaban vivos, sí, pero a duras penas.

A pocos pasos, Canis dejó escapar un gemido bajo y gutural y, al escurrírsele la espada de los dedos, se desplomó en el suelo con un golpe seco y desagradable.

—¡Canis! —gritó Brennus, corriendo hacia él. Séneca estuvo a su lado en un instante, y ambos se arrodillaron junto a su camarada caído. Le agarraron de los hombros, levantándolo con cuidado, pero al darle la vuelta, vieron algo que les heló la sangre: una profunda herida de espada abierta en el estómago de Canis, la sangre acumulándose alrededor de los bordes irregulares del desgarro. Cómo había seguido luchando, cómo se había mantenido en pie tanto tiempo, escapaba a su comprensión. Pero ahora, la fuerza que lo había sostenido había abandonado su cuerpo, dejando solo la fría irrevocabilidad de la herida.

—Es mortal —dijo Séneca mientras la respiración de Canis le llegaba en jadeos superficiales y dificultosos. Su piel ya palidecía, una fina capa de sudor le cubría la frente, pero aún tenía los ojos abiertos, todavía consciente. Lo sabía.

Se movieron con rapidez, levantándolo con toda la delicadeza que pudieron y apoyándolo contra una roca cercana, tratando de ponerlo lo más cómodo posible. Canis hizo una mueca de dolor, pero sus labios se separaron en una sonrisa débil y cansada.

—Todavía no —graznó—. Aún... no me he ido.

—Aguanta —dijo Séneca—, solo aguanta.

Séneca corrió hacia sus hatillos desechados, rebuscando en el cuero gastado hasta que encontró la pequeña petaca de leche de adormidera. Le temblaban los dedos al descorcharla y se arrodilló de nuevo junto a Canis. Brennus le puso una mano en el hombro para sujetarlo mientras Séneca le llevaba con cuidado la petaca a los labios.

—Bebe esto —dijo Séneca en voz baja—. Te ayudará con el dolor.

Canis asintió débilmente y bebió. El líquido amargo se deslizó por su garganta. Su respiración se estabilizó ligeramente, pero sus ojos estaban apagados, conscientes de lo que se avecinaba. La leche de adormidera no lo salvaría, pero aliviaría su tránsito.

Séneca dejó la petaca a un lado y se sentó junto a él. Brennus permanecía a unos pasos, observando el rostro de su amigo, con el dolor grabado en sus facciones. Solo lo conocía desde hacía unos pocos días, pero ya lo consideraba un hermano.

Canis apoyó la cabeza en la roca; respiraba con dificultad y cada exhalación era una lucha. Sus ojos parpadearon débilmente, pero, con un gran esfuerzo, alzó una mano temblorosa hacia Séneca.

—Séneca —carraspeó, con la voz apenas audible—. Necesito decirte algo. Algo importante.

Séneca se inclinó hacia él con el ceño fruncido.

—Adelante —dijo.

—A solas —jadeó Canis.

Séneca vaciló y miró a Brennus. Con un silencioso asentimiento, Brennus se apartó y desapareció entre los árboles para ver cómo estaba Elara. Séneca se volvió de nuevo hacia Canis, el hombre que, a pesar del poco tiempo que habían servido juntos, se había ganado su lugar en la hermandad de los Occultum.

—Estamos solos —dijo Séneca en voz baja—. ¿Qué quieres decirme?

La respiración de Canis se hizo más irregular y su voz se debilitaba con cada palabra.

—Escúchame con atención —susurró—. No soy... lo que parezco. Me enviaron hombres poderosos para que me uniera a vuestra unidad..., para infiltrarme en las filas y sabotear la campaña en Britania.

A Séneca le dio un vuelco el corazón.

—¿Qué? —exclamó—. ¿Por qué? ¿Quién haría algo así?

—No conozco todos los tejemanejes políticos —respondió Canis—, pero las órdenes venían de alguien importante en el Senado. Hay quienes quieren que la campaña fracase... para sus propios fines. Me pagaron... una fortuna..., más de lo que jamás

podría soñar. Mi misión era unirme a los Occultum..., para acercarme.

Séneca apenas podía asimilar la magnitud de lo que estaba oyendo.

—¿Cuál era tu objetivo? ¿Qué se suponía que debías hacer?

—Nunca... recibí mis órdenes finales —resolló Canis—. Eso... llegaría cuando alcanzáramos Britania.

—¿Te amenazaron? —exigió Séneca, con la voz anegada en incredulidad—. ¿A tu familia?

Canis negó débilmente con la cabeza.

—No. Fue... elección mía. Por oro, por poder. Pero... —vaciló, con la voz quebrada—. No esperaba crear un vínculo con vosotros..., con los hombres. Hay algo... en vuestra hermandad. Llegué a sentirme orgulloso de luchar a vuestro lado.

Séneca lo miró fijamente, debatiéndose entre la ira y la compasión.

—¿Por qué me cuentas esto ahora? —le preguntó—. Te habría enterrado como a un verdadero hermano.

—Porque... —la voz de Canis era apenas un susurro, sus fuerzas se desvanecían rápidamente—. Hay algo más. No estoy... solo.

Séneca se quedó helado.

—¿Qué quieres decir?

—Hay... otro entre vosotros —carraspeó Canis, con los ojos muy abiertos por la urgencia—. Otro traidor...

La sangre se le heló a Séneca en las venas.

—¿Quién? —exigió—. Dime su nombre.

Pero el cuerpo de Canis sufrió una violenta convulsión y un chorro de sangre brotó de su boca. Abrió los ojos desmesuradamente, aterrorizado, mientras su cuerpo se estremecía al intentar hablar. Sus labios se movieron, pero no emitieron sonido alguno, y su cuerpo se desplomó hacia un lado. Su vida se escapó antes de que pudiera decir más.

—¡Canis! —rugió Séneca, sacudiéndolo desesperado—. ¡Dime! ¿Quién es? ¿Cuál es su nombre?

Pero ya era demasiado tarde. El cuerpo de Canis quedó inerte; su secreto, perdido para siempre.

---

# Capítulo Veintisiete

## Britania

Marcus y Cassius se acercaban al punto de encuentro en las tierras de los icenos. Habían estado avanzando a marchas forzadas desde que dejaron el territorio de los cantiacos, evitando las sendas más transitadas y viajando solo de noche para no ser vistos. La mayor parte del viaje se habían orientado por las estrellas y por mapas toscos y desgastados, grabados en cuero suave; mapas legados por hombres cuyos nombres jamás conocerían. Pero ahora, el paisaje se había vuelto familiar. Reconocían las aldeas por las que pasaban, y eran la memoria y el instinto los que los guiaban hacia las rocas que se cernían ante ellos, apenas visibles entre la niebla.

Cuando llegaron a la base del afloramiento rocoso, Marcus sintió un sutil cambio en el aire, una tensión que le hizo detenerse. Su mano se detuvo cerca de la empuñadura de su espada por un instante antes de relajarse. Se llevó las manos a la boca y sopló suavemente, imitando el ulular de un búho.

Silencio. Estaba a punto de repetir la señal cuando una voz familiar rasgó la niebla, con un tono juguetón y grave.

—Uhú, uhú —se burló la voz y, momentos después, Falco emergió de entre las rocas con una expresión de fingido asco en el rostro—. Vaya, mirad quiénes están aquí —dijo—. Parecéis y oléis como un par de cadáveres desenterrados y destrozados por los lobos. Podríais haberos esforzado un poco.

—Falco —dijo Marcus, negando con la cabeza—. Vas a tener que aprender a hacer esas llamadas como es debido.

—Una tontería, si quieres que te diga la verdad —replicó Falco, con un brillo en los ojos a través de la niebla. Miró alternativamente a Marcus y a Cassius con fingida sorpresa—. He de admitir que me sorprende que sigáis vivos. Sobre todo sin mí para cuidaros.

—Nos las hemos arreglado bastante bien —dijo Marcus con un suspiro—. ¿Y vosotros? ¿Habéis vuelto todos?—Vivos y coleando —respondió Falco. Se giró e hizo un gesto hacia una roca grande y de forma extraña que se alzaba en la niebla—. Id a la izquierda, pasad a Diana y seguid adelante. Encontraréis a los demás al final del sendero.

—¿Diana? —preguntó Cassius, enarcando una ceja.

—Le puse el nombre de una de las muchas mujeres que me amaron —dijo Falco—. Para ser justos, ella probablemente era un poco más grande, pero no tan guapa.

Cassius negó con la cabeza, desconcertado. Antes de que ninguno de los dos pudiera responder, Falco volvió a hablar.

—Ahora, marchaos —dijo—. Vuestro olor me ofende —y, sin esperar respuesta, se deslizó de nuevo en la niebla, desapareciendo tan rápido como había aparecido.

—Ese hombre nunca deja de confundirme —murmuró Cassius, observando la bruma por donde Falco había desaparecido.

Marcus suspiró, con un atisbo de sonrisa aún dibujado en el rostro.

—Es un tipo extraño, eso es seguro. Pero espera a verle luchar. Vamos, ya casi hemos llegado.

Con renovado propósito, los dos hombres continuaron su camino, dejando atrás la imponente roca que Falco había bautizado con tanto cariño como Diana, con el sendero velado por la cambiante niebla. Al poco, otra figura se materializó de entre la bruma, esta vez empuñando una espada corta. Los ojos de la figura se movieron entre los dos hombres desaliñados, tenso por un momento, hasta que el reconocimiento suavizó sus rasgos.

—Marcus —dijo Sica, bajando la espada—. Cassius. Casi no os reconozco.

—Falco ya nos ha informado de que nuestro aspecto no está a la altura de lo esperado —replicó Marcus con una leve sonrisa.

Sica sonrió de medio lado.

—Seguro que sí. Venid, los demás están esperando.

Siguieron a Sica hacia el interior del afloramiento rocoso. El campamento era pequeño, pero estaba bien organizado y escondido

en las grietas naturales del terreno. El refugio del fondo era una impresionante muestra de su ingenio. Plantones y helechos formaban una estructura robusta entre las rocas, con el techo cubierto por una gruesa capa de maleza; habían reutilizado partes de una de las tiendas que habían traído de la Galia para hacer el techo más resistente a los elementos.

El suelo se había mullido con helechos y una pequeña hoguera crepitaba suavemente contra la pared de tierra al fondo del refugio, irradiando su calor por todo el espacio. No era mucho, pero era seguro.

El olor de la comida impregnaba el aire y a Marcus le rugieron las tripas en respuesta. Agradecidos, él y Cassius se quitaron los morrales y se acomodaron sobre las pieles que Raven había robado de la granja semanas atrás. Cada uno sacó un cuenco de madera de su **sarcina** y se sirvió una generosa porción del suculento estofado; los dolores de tantos días de duro viaje se desvanecían con cada bocado.

Pocos instantes después, se les unió Sica, sirviéndose también un cuenco de estofado antes de sentarse en otra de las pieles.

El calor de las llamas pareció calmar sus cuerpos, aliviando la tensión del largo viaje y, por un tiempo, dejaron que la paz del campamento los envolviera, con la mente libre de los peligros que aún acechaban más allá.

Finalmente, Marcus rompió el silencio.

—Bueno —comenzó, dirigiendo una mirada a Raven—, hemos vuelto todos. Dime, ¿qué tal os ha ido?

—Llevamos aquí unos días —dijo Raven—. Pero mientras estábamos en el sur, quedó claro que Togodumnus está preparando algo importante. Hemos visto carromatos de suministros, fuertemente escoltados, que transportaban armas y provisiones a, por lo menos, una aldea fortificada en lo profundo del territorio de los Trinovantes.

Sica asintió.

—Hemos confirmado que es un complejo de almacenamiento clave. Falco y yo mismo seguimos hasta allí dos carromatos de

suministros. Si atacamos antes de que estén del todo listos, podríamos desbaratar cualquier cosa que estén planeando.

—¿Por qué iban a acumular tantas armas? —preguntó Cassius, frunciendo el ceño—. Un hombre solo puede empuñar un número limitado de ellas.

—Podría haber muchas razones —reflexionó Marcus—. Podrían estar preparándose para defender posiciones, por si necesitan replegarse, o podrían estar abasteciendo a otros que aún no están listos para la batalla. Sea cual sea el propósito, una cosa es segura: esas armas son un problema potencial para nuestros hermanos al otro lado del mar.

—Estoy de acuerdo —dijo Raven—. Y puede que este no sea el único depósito. Pero están demasiado bien defendidos para que los seis podamos acabar con ellos solos. Necesitaremos refuerzos.

—Los necesitaremos —dijo Marcus, pensativo—. Pero antes, hay otra cosa de la que debemos ocuparnos. Cunda, el jefe de los cantiacos, ha accedido a mantener a su tribu al margen del conflicto. Sin embargo, hay una condición. Debemos matar a uno de sus guerreros, un hombre llamado Cadorix. Es un estrecho aliado de Togodumnus y ambiciona hacerse con el control de los cantiacos cuando Cunda muera. Si lo eliminamos, el hijo de Cunda ocupará su lugar y es mucho más probable que colabore con Roma en lugar de enfrentarse a nosotros.

—Eso parece bastante sencillo —replicó Raven—. ¿Por qué no lo hicisteis cuando estabais allí?

—Porque Cadorix cabalga con Togodumnus —dijo Marcus con gravedad—, así que, si queremos acercarnos a él, tendremos que adentrarnos en el mismísimo nido de la serpiente.

---

# Capítulo Veintiocho

## Germania Oriental

Séneca permanecía de pie bajo la fría y grisácea luz del alba, con la mirada fija en el suelo empapado de sangre donde yacían esparcidos los cuerpos de los vándalos. Sus ojos, aunque clavados en la masacre, tenían la mirada perdida, sumido en profundos pensamientos. Las palabras de Canis aún resonaban en su mente: «un traidor en el Occultum». Uno de los suyos. Pero no podía compartirlo con Brennus. Todavía no. No cuando todo era tan incierto.

Brennus estaba cerca, en silencio, con el rostro aún pálido y amoratado por la lucha. Elara estaba sentada a lomos de uno de los caballos, abrazando a su bebé contra el pecho; tenía los ojos enrojecidos por las lágrimas que había derramado durante la noche, pero había fuerza en su mirada, la determinación de sobrevivir y proteger a su hijo a toda costa. Tras un largo instante, Séneca respiró hondo y se volvió hacia Brennus.

—Ayúdame con los cuerpos —dijo, mientras se dirigía ya hacia el vándalo caído más cercano.

Brennus parpadeó, con los ojos ligeramente agrandados por la sorpresa.

—¿Los cuerpos? ¿Qué quieres decir?

—Los quemaremos —replicó Séneca—. En la pira que nos tenían preparada.

Brennus frunció el ceño y echó un vistazo a la imponente pila de leña que los vándalos habían levantado.

—¿Quemarlos? Son nuestros enemigos, Séneca. ¡Deja que se pudran!

—Eran guerreros —dijo Séneca, agachándose para levantar a uno de los muertos—. Murieron con las armas en la mano. En la muerte, eso los hace iguales a nosotros.

Brennus dudó, pero luego dio un paso al frente. Juntos, arrastraron a los vándalos caídos hacia la pira, con las túnicas empapadas de sangre y del frío rocío de la mañana.

No fue hasta que Séneca llegó al cuerpo de Canis cuando Brennus se detuvo en seco. Sus ojos se abrieron de par en par, conmocionados, al ver a Séneca levantar el cuerpo de su camarada caído, esforzándose bajo su peso.

—Séneca —empezó Brennus—, ¿qué estás haciendo?

Séneca cargó el cuerpo de Canis sobre la pira y lo depositó en lo más alto del montón. Su rostro era duro, esculpido en piedra, con las emociones ocultas bajo una máscara de fría determinación.

—Séneca —dijo Brennus—. Era uno de los nuestros. ¿Vas a quemarlo con los vándalos?

—Era un guerrero como los demás —dijo Séneca—. No importa para quién luchara, en la muerte no hay diferencia. Su cuerpo merece el mismo destino que el de ellos. Brennus lo miró fijamente, atónito.

—Pero era nuestro hermano.

—Hermano o no —le interrumpió Séneca—, no era quien creíamos que era.

Brennus tragó saliva, con el ceño fruncido por la confusión. Quería preguntar más, entender lo que Séneca no estaba diciendo, pero había algo en el rostro de su amigo, algo oscuro e indescifrable, que lo detuvo. Tras una larga pausa, asintió, con expresión de conflicto, pero no dijo nada más.

Séneca se quedó solo ante la pira, recorriendo los cuerpos con la mirada. Canis yacía en la cima, con el rostro pálido y apacible en la muerte, pero a Séneca el corazón se le retorció de rabia y traición. Canis había luchado a su lado, había compartido sus victorias y sus dificultades, pero, al final, había sido algo completamente distinto: un traidor. Un peón en un juego mayor e invisible.

Con una profunda inspiración, Séneca se agachó y cogió una antorcha del fuego más pequeño, sintiendo sobre él todo el peso de las últimas horas.

Detrás de él, Brennus, Elara y el bebé ya estaban montados, listos para partir. Los caballos resoplaban suavemente en el aire frío, con el vaho de su aliento elevándose como una neblina, y todos observaban en silencio cómo Séneca se acercaba a la pira con la antorcha en la mano.

Hizo una pausa, con la mandíbula apretada. Sus ojos se clavaron en el cuerpo de Canis.

Durante un instante, el silencio fue absoluto: el peso de su dolor y su ira lo oprimía por todos lados. La traición era demasiado cruda, demasiado reciente. Contempló el cuerpo del hombre que había luchado a su lado, que se había ganado su confianza, solo para hacerla añicos al final. Con voz queda, casi un susurro, Séneca maldijo; sus palabras eran afiladas y venenosas.

—Que te pudras en el inframundo, Canis —masculló—. Fuiste un traidor a Roma y a quienes llamabas hermanos.

Y dicho esto, hundió la antorcha en la base de la pira.

Las llamas prendieron con rapidez, lamiendo la madera seca y consumiendo los cuerpos con un crepitar feroz. El fuego ardió con más fuerza y envió espesas columnas de humo hacia el cielo matutino, un último acto de purificación por la sangre que se había derramado. Los rostros de los muertos desaparecieron tras las llamas crecientes y sus figuras quedaron reducidas a sombra y ceniza.

Séneca permaneció allí un momento más, con los puños apretados, observando cómo el fuego se alzaba más y más. Luego, sin mediar palabra, se dio la vuelta y regresó junto a su caballo.

---

Dos días después, el río se ensanchó y perdió profundidad; su vasta extensión se abría paso por el paisaje como una cinta oscura y reluciente. Séneca guio al grupo hasta la orilla del río, con la mirada escrutando las aguas oscuras. El vado parecía lo bastante somero, pero la corriente era fuerte. Habría que esperar a la mañana para cruzar, y el agotamiento le pesaba en los miembros. Brennus cabalgó hasta su lado, con el cuerpo entumecido por la larga cabalgata.

—Acamparemos aquí esta noche —dijo Séneca mientras desmontaba—. Está demasiado oscuro para cruzar con seguridad.

Brennus asintió y desmontó también.

—Iré a por leña para el fuego.

Mientras se disponían a preparar el campamento, Elara permanecía de pie a la orilla del río, con la mirada perdida, como si buscara algo. Al cabo de un momento, habló con voz suave pero cargada de reconocimiento.

—Este lugar... Lo conozco —dijo, volviéndose hacia los demás —. Vine aquí de niña, lo usa mi gente. Viven a diez días de camino hacia el este, al otro lado del río.

Séneca interrumpió lo que estaba haciendo y alzó la vista, sorprendido.

—¿Su gente? ¿Está segura?

Elara asintió, y su expresión se suavizó por primera vez desde la noche en que habían escapado.

—Sí, mi gente. Tenemos muchas aldeas allí y nos darán la bienvenida. Allí estaremos todos a salvo.

Brennus miró a Séneca.

—Sería más seguro que continuar hacia el sur sin un destino claro. Y podrían ayudarnos con provisiones, o al menos darnos un lugar donde descansar.

Séneca se quedó inmóvil un momento, con la vista fija al otro lado del río, en la oscuridad. La idea de encontrar refugio era tentadora, al menos hasta que recuperaran las fuerzas. Miró a Elara, vio la esperanza en sus ojos y supo que su presencia facilitaría su llegada. La habían ayudado, la habían salvado a ella y a su hijo de los vándalos, y ahora ella les ofrecía la oportunidad de descansar y reagruparse.

—Es una buena oferta —dijo Séneca finalmente—. Pero tendremos que ver qué nos depara la mañana. Por ahora, descansemos. Cruzar el vado en la oscuridad es demasiado arriesgado.

Elara sonrió con dulzura, asintiendo.

—Por supuesto. Seremos bienvenidos cuando lleguemos. Mi hermano se encargará de ello.

Tras esto, el grupo se asentó en sus rutinas vespertinas. Brennus regresó con leña y pronto una pequeña hoguera crepitó en la orilla del río, proyectando largas sombras sobre el agua. Los caballos pastaban cerca, cansados pero tranquilos, mientras Elara acunaba en silencio a su bebé para dormirlo bajo las pieles.

Séneca se sentó junto al fuego, con la mirada perdida en las llamas y los pensamientos muy lejos. Las palabras de Canis aún lo atormentaban. La idea de otro traidor, alguien ya infiltrado en sus filas en Britania, le carcomía como una herida purulenta. Se había guardado este conocimiento, sabiendo que Brennus ya tenía bastante con lo que cargar sin el peso de esta nueva traición, pero la verdad se cernía sobre él como una nube oscura, imposible de ignorar.

Mañana cruzarían el río y buscarían refugio con la gente de Elara, pero esta noche, el fuego era cálido y, por primera vez en días, había un atisbo de esperanza.

Seneca le echó un vistazo a Elara, cuyo rostro ahora estaba tranquilo mientras descansaba junto a su hijo. La gente de ella podría ofrecerles seguridad durante un tiempo, pero él sabía que habría que encargarse del traidor, quienquiera que fuese, y para cuando Seneca se quedó dormido, ya había tomado una decisión y sabía exactamente lo que tenía que hacer.

---

El sol de la mañana se alzó lentamente mientras Brennus, Elara y el niño se despertaban. El aire era fresco, con el tenue aroma de la tierra húmeda y el rocío matutino aferrado a la hierba que los rodeaba, y mientras recogían sus escasas pertenencias, un extraño silencio se cernía sobre el campamento, como si la propia tierra contuviera el aliento. Elara envolvió a su bebé con fuerza en una piel y montó a caballo, con la mirada perdida en el río. Brennus estaba atando las últimas piezas del equipo a su montura cuando vio a Seneca de pie a cierta distancia, con la vista clavada en el vado y un rictus en el rostro que le inspiró una inmediata preocupación.

—Seneca —lo llamó Brennus, acercándose—. ¿Está todo listo?

Seneca no respondió al principio. Tenía los ojos fijos en el río. Algo había cambiado en él durante la noche, aunque Brennus no

sabía decir el qué. Finalmente, se volvió, con una expresión indescifrable.

—No voy a ir con vosotros.

Brennus parpadeó, con el ceño fruncido por la confusión.

—¿De qué hablas? Estamos listos para cruzar. El pueblo de Elara está a solo unas leguas más allá del vado. Podemos descansar allí, reagruparnos y planear nuestro próximo movimiento.

Pero Seneca negó con la cabeza, con la mirada distante.

—Vosotros vais a cruzar. Llevarás a Elara y a su hijo a un lugar seguro. Pero yo no voy con vosotros.

Brennus se lo quedó mirando, esforzándose por comprender.

—¿Por qué? ¿De qué estás hablando? Hemos llegado hasta aquí juntos...

—Tengo que llegar a Britania —lo interrumpió Seneca—. No puedo permitirme perder más tiempo. Todavía hay un trabajo que hacer.

—Seneca, esto no está bien —dijo Brennus—. Somos hermanos. Me salvaste la vida, no puedo dejar que te marches solo.

Los ojos de Seneca se suavizaron por un breve instante, el peso de su historia compartida se reflejó claramente en su mirada.

—Te salvé la vida, sí. Y ahora te pido que salves la suya —dijo, señalando con la cabeza a Elara—. Ella necesita llegar con su gente y el niño necesita seguridad, un lugar donde pueda crecer sin que la sombra de la guerra se cierna sobre él. Tú puedes darles eso, Brennus.

A Brennus le costaba articular palabra, con el corazón debatiéndose ante la decisión. Miró a Elara, al bebé acurrucado en sus brazos y de nuevo a Seneca.

—Pero tú... Te diriges solo hacia el peligro. ¿Qué te espera en Britania que sea tan urgente? Los demás están allí y sabes tan bien como yo que son más que capaces de operar sin ninguno de nosotros. Así es como nos entrenaste, ¿recuerdas? Un equipo que trabaja bien unido, pero que es más que capaz de continuar si su hermano cae.

Seneca sentía sobre él el peso de la confesión final de Canis, el secreto que no había compartido.

—Hay cosas que no sabes —dijo—. Cosas que no puedo explicar ahora mismo. Pero confía en mí, esto es algo que debo hacer.

Brennus apretó los puños, luchando contra la creciente frustración.

—Entonces, déjame cabalgar contigo.

—No —dijo Seneca con firmeza—. Esto es algo que tengo que hacer solo. Protégela, Brennus. Protege a tu hijo y quizá algún día —su voz se suavizó ligeramente—, algún día, nos volveremos a encontrar.

El rostro de Brennus se endureció y sus ojos escrutaron los de Seneca, como si intentara encontrar la forma de hacerlo cambiar de opinión. Pero conocía demasiado bien a Seneca, no había forma de revocar esa decisión. Con un profundo suspiro, retrocedió, sus hombros se hundieron bajo el peso del momento.

—Te lo juro —dijo Brennus, con la voz ronca por la emoción —, los llevaré a un lugar seguro, Seneca, y algún día, te encontraré de nuevo. Pagaré la deuda.

—No hay ninguna deuda, Brennus —dijo Séneca—. Solo cuida de ellos.

Tras una última mirada, Brennus se giró y montó a caballo, dirigiéndose hacia donde esperaba Elara. Ella observaba a Séneca, con los labios apretados en una fina línea, como si también ella comprendiera que algo había cambiado. Brennus la ayudó a calmar su caballo y luego se volvió hacia Séneca por última vez.

—Buena suerte, hermano —dijo en voz baja.

—A ti también —replicó Séneca.

Brennus hizo girar su caballo y, con Elara y su hijo a su lado, cabalgó hacia el vado. Séneca se quedó donde estaba, observándolos mientras cruzaban las aguas poco profundas y desaparecían tras la elevación de la ribera.

Cuando se hubieron marchado, se dio la vuelta, con el corazón apesadumbrado pero resuelto. Caminó hasta su caballo, montó y echó una última mirada al vado. Entonces, sin dudarlo, clavó los talones en los costados del caballo y lo espoleó hacia adelante, en dirección oeste, alejándose del río.

Al principio cabalgó despacio, pues el peso de los últimos días aún tiraba de él. Pero a medida que el paisaje se abría ante él, la urgencia regresó. Las lejanas colinas se extendían como un camino despejado, y la llamada de su misión, la necesidad de descubrir al traidor entre ellos, tiraba de él como una fuerza implacable. Clavó los talones con más fuerza y el caballo se lanzó al galope, con el retumbar de los cascos resonando por las llanuras vacías.

El camino a Britania era largo y no tenía más tiempo que perder.

---

# Capítulo Veintinueve

## Britania

Los seis hombres estaban sentados a la tenue luz de la madrugada, con el rostro contraído por la preocupación mientras sopesaban la gravedad de su situación. La hoguera se había consumido hacía tiempo hasta quedar reducida a ascuas incandescentes, pero nadie tenía ánimos para reavivarla. Marcus estaba sentado a la cabeza, con su aguda mirada pasando de uno a otro: Raven, Atticus, Cassius, Falco y Sica.

—No podemos atacar el depósito —comenzó Marcus—. No contamos con los hombres necesarios para hacerlo bien, y si fallamos, alertaremos a Togodumno de nuestra presencia aquí. Necesitamos más hombres.

Falco asintió, con los brazos cruzados mientras se recostaba en la roca.

—Que dos de nosotros siguiéramos los carros era una cosa, pero atacar una aldea fortificada... es un suicidio con solo nosotros seis.

Cassius se inclinó hacia delante.

—Pero ya hemos confirmado que es un depósito de suministros clave. Si lo destruimos, podríamos afectar de forma significativa a la capacidad de combate de Togodumno. ¿No es por eso que estamos aquí?

—Hay algo que podemos hacer —dijo Raven—. Es un riesgo, pero Séneca previó una situación como esta e ideó un plan. No sé si estará listo todavía, pero puede que Lépido lo sepa.

—¿Qué plan? —preguntó Falco.

Raven se inclinó hacia delante, apoyando los brazos en las rodillas.

—De vuelta en la Galia, a aquellos reclutas que ya formaban parte de los *exploratores* pero que no superaron el proceso de selección para el Occultum se les ofreció otra opción. Podían unirse a

una unidad de apoyo, una que recibiría entrenamiento adicional para respaldarnos si alguna vez necesitábamos ayuda para sacarnos de situaciones peligrosas. Puede que esta sea exactamente la clase de situación que Séneca tenía en mente para ellos.

Marcus asintió pensativo.

—Podría funcionar. Pero ¿cómo sabremos si están listos, o siquiera si son aptos?

—Los seleccioné yo mismo —dijo Raven—. Son hombres que han visto combate, pero que no superaron por poco nuestras pruebas finales. Son hábiles, capaces, solo que no lo suficiente para el Occultum. Para cuando dejamos la Galia, mostraban un gran potencial. Lo único que no sé es si Lépido los trajo con las fuerzas de invasión. Si lo hizo, serían ideales para apoyarnos en el ataque; bien entrenados y comprometidos.

Falco frunció el ceño.

—¿Tenemos una tropa de apoyo y nos lo ha ocultado todo este tiempo?

Raven asintió levemente.

—Por orden de Séneca. No estaba seguro de que fuera la decisión correcta, pero quería que estuvieran preparados de todos modos. No lo mencioné porque no estábamos seguros de que estuvieran listos, pero ahora... —hizo una pausa, mirando a Marcus —, podríamos necesitarlos.

Marcus miró al grupo.

—Solo hay una forma de averiguar si están disponibles: alguien tiene que volver y preguntarle a Lépido.

—¿De vuelta al otro lado del mar? —dijo Falco con incredulidad—. No cuente conmigo.

Sica también negó con la cabeza.

—Necesito quedarme aquí. Si vamos a explorar el campamento de Togodumno, necesitaremos toda la ventaja posible.

—Yo iré —dijo Atticus, interrumpiendo la conversación.

El grupo se volvió para mirarlo, sorprendido por su ofrecimiento. Atticus había demostrado ser un miembro valioso del Occultum, pero no era una tarea menor. El viaje de regreso a

Gesoriacum era largo y estaba plagado de peligros, y el peso de semejante responsabilidad no debía tomarse a la ligera.

Marcus miró a Atticus por un momento y luego se volvió hacia Cassius.

—Esto tiene que hacerse, pero Atticus no debería ir solo. Necesito a Raven y a Sica conmigo para rastrear el campamento de Togodumnus, y no podemos permitirnos perder la habilidad de Falco con la espada. Solo queda usted, Cassius. ¿Irá con él a ver si esos hombres de los que habla Raven están listos?

Cassius asintió sin dudarlo.

—Si eso es lo que necesita, lo haré. Estamos todos juntos en esto, ¿verdad?

—Cierto —dijo Marcus con firmeza—. Asunto zanjado.

Falco se reclinó, observando a Marcus.

—Mandar un mensaje al otro lado del mar y volver aquí con un contingente de hombres sin ser detectados es una empresa considerable.

—Lo es —dijo Marcus—, pero estoy seguro de que Atticus y Cassius están más que a la altura de la tarea.

—Partiremos tan pronto como podamos —dijo Cassius.

—Mientras tanto —continuó Raven—, los demás nos quedaremos aquí unos días, descansaremos y luego nos dirigiremos a las tierras de los Trinovantes. Tenemos que encontrar el campamento de Togodumnus y reunir toda la información que podamos. En cuanto tengamos a los hombres, atacaremos ambos objetivos: el arsenal y el asesinato.

Un denso silencio se apoderó del grupo. Los riesgos eran elevados, pero para esto se habían entrenado: misiones de alto riesgo en territorio peligroso, y cada hombre sabía lo que estaba en juego.

Raven se puso lentamente en pie.

—Atticus, Cassius, les conseguiremos caballos de los icenos para su viaje a la costa. Una vez allí, encuentren un barco a Gesoriacum y busquen a Lepidus. Díganle lo que necesitamos y, cuando regresen, reúnanse con nosotros en el sur.

—¿Cómo los encontraremos? —preguntó Cassius.

—Hay un río que bordea las tierras de los Trinovantes y los icenos. Al sur de Venta Icenorum, hay un viejo puente de piedra que conecta los dos territorios. Cada luna llena, uno de nosotros esperará allí noticias de su regreso, pero si no estamos en el plazo de un día, diríjanse a la mina. Atticus sabe el camino. Viajen solo de noche y manténganse alejados de los caminos y senderos principales. Es crucial que permanezcan ocultos, incluso con los refuerzos.

—Entendido —dijo Cassius.

Marcus asintió con aprobación.

—Entonces, descansen. Necesitarán sus fuerzas en los próximos días.

---

Unos días después, comenzaron a desmantelar el campamento. Se eliminó hasta el último vestigio de que habían estado allí: se desmontaron los refugios, se guardaron las pieles y el hoyo de la hoguera se enterró bajo una capa de tierra. Trabajaban en silencio, con movimientos practicados y eficientes. Cada hombre sabía lo que había que hacer. Sica y Falco empaquetaron las provisiones restantes, mientras que Raven se aseguró de que los últimos rastros de su presencia fueran borrados.

Atticus y Cassius cargaron sus caballos recién comprados, preparándose para el largo viaje hacia el este, a la costa. La urgencia era evidente: había que informar a Lepidus y se necesitaban refuerzos para tener éxito.

Mientras se desmantelaban las últimas piezas del campamento, Marcus se acercó a los dos hombres.

—Manténganse alerta en el camino —dijo en voz baja—. Tengan la cabeza gacha y no se dejen ver hasta que estén en ese barco.

Cassius agarró el brazo de Marcus en un firme apretón de manos.

—Lo haremos.

—Estoy seguro de que lo harán —replicó Marcus—. Ambos se han ganado su lugar entre nosotros, y confío en ustedes plenamente.

Con eso, Atticus y Cassius montaron a caballo, intercambiando una última mirada con sus camaradas antes de girar hacia el sureste y desaparecer en la niebla.

---

Mientras el sol se ponía en el horizonte, Raven, Falco, Sica y Marcus partieron hacia el sur. Habían considerado comprar caballos, pero decidieron no hacerlo, sabiendo que dejarían demasiado rastro y serían muy difíciles de ocultar.

Todos caminaban en silencio, con la mente abrumada por el conocimiento de lo que les aguardaba. No era una misión cualquiera. Había más en juego que nunca y todos sabían que existía una posibilidad muy real de no regresar.

Marcus alzó la vista hacia los hombres que caminaban delante de él. Sica se mantenía tan impasible y concentrado como siempre, con su afilada mirada escrutando el camino, siempre en guardia. Falco andaba con una determinación sombría, con la mano siempre cerca de la empuñadura de su espada, preparado para lo que pudiera acontecer. Raven permanecía en silencio, sin duda repasando mentalmente todos los escenarios posibles a los que podrían enfrentarse al llegar al campamento enemigo.

—No somos idiotas —dijo Marcus de repente—. Ninguno de nosotros lo es. Nos han entrenado para esto. Y si caemos, caeremos al servicio de Roma.

—Me niego a morir por Roma —replicó Falco—. Así que, si caigo, sabed que será al servicio de todas las mujeres que me echarán de menos.

A lo lejos, el débil aullido de los lobos resonó por las colinas, un sonido sobrecogedor que parecía reflejar la incertidumbre del camino que tenían por delante. Pero a pesar del peligro, a pesar de tener todas las de perder, los hombres sentían arder en su interior el fuego de su propósito. Mañana se adentrarían en las tierras de los Trinovantes, hacia Togodumnus, y, fuera o no una misión sin retorno, afrontarían lo que les deparara el destino con la determinación de hombres forjados en el crisol de la guerra. Al fin y al cabo, eran los Occultum, y no había nadie mejor.

---

# Capítulo Treinta

## Gesoriacum

Habían transcurrido varias semanas desde que Séneca tomó la decisión de separarse de los demás, y la larga marcha hacia el oeste lo había agotado. Había proseguido sin descanso, cabalgando por tierras hostiles, evitando caminos y aldeas y cruzando bosques y ríos que parecían extenderse ante él hasta el infinito. Ahora, al entrar en el bullicioso puerto de Gesoriacum, el cansancio del viaje le pesaba enormemente sobre los hombros.

El puerto bullía de actividad, lleno del ruido de los últimos preparativos para la inminente invasión. Hombres de todos los rincones del Imperio romano se apresuraban por las calles: legionarios con su *lorica segmentata*, unidades auxiliares, esclavos que acarreaban suministros y artesanos que daban los últimos retoques a las armas y al equipo de asedio. El aire estaba impregnado del olor del mar, que se mezclaba con el hedor acre de la madera quemada y el sabor metálico del acero afilado. En alta mar, docenas de birremes y naves de transporte flotaban sobre las olas, a la espera de su letal cargamento: miles de soldados listos para zarpar rumbo a Britania.

Séneca guio a su fatigado caballo por las caóticas calles, escudriñando a la multitud con la mirada. El peso de la traición de Canis aún lo carcomía, y la certeza de que un traidor permanecía entre sus filas era como una espada pendiendo sobre su cabeza. Tenía que encontrar al senador Lépido, advertirle y poner las cosas en marcha.

Se acercó a un grupo de soldados que holgazaneaban cerca de un puesto de herrería improvisado y desmontó, frotándose las piernas doloridas para aliviar la tensión. Los hombres lo observaron con curiosidad, reparando en su aspecto desgastado por el viaje.

—¿Dónde puedo encontrar al senador Lépido? —preguntó Séneca, con la voz ronca por los días de poco sueño.

Uno de los legionarios señaló una gran colina que dominaba el mar. En su cima se erigía un edificio de piedra, con sus muros pintados de blanco reluciendo al sol.

—Podría probar suerte ahí arriba —dijo—. Parece que todos los ricos y poderosos se dirigen hacia allí. Vino, mujeres, comida, de todo; he visto subir carros enteros cargados. Pero le advierto que la seguridad es estricta. Necesitará algo más que su nombre para cruzar las puertas.

Séneca asintió en agradecimiento y volvió a montar. La villa se cernía ante él, en marcado contraste con el caos del puerto que se extendía a sus pies. Sus muros, encalados con yeso blanco, destacaban contra el verdor de las colinas, y las columnas que flanqueaban la entrada le conferían un aire de grandiosidad imperiosa, una influencia obvia de los comerciantes romanos que habían utilizado el puerto durante años. Espoleó a su caballo, entornando los ojos al divisar a los legionarios que patrullaban el perímetro.

—Diga su nombre y el motivo de su visita —exigió uno, con la mano apoyada en el pomo de su gladio.

—Gayo Octavio Séneca —respondió—. He venido a hablar con el senador Lépido sobre un asunto urgente relativo a la invasión.

Los guardias intercambiaron una mirada. La mención del senador tenía un peso evidente, pero eso no significaba que fueran a permitir el paso a Séneca sin escrutinio.

—Espere aquí —dijo el guardia antes de volverse y hacer un gesto a un subordinado. El joven guardia corrió sendero arriba para llevar el recado a la villa. Séneca desmontó y le dio unas palmaditas en el cuello a su caballo mientras esperaba. Sentía sobre sí los ojos de los guardias, observándolo con atención.

Pasaron unos minutos antes de que el joven guardia regresara, seguido de un oficial ataviado con el uniforme de gala de la élite militar romana. El oficial examinó a Séneca con aire evaluador.

—Puede entrar —dijo secamente—. Pero será escoltado.

Séneca asintió. No esperaba menos.

El oficial hizo una seña a un par de guardias, que flanquearon a Séneca mientras subían por el sinuoso sendero hacia la villa. La grandiosidad del edificio se hacía más imponente a cada paso; los jardines estaban meticulosamente cuidados y el perfume de las flores se mezclaba con la brisa marina. Estatuas de dioses y héroes romanos flanqueaban el camino, impostores recién llegados de Roma cuyos rostros de piedra lo observaban al pasar.

Al llegar al edificio, los guardias lo condujeron a través de una modesta entrada hasta un vestíbulo. La estancia había sido decorada recientemente con frescos que representaban escenas de victorias y conquistas romanas, y un gran mosaico de Marte, dios de la guerra, dominaba el centro del suelo. Los sirvientes se movían en silencio por los pasillos, con la cabeza gacha, mientras los guardias permanecían en diversos puntos, siempre vigilantes.

—Espere aquí —dijo uno—. El senador lo recibirá en breve.

Seneca se sentó en una silla, inclinado hacia adelante, con los codos apoyados en las rodillas, mientras el agotamiento del viaje amenazaba con sumirlo en el sueño. Pero su mente era un hervidero. Evidentemente, la invasión estaba a punto de comenzar, y la visión de los barcos en la distancia lo había hecho innegable. Pronto, Roma se lanzaría con toda su fuerza contra Britania, y el resultado de la invasión podría depender de si eran capaces de descubrir al traidor en sus filas antes de que fuera demasiado tarde.

Los minutos se alargaban y cada uno parecía una eternidad. No tenía ni idea de qué recibimiento le dispensaría Lepidus, pero no podía permitirse perder el tiempo en formalidades. El senador tenía que saber lo que estaba en juego.

Finalmente, la puerta se abrió y entró el senador Lepidus. Su toga, ricamente bordada, barría el suelo a su paso, y los guardias que habían estado apostados al otro lado de la puerta se pusieron firmes.

—Seneca —jadeó Lepidus—, ¿qué hace usted aquí?

Los dos viejos amigos se sujetaron las muñecas en señal de reconocimiento, pero Lepidus pudo ver la tensión y el agotamiento en los ojos del más joven.

—¿Qué ocurre? —añadió—. ¿Qué ha pasado?

—Traigo noticias que no pueden esperar —dijo Seneca—. Tenemos un problema, uno muy grave.

—Continúe.

—Hay un traidor —dijo Seneca— en las propias filas del Occultum. Uno que ya ha cruzado a Britania y trabaja contra nosotros desde dentro.

Por primera vez, un atisbo de preocupación cruzó el rostro de Lepidus. Miró a su alrededor antes de coger a Seneca del brazo, llevarlo a otra habitación y cerrar la puerta tras ellos.

—Siéntese —dijo, señalando una mesa—. Explíquemelo todo. No omita nada.

—Lo descubrí hace semanas en Germania —dijo Seneca, sentándose—. Uno de los miembros más nuevos del grupo fue herido de muerte e hizo una confesión en su lecho de muerte.

—Para empezar, ¿por qué estaba en Germania? —lo interrumpió Lepidus—. Le ordené que fuera a Britania con sus hombres.

—Lo sé —respondió Seneca—, pero tenía algo que hacer. Se lo explicaré todo más tarde, pero por ahora, solo debe saber que uno de los hombres que se unió a nosotros recientemente resultó ser un traidor, infiltrado por alguien del Senado.

—¿Por qué iba a hacer alguien una cosa así?

—No lo sé, pero lo admitió con su último aliento.

—¿Quién lo envió?

Seneca suspiró y negó con la cabeza.

—No lo dijo. Todo lo que sé es que sus órdenes venían de muy arriba, de alguien con influencia, alguien con el poder de manipularnos desde dentro.

El rostro de Lepidus se ensombreció y descargó un puñetazo sobre la mesa.

—Justo por esto me oponía a la rápida formación de estos nuevos grupos del Occultum. Da demasiadas oportunidades a los espías para que se infiltren en nuestras filas.

—Comprendo su frustración, senador —dijo Seneca—, pero esta infiltración va mucho más allá de quién superó o no el proceso

de selección. Penetra hasta el corazón del Senado, hasta la gente con la que usted trata a diario.

Lepidus se dio la vuelta y se paseó por la habitación, con la toga ondeando tras él y los puños apretados a los costados.

—Sabía que esto pasaría —murmuró, casi para sí mismo—. Demasiadas divisiones, demasiadas piezas en movimiento. Nunca deberíamos haber permitido que estas unidades adicionales se formasen tan rápido.

Seneca lo observó con atención, interpretando la frustración del senador, pero sabía que debía seguir insistiendo.

—Este no es momento de debatir los méritos de la estructura del Occultum, senador. Ahora mismo tenemos un problema mucho mayor. El segundo traidor ya está en Britania y tenemos que encontrarlo antes de que sea demasiado tarde.

Lepidus dejó de pasear y señaló con la cabeza la puerta cerrada.

—Algunos de los hombres que dirigirán esas legiones se encuentran justo tras esas puertas —dijo—, rematando sus estrategias. El propio Plautius está ahí y es plenamente consciente de que tenemos hombres en Britania preparando el terreno. ¿Cómo se supone que voy a decirle que cualquier información que obtengamos podría estar completamente comprometida? Es probable que acabemos con un pugio en la garganta antes de que salga el sol.

—Entonces no se lo diga.

—¿Cómo podría no hacerlo? —preguntó Lepidus—. Depende de mi informe para comprometer a sus legiones.

—Solo deme algo de tiempo para solucionarlo —dijo Séneca —. Envíeme a Britania para reunirme con los demás y yo lo arreglaré.

A Lepidus se le dilataron las fosas nasales mientras sopesaba las palabras de Séneca.

—No disponemos del lujo del tiempo, Séneca. Faltan pocos días para la invasión.

—No le estoy pidiendo que retrase la invasión —lo interrumpió Séneca—. Conozco a mis hombres y sé cómo actúan.

Unos pocos días es todo lo que necesito. Intente conseguirme ese tiempo y yo mismo le entregaré la cabeza del traidor.

—No sé si puedo hacer eso —dijo Lepidus—. Están casi listos para partir.

—Tiene que encontrar la manera —dijo Séneca—. Por lo que sabemos, el traidor podría estar informando a Togodumnus mientras hablamos; contándole nuestras tácticas, la fuerza de nuestras legiones, los lugares de desembarco predilectos, todo. Si puede darme algo de tiempo, sé que puedo encontrarlo y, cuando lo haga, haré que me diga exactamente lo que sabe y lo que les ha contado a ellos.

Lepidus sopesó las opciones que tenía ante sí. Durante un largo instante, en la estancia solo se oyó el leve crepitar de la lámpara de aceite y los sonidos lejanos de los legionarios fuera de la villa, que hacían sus preparativos finales para la invasión.

—Muy bien —dijo finalmente—, vaya y encuentre a su traidor, pero no se equivoque, Séneca, el éxito de esta invasión depende de ello. Si fracasa, no solo su vida estará en juego.

Séneca asintió con gravedad. No esperaba menos.

—Partirá al alba —continuó Lepidus—. Dispondré que un barco lo lleve al otro lado.

—Necesitaré un caballo de refresco —dijo Séneca—. Marcus le habrá dejado un mensaje a Prasutagus sobre su paradero.

—No es necesario que hable con Prasutagus —dijo Lepidus—, diríjase tan rápido como pueda al puente que hay al sur de Venta Icenorum.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Séneca.

—Dos de sus hombres regresaron de Britania hace solo unos días y solicitaron una tropa de los *exploratores* de apoyo que formamos en la Galia. Al parecer, hay un enorme alijo de armas que pretenden destruir, y necesitaban más hombres para hacerlo.

A Séneca se le heló la sangre.

—¿Se los envió?

—No tenía ninguna razón para no hacerlo —dijo Lepidus—. Hasta hace unos minutos, pensaba que todo iba bien.

—¿Cuántos?

—Veinte —dijo Lepidus—. Una unidad completa.

—¿Cuándo zarparon? —A Séneca el corazón le latía con fuerza, mientras su mente repasaba velozmente las implicaciones.

—Ayer —replicó Lepidus—. Pero si conseguimos que cruce, debería poder llegar al puente antes que ellos. Han quedado en encontrarse allí con Marcus o, si no, en una mina de estaño abandonada más al sur.

—¿Sabe dónde está?

—No, así que asegúrese de llegar a ese puente a tiempo. Un hombre puede viajar mucho más rápido que veinte. Soluciónelo, Séneca, si no se hubiera marchado a Germania, nada de esto habría pasado.

Séneca abrió la boca para protestar, pero las palabras se le ahogaron en la garganta. No servía de nada discutir. Lepidus ya se había girado y había salido bruscamente de la estancia, dejándolo solo, de pie, en la penumbra.

---

# Capítulo Treinta y Uno

## Britania

Raven avanzaba en silencio, guiando al grupo a través de la enmarañada maleza que bordeaba el bosque. Alzó la vista un instante para comprobar la posición de las estrellas. Marcus lo seguía de cerca, con su paso tan silencioso y mesurado como de costumbre, mientras Falco y Sica cerraban la marcha, sobrellevando ambos el pesado fardo de su sarcina con sombría determinación.

Las noches se habían vuelto más frías y la humedad se les calaba hasta los huesos mientras seguían adelante, siempre al amparo de la oscuridad. Cada paso era un riesgo calculado. Para mantenerse ocultos, tenían que evitar los caminos y senderos principales, lo que los obligaba a atravesar terrenos más abruptos, maleza espinosa, colinas escarpadas y desfiladeros estrechos donde una emboscada podía surgir en cualquier momento.

Durante el día, se guarecían en espesos matorrales o tras formaciones rocosas naturales, esperando a que el sol se ocultara. Cuando se encontraban en campo abierto, no les quedaba más remedio que aguardar el anochecer, tumbados boca abajo e inmóviles durante horas, con la respiración contenida y los ojos escrutando constantemente cualquier señal de movimiento. La comida escaseaba y las raciones menguaron más rápido de lo previsto. Solo comían cuando era absolutamente necesario, mascando la carne seca que habían preparado en las tierras de los icenos. Cuando el hambre apretaba con más fuerza, Raven se arriesgaba a colarse en alguna aldea cercana, confundiéndose con los lugareños para comprar comida. Solo él podía pasar desapercibido, pues sus rasgos más oscuros y su fluidez en el dialecto local lo hacían menos llamativo.

Pero no siempre era suficiente. En las noches más duras, robaban en las granjas pequeñas cantidades de grano o verduras, con cuidado de dejar pocos rastros de su hurto.

A la décima noche, el bosque empezó a clarear y el terreno cambió. La familiar protección de los árboles y la maleza dio paso a un paisaje más abierto, de colinas onduladas salpicadas de ocasionales grupos de árboles, pero sin nada lo bastante frondoso como para ocultar su presencia. El resplandor lejano de las hogueras de las aldeas moteaba el horizonte, y Raven supo que ya se habían adentrado en territorio de los Trinovantes.

Acababan de coronar una colina cuando avistaron movimiento en un sendero más abajo. Raven se agachó de inmediato e hizo una seña a los demás para que lo imitaran. Los cuatro hombres se echaron a tierra, con los ojos fijos en la estrecha senda que serpenteaba por el valle. Se aproximaba un grupo de jinetes, sus caballos avanzaban a un ritmo constante y el leve tintineo de las armas refulgía a la luz de la luna.

El pulso de Raven se aceleró. Contó seis hombres, todos a caballo y a todas luces bien equipados. Verlos confirmaba lo que llevaban días sospechando: se encontraban en pleno corazón de territorio enemigo. No eran simples aldeanos ni granjeros; eran hombres de Togodumno que exploraban el terreno y vigilaban cualquier amenaza.

Marcus se acercó a Raven, su voz apenas un susurro.

—Estamos cerca.

Raven asintió sin apartar la mirada de los jinetes mientras desaparecían en la distancia.

—Si esos hombres hubieran mirado hacia arriba, nos habrían visto. Tenemos que ser más cuidadosos.

Continuaron la marcha, manteniéndose en las sombras, siempre atentos a las huellas y señales de paso reciente. El avance era duro; los bosques más ralos ofrecían menos cobertura y el terreno era irregular. A veces, oían voces lejanas o el débil ladrido de perros de los asentamientos cercanos y, cada vez, se detenían, con los nervios a flor de piel, esperando a que los sonidos se desvanecieran.

A medida que las horas se alargaban, el cansancio empezó a hacer mella. Les dolían los hombros por el peso de las mochilas y el frío del aire parecía calárseles hasta lo más profundo de los huesos.

Pero ninguno se quejó. Estaban entrenados para aquello y todos se habían enfrentado a cosas peores.

Cuando el alba rompió a la mañana siguiente, encontraron refugio en un barranco. Exhaustos y ateridos, comieron con moderación trozos del pan robado y unas pocas tiras de carne seca, turnándose para vigilar mientras los demás aprovechaban para dormir lo que podían.

---

El barranco era un lugar solitario, oculto de miradas indiscretas por el estruendo de la cascada que se precipitaba frente a ellos. Una espesa vegetación crecía en los bordes de la hendidura y la constante bruma que se elevaba de la catarata mantenía las rocas resbaladizas y frías. Era el lugar perfecto para desaparecer, al menos por un tiempo.

Raven regresó de una aldea cercana justo después del anochecer, adentrándose sigilosamente en el campamento donde Marcus, Falco y Sica esperaban. Dejó en el suelo un tosco saco de provisiones —pan, carne seca y un pellejo de vino agrio— antes de quitarse la capucha.

—Hablan —dijo—, pero solo fragmentos. Nadie quiere admitir dónde están los hombres de Togodumnus, pero he oído lo suficiente para saber que estamos cerca.

—¿Qué has averiguado? —preguntó Marcus.

—Unos cuantos aldeanos mencionaron un aumento de las patrullas en la zona, sobre todo cerca de las antiguas rutas comerciales. Están enviando suministros a una aldea al sur de aquí. Por cómo hablan, podría ser el campamento principal.

—¿Mencionaron cuántos hombres tiene Togodumnus con él? —preguntó Falco.

Raven negó con la cabeza.

—Son cuidadosos con sus palabras, pero por lo que he podido deducir, tiene cientos de guerreros, si no más.

Marcus deslizó la piedra de afilar por el filo de su espada una última vez, y el raspar del acero contra la piedra llenó el reducido espacio.

—Tenemos que confirmar que este es su campamento principal antes de actuar —dijo—. Esperaremos unos días más, vigilaremos las patrullas y, cuando estemos seguros, daremos el paso.

---

Los días siguientes estuvieron llenos de una preparación meticulosa. Raven se aventuraba en las aldeas bajo la apariencia de un mercader errante; hablaba poco, pero lo escuchaba todo. Mientras tanto, Falco y Sica se turnaban para vigilar los caminos, contando a los guerreros, mercaderes y viajeros ocasionales que pasaban bajo su atenta mirada. Por la noche, el grupo compartía lo que había averiguado, acercándose cada vez más a su objetivo y, poco a poco, la imagen se fue aclarando. Togodumnus estaba reuniendo sus fuerzas en un vasto campamento enclavado en el corazón del valle, lejos de las miradas indiscretas de los espías romanos.

Finalmente, tras más de una semana de cuidadosa exploración y descanso, estaban listos. Habían recuperado las fuerzas, reabastecido sus provisiones y los detalles de su plan estaban grabados en sus mentes. Con un propósito renovado, partieron hacia la última etapa de su viaje, desplazándose al amparo de la noche como tantas otras veces habían hecho.

Cuando alcanzaron la cresta que dominaba el valle, el alba no estaba lejos. Las estrellas aún parpadeaban débilmente sobre sus cabezas, pero el horizonte había empezado a clarear, arrojando un tenue resplandor sobre el paisaje. Se agacharon al coronar la colina, contemplando la estampa que se extendía a sus pies.

En el valle, el campamento en expansión de Togodumnus apareció a la vista. Cientos de hogueras salpicaban el paisaje, y su brillo anaranjado parpadeaba contra las siluetas de tiendas, carros y refugios. El humo ascendía hacia el cielo en lánguidas espirales, e incluso desde aquella distancia, podían oír el leve murmullo de las voces y el tintineo de las armaduras.

El campamento era inmenso, más grande de lo que ninguno de ellos había previsto. Se extendía por todo el fondo del valle, cercado por densos bosques a un lado y colinas escarpadas al otro.

Los guerreros se movían entre las hogueras, en un número casi imposible de contar, mientras los centinelas patrullaban el perímetro, escudriñando el paisaje circundante con la mirada.

Marcus se arrodilló, con la mirada fija en la escena que se desplegaba abajo.

—Es aquí —dijo en voz baja—. Lo hemos encontrado.

Falco se agachó a su lado.

—Debe de haber miles.

—Como mínimo —replicó Raven—. Y eso es solo lo que podemos ver. Podría haber más guerreros ocultos en los bosques o en otros valles cercanos.

—No será fácil acercarse —dijo Falco—. Tienen centinelas apostados por todas las crestas. Si intentamos colarnos, nos atraparán antes siquiera de llegar a las afueras.

—Hay una forma —dijo Raven—, pero tenemos otro problema. Parece que se están preparando para levantar el campamento, y si lo hacen, no volveremos a estar tan cerca nunca más. Tenemos que decidir qué es más importante: llegar hasta Cadorix y matarlo ahora que podemos, o esperar a que vengan los demás y atacar el campamento de suministros. No podemos hacer las dos cosas, Marcus, tienes que tomar una decisión.

Los cuatro hombres permanecían en silencio, abrumados por el peso de su misión. A sus pies se extendía el campamento de Togodumnus, un mar de guerreros que se preparaban para la guerra. Se encontraban en una encrucijada y, tomaran el camino que tomaran, ya no habría marcha atrás.

---

# Capítulo Treinta y Dos

## Britania

Dos días después, Séneca desembarcó del chirriante barco mercante que lo había transportado a través del canal. El pequeño pueblo pesquero de los icenos bullía de actividad matutina: los pescadores acarreaban sus capturas, las mujeres regateaban por productos frescos y algún que otro mercader vendía sus mercancías. Séneca se movía entre ellos, con movimientos tranquilos, sin prisas. Su caballo cargaba con un fardo lleno de diversos objetos metálicos —copas, platos y cuencos—, todos ellos ricamente decorados, la típica mercancía de cualquiera que pretendiera hacer negocios con una de las muchas tribus de Britania. Si alguien lo detenía para comprobar la carga, el contenido reforzaría la ilusión de que no era más que otro comerciante bajo la protección de Prasutagus.

Condujo a su caballo hacia los límites del pueblo, sin suponer una amenaza y pasando desapercibido. Era en lo que el Occultum era bueno: en la invisibilidad.

Finalmente montó a caballo y cabalgó lentamente hacia el sur, dolorosamente consciente de que todavía estaba a la vista de mucha gente. Una colina boscosa se alzaba ante él y, en cuanto llegó a los árboles, arrojó el saco con las mercancías a los arbustos antes de espolear al caballo con cada ápice de la fuerza que se atrevió a usar. Ya no había tiempo para subterfugios ni para caminos cautelosos o desvíos sigilosos, y el paisaje pasaba volando, borroso: campos barridos por el viento, densas manchas de bosque y alguna que otra granja solitaria.

La lluvia empezó a caer con fuerza mientras cabalgaba hacia el sur, ligera al principio, luego más intensa, y tamborileaba contra su capucha y la crin del caballo. Volvió los caminos resbaladizos y traicioneros, pero Séneca no prestó atención a la incomodidad. Su mente estaba fija en una sola cosa: llegar al puente cerca de Venta Icenorum antes de que fuera demasiado tarde.

---

Al sur, los cuatro hombres del Occultum estaban agazapados en la cresta, con el campamento de Togodumno extendiéndose a sus pies. Llevaban horas observando, sus ojos siguiendo el movimiento de las patrullas y las idas y venidas de los guerreros, pero algo había cambiado. Lo habían visto en el aumento de las patrullas, en los carros de suministros reunidos a toda prisa y en la sensación de urgencia que recorría el campamento como una tormenta a punto de estallar.

Marcus hizo una señal a los demás y comenzaron su silenciosa retirada, fundiéndose de nuevo con las sombras de las colinas mientras se desvanecía la última luz del día.

Finalmente encontraron cobijo, lo bastante lejos de cualquier camino o sendero para poder hablar con libertad sin temor a ser escuchados.

—La situación es peor de lo que pensábamos —dijo Marcus—. Esos guerreros no se preparan para una simple escaramuza, se alistan para una marcha en toda regla. Si esperamos más, Togodumno estará en camino con la mitad de los Trinovantes tras él y perderemos a Cadorix. Creo que tenemos que dejar el alijo e ir a por Cadorix.

—Se suponía que teníamos que hacer ambas cosas —dijo Falco—. Mermar sus suministros y eliminar al líder de los cantiacos. Ese era el plan.

—Ya no tenemos elección, Falco —dijo Marcus—. Si los cantiacos y los Trinovantes unen sus fuerzas, dará igual que destruyamos todas las armas de ese alijo, nuestros compatriotas se enfrentarán a un ejército el doble de grande. Matar a Cadorix es la única forma de evitar que eso ocurra.

—En ese caso —dijo Falco—, necesitamos un plan nuevo. Con Togodumno preparándose para marchar, el campamento entero estará plagado de guerreros. Necesitamos una forma de entrar.

Antes de que nadie pudiera añadir nada más, Raven interrumpió la conversación.

—Yo ya tengo un plan.

Marcus intercambió una mirada con Falco.

—¿Qué quieres decir con que tienes un plan?

Raven se levantó de la roca y se volvió hacia sus camaradas.

—He estado pensando en ello desde que llegamos —dijo—. Mientras vosotros observabais el campamento, yo no solo contaba hombres, sino que estudiaba sus rutinas, sus costumbres. Sé cómo vamos a hacerlo.

—¿Cómo? —preguntó Falco.

—Entrando directamente por las puertas principales hasta el corazón del campamento.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire, recibidas con un silencio atónito.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Marcus—. No podemos entrar sin más en mitad del campamento de Togodumnus.

—Eso es exactamente lo que vamos a hacer —dijo Raven—. O, mejor dicho, lo que voy a hacer yo. No se lo esperarán, porque nadie es tan necio como para intentarlo. Pero yo me crie aquí, ¿recuerdas? Conozco sus costumbres lo bastante bien como para pasar desapercibido, y ningún guardia puede reconocer todas las caras del campamento. Además, tendré una razón perfecta para que me dejen pasar.

—¿Y qué razón es esa?

—Entraré como lo que soy... un cazador.

—Entonces, ¿piensas acercarte a la puerta sin más y decirles que eres un cazador?

Raven asintió levemente.

—Exacto. Ya lo he hecho antes. El truco está en entrar como si pertenecieras al lugar. Sin sigilo, sin vacilación. Necesitaré el cuerpo de algún animal, preferiblemente un ciervo, para entrar con él y decir a los centinelas que estoy aquí para vender. Los campamentos grandes como este siempre necesitan carne fresca y estarán demasiado ocupados para interrogar a cada mercader o cazador que pase. Si parezco simplemente otro hombre que intenta comerciar, me dejarán entrar.

Sica enarcó una ceja, moviéndose en cuclillas.

—¿Y crees que se lo tragarán?

Raven se encogió de hombros.

—Los cazadores van de un lado para otro. No es extraño. Puede que los Trinovantes se estén preparando para la guerra, pero siguen siendo hombres. Querrán comida y provisiones. No esperarán que nadie entre en su campamento con malas intenciones, sobre todo con la atención puesta en la gran batalla que se avecina.

Falco se inclinó ligeramente, con el escepticismo aún reflejado en el rostro.

—Supongamos que te dejan entrar. ¿Cómo encuentras a Cadorix? Es un campamento grande y tendrás que actuar rápido. No puedes ir preguntando por ahí.

—Alguien como Cadorix no se alojará en una tienda común —dijo—. Estará cerca del centro, probablemente con los hombres de más confianza de Togodumnus. Los jefes tendrán sus propios guardias, sus propias hogueras. Solo necesito acercarme lo suficiente para averiguar sus movimientos. Lo encontraré, y, cuando caiga la noche, actuaré.

—¿Y luego qué? —preguntó Sica—. Una vez que Cadorix esté muerto, te darán caza. ¿Cómo escaparás?

El rostro de Raven se endureció.

—Lo mataré rápido y me marcharé antes de que nadie se dé cuenta. Para cuando lo encuentren, yo ya me habré ido.

Falco se frotó la nuca, todavía sin estar convencido.

—Eso suponiendo que todo salga a la perfección —dijo—. ¿Y si algo sale mal?

—Si algo sale mal, me adaptaré —replicó Raven—. Ya lo he hecho antes, pero no tenemos tiempo para quedarnos aquí sentados discutiendo. Las fuerzas de Togodumnus están a punto de moverse. Si nos demoramos mucho más, Cadorix marchará con él, y, una vez que los cantiacos se unan a esta guerra, la posición de Roma en Britania podría desmoronarse.

Siguió un denso silencio mientras la realidad de la situación calaba en ellos. Sabían que el plan de Raven era peligroso, casi suicida, pero también era su única opción real. No podían permitirse perder el tiempo en el depósito de armas ni intentar algo más elaborado; la amenaza de que los cantiacos se unieran a los

Trinovantes lo eclipsaba todo. Finalmente, sabiendo que se les acababa el tiempo, Marcus tomó una decisión.

—Raven —empezó—, no dudo de que eres más que capaz de hacer esto, pero no vas a entrar solo. Sica irá contigo.

El rostro de Raven se ensombreció de inmediato.

—No —dijo rotundamente, negando con la cabeza—. Cuantos menos seamos dentro de ese campamento, menor será el riesgo. Dos de nosotros llamaremos más la atención, no menos.

—Piénsalo, Raven —replicó Marcus—, ese campamento es enorme y está rodeado por una empalizada. Hay cientos de guerreros y guardias por todas partes. No tendrás el lujo de ser invisible en un lugar como ese, así que necesitarás a alguien que te cubra las espaldas, alguien que sepa cuándo moverse, cuándo matar y cuándo desaparecer.

La frustración de Raven afloró y su voz se alzó ligeramente.

—Puedo encargarme de ello, Marcus. Atravesar las puertas como un cazador es bastante sencillo. Un solo hombre, sin complicaciones. Si me llevo a Sica, se duplica la probabilidad de que algo salga mal.

—Dos cazadores levantan menos sospechas que uno —lo interrumpió Falco.

—Puede que sí —dijo Raven—, pero es sirio. ¿Crees que no se darán cuenta?

Marcus asintió, con tono inflexible.

—Probablemente se darán cuenta de que tiene un aspecto diferente, pero no va a destacar como romano de la forma en que lo haríamos Falco o yo. Y si algo sale mal, lo necesitarás para abriros paso luchando. No puedo dejar que hagas esto solo, Raven. O va él contigo o no va nadie.

Raven lanzó una mirada a Sica. El sirio era un asesino frío y sereno, con unas habilidades perfeccionadas en los brutales callejones de Oriente y en el trabajo silencioso y sangriento del Occultum. El asesinato no era solo algo en lo que era bueno; era la razón de su existencia y, si había alguien que pudiera afrontar los riesgos de esta misión, era él.

—Que así sea —dijo—. Pero lo haremos a mi manera. Sin errores, sin riesgos innecesarios. Entramos, encontramos a Cadorix, lo matamos y salimos. Y eso es todo.

Sica asintió una vez, con un brillo de resolución letal en los ojos.

—Sin errores —dijo—. ¿Cuándo nos vamos?

—Tan pronto como podamos —dijo Raven—, pero primero tengo que matar un ciervo.

---

# Capítulo Treinta y Tres

## Britania

El campamento bullía de energía, denso por la tensión de los guerreros que se preparaban para la batalla. Hombres celtas, con los cuerpos pintados con espirales azules y verdes, se movían con la confianza de quienes han nacido para la guerra. Por doquier, el fragor de las armas llenaba el aire: se afilaban lanzas, se probaban espadas con mandobles diestros y resonaba el golpe sordo de las hachas contra la madera. El martilleo rítmico de los martillos contra los yunques repicaba mientras los herreros trabajaban sin descanso, dando forma al hierro para convertirlo en armas letales, y el olor a sudor, cuero y caballos se mezclaba con el sabor metálico de la forja.

Los caballos pateaban el suelo con agitación, percibiendo la atmósfera cargada. Algunos guerreros se entrenaban en pequeños grupos, haciendo chocar sus escudos de madera en simulacros de combate. Otros se sentaban junto a las hogueras musitando plegarias a los dioses antiguos, implorando fuerza y victoria en los días venideros. A pesar de la tensión, había un aire de orgullo salvaje, un anhelo entre los hombres. Estaban listos. El ejército de Togodumnus se había reunido allí con un único propósito, la guerra, y cada hombre del campamento sabía que pronto la sangre de sus enemigos mancharía sus espadas.

En el corazón de aquella letal sinfonía caminaba Togodumnus, alto y de hombros anchos, con los ojos brillantes por la feroz arrogancia de un líder que conocía su poder. Su presencia imponía respeto. Los guerreros se erguían a su paso y lo seguían con la mirada, con una mezcla de veneración y orgullo. Togodumnus los había unido, y su fuerza había forjado aquel ejército hasta convertirlo en un arma a punto de defender su patria contra el avance implacable de las legiones de Roma.

A su lado caminaba uno de los jefes de su clan, un hombre mayor, con el pelo largo recogido en una trenza de guerrero. Los dos

se movían con determinación por el campamento, intercambiando pocas palabras, con destino a la gran casa circular que él usaba como puesto de mando.

Cadorix ya estaba allí, de pie junto a la entrada, con el rostro contraído por una mezcla de expectación y sombría determinación. A su lado se erguía otro guerrero de los Cantiaci, más corpulento y rudo, y ambos alzaron la vista cuando Togodumnus y el jefe se acercaron.

Sin aminorar el paso, Togodumnus alzó una mano y les hizo señas para que lo siguieran mientras entraba en la casa circular. No habría saludos formales ni titubeos. Habían acudido para hablar de la guerra, y Togodumnus tenía poca paciencia para cualquier otra cosa.

Dentro, el fuego parpadeante proyectaba largas sombras sobre las paredes de madera, y el aire estaba cargado del olor a roble y turba quemados.

Togodumnus se dejó caer sobre una gruesa piel junto al fuego, con la mirada penetrante, siempre alerta. Cadorix y su compañero se sentaron frente a él, con expresiones cautelosas que nada revelaban.

Un esclavo se movía en silencio por la estancia, portando una bandeja de madera repleta de carne asada. El vino, espeso y agrio, pasó de mano en mano en un frasco sencillo, compartido entre ellos sin ceremonias. No había necesidad de formalidades allí; aquella era una reunión de hombres unidos por la perspectiva de la guerra.

La carne, aún caliente del fuego, fue desgarrada con manos rudas, y la grasa goteó por sus dedos mientras comían en silencio. Cada hombre masticaba despacio, dirigiendo de vez en cuando la mirada hacia los demás, sopesando, midiendo, calibrando la fuerza y la resolución del hombre sentado enfrente. El silencio entre ellos decía más que las palabras. Era la quietud de los guerreros que se evaluaban unos a otros, cada uno poniendo a prueba los límites de su confianza.

Finalmente, Togodumnus hizo un gesto brusco con la mano y despidió a los esclavos. Las bandejas de madera fueron retiradas

rápidamente y los huesos de la carne asada, arrojados al fuego, lo que provocó que una breve ráfaga de ascuas se elevara en el aire.

Cadorix se movió ligeramente y sacó una daga ornamentada, cuya empuñadura estaba decorada con intrincados grabados e incrustaciones de bronce. La hoja reflejó la luz del fuego mientras se la ofrecía a Togodumnus, en un gesto de lealtad y respeto.

Togodumnus cogió la daga con un gruñido y la giró brevemente en sus manos. Sus ojos recorrieron el arma, pero su interés fue mínimo. Con una mirada somera, la dejó a un lado, en el suelo junto a él; el regalo había sido aceptado, pero no se detuvo en él. Su atención estaba en el asunto que los ocupaba.

—Y bien, Cadorix —dijo al fin—. ¿Estás con nosotros o contra nosotros?

---

En la quietud de la noche, en las profundidades de un antiguo círculo de piedras a una legua más o menos del campamento de los Trinovantes, parpadeaban antorchas encendidas que proyectaban largas sombras sobre las imponentes piedras que se cernían sobre el claro, cada roca tallada con los símbolos de los dioses antiguos. En el centro del círculo, un grupo de druidas se movía con deliberada precisión. Sus cánticos ascendían y descendían en una cadencia rítmica, invocando a los dioses celtas de la guerra: Camulos, Taranis y Morrigan. Suplicaban a las deidades que favorecieran a los guerreros de Togodumnus en el conflicto venidero, que hicieran llover el terror sobre sus enemigos y los bendijeran con una fuerza indomable.

Los druidas vertían ofrendas de sangre y vino sobre las piedras sagradas, y sus cuchillos rituales relucían a la luz del fuego. Cadáveres de animales yacían en los altares que los rodeaban, sacrificios hechos para ganarse el favor de los dioses, y sus formas sin vida proyectaban grotescas siluetas a la luz de las antorchas. El aire mismo parecía zumbar con una energía de otro mundo; la barrera entre el mundo mortal y el reino de los dioses era más delgada aquí, en este antiguo lugar de poder.

Los druidas que oficiaban la ceremonia no eran hombres corrientes, pues habían venido de la sagrada isla de Mona, la sede

de la orden druídica. Su presencia significaba algo más que un mero apoyo espiritual: era una declaración de guerra contra los invasores romanos, una señal de que los dioses antiguos no habían abandonado a su pueblo. Sin embargo, a pesar del peso de su poder y de su influencia sobre las tribus, había otra presencia en el círculo de piedras que los eclipsaba a todos.

Mordred se encontraba al borde de la congregación, envuelto en la oscuridad que se extendía más allá de las antorchas, y sus fríos ojos observaban el desarrollo de la ceremonia. A diferencia de los druidas, que cantaban y se balanceaban con fervor, Mordred no participaba en los ritos. No necesitaba invocaciones ni súplicas a los dioses. El poder emanaba de él de una manera distinta, una fuerza fría y calculadora que no provenía de la fe, sino del conocimiento y la inteligencia. Su mirada recorrió el círculo, impasible, sin parpadear, como si ya supiera el resultado de lo que estaba por venir.

Era un hombre que imponía temor y respeto a partes iguales. Su influencia se extendía mucho más allá del círculo de piedras, más allá del campamento de Togodumnus, e incluso más allá de las tribus que se habían reunido bajo el estandarte de guerra. Se susurraba entre la gente de Britania que Mordred ostentaba el verdadero poder, no los reyes ni los caudillos, ni siquiera los druidas que celebraban sus sagrados rituales. Era Mordred quien decidía el curso de los acontecimientos, y era su mano la que modelaba el futuro de su mundo.

Sus guerreros, elegidos entre los más feroces de las tribus, permanecían a distancia, observando la ceremonia con un frío distanciamiento. Ellos, al igual que su líder, no participaban en los ritos. Ataviados con pieles oscuras y bronce, con los rostros pintados con las marcas de la muerte y la batalla, aquellos hombres no eran meros guerreros; eran algo más, algo distinto. Místicos y asesinos, versados en las antiguas costumbres, se movían con una gracia y quietud sobrecogedoras, y sus ojos delataban la profunda conexión que mantenían con las fuerzas que gobernaban tanto la vida como la muerte. Eran intocables, temidos incluso por su propia gente, y solo respondían ante Mordred.

La ceremonia concluyó y los cánticos se desvanecieron en la noche, pero la tensión permanecía. Los druidas se retiraron lentamente, con los rostros ensombrecidos por el peso de su invocación, pero ni siquiera ellos se atrevieron a acercarse a Mordred.

Cuando Mordred se dio la vuelta y se alejó del círculo de piedras, con la mente ya repasando las estrategias de la guerra inminente, quedó claro que, aunque los dioses habían sido invocados, era él quien empuñaría su poder. Los druidas habían clamado por la victoria, pero sería Mordred quien decidiría cuándo y cómo se conseguiría.

---

De vuelta en el campamento, el fuego crepitaba suavemente en el centro de la casa circular mientras Cadorix se inclinaba hacia delante, con el rostro iluminado por las llamas parpadeantes.

—Sabe usted que he comprometido a los cantiacos en esta lucha —dijo Cadorix, con la mirada fija en Togodumnus al otro lado del fuego—. Los romanos ya nos han quitado bastante, y el tiempo de espera ha terminado. Los aplastaremos bajo nuestros pies, conforme a la voluntad de los dioses antiguos. Los cantiacos están listos, y yo estoy listo para guiarlos.

Togodumnus lo observó con atención, sin decir nada. Sus ojos oscuros escrutaron a Cadorix, sopesándolo como caudillo, como guerrero y como aliado.

—¿Pero lo estás tú? —replicó finalmente—. Dices que los cantiacos están listos, pero yo veo un problema, un problema que tiene nombre... Cunda.

Cadorix se tensó al oír el nombre del anciano rey, pero permaneció en silencio, esperando a que Togodumnus continuara.

—Mientras Cunda siga respirando —prosiguió Togodumnus—, los cantiacos no te seguirán a la guerra. Puede que tengas ambición, Cadorix, pero Cunda es su rey, y mientras se aferre a la vida, no le darán la espalda para seguirte a ti.

—Cunda es viejo —replicó Cadorix—. Su tiempo casi ha terminado y los dioses lo reclamarán muy pronto. Cuando fallezca, los cantiacos no tendrán más opción que seguirme. Entonces

uniremos nuestras fuerzas con las suyas y pondremos a Roma de rodillas.

El labio de Togodumnus se curvó en una mueca de desdén.

—¿Y cuánto se supone que debemos esperar a que eso ocurra, Cadorix? Los romanos están reuniendo su flota mientras hablamos. No podemos esperar a que los dioses se tomen su tiempo, y si no estás liderando a tus guerreros en la batalla cuando marchemos, entonces los cantiacos no me serán de ninguna utilidad.

Cadorix se removió, incómodo, y su mirada se desvió hacia la ornamentada daga que le había regalado a Togodumnus antes, ahora olvidada en el suelo.

—Le he jurado lealtad, Togodumnus. Los cantiacos lucharán...

—Lucharán cuando estés al mando —lo interrumpió Togodumnus, y su voz cortó las palabras de Cadorix como una cuchilla—. Pero hasta que Cunda no muera, no son nada. Tú no eres nada. Los romanos no esperarán a que vuestro viejo rey muera plácidamente mientras duerme. Nosotros tampoco podemos.

Un tenso silencio inundó la casa circular, roto solo por el crepitar del fuego. Cadorix apretó los puños, la mente funcionándole a toda velocidad. Sabía a dónde conducía aquello y no le gustaba.

Togodumnus se inclinó hacia delante, y su voz se convirtió en un gruñido amenazador.

—Ya sabes lo que debe hacerse.

El rostro de Cadorix palideció ligeramente. Se había preparado para este momento, sabiendo que llegaría la hora en que sería necesario apresurar la muerte de Cunda. Pero asesinar al anciano rey, arrebatarle la vida por la fuerza, lo arriesgaría todo. Si los cantiacos descubrían la verdad, jamás lo seguirían.

—Cunda es una reliquia de una era pasada —prosiguió Togodumnus, perforando a Cadorix con la mirada—. Un rey que no tiene cabida en la guerra que se avecina. Debes matarlo, Cadorix. Solo entonces los cantiacos estarán bajo tu mando y solo entonces me serán de utilidad. De lo contrario, serán mis enemigos. Y si son mis enemigos, tú también lo serás.

Los ojos de Cadorix se agrandaron con alarma.

—Si lo mato y las tribus se enteran, se volverán contra mí. Aún le tienen en alta estima. Si descubren que ha sido asesinado...

—Pues asegúrate de que no se enteren —dijo Togodumnus, cortándolo de nuevo—. Si quieres liderar, lidera. O te consideraré igual que a él: un obstáculo en mi camino.

Cadorix abrió la boca, pero no le salieron las palabras. Su mente se tambaleaba bajo el peso del ultimátum. No solo estaba en juego la vida de Cunda, sino su propia supervivencia. Si no conducía a los cantiacos a la batalla, Togodumnus lo consideraría prescindible.

Togodumnus se levantó bruscamente de su asiento y despachó el asunto con un gesto de la mano.

—Ya tienes tus órdenes, Cadorix. O muere Cunda o morís los dos. Elige sabiamente.

---

# Capítulo Treinta y Cuatro

## Britania

Séneca, de pie en el linde del bosque, contemplaba el puente cercano a Venta Icenorum con una frustración creciente. Había llegado horas antes, pero seguía sin haber rastro de los Occultum ni de ninguno de los exploratores recién llegados.

Sabiendo que el tiempo apremiaba, decidió arriesgarse y cabalgó hasta la orilla del río, donde desmontó con una sensación de inquietud. Se agachó y pasó la mano por un trozo de tierra blanda. Huellas de cascos frescas, numerosas, no muy profundas y con los bordes aún afilados. No llevaban mucho tiempo allí y, a juzgar por la dirección, se dirigían al sur, de vuelta al bosque. Los exploratores habían pasado por allí, probablemente avanzando a toda prisa hacia la mina. Se los había perdido.

Volvió a montar a caballo y lo espoleó, con la vista fija en el suelo, concentrado por completo en el rastro. Las señales eran sutiles: ramas rotas en un ángulo extraño, zonas de hierba alterada y la huella de algún casco ocasional en el barro. Una pequeña elevación del terreno reveló otra pista: unas cuantas ramas esparcidas y pisoteadas. Sintió una oleada de energía, un renovado sentido del propósito.

Pasaron las horas y las señales de su paso se hicieron más evidentes: más ramas rotas, huellas de cascos más profundas e incluso el jirón de tela ocasional enganchado en un arbusto espinoso. Séneca estaba seguro de que estaba cerca y, mientras oteaba la lejanía en busca de cualquier señal de movimiento, distinguió el débil parpadeo de una hoguera, visible en el creciente crepúsculo. Contuvo el aliento y ralentizó la marcha de su caballo a medida que se acercaba. Sabía que tenían que ser ellos.

Cuando se aproximaba al claro, Atticus y Cassius salieron a su encuentro, con una expresión de total asombro al reconocer a su líder.

—Séneca —lo llamó Atticus, con una expresión de incredulidad en el rostro—. ¿Cómo está usted aquí? ¿Cómo nos ha encontrado?

Séneca desmontó rápidamente, y sus botas golpearon el suelo con un sonido sordo mientras se dirigía hacia ellos. Su mirada recorrió el campamento y a la veintena de hombres reunidos alrededor de las hogueras, todos observando con atención al inesperado recién llegado.

—¿Cuál es la situación? —preguntó con voz tensa por la urgencia—. Me dijeron que esperaban en el puente.

—El puente se estaba volviendo demasiado peligroso —dijo Atticus—. Aunque nos escondimos en el bosque, somos demasiados, sobre todo con los caballos, así que decidimos trasladarnos al segundo punto de encuentro: una vieja mina de estaño al sur.

—¿A qué distancia está la mina?

—A medio día de viaje a caballo, no más.

—Bien —replicó Séneca. Entonces, asintió hacia los exploratores que observaban—. Hagan que monten. No tenemos tiempo que perder.

---

Unos días después, el grupo se encontraba a muchas leguas al sur. Atticus guio a Séneca fuera de los árboles hasta el terreno abierto al borde de la cantera abandonada. Detrás de ellos, Cassius y el resto de los exploratores desmontaron y se desplegaron en perfecta formación, con la mirada recorriendo el terreno ante ellos, listos para cualquier amenaza.

Atticus se acercó a la entrada de la mina e inspeccionó el terreno en busca de cualquier alteración reciente, pero el resultado fue claro.

—Está tal y como lo dejamos —dijo—. Nadie ha estado aquí desde la última vez que usamos este lugar.

Séneca miró a su alrededor con frustración, sintiendo sobre él los ojos de los exploratores, que aguardaban sus órdenes. Estaban entrenados para estos momentos, en los que una sola decisión podía significar la diferencia entre la vida y la muerte. Se encontraban en

las profundidades del territorio enemigo, y cada instante aumentaba el riesgo de ser descubiertos.

—Podrían estar en el zulo de armas —dijo Atticus.

—Es posible —dijo Séneca—. ¿Puede llevarnos allí?

—Sí —respondió Atticus—. No está lejos de aquí.

Minutos después, los hombres cabalgaron de nuevo, moviéndose con rapidez por el bosque, sabiendo cada uno que cada momento que pasaban allí era un riesgo más. Ser descubiertos significaba una muerte casi segura. Pero ellos eran los *exploratores*, entrenados para operaciones exactamente como esta, donde la velocidad, el sigilo y la capacidad de adaptarse en cualquier momento determinaban la supervivencia.

---

A varias leguas de allí, Raven y Sica se acercaban al linde del campamento, y sus pasos se confundían con el murmullo lejano de los guerreros congregados en el interior. Sica se ajustó el peso del saco que llevaba colgado al hombro. Goteaba ligeramente y una mancha oscura se extendía lentamente por la correa de cuero. Se suponía que era carne de venado, pero sin tiempo para rastrear y cazar como es debido, habían matado y desollado una oveja que habían robado de una granja cercana.

Se movieron con calma, mezclándose con el ir y venir de mercaderes y visitantes. La clave era actuar como si pertenecieran al lugar, como si se tratara de un recado más, otra tarea entre muchas antes de la batalla. Pero al pasar junto a una hilera de carros, una voz cortante rasgó el aire.

—Alto ahí, forasteros.

A Raven le dio un vuelco el corazón, aunque su expresión permaneció serena. Se giró lentamente y vio a un grupo de guerreros de pie junto a una forja improvisada.

Un guardia se adelantó, con la mirada detenida en el saco manchado de sangre sobre el hombro de Sica antes de volver a dirigirla a Raven. Tenía la mano apoyada en la empuñadura de la espada, una amenaza tácita suspendida en el aire.

—¿Qué hay en el saco? —exigió.

Raven esbozó una sonrisa serena, obligándose a mantener la calma.

—Somos cazadores con carne para vender a los cocineros del campamento.

El guardia alargó la mano hacia el saco y lo abrió de un tirón con brusquedad. Arrugó la nariz y sacó una pierna de carne ensangrentada, inspeccionándola de cerca antes de volver a mirar a Raven con el ceño fruncido.

—Esto no es venado. Es carnero, y Togodumnus ha reclamado todas las granjas de ovejas de estas tierras. Eso significa que tiene que ser robado.

Por un instante, Raven vaciló, sintiendo la tensión de Sica a su lado. La situación era precaria, pero aún había una salida. El campamento estaba en plenos preparativos para la guerra, los suministros escaseaban y nadie rechazaría carne, sin importar de dónde viniera.

—Quizá tenga usted razón —dijo—, la encontramos vagando por el bosque. —Señaló la pierna de carnero en las manos del guardia—. Le propongo algo, ¿por qué no se queda usted con eso? A los cocineros del campamento no les importará de dónde venga el resto y, tal como están las cosas, todo el mundo agradecerá lo que sea que traigamos.

La expresión del guardia se suavizó y su ceño fruncido se relajó hasta volverse más calculador. Miró a sus camaradas, luego de nuevo a la carne, sopesando la oferta. Finalmente, gruñó y le devolvió el saco a Sica, pero se quedó con la pierna para sí.

—Sí, tienes razón —dijo, lanzando la pierna de carnero a otro de los guerreros que había cerca—. La carne es carne y a nadie le va a importar de dónde ha salido. —Su tono había cambiado, la amenaza inmediata se desvanecía, aunque sus ojos aún se demoraban en Sica.

—¿Y él? —preguntó, señalando a Sica con la barbilla—. ¿Cuál es su historia? Parece medio salvaje.

Raven se encogió de hombros con indiferencia, su mente trabajando a toda prisa.

—Se lo compré a un negrero. Es el mejor cazador que he visto nunca. Aunque es callado, no habla mucho. Jamás le he oído decir una palabra.

El guardia gruñó, su recelo transformándose en una leve curiosidad.

—¿De dónde es?

Raven volvió a encogerse de hombros.

—Nunca se lo he preguntado. Es bastante útil.

El guardia observó a Sica un momento más, como si debatiera si insistir en el asunto, pero al final pareció perder el interés. Escupió en el suelo, justo a los pies de Sica, y el salivazo aterrizó lo bastante cerca para enviar un mensaje claro.

—Manténlo a raya, pues.

Sica se estremeció con un gesto sutil, pero suficiente para aparentar que el escupitajo lo había puesto nervioso. Mantuvo la mirada baja y los hombros ligeramente encorvados, en ademán de sumisión, interpretando el papel que Raven le había asignado. Sin embargo, en sus ojos relucía un destello, una furia contenida, una violencia a punto de estallar que solo Raven sería capaz de reconocer.

El guardia, satisfecho con su intimidación, sonrió con suficiencia.

—Andando, pues. Pónganse en marcha antes de que cambie de opinión. —Se dio la vuelta y los despidió con un gesto despectivo.

Raven asintió y reanudó la marcha, indicándole a Sica que lo siguiera. A su paso, los guerreros apenas les prestaron atención, más concentrados en los preparativos para la inminente batalla que en dos cazadores con un saco de carnero.

Sica caminaba junto a Raven, todavía con el cuerpo en tensión, pero guardó silencio. Raven sabía que debía de estar rabiando bajo aquella fachada de calma, pero no había tiempo para represalias. Había que matar.

---

El campamento se volvió más ruidoso a medida que avanzaba el día, y Raven y Sica habían pasado horas moviéndose sigilosamente entre los mercaderes, esclavos y cocineros, con los

ojos y los oídos bien abiertos mientras recababan información. Cada paso que daban era un riesgo calculado. Cada pregunta que hacían debía parecer casual, para no llamar la atención de los guardias que patrullaban constantemente el campamento.

La tensión entre ellos era palpable, pero finalmente, cuando el crepúsculo comenzaba a caer, encontraron su respuesta. Un esclavo, cansado y con la mirada apagada por las largas horas de servicio, les había hablado en voz baja, explicando cómo le habían encargado varias veces llevar vino a la cabaña de Cadorix.

Raven y Sica se fundieron en la oscuridad al caer la noche. Pasaron las horas y, tras la medianoche, el campamento se convirtió en un lugar más silencioso y solitario. Era el momento que habían estado esperando.

Lentamente, se deslizaron entre las tiendas y las cabañas, con paso silencioso y respiración controlada. Raven iba delante, guiado por su instinto a través del campamento a oscuras. Sica lo seguía de cerca, con el cuerpo tenso, cada músculo preparado para la violencia. Se acercaron con cautela a la cabaña de Cadorix y observaron a dos guardias apostados frente a la entrada.

Tras unos instantes, Sica se deslizó por delante de Raven, pegado a las sombras, y antes de que el guardia se percatara de su presencia, le rebanó el cuello por la espalda y lo depositó con suavidad en el suelo mientras le tapaba la boca con firmeza. Raven hizo lo propio con el guardia que se encontraba unos pasos más allá, moviéndose como un fantasma para segar la vida de una víctima desprevenida. En cuestión de segundos, ambos hombres yacían muertos en el suelo. Ninguno de los dos lo había visto venir y no se había oído ni un solo ruido. Había sido una ejecución perfecta.

Rápidamente, los dos hombres arrastraron los cuerpos hacia las sombras más oscuras antes de probar con cuidado la puerta de la cabaña.

La puerta crujió suavemente cuando Raven la empujó, y el olor a vino rancio y a sudor los golpeó al entrar. Dentro, la estancia estaba tenuemente iluminada por las brasas moribundas de una pequeña hoguera, que proyectaban tenues sombras sobre la figura durmiente de Cadorix, cuyo pecho subía y bajaba

acompasadamente. Estaba solo, ajeno a los dos asesinos que se habían colado en sus aposentos.

Sica se deslizó en silencio por el suelo en busca de su segunda víctima de la noche, con la mano ya extendida hacia la boca del hombre. Algún instinto primario arrancó a Cadorix de las profundidades del sueño y sus ojos se abrieron de par en par, sobrecogidos, pero antes de que pudiera emitir sonido alguno, Sica le tapó la boca con la mano, inmovilizándolo con una fuerza sorprendente, y le pasó el cuchillo por la garganta con precisión quirúrgica. Durante unos instantes, se aferró a la vida, usando sus últimas fuerzas para debatirse, pero ya era demasiado tarde. La suerte estaba echada, y su cuerpo no tardó en desplomarse sin vida sobre el lecho mientras Sica limpiaba la hoja en la manta.

Al atisbar por una pequeña rendija entre los listones de madera de la puerta, a Raven se le encogió el estómago. No muy lejos, otro hombre salía de la cabaña más grande, alto, fuerte, imponente. Los otros guardias se irguieron de inmediato, reaccionando a su presencia, y a juzgar por su aspecto y sus ropajes, Raven se dio cuenta de que no podía ser otro que el mismísimo Togodumnus..., allí de pie..., a tiro.

Los ojos de Sica siguieron la mirada de Raven, y su mano se aferró con más fuerza a la daga. Su cuerpo se tensó, y Raven pudo ver el hambre en sus ojos, el deseo de asestar un golpe devastador a los celtas antes de que el ejército romano hubiera puesto un solo pie en suelo de Britania.

—Podemos acabar con todo ahora mismo —susurró—. Solo tenemos que esperar a que vuelva a entrar y hacer lo mismo que aquí. Matarlo, y los Trinovantes se desmoronarán.

El corazón de Raven se aceleró, pero negó con la cabeza y tiró de Sica hacia atrás ligeramente.

—No —susurró—. No hemos venido para matar a Togodumnus; el plan era acabar con Cadorix, dividir a los cantiacos y debilitarlos. Si lo matamos ahora, todas las tribus de Britania se unirán y la tarea será mucho más ardua para nuestras legiones.

Sica se quedó mirando un instante y, por mucho que fuera en contra de sus instintos, envainó su hoja, preparado para el siguiente

movimiento.

El momento pasó y, fuera, Togodumnus siguió su camino, ajeno a la funesta decisión que acababa de tomarse. Raven y Sica lo vieron marchar, pero, a los pocos instantes, apareció otro peligro: un guerrero que caminaba directo hacia ellos.

Con apenas tiempo para reaccionar, ambos hombres se apostaron contra la pared y, en cuanto el guerrero se agachó para entrar, Raven se abalanzó sobre él y le clavó la daga en la garganta. Sin embargo, no midió bien el tiempo y el guardia logró soltar un grito ahogado al caer. No fue mucho, pero bastó. En la cabaña contigua, otro guerrero giró la cabeza, consciente de que algo andaba mal.

—Muévete —siseó Raven y, sin mediar más palabra, se escabulleron y se fundieron con las sombras. El campamento estaba en silencio, pero a los pocos instantes este se hizo añicos cuando la voz de un guardia rugió en la noche, dando la alarma.

Raven y Sica se movieron con rapidez por el campamento, pero, al doblar una esquina, dos guerreros se interpusieron en su camino con las armas desenvainadas. No hubo tiempo para pensar, ni para sutilezas. Sica se movió primero; su hoja brilló en la oscuridad y silenció a uno de los hombres con un rápido tajo en la garganta. Raven lo imitó, abatiendo al segundo guardia de una estocada directa al corazón. Había sido repentino, eficiente y letal. Pasaron más guerreros cerca de ellos y Raven se dio cuenta de que sería difícil continuar con tantos hombres corriendo por el campamento.

—Necesitamos una distracción —dijo él.

Sica miró a su alrededor y sus ojos se fijaron en un cercado. Se acercó y abrió la cancela sigilosamente; luego, cogió una antorcha encendida de un poste y la arrojó a uno de los tejados de paja. Instantes después, la brisa avivó las llamas y ambos hombres observaron cómo el fuego se extendía con rapidez mientras las chispas prendían los tejados de las cabañas cercanas.

—Vamos —susurró Raven, y volvieron a ocultarse en la oscuridad, aprovechando la creciente confusión como tapadera. El fuego se propagó a sus espaldas, iluminando el cielo con un feroz

resplandor anaranjado, y supieron que no pasaría mucho tiempo antes de que alguien se diera cuenta de que el incendio no había sido un accidente. Pero, para entonces, ya estarían muy lejos.

Llegaron al límite del campamento; los guardias del perímetro estaban distraídos por el infierno que se extendía y, con la atención del campamento centrada en contener el fuego, Raven y Sica encontraron la salida mucho más fácilmente de lo que habían previsto. En cuestión de instantes, desaparecieron en el bosque y los sonidos del caos se desvanecieron tras ellos mientras huían en la noche.

Corrieron tan rápido como pudieron a través de la oscuridad, sabiendo que habían escapado de la muerte por los pelos, y el campamento, ahora un amasijo de gritos y llamas, quedó muy atrás. Una vez que estuvieron a salvo, se detuvieron a recuperar el aliento y ambos se giraron para contemplar con asombro cómo las hogueras se alzaban en la noche, impresionados por su propia obra. No solo habían despachado a Cadorix, sino que en el proceso habían sembrado el caos y la confusión en el campamento de los Trinovantes. Había sido una buena noche de trabajo, pero todavía tenían que volver con Marcus y Falco, así que se dieron la vuelta rápidamente para regresar por el sendero hasta el punto de encuentro.

---

A unas pocas leguas de distancia, Séneca se encontraba en lo alto de la colina, examinando el valle que se extendía a sus pies. El arsenal se desplegaba en la distancia, un cúmulo de tiendas, carros y almacenes improvisados, rodeado por una empalizada. Varios hombres caminaban de un lado a otro, los caballos estaban atados cerca del borde y ardían varias hogueras de forma constante dentro del campamento. Parecía un lugar tranquilo, demasiado tranquilo, sin señales de apuro, sin alarmas, sin el menor indicio de peligro.

Su frustración crecía a cada minuto que pasaba. Habían esperado encontrar aquí a los Occultum, o al menos alguna señal de que habían hecho acto de presencia, pero no había nada. La aparente displicencia de los guardias de abajo sugería que no tenían motivos para sospechar que estuvieran en peligro. Séneca inspiró

hondo y entrecerró los ojos hacia el lejano campamento. Sin rastro de los Occultum, no le quedaba más remedio que esperar.

—Acamparemos en el bosque —dijo— y nos turnaremos para vigilar el arsenal. Si nuestros camaradas planean algo, estaremos listos.

El grupo de exploratores volvió a adentrarse al amparo del bosque; sus caballos estaban atados con cuidado bajo el dosel de los árboles. Eran expertos en desaparecer en el paisaje, sabían cómo pasar desapercibidos, incluso en las proximidades del enemigo.

Mientras la noche se alargaba, Séneca intentó descansar, pero su mente no dejaba de dar vueltas; sus pensamientos volvían una y otra vez al hecho de que alguien, entre los hombres a los que confiaba su vida —el traidor—, también estaba urdiendo planes mortales, planes que, sin duda, acabarían con la muerte de muchos romanos a manos de los celtas. Tenía que encontrarlo, y tenía que encontrarlo pronto, antes de que fuera demasiado tarde. Agotado por el largo día de espera, finalmente cayó en un sueño agitado, pero, tras lo que parecieron apenas unos latidos, uno de sus hombres lo despertó con una sacudida.

—Séneca. Despierte.

Los ojos de Séneca se abrieron de golpe, su cuerpo ya se tensaba para la acción.

—¿Qué ocurre? —preguntó, incorporándose rápidamente.

—Está ocurriendo algo —respondió el hombre—. Tiene que ver esto.

Séneca se puso en pie de un salto, empuñando su espada por instinto, y siguió al hombre hasta la linde del bosque. Cuando llegaron al linde de los árboles, Cassius y Atticus ya estaban allí, agazapados, con la vista fija en el horizonte.

A Séneca se le cortó la respiración al verlo: llamas, altas y brillantes, que lamían el cielo nocturno en la distancia. El humo ascendía en densas nubes, negras contra el cielo tachonado de estrellas.

Por un momento, solo hubo un silencio sobrecogedor. Entonces, a Séneca se le revolvieron las tripas al comprenderlo. Solo podía significar una cosa.

—Eso es —masculló, con los ojos clavados en el infierno lejano—. Tienen que ser ellos. A los caballos, nos vamos.

Los exploradores se movieron con celeridad; su adiestramiento se hizo patente al coger sus armas y montar a caballo sin vacilar. Séneca iba en cabeza, con la mente a toda velocidad mientras avanzaban por el bosque.

Al salir de entre los árboles y llegar al camino despejado, el olor a humo llenó el aire, denso y acre. El corazón de Séneca le latía con fuerza en el pecho. No le cabía duda de que sus propios hombres eran los responsables de lo que fuera que estuviese ocurriendo, pero que siguieran vivos para cuando llegaran era otra cuestión.

---

Más cerca del campamento de los Trinovantes, Falco y Marcus estaban agazapados en la densa maleza junto a la ruta de huida acordada, sin dejar de escudriñar el sendero. Se suponía que Raven y Sica ya se habrían reunido con ellos, pero los minutos pasaban lentamente en un silencio angustioso.

—¿Dónde están? —masculló Falco por lo bajo. Aferraba con fuerza la empuñadura de su espada, mientras sus ojos buscaban a Marcus con nerviosismo.

Marcus no respondió. Observaba la linde del bosque. Algo no iba bien. Ya deberían haber oído algo, alguna señal, algún movimiento. Pero el bosque estaba inquietantemente inmóvil. Instantes después, les llegó el leve sonido de unos cascos, cuyo ritmo constante se hacía más fuerte a medida que se acercaba. Entre las densas sombras, divisaron a un grupo de jinetes que se movía lentamente entre los árboles. Figuras encapuchadas, envueltas en la oscuridad; sus caballos apenas hacían ruido al moverse en un silencio espeluznante.

El pulso de Falco se aceleró. No eran exploradores ni guardias corrientes, y había algo inquietante en su presencia, el paso deliberado, la forma en que parecían deslizarse por el bosque sin decir palabra. Los jinetes se dirigían hacia el campamento, directamente hacia la ruta por la que Falco y Marcus esperaban que vinieran sus camaradas.

Marcus se volvió hacia Falco, su voz apenas un susurro.

—Los seguimos.

Sin esperar respuesta, Marcus salió sigilosamente de la maleza, con movimientos silenciosos. Falco iba justo detrás de él; ambos mantenían la distancia con los jinetes encapuchados mientras se adentraban en el bosque.

Los jinetes aminoraron la marcha hasta detenerse y desmontaron con movimientos fluidos, dispersándose en silencio entre los árboles. Por un instante, Marcus y Falco intercambiaron una mirada de confusión. Los jinetes esperaban algo, observaban.

Pasaron unos instantes agónicos; el bosque lleno del silencioso susurro de las figuras encapuchadas que se posicionaban entre los árboles. Entonces, a lo lejos, oyeron el débil sonido de pasos apresurados y los ojos de Falco se agrandaron al ver a Raven y a Sica, deslizándose por el oscuro bosque, ajenos al peligro que los esperaba. Pero antes de que cualquiera de los dos pudiera reaccionar, la trampa se cerró.

Las figuras encapuchadas se movieron con rapidez, saliendo de entre las sombras. A Raven y a Sica apenas les dio tiempo a percatarse de la emboscada antes de verse rodeados. Sintieron las lanzas presionarles la espalda; el frío acero refulgía a la tenue luz de la luna. Todo acabó en segundos, y los dos hombres fueron desarmados, atados y amordazados sin que sus captores pronunciaran una sola palabra.

Los nudillos de Falco blanquearon al aferrar la empuñadura de su espada, con el cuerpo tenso por el impulso de actuar. Se volvió hacia Marcus, con el rostro endurecido por la frustración, listo para lanzarse a la lucha, pero Marcus levantó una mano, con expresión sombría.

—Son demasiados —susurró Marcus.

Falco se sentía frustrado, pero sabía que Marcus tenía razón. Las figuras encapuchadas los superaban en número con creces y se movían con la silenciosa precisión de asesinos adiestrados. Cualquier intento de salvar a Raven y a Sica en ese momento sería una sentencia de muerte para todos ellos.

—Los seguiremos —susurró Marcus— y esperaremos una oportunidad.

Con un silencioso asentimiento, Falco se colocó detrás de Marcus, observando con impotencia cómo se llevaban a Raven y a Sica hacia el oscuro corazón del bosque.

---

El bosque era un borrón de sombras fugaces mientras Seneca y sus hombres cabalgaban a marchas forzadas; el lejano resplandor del campamento en llamas se hacía más brillante a cada instante. El aire estaba cargado del acre olor a humo e, incluso a esa distancia, podían oír los débiles gritos de muchos hombres que luchaban desesperadamente contra las llamas que consumían el campamento.

Al acercarse a un tramo estrecho del sendero, Seneca alzó la mano para indicar a sus hombres que redujeran la marcha. Los cascos de los caballos resonaban suavemente contra la tierra mientras pasaban a un trote cauteloso. Más adelante, el camino se retorcía en la oscuridad, pero algo llamó su atención: un sonido débil, el galope de unos caballos, cada vez más fuerte, procedente de más adelante.

—Fuera del sendero —ordenó Seneca, y sus hombres respondieron de inmediato, llevando sus caballos a la espesa cobertura de los árboles.

Seneca se agazapó en la maleza, observando el sendero mientras el galope se acercaba. Contuvo el aliento y apretó con más fuerza la empuñadura de su espada. Momentos después, un grupo de jinetes emergió de la oscuridad, avanzando a paso constante por el sendero, alejándose del campamento en llamas.

Los ojos de Seneca los siguieron hasta que desaparecieron en la noche y, por un momento, el bosque volvió a quedar en silencio; el único sonido era el lejano rugido de las llamas y los gritos de los hombres presas del pánico. Estaba a punto de indicar a sus propios hombres que montaran cuando otro ruido llegó a sus oídos; esta vez, el inconfundible sonido de unas pisadas. Dos hombres que corrían a toda prisa, persiguiendo a los jinetes. Uno de ellos tropezó, maldiciendo en voz alta por lo bajo, y Seneca ahogó un grito al reconocer aquella voz tan familiar.

—¿Falco?

Sin pensarlo, salió de su escondite y se precipitó desde los árboles justo cuando las dos figuras llegaban a su posición. Marcus y Falco jadeaban pesadamente, con los rostros tensos por la urgencia. Se quedaron helados al ver a Seneca, con los ojos muy abiertos por la misma sorpresa.

—Seneca —resolló Marcus, doblándose para recuperar el aliento—. Por los dioses, ¿qué hace usted aquí?

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Seneca, mientras sus hombres salían con cautela de entre los árboles detrás de él, igualmente atónitos por el repentino reencuentro.

Marcus se enderezó, secándose el sudor de la frente.

—Raven y Sica... —dijo—. Han sido capturados. Un grupo de hombres encapuchados se los ha llevado. Los estábamos siguiendo, tratando de averiguar adónde se los llevaban.

—Ese debe de ser el grupo que acabamos de ver —dijo Seneca. Se volvió hacia sus hombres, con la decisión ya tomada—. Montad. Vamos tras ellos.

En instantes, estaban de nuevo sobre sus monturas, y Marcus y Falco se subieron detrás de dos de los jinetes. Sin mediar más palabras, Seneca espoleó a su caballo para que avanzara, seguido de cerca por las sombras de sus hombres.

---

Más adelante, el viaje a través del bosque fue implacable mientras arrastraban a Raven y a Sica por los estrechos y sinuosos senderos, con las muñecas atadas y la boca amordazada. Los hombres que los escoltaban se movían sin decir palabra, con los rostros ensombrecidos bajo las capuchas de sus capas. El único sonido era el leve susurro de las hojas bajo sus pies y los lejanos graznidos de las criaturas nocturnas.

Tras lo que parecieron horas, los árboles se abrieron y revelaron el antiguo círculo de piedras. Las antorchas parpadeaban a lo largo de su perímetro y arrojaban una luz surrealista y dorada sobre el claro. Un grupo de hombres ataviados con túnicas blancas se adelantó y Raven los reconoció de inmediato. Eran druidas, los hombres santos que controlaban el poder espiritual de todas las

tribus de Britania. Uno de los druidas habló brevemente con la figura encapuchada que los había conducido hasta allí.

El resto de los druidas se dirigió hacia el centro del círculo y comenzó a preparar la zona, encendiendo más antorchas hasta que todo el claro quedó bañado por un extraño resplandor de otro mundo. Las sombras danzaban sobre las piedras ancestrales y el aire parecía zumbar de expectación.

Raven y Sica estaban atados a dos árboles en el borde del círculo, con los cuerpos apretados contra la áspera corteza. No podían hacer otra cosa que observar cómo trabajaban los druidas, mientras su mórbida fascinación crecía a cada instante. Uno de los druidas llevaba un cubo de madera lleno de agua de manantial y, al acercarse a la piedra plana del centro del círculo, comenzó a musitar encantamientos con una voz grave y rítmica. Vertió con cuidado el agua sobre la piedra, lavándola hasta dejarla limpia, mientras sus manos se movían con reverencia sobre su superficie.

El agua goteaba por los bordes de la piedra y se acumulaba en la tierra de debajo, pero el druida continuó con su quedo cántico, como si invocara a los dioses para que presenciaran lo que estaba a punto de suceder.

En el borde del círculo, los guerreros druidas permanecían de pie como centinelas silenciosos, con los rostros ocultos por las capuchas de sus oscuras capas. Observaban con ojos que no parpadeaban, con las armas dispuestas, pero no se pronunció ni una palabra. La atmósfera estaba cargada de una quietud opresiva, rota solo por el crepitar de las antorchas y el cántico constante y rítmico de los druidas.

Uno de los druidas alzó la mano, haciendo una señal a los guerreros, y dos de ellos se acercaron a Sica y lo liberaron del árbol cortando las cuerdas.

El sirio se resistió, pero seguía teniendo las manos y los pies atados, y los guerreros lo arrastraron hacia la piedra plana del centro del círculo, donde lo sujetaron con gruesas cuerdas. Dejaron su cuerpo tendido, con la cabeza echada hacia atrás hasta que su garganta quedó totalmente expuesta, con los músculos del cuello en tensión.

El corazón de Raven martilleaba en su pecho, impotente mientras observaba a Sica atado a la piedra, cuya rebeldía daba paso a una lúgubre comprensión. Las antorchas proyectaban largas y vacilantes sombras sobre su rostro, resaltando el afilado ángulo de su mandíbula, los dientes apretados para reprimir el miedo que crecía en su interior.

Los druidas trabajaban en silencio, tensando las cuerdas hasta inmovilizar el cuerpo de Sica, cuyo pecho subía y bajaba con respiraciones fatigosas. Sus manos se crisparon, los dedos cerrándose en puños, pero no había nada que pudiera hacer. Uno de los druidas se inclinó y forzó la cabeza de Sica aún más hacia atrás, exponiendo su cuello por completo. La intención era inequívoca.

---

# Capítulo Treinta y Cinco

## Britania

El corazón de Raven le latía con fuerza en el pecho. Al otro lado del círculo de piedra, Sica yacía indefenso, atado a la piedra de sacrificios, con el pecho agitado mientras miraba con furia a su futuro verdugo. La hoja ritual relucía a la luz parpadeante de las antorchas, enarbolada sobre la cabeza del druida, lista para descargar el golpe.

El druida comenzó a mascullar entre dientes, invocando a los dioses. A Raven se le cortó la respiración y el pulso le martilleaba en los oídos. Había llegado el momento. Sabía que solo quedaban unos segundos antes de que la hoja alcanzara la garganta de Sica, pero mientras rezaba a sus propios dioses para que guiaran el espíritu de su amigo, un agudo silbido rasgó el aire, seguido por el inconfundible golpe sordo de una flecha al dar en el blanco. El cuerpo del druida se sacudió y sus ojos se abrieron de par en par, conmocionados, mientras la hoja ritual se le caía de las manos y repiqueteaba contra la piedra al tiempo que él se desplomaba en el suelo.

Durante un instante, el claro entero quedó paralizado en un silencio atónito, hasta que una docena de *exploratores* irrumpieron desde los árboles para caer sobre los hombres del círculo de piedra, con sus espadas reluciendo a la luz de las antorchas.

Los druidas, cogidos completamente por sorpresa, se dispersaron presas del pánico, y sus cánticos fueron sustituidos por gritos de terror. Se dieron la vuelta y huyeron, con sus túnicas blancas ondeando a su espalda mientras desaparecían entre los árboles y abandonaban la ceremonia en una frenética retirada.

El corazón de Raven se aceleró mientras observaba a los hombres que cargaban hacia el claro, sabiendo que solo podía tratarse de la unidad de apoyo de *exploratores* que habían solicitado semanas atrás.

Al otro lado del círculo de piedra, en la penumbra de los árboles, el líder de los guerreros druidas observaba la escena desplegarse con fría deliberación. Tenía el rostro oculto bajo la capucha, pero sus ojos brillaban con una luz peligrosa. Hizo una señal seca con la mano e, inmediatamente, sus guerreros a caballo espolearon a sus monturas para lanzarse a la refriega con las armas desenvainadas, listos para la batalla.

Un estruendo de acero resonó en la noche cuando los *exploratores* se encontraron de frente con los guerreros druidas, y el aire se cargó con el fragor del combate. Las sombras se retorcían y danzaban sobre las antiguas piedras, como si de un campo de batalla de otro mundo se tratara, donde dioses y mortales se enfrentaban. La niebla embotaba los sentidos, y el agudo resonar del acero parecía proceder de ninguna y de todas partes a la vez.

Séneca permanecía en medio del caos, espada en mano, con la respiración entrecortada mientras escudriñaba la neblina arremolinada en busca de sus hombres. Los guerreros druidas habían aparecido como si hubieran surgido de la propia niebla, figuras encapuchadas que se movían con silenciosa precisión y cuyas hojas centelleaban a la luz de las antorchas. Era imposible saber cuántos eran o de dónde vendría el siguiente ataque. Se materializaban y desvanecían en la niebla con movimientos veloces y deliberados, cada golpe destinado a matar.

Era frenético. Un caos. Pero entre todo aquello, un sonido se abrió paso a través de la confusión: el rugido de Falco.

Falco se movía como una bestia desatada, cargando a través de la niebla con una furia salvaje y primitiva que hacía tambalearse a los guerreros druidas. Su rostro ensangrentado se contrajo en un gruñido mientras blandía su espada con una fuerza brutal. La bruma se arremolinaba a su alrededor como si estuviera viva, como si le temiera. La niebla, la luz parpadeante de las antorchas, la muerte… era su elemento, y él medraba en él.

Un guerrero druida se abalanzó desde las sombras con una malévola hoja curva que cortó la bruma, apuntando al costado de Falco. Pero el exgladiador fue demasiado rápido y paró el golpe con una brutal estocada ascendente que desequilibró al druida, antes de

asestar un tajo hacia abajo que le seccionó el brazo en un géiser de sangre. El guerrero se derrumbó con un grito, agarrándose el muñón, y Falco le hundió la espada en el pecho, silenciándolo para siempre.

Falco se giró, con la sangre goteando de su espada y los ojos desorbitados, en busca de su siguiente oponente. Su aliento brotaba en violentas bocanadas, con sus músculos tensos y listos. La niebla se desplazó y apareció otra figura que empuñaba una larga lanza. Falco esquivó la estocada con un movimiento casi grácil y, en un instante, acortó la distancia y su espada cortó el aire. El druida apenas tuvo tiempo de reaccionar antes de que la hoja de Falco le rebanara el cuello y el hombre se desplomara en el suelo, convertido en un amasijo sin vida.

A su alrededor, la batalla se desarrollaba en una bruma surrealista. La niebla lo volvía todo desorientador: las figuras emergían de la bruma solo para volver a desaparecer, y las antorchas parpadeantes proyectaban sombras largas y confusas que jugaban con la vista. Los *exploratores* que quedaban luchaban con una eficiencia desesperada, pero se veían superados en número y en apuros.

Seneca lanzó un mandoble a un druida que se abalanzó sobre él, con sus espadas cortas centelleando en la penumbra. Desvió un golpe, cuya fuerza le hizo vibrar el brazo, y luego hizo retroceder al guerrero de una patada antes de hundirle la espada en las entrañas. El hombre gimió y se desplomó, pero casi de inmediato surgió otro de la niebla, blandiendo una lanza hacia el costado de Seneca. Este apenas logró apartarse de un giro y asestó un tajo al brazo desprotegido del druida, pero el hombre retrocedió para perderse de nuevo en la niebla cada vez más espesa.

Mirase donde mirase, la batalla era un caos: el destello de las espadas, el relincho de los caballos y los hombres gruñendo de dolor o de rabia. La niebla hacía imposible saber cuántos druidas había, cuántos quedaban en pie. La luz de las antorchas parpadeaba débilmente, envolviendo toda la escena en un brillo de pesadilla, dando la sensación de que la propia tierra se volvía contra ellos.

En medio de todo aquello, Falco continuaba con su matanza, acabando con un druida tras otro. La sangre le surcaba los brazos y el rostro, y sus ojos, desorbitados, refulgían con la emoción del combate. Vivía para esto, para la sangre, el caos, la batalla pura y primitiva donde la vida y la muerte pendían de un hilo. Se volvía en busca de su siguiente víctima. Estaba en su salsa, un depredador entre sus presas, y los druidas que se le enfrentaban apenas tenían oportunidad. La niebla no parecía sino avivar su furia, y la incertidumbre de la batalla aguzaba sus instintos, su necesidad de matar.

Pero ni siquiera Falco podía luchar eternamente. La niebla seguía espesándose y los druidas luchaban con una calma aterradora, entrando y saliendo de la bruma como fantasmas. Los exploratores mantenían sus posiciones, pero la batalla se estaba volviendo lentamente en su contra. Los cuerpos sembraban el suelo, tanto de romanos como de druidas, y su sangre empapaba la tierra bajo las piedras ancestrales.

Y entonces, rasgando el caos, un sonido hendió la noche: un cuerno largo y lastimero que resonó a través de la niebla y le provocó un escalofrío en la espalda a Seneca.

Los guerreros druidas que quedaban se quedaron helados un instante, con la mirada vuelta hacia los árboles, de donde había provenido el sonido, y, sin previo aviso, empezaron a retirarse, adentrándose en la niebla tan sigilosamente como habían llegado. Uno a uno, desaparecieron, dejando atrás a los exploratores ensangrentados y maltrechos, de pie entre las ruinas de la batalla.

Seneca permanecía de pie, jadeando, con la espada aún en alto y el corazón todavía desbocado. Miró a su alrededor, parpadeando a través de la niebla, tratando de entender lo que acababa de ocurrir.

—¿Por qué se retiran? —gritó Falco, con el pecho subiéndole y bajándole, y los ojos aún enloquecidos por la sed de sangre—. No he terminado.

Pero los druidas se habían ido; se desvanecieron en la niebla tan rápido como habían aparecido, dejando atrás solo a los muertos y a los moribundos bajo la luz parpadeante de las antorchas.

Seneca bajó la espada mientras intentaba recuperar el aliento. Por su mente corría la misma pregunta que Falco había formulado.

¿Por qué se habían detenido? ¿Qué había señalado aquel cuerno?

A medida que la tensión amainaba, los hombres comenzaron a recuperarse de la exaltación del combate y se dirigieron al centro del círculo para reagruparse. Seneca liberó a Sica antes de ir a grandes zancadas a soltar a Raven, pero al llegar vio a Marcus mirando fijamente las sogas vacías que una vez habían atado a su camarada al árbol. Raven había desaparecido.

Su mente era un torbellino de emociones encontradas: ira, frustración y un profundo sentimiento de fracaso. El impulso de perseguir a los druidas era abrumador. Todos sus instintos le decían que los persiguiera, que se adentrara en el bosque y arrancara a Raven de dondequiera que se lo hubieran llevado. Pero, por mucho que quisiera actuar, la realidad atemperaba su determinación. Si cargaban a ciegas en la noche, podrían caer fácilmente en una emboscada o toparse con fuerzas superiores. Y lo que es peor, sus hombres estaban agotados, ensangrentados por la lucha, y ocho de sus exploratores yacían muertos en el claro.

Seneca exhaló bruscamente, reprimiendo su frustración.

—Reunid a los heridos —ordenó— y coged los cuerpos de nuestros hermanos. No podemos quedarnos aquí.

Sus hombres se movieron con rapidez y, en cuestión de minutos, estuvieron listos para cabalgar de nuevo, aunque esta vez los caballos también cargaban con los muertos y los heridos.

Seneca escudriñó la linde del bosque una última vez, como si esperara ver algún rastro de Raven, alguna señal de que aún podían encontrarlo. Pero el bosque permanecía oscuro, silencioso, a excepción de los suaves murmullos de sus propios hombres. Se volvió hacia Marcus, que se había acercado para situarse a su lado.

—Nos dirigimos al norte —dijo—. Tenemos que poner tanta distancia como podamos entre este lugar y nosotros antes del amanecer. Por la mañana nos estarán dando caza.

Marcus asintió.

—¿Y Raven?

—Saquemos a los hombres, reagrupémonos y luego decidamos qué hacer.

Marcus dudó un instante y después le dio una palmada en el hombro a Séneca, pues comprendía el peso de la decisión. Con los cuerpos de los caídos envueltos en sus capas y los heridos asegurados a las monturas, partieron en la noche. El bosque se cernía sobre ellos, con sus árboles densos y amenazadores, mientras se alejaban rápidamente del círculo de piedras.

Avanzaron a marchas forzadas, cabalgando y caminando durante toda la noche, con la mente puesta en alejarse lo máximo posible del círculo de piedras. El cielo sobre ellos comenzaba a clarear con los pálidos tonos del amanecer justo cuando se detuvieron en un pequeño claro. Los caballos estaban exhaustos, con los ijares palpitantes, y los hombres no se encontraban mejor.

—Descansaremos aquí —dijo Séneca—, lo justo para enterrar a los muertos.

Los hombres cavaron tumbas poco profundas bajo los árboles y sus camaradas caídos fueron enterrados uno al lado del otro. No se pronunció palabra alguna; solo hubo breves instantes de silencio mientras la tierra cubría los cuerpos, marcando así su lugar de descanso definitivo.

Una vez llenas las tumbas, Séneca dio la orden de ponerse en marcha de nuevo. Los hombres estaban cansados, pero no se quejaron; sabían que no podían permitirse permanecer en un mismo lugar durante mucho tiempo.

Siguieron avanzando hasta que el sol estuvo en lo alto, y el bosque fue clareando a medida que se desplazaban más al norte. Finalmente, tras lo que pareció una eternidad, llegaron a una apartada cadena de colinas, escarpadas y remotas, lejos de miradas indiscretas. Séneca los condujo a una grieta oculta en las colinas, un estrecho valle resguardado por afloramientos rocosos. Sus hombres estaban exhaustos, agotados por la batalla y la larga cabalgata, pero estaban vivos. Eso tenía que valer de algo, aunque el escozor de haber perdido a Raven pesaba sobre todos ellos.

Marcus se acercó.

—Los hombres necesitan descansar, Séneca —dijo en voz baja—. Están agotados.

—Lo sé —replicó Séneca—. Nos quedaremos aquí un rato. Que se recuperen.

—Organizaré la guardia —dijo Marcus, y se alejó para dar las órdenes a los hombres.

---

Unas horas más tarde, Séneca se encontraba sentado al borde del pequeño claro cuando uno de los centinelas lo llamó.

—Séneca, tiene que ver esto.

Séneca se dirigió a grandes zancadas hacia el puesto de observación y escudriñó el terreno abierto más allá de las colinas.

Al principio, todo lo que vio fue el vasto paisaje ondulado. Luego, a lo lejos, pudo distinguir a más de un centenar de guerreros a caballo, desplegados en una formación dispersa, y supo instintivamente que no se trataba de una patrulla casual; aquellos hombres buscaban algo. Buscaban a los suyos.

—Nos han encontrado —masculló—. Reúna a los hombres.

El guardia se fue a toda prisa, pero Séneca se quedó un momento más, centrando la atención en el pequeño grupo que encabezaba la fuerza montada. Unas pocas figuras encapuchadas destacaban a la cabeza de la columna, claramente diferentes de los demás jinetes. El mismo tipo de personas que habían luchado contra ellos en la oscuridad apenas unas horas antes.

Sin perder un instante más, descendió de las rocas y regresó al centro del pequeño campamento. Los hombres ya estaban recogiendo las pocas cosas que tenían, pero hicieron una pausa para reunirse a su alrededor en un círculo cerrado.

—Nos están dando caza —dijo Séneca sin rodeos—. Una fuerza de hombres a caballo, liderada por druidas, se nos acerca en este mismo instante. Saben dónde estamos y vienen deprisa. No tenemos efectivos para hacerles frente y luchar, así que haremos aquello para lo que hemos sido entrenados. Desapareceremos.

Los hombres escucharon con atención, sabiendo que este momento iba a llegar desde que abandonaron el círculo de piedras, desde que se llevaron a Raven.

—Nuestra posición ha sido comprometida —prosiguió Séneca —. Pero, como todos saben, tenemos un plan para este tipo de situación. Nos dividiremos en grupos de dos y de tres. Cada grupo se dirigirá a uno de los puertos de la costa. Una vez consigan un barco, ya saben adónde ir: Portus Dubris, Rutupiae o Gesoriacum.

Un denso silencio se apoderó del grupo. Se habían entrenado para esto, preparados para las peores eventualidades, pero ahora que se les venía encima, la certeza de su sino resultaba abrumadora.

—Para aquellos de ustedes que no puedan llegar a la costa —continuó Séneca—, escóndanse. Busquen refugio donde puedan, manténganse ocultos y esperen. La invasión se acerca. Cuando las legiones desembarquen, dense a conocer y reagrúpense en el lugar del desembarco. Pregunten por Lépido y él los guiará desde allí.

Los ojos de Séneca recorrieron los rostros de sus hombres, guerreros curtidos, *exploratores* que habían sobrevivido a incontables peligros y situaciones imposibles. Estaban listos para esto. Era a lo que se dedicaban: adaptarse, sobrevivir, reagruparse.

—Cíñanse al plan —dijo Séneca con firmeza—. Aprovechen el terreno, manténganse alejados de los caminos principales y eviten riesgos innecesarios. En el momento en que nos descubran, estaremos acabados.

No había tiempo que perder. Les quedaba muy poca luz del día y sabían que debían marcharse antes de que el enemigo se les echara encima.

—En marcha —ordenó—, y volveremos a vernos en seis meses.

Con eso, el grupo se dispersó, moviéndose con la eficiencia ensayada de hombres que habían sido instruidos para este momento. Séneca se volvió hacia los hombres que quedaban, los miembros originales del Occultum, los hombres en los que confiaba más que en nada en este mundo. Durante unos instantes se hizo un silencio incómodo, y sus camaradas le devolvieron la mirada, dándose cuenta de que algo iba mal.

Séneca los examinó uno por uno, de arriba abajo, con una mirada penetrante. Desde que Canis le había informado de que había un traidor en el Occultum, había esperado que se tratara de

un error, o de un último juego de palabras de un hombre que se sabía a punto de morir; pero ahora, con Raven desaparecido, esa semilla de la duda no había hecho más que fortalecerse. Los druidas parecían haber conocido todos sus movimientos, desde la captura de Sica y Raven hasta saber en qué dirección se dirigirían. Todo podía ser una coincidencia, pero era muy poco probable y, por fin, Séneca estaba seguro. Alguien de entre sus filas había estado pasando información al enemigo.

—Prepárense para partir —dijo—. Nosotros seis permaneceremos juntos.

Marcus enarcó una ceja, claramente sorprendido por el repentino cambio de planes.

—¿Juntos? ¿No tendríamos más posibilidades si nos dividiéramos en dos grupos como hicimos en Germania?

—Normalmente, sí —dijo Séneca—, pero hay asuntos que resolver antes de que podamos siquiera pensar en regresar. Debemos permanecer como una sola unidad. Los seis.

—¿Asuntos? —preguntó Falco—. ¿Qué asuntos?

—Pronto se aclarará —dijo Séneca—, pero por ahora, concentrémonos en seguir con vida. A sus monturas.

Mientras cabalgaban hacia las colinas, la mente de Séneca era un torbellino. Raven había desaparecido, los druidas les seguían la pista y, en algún lugar de su unidad, se escondía un traidor; y si no lo encontraba pronto, no solo perderían a Raven, sino que podrían serlo cientos, si no miles, de legionarios los que esperaban para embarcar al otro lado del mar.

---

# Capítulo Treinta y Seis

## Britania

Séneca y sus hombres se mantuvieron en las sombras, moviéndose con rapidez, siempre atentos a los lejanos indicios de persecución. Llevaban días sin ver una aldea, evitando cualquier signo de civilización, sabiendo que cualquier descuido podría conducir a sus perseguidores directamente hacia ellos. Los caballos estaban igualmente exhaustos; mantenían la cabeza gacha y sus pasos eran lentos y fatigados mientras seguían adelante. Necesitaban zafarse de sus perseguidores y, a medida que se acercaban a la costa, la niebla britana, densa y pegajosa, volvió a aparecer, pero esta vez, casi como un aliado inesperado, cubría el bosque con un velo de un blanco fantasmal. La visibilidad se redujo a unos pocos pasos frente a ellos, pero la niebla era una cobertura bienvenida. Por fin, tenían algo a su favor.

Cabalgaron con toda la audacia que les permitió la niebla, con los árboles pasando como formas fantasmales a su alrededor. Cada rama y cada hoja estaban húmedas, y el sonido de sus cascos quedaba amortiguado por la tierra empapada bajo ellos. Fue agotador, pero la sensación de alivio en el grupo era palpable. Por primera vez en días, sentían que tenían una oportunidad real de eludir a sus perseguidores.

Seneca los condujo a un estrecho barranco, oculto entre abruptas paredes de roca y una densa maleza. La niebla aún se aferraba al paisaje, enroscándose alrededor de las rocas y los árboles como zarcillos de humo.

—Esto servirá —dijo en voz baja, mientras desmontaba de su caballo—. Nos quedaremos aquí hasta que sea seguro moverse de nuevo.

Llevaron los caballos a un rincón resguardado contra las rocas, donde el viento no podía alcanzarlos. Los hombres se movían

con lentitud, con los cuerpos debilitados por el hambre y el agotamiento, pero la tensión en el ambiente comenzó a disiparse. Por primera vez en días, se sintieron relativamente a salvo.

Falco y Sica se pusieron a recoger yesca y pequeños trozos de madera, y pronto consiguieron encender una hoguera modesta. Las llamas parpadeaban, tenues, apenas visibles a través de la niebla, pero proporcionaban el calor suficiente para mitigar el frío que se les había calado hasta los huesos.

—Necesitamos comida —masculló Falco, rebuscando en las alforjas algo comestible. Lo que les quedaba era exiguo: algo de carne seca, unas cuantas raíces y un poco de pan duro. Apenas suficiente para llenarles el estómago, pero tendría que bastar.

Sica se encargó de la cocina y usó su cuchillo para cortar lo último que quedaba de comida en una mezcla tosca. Lo echó todo en una olla con un poco de agua y creó un guiso básico. El olor, aunque tenue, fue suficiente para despertar la expectación en sus estómagos vacíos, y se sentaron en silencio alrededor del fuego, cuya luz proyectaba sombras suaves y danzantes en la pared de roca a sus espaldas.

Seneca se quedó mirando las llamas, con la mente todavía acelerada a pesar de la tregua momentánea. La niebla les había dado una oportunidad, pero sabía que no duraría.

Sica pasó el cuenco del aguado guiso al grupo, y cada hombre tomaba una cucharada antes de pasárselo al siguiente. No duró mucho y, finalmente, tras unas cuantas rondas, todos observaron en silencio cómo Falco rebañaba las paredes del cuenco para apurar hasta la última gota que pudiese encontrar. El calor de la comida les proporcionó una efímera sensación de alivio, pero todos sabían que era temporal. La niebla se levantaría y la caza se reanudaría, pero, por ahora, tenían calor, comida y la seguridad del barranco.

Seneca levantó su cantimplora vacía y la agitó.

—Hay un arroyo justo al final de la pendiente —dijo Marcus—. Lo usé antes para llenar la mía.

Seneca se levantó para bajar a la orilla del agua, donde la fría corriente fluía suavemente sobre las lisas piedras mientras llenaba su odre. La niebla seguía siendo densa alrededor del barranco, amortiguando los sonidos del bosque y haciendo que todo pareciera distante, casi onírico. A pesar de la relativa seguridad de su campamento temporal, su mente estaba inquieta.

Mientras ataba el cuello de su odre, Marcus apareció detrás de él. Se arrodilló a su lado sin decir palabra, recogió agua con las manos y se la echó por la cabeza, con el cansancio de su viaje claramente visible en las arrugas que surcaban su rostro. Durante unos instantes, ninguno de los dos habló, y dejaron que el sonido del arroyo llenara el silencio que había entre ellos.

—Bueno —dijo Marcus finalmente—, ¿va a decirme qué le carcome o no?

Seneca lo miró y sopesó si debía arriesgarse a contárselo al excenturión. De entre todos los hombres, el reclutamiento de Marcus no podía haber sido amañado por nadie, pero eso no impedía que lo hubieran sobornado desde entonces. A pesar de la duda, sabía que tenía que confiar en alguien y, tras comprobar que no había nadie más al alcance del oído, procedió a contarle a Marcus todo lo que sabía.

Marcus escuchó en silencio, sin que su rostro delatara la conmoción ante la acusación. Cuando Seneca hubo terminado, se hizo otro silencio mientras él asimilaba la información. Finalmente, habló, su voz era queda, pero inquisitiva.

—¿Y de verdad cree que uno de nosotros, uno del grupo original, podría ser comprado? Después de todo lo que hemos hecho juntos, todo por lo que hemos pasado...

—Todos somos simples mortales, Marcus —replicó Seneca—, y podemos ser comprados si el precio es lo bastante alto. He visto a hombres que matarían a sus propios hermanos por suficiente oro, por suficiente poder. El hecho de que hayamos compartido batallas no nos hace inmunes a eso.

Los hombros de Marcus se hundieron ligeramente, mientras el peso de las palabras de Seneca calaba en él. Miró hacia el arroyo al tiempo que asimilaba la cruda realidad.

—¿Incluso yo?

—Incluso usted —dijo Seneca.

Marcus exhaló lentamente mientras negaba con la cabeza.

—Por los dioses, Séneca. ¿De verdad tiene tan mala opinión de nosotros?

—No se trata de tener una mala opinión de nadie —dijo Séneca—, se trata de afrontar la realidad en la que nos encontramos. Alguien ha estado filtrando información al enemigo y, hasta que averigüemos quién, nadie está libre de sospecha.

—Usted cree que son Cassius o Atticus, ¿verdad? —dijo Marcus—. Son los únicos nuevos dentro de este círculo íntimo.

Séneca se puso en pie y se limpió las manos en la capa.

—Son los sospechosos más evidentes, sí. Pero no descarto a nadie. Nos han superado en cada maniobra. Quizá sea uno de ellos, pero si es otra persona, escondida a plena vista, todos corremos peligro. Creo que he de mantener los ojos abiertos, y creo que usted también.

—¿Y Raven?

Séneca se volvió para mirar a Marcus, con el ceño fruncido por la confusión.

—¿Qué pasa con él?

Marcus se movió incómodo y echó una mirada hacia el campamento antes de volver a hablar.

—Piénselo. Su desaparición... fue muy oportuna, ¿no cree?

Séneca lo miró fijamente; sus palabras lo helaron como una ráfaga de viento frío. Abrió la boca para objetar, pero cuanto más lo pensaba, más le carcomían las palabras de Marcus. ¿Oportuna? Sí, lo había sido. En el caos de la lucha en el círculo de piedras, Raven se había desvanecido, con sus ataduras misteriosamente cortadas, mientras los guerreros druidas se retiraban al bosque sin dar explicaciones.

—¿Qué está sugiriendo? —preguntó, aunque su corazón ya comenzaba a encogérsele ante la insinuación.

—Piénselo, Séneca. Raven solía salir a cazar solo, a veces durante horas. ¿Quién nos dice que no se reunía con alguien ahí fuera, que no contactaba con los druidas? Tuvo oportunidades de sobra.

Séneca lo fulminó con la mirada en silencio mientras las palabras de Marcus calaban en él. Era cierto, Raven a menudo dejaba el grupo para cazar. Tenía un don para desaparecer, para fundirse con la naturaleza. En su momento, había parecido una extensión natural de sus habilidades como explorador y cazador. Pero ahora, visto a través del prisma de la sospecha, adquiría un cariz más siniestro.

—Y no sé si ya se lo han dicho —continuó Marcus—, Raven impidió que Sica matara a Togodumnus cuando estaban en el campamento. Tuvieron la oportunidad de matar al líder más temido de Britania, pero Raven lo detuvo.

—¿Por qué haría algo así? —preguntó Séneca.

—Afirmó que matar a Togodumnus solo serviría para unir a todas las tribus, creando una nación entera que se movilizaría contra Roma. A Sica le pareció una razón plausible en su momento, pero quizá Raven no quería que Togodumnus muriera por motivos completamente distintos. Raven también es britano, ¿recuerda? Conoce estas tierras mejor que ninguno de nosotros. Conoce a la gente, las costumbres... Podría haber estado colaborando con ellos todo este tiempo.

A Séneca se le revolvió el estómago. Había confiado en Raven, todos lo habían hecho. Aquel hombre había sido un hermano para él en el campo de batalla, uno de sus hombres de mayor confianza. Y, sin embargo..., había demasiadas señales, demasiadas piezas que, al juntarlas, comenzaban a formar una imagen preocupante. Nadie había visto cómo liberaban a Raven de sus ataduras, pero los guerreros druidas se habían retirado de repente de la lucha sin motivo alguno y ninguno se había quedado para rematar la faena. Esa retirada nunca le había cuadrado a Séneca, pero había estado demasiado centrado en sobrevivir como para

pensar en ello. Ahora, con las palabras de Marcus resonando en su mente, todo parecía demasiado claro. Asintió lentamente, mientras las piezas encajaban.

—Tiene sentido —murmuró, con la voz cargada de incredulidad—. Demasiado sentido.

Fue una revelación desgarradora. La desaparición de Raven durante la batalla, su capacidad para desvanecerse en la naturaleza, sus conexiones con Britania, el momento de la retirada de los druidas...; todo parecía apuntar a una única posibilidad: Raven era el traidor.

—Yo tampoco quiero creerlo —dijo Marcus—, pero todo apunta a él. Y, una vez que lo liberaron, los guerreros se retiraron. Casi como si supieran que en realidad ya no era de los nuestros.

Séneca miró hacia el campamento, donde estaban sentados los demás, ajenos a la sombría conversación que tenía lugar a la orilla del agua. Si Raven era el traidor, entonces todo había cambiado. Su misión, su confianza..., todo estaba mancillado por esa única traición.

—Tenemos que decírselo a los demás —dijo Marcus.

Séneca negó con la cabeza, aún lidiando con la verdad.

—Todavía no. Necesitamos pruebas. Hasta entonces, esto queda entre nosotros.

—¿Y si nos equivocamos?

—Entonces ya lidiaremos con ello. Pero, por algún motivo, no creo que estemos equivocados.

---

A la mañana siguiente, Séneca se encontraba de nuevo a la orilla del arroyo, dando de beber a su caballo antes de proseguir la huida hacia la costa. La niebla aún se aferraba densa al barranco, confiriéndole una sensación etérea, casi sobrenatural, y Séneca no podía librarse de la inquietud que se le había instalado en el pecho. La conmoción por la traición de Raven todavía le carcomía, y sus pensamientos bullían de decepción e ira.

El caballo alzó la cabeza y, mientras resoplaba con el agua goteándole del hocico, clavó la vista al otro lado del arroyo. Séneca

se percató de la reacción del animal y siguió su mirada justo cuando una voz rasgó la niebla a tiro de piedra.

—Séneca.

El eco de su nombre en el barranco le atravesó como una cuchilla y la mano le voló de inmediato a la empuñadura de la espada mientras sus ojos escrutaban la arremolinada bruma en busca del desconocido que sabía su nombre. Algo se movió y el corazón le dio un vuelco al ver cómo una figura encapuchada emergía lentamente de la niebla para quedarse sola en la orilla opuesta.

A Séneca se le heló la sangre. Supo al instante de quién se trataba: el líder de los hombres que los habían estado persiguiendo.

El líder druida se erguía, alto e inmóvil, con el rostro encapuchado en la sombra, pero la silenciosa y aterradora autoridad que emanaba de él era inconfundible. La niebla pareció espesarse a su alrededor, atraída hacia él como si estuviera viva, arremolinándose a sus pies, como si los mismísimos elementos se doblegaran a su voluntad.

Instintivamente, Séneca desenvainó la espada con un siseo metálico y volvió a examinar la zona en busca de cualquier señal de emboscada.

—Está solo, romano —dijo Mordred con calma—, como yo. Hoy no necesito guerreros.

Séneca se volvió para encararlo, con la espada en guardia y la mente dándole vueltas. La niebla se interponía entre ellos como una cortina, pero la figura de Mordred permanecía, sólida e inflexible. Séneca apenas podía respirar, con el miedo y la incredulidad batallando en su pecho.

—¿Quién es usted? —espetó Séneca.

—Se me conoce por muchos nombres —dijo el druida—, pero la mayoría me llama Mordred.

—¿Cómo nos ha encontrado?

Los labios de Mordred se curvaron en una leve sonrisa de complicidad.

—Puede que vosotros, los romanos, os creáis poderosos, pero no sois nada en estas tierras. Mis dioses... lo ven todo.

El pulso de Séneca se aceleró y aferró la espada con más fuerza. Se había enfrentado a innumerables enemigos, pero esto era diferente. Esto parecía... sobrehumano. Rezó en silencio a los dioses de Roma, desesperado por obtener algún tipo de protección.

—Jamás nos cogerá vivos —dijo Séneca, con la voz endurecida mientras reprimía el miedo—. Nunca nos rendiremos.

Mordred rio entre dientes, un sonido inquietante en la quietud del barranco.

—¿Rendirse? Oh, no, romano. No tengo ningún interés en su rendición. Usted y sus hombres son libres de irse.

Séneca parpadeó, confuso. La fría bruma se arremolinaba densa a su alrededor, y cada bocanada de aire se sentía pesada, como si la propia niebla le oprimiera el pecho.

—¿A qué juega, druida? —preguntó con recelo.

Mordred alzó la mano con un gesto breve, casi displicente.

—No hay ningún juego, romano. Ya he suspendido la caza. Sus perseguidores... se han ido.

A Séneca le dio un vuelco el corazón. Nada de aquello tenía sentido. Los druidas los tenían acorralados, ¿por qué iba Mordred a dejarlos escapar?

—¿Por qué? —exigió Séneca, mientras la punta de su espada descendía ligeramente—. ¿Por qué dejarnos marchar?

Los ojos de Mordred brillaron con algo oscuro, algo ancestral.

—Porque quiero que sus líderes sepan de mí, romano. Quiero que el propio emperador pronuncie mi nombre. Quiero que entiendan que soy yo quien gobierna Britania, no ellos. Y si pretenden arrebatarme esta tierra..., tendrán que responder ante mis dioses.

A Séneca se le cortó la respiración. La arrogancia de Mordred era escalofriante, pero no se podía negar el poder de sus palabras. El druida no se limitaba a desafiar a Roma, le estaba declarando la guerra, no con un ejército, sino con algo mucho más aterrador.

—¿Espera usted que el emperador se arrodille a sus pies? —se mofó, intentando mantener la firmeza en la voz—. Roma lo aplastará a usted y a todo en lo que cree.

—¿Aplastar*me*? —rió el druida—. No, romano. Puede que sus legiones marchen, pero solo encontrarán muerte y desesperación en estas tierras. Me enfrentaré a las legiones de su emperador y, cuando vean lo que tengo que ofrecer, temblarán ante mí. Un día, Claudio se arrodillará ante mí y suplicará perdón mientras su imperio se desmorona a su alrededor.

La niebla pareció palpitar alrededor de Mordred, la bruma arremolinada se volvió más densa, casi sofocante, y el corazón de Séneca latió con fuerza en su pecho, atenazado por el miedo. Aferró con más fuerza su espada de nuevo y su mente se aceleró, tratando de comprender la enormidad de lo que Mordred estaba diciendo. El emperador, el propio Claudio, tendría que enfrentarse a esta..., a esta cosa, a este druida que parecía dominar las mismísimas fuerzas de la naturaleza. Pero había una pregunta más que le carcomía por dentro, un último hilo del que tenía que tirar.

—¿Dónde está Raven? —preguntó, con la voz cortando el silencio.

Durante un largo momento, no hubo nada más que el suave susurro de la niebla moviéndose entre los árboles. Entonces, desde la otra orilla del río, regresó la voz de Mordred, tan serena y burlona como antes.

—Ah, sí... Su Raven.

La niebla pareció abrirse, revelando a Mordred una vez más, de pie a la orilla del agua. El pulso de Séneca se aceleró, el pavor retorciéndole el estómago; el extraño encuentro era casi abrumador.

—Le será devuelto —dijo Mordred—, y como he dicho, es libre de marchar. Pero la libertad tiene un precio.

El corazón se le encogió a Séneca ante aquellas palabras y la sangre se le heló en las venas.

—¿Qué quiere decir? —exigió, acercándose más a la orilla del río—. Devuélvanoslo, Mordred. Sigue siendo uno de los nuestros.

Un destello de regocijo danzó en los ojos de Mordred, apenas visible a través de la niebla.

—Por supuesto.

El druida levantó una mano e hizo una pequeña señal. Casi de inmediato, uno de sus guerreros emergió de la bruma en la orilla del

río, arrastrando algo tras de sí. No, a alguien. El corazón de Séneca se detuvo al ver la figura con más claridad. Era Raven.

Desnudo de cintura para arriba, con el cuerpo amoratado y maltrecho, Raven avanzó a trompicones, con las manos fuertemente atadas a la espalda. El guerrero druida tiró de él bruscamente, obligándolo a arrodillarse a pocos metros de la orilla del río. El rostro de Raven estaba demacrado, sus ojos hundidos, pero se clavaron en los de Séneca con una extraña mezcla de desafío y resignación. Un hilo de sangre manaba de un corte en el labio y su pelo oscuro se le pegaba a la piel cubierta de sudor.

Séneca dio un paso involuntario hacia delante, con los ojos desorbitados por la conmoción. Había sospechado de la traición de Raven, incluso había empezado a creérsela, pero verlo así, destrozado y apaleado, le provocó una oleada de emociones contradictorias. Traidor o no, conocía a Raven desde hacía años. Había luchado a su lado. Había confiado en él.

Mordred observó la escena, con sus fríos ojos brillando en la niebla.

—Es suyo, Séneca —dijo, casi con sorna—. Pero como le dije, siempre hay un precio.

Antes de que Séneca pudiera reaccionar, el druida que estaba detrás de Raven se agachó, le agarró un puñado de pelo y le echó la cabeza hacia atrás, dejando su cuello al descubierto. El movimiento fue tan repentino, tan brutal, que Séneca tardó un instante en comprender lo que estaba a punto de suceder.

—¡Esperad! —gritó Séneca, con la voz rota por el horror—. ¡No! ¡Parad!

Pero la cruel sonrisa de Mordred no hizo más que ensancharse, y negó con la cabeza, casi con lástima.

—Siempre ha de haber un precio.

El guerrero druida sacó de su cinturón una larga hoja curva, cuyo filo relució bajo la tenue luz que se filtraba a través de la niebla, y de un tajo rápido y brutal, le abrió un profundo corte en la garganta a Raven, lanzando chorros de sangre que se elevaron sobre el agua. En cuestión de segundos, el cuerpo de Raven se

desplomó en el suelo, con su cabeza cercenada todavía en la mano del druida.

Por un momento, el tiempo pareció detenerse. La niebla se arremolinaba perezosamente en torno a la escena y el mundo se volvió inquietantemente silencioso.

Séneca permanecía paralizado, con la espada colgando lánguidamente a su costado, incapaz de procesar el horror de lo que acababa de presenciar. Raven, traidor o no, estaba muerto, ejecutado ante sus propios ojos. El hombre que había conocido durante tanto tiempo, el camarada junto al que había luchado, reducido a la nada en un instante de violencia fría y calculada.

Mordred, todavía al otro lado del río, sostuvo la mirada de Séneca con una expresión oscura y satisfecha.

—Dígale a sus líderes, Séneca —dijo en voz baja, mientras su voz llegaba por encima del agua—. Dígales que esto es lo que les espera si pretenden reclamar Britania. No respondo ante ningún emperador y tampoco lo hacen mis dioses.

Antes de que Séneca pudiera comprender del todo lo que estaba sucediendo, el guerrero druida echó el brazo hacia atrás y lanzó la cabeza cercenada por el aire. El tiempo pareció ralentizarse mientras cruzaba el río, dando tumbos antes de aterrizar con un golpe grotesco y húmedo a los pies de Séneca.

Séneca retrocedió instintivamente, con el estómago revuelto, mientras bajaba la vista horrorizado. Los ojos sin vida de Raven le devolvían la mirada desde su rostro ensangrentado y magullado, muy abiertos y acusadores, con la expresión congelada en una macabra mezcla de dolor y resignación. El rostro otrora familiar de un camarada era ahora un grotesco recordatorio de la traición y la muerte. La sangre aún manaba del cuello y teñía de rojo la hierba donde había caído.

Pero antes de que Séneca pudiera siquiera asimilar todo el peso de lo ocurrido, la cabeza rodó por la ligera pendiente de la orilla y cayó al agua. La corriente la atrapó de inmediato y la arrastró río abajo, con el cabello oscuro flotando como una sombra fantasmal.

Séneca observó, entumecido por la conmoción, cómo desaparecía bajo la superficie, engullida por completo por la corriente. Su corazón martilleaba, la imagen de los ojos de Raven grabada a fuego en su mente.

Desde el otro lado del río, la voz de Mordred le llegó flotando, apenas un susurro en la niebla.

—Recuerde, romano. No hay lugar donde pueda esconderse de mí.

Y entonces, sin más, Mordred se fue. Engullido por la niebla, su presencia se desvaneció como si nunca hubiera estado allí.

Séneca permaneció congelado a la orilla del agua, el mundo a su alrededor distante e irreal. Lo único que parecía real, lo único que aún podía sentir, era la inquietante imagen de la cabeza decapitada de Raven rodando hacia el río, arrastrada por la corriente.

El peso del mensaje de Mordred pendía densamente en el aire, sofocante. Britania no era solo una tierra por conquistar, era un campo de batalla de espíritus y dioses, un lugar donde un poder más allá de la comprensión de Roma aguardaba en la niebla.

Séneca se quedó allí, clavado en el sitio, con el corazón desbocado y el horror del momento grabado a fuego en su alma. Ahora sabía que Mordred no era un hombre corriente. Era una fuerza, un símbolo viviente de la resistencia que les esperaba, y Roma, con todo su poderío, tendría que vérselas con él.

---

# Capítulo Treinta y Siete

## Britania

Togodumnus se encontraba en el centro de su campamento, con el denso hedor a humo aún flotando en el aire por el incendio que había hecho estragos durante días; pero, a pesar de la destrucción, se mantenía erguido, con su imponente presencia, su rostro una máscara de desafío.

A su alrededor, sus caudillos se congregaban, murmurando sus dudas. Los rumores ya se habían extendido: Cadorix había muerto, lo que significaba que los cantiacos ya no se unirían a ellos. Era un duro golpe, pero Togodumnus se negó a que aquello lo quebrantara. Se volvió hacia sus hombres, y su voz se abrió paso entre las conversaciones en voz baja.

—Puede que los romanos piensen que esto nos debilita —gritó—. Puede que crean que sin los cantiacos estamos condenados al fracaso. Pero se equivocan.

Los caudillos guardaron silencio, con todos los ojos puestos en Togodumnus.

—Somos guerreros —bramó Togodumnus, con la voz henchida de ardor y convicción—. Los romanos creen que pueden doblegarnos a su voluntad, forzarnos a someternos. Pero esta tierra, nuestra tierra, nos pertenece. Con o sin los cantiacos, lucharemos y los haremos retroceder hasta el mar.

Un murmullo de aprobación se extendió entre los líderes reunidos. Aunque la pérdida de los cantiacos escocía, el ardor de Togodumnus era contagioso. Su fe en la victoria, su negativa a ceder, reavivó sus ánimos. Antes de que Togodumnus pudiese continuar, uno de sus exploradores llegó corriendo al campamento, pálido y con la respiración entrecortada.

—Señor Togodumnus —jadeó el hombre, haciendo una rápida reverencia—. Debe venir a la empalizada. Rápido.

Togodumnus frunció el ceño, y sus penetrantes ojos se entornaron al escrutar el rostro del explorador en busca de respuestas.

—¿Qué ocurre?

El explorador tragó saliva, claramente nervioso.

—Se acerca un ejército.

Ante aquellas palabras, el campamento enmudeció. Los caudillos de Togodumnus intercambiaron miradas inquietas, pero el rostro de Togodumnus permaneció impasible. Hizo un gesto a sus líderes para que lo siguieran y se dirigió hacia la empalizada, con paso seguro, aun cuando una extraña sensación de presagio le oprimía el pecho.

Llegaron a las murallas rápidamente, y cuando Togodumnus subió a la plataforma de madera que dominaba el terreno circundante, sus ojos encontraron de inmediato la fuerza que se aproximaba. Un mar de guerreros marchaba sin tregua hacia ellos, con sus armas brillando a la luz de la tarde y en gran número. Aquella visión hizo que hasta sus guerreros más avezados murmuraran con desasosiego.

Al principio, Togodumnus sintió una fría hebra de miedo serpentear por su interior. Pero a medida que sus agudos ojos examinaban las primeras filas, su ansiedad comenzó a disiparse. Reconoció los estandartes, las formas distintivas de sus escudos. Entornó los ojos y se centró en la figura que encabezaba el ejército: un hombre alto, de presencia familiar, cuya cota de malla y yelmo refulgían bajo la luz del sol.

Togodumnus exhaló bruscamente.

—Es él —masculló entre dientes.

—¿Quién, mi señor? —preguntó uno de los caudillos.

—Mi hermano —gruñó Togodumnus—. Caratacus.

Bajó de la escala y caminó hasta las puertas, abriéndolas de un enérgico empujón. Sus caudillos lo siguieron, con expresión cautelosa pero resuelta. Fuera de las murallas, Togodumnus avanzó hacia el ejército que se acercaba, con el corazón latiéndole con fuerza, no de miedo, sino de frustración.

Sus seguidores se detuvieron mientras Togodumnus caminaba en solitario hacia el ejército que se aproximaba. Caratacus desmontó de su caballo y avanzó para reunirse con él; la tensión entre ambos era palpable. Cuando estaban a solo unos pocos pasos de distancia, Togodumnus se detuvo y entornó los ojos al hablar.

—¿Qué haces aquí, hermano? ¿Has venido a intentar detenerme? ¿A convencerme de que dé media vuelta? Pues has de saber esto: no dejaré que nadie se interponga en mi camino, y si interfieres, te encontrarás frente a mí en el campo de batalla cuando llegue el momento.

Caratacus no se inmutó, con la mirada firme. Durante un instante, los dos hermanos permanecieron en silencio, con el aire entre ellos cargado de años de tensión sin resolver.

—No he venido a luchar contra ti, Togodumnus —dijo—. He venido a unirme a ti.

Togodumnus parpadeó, y su expresión endurecida vaciló por primera vez.

—¿Qué?

Caratacus se acercó, clavando la mirada en la de su hermano.

—Ambos sabemos lo que se avecina —dijo—, y aunque apoyé a nuestro padre en su estrategia mientras vivía, ahora he tenido tiempo de reconsiderar mi postura. Si permanecemos divididos, caeremos. Pero si nos unimos, si luchamos juntos, podremos hacerlos retroceder.

Togodumnus respiró hondo; su ira amainó, reemplazada por una lenta y renuente aceptación.

—Entonces, luchemos —dijo—, juntos.

Los dos hermanos se dieron la vuelta y caminaron lado a lado de regreso al campamento, mientras los guerreros tras ellos observaban con una mezcla de alivio y expectación. Por primera vez en años, los catuvelonos y los Trinovantes estaban unidos y, ahora que esa barrera había sido derribada, sabían que más tribus seguirían su ejemplo.

La suerte estaba echada. Puede que Roma tuviera a sus legiones reuniéndose al otro lado del mar del Norte, pero no

entrarían en su patria sin encontrar resistencia. Britania lucharía... y Roma sangraría.

---

## Epílogo

## Britania

A muchas leguas de distancia, los seis hombres del Occultum subían a duras penas la última pendiente, con las piernas pesadas como el plomo y los rostros hundidos y demacrados. Semanas huyendo de los druidas, ocultándose en los bosques y durmiendo bajo cielos estrellados los habían reducido a meras sombras de lo que una vez fueron. Habían soltado a sus caballos, casi incapaces de dar un paso más, hacía ya varios días, y la comida no era más que un recuerdo, sustituida por un hambre que los carcomía a cada paso. El sabor salado del mar flotaba en el aire, tentadoramente cercano.

Finalmente, Séneca se detuvo en la cima de la colina. A su lado, Atticus, Sica, Falco, Marcus y Cassius levantaron la cabeza, esforzándose por vislumbrar lo que hubiera más allá. A sus pies, enclavado en un recodo de la costa, se extendía un pueblo de pescadores. Volutas de humo ascendían perezosamente desde pequeñas hogueras y las siluetas de los barcos que se mecían en el puerto danzaban sobre las aguas, prometiendo descanso, sustento y, tal vez, una escapatoria.

Un murmullo de alivio recorrió al grupo. Falco cerró los ojos y dio gracias a los dioses en un susurro, mientras que Séneca se limitó a aferrar los últimos vestigios de sus fuerzas en un puño, con la mirada fija en el pueblo y una sombría satisfacción en el rostro.

—Un barco —susurró Atticus, con voz temblorosa—. Podemos cruzar a Gesoriacum, advertir a Plautius sobre los druidas. Podemos...

Pero mientras hablaba, Séneca alzó la vista hacia Sica, que permanecía en silencio en un extremo del grupo. Señalaba algo, con el rostro exangüe y, a medida que su dedo trazaba una línea en el horizonte, el pavor se apoderó de todos ellos.

En el mar, cientos de velas cubrían las aguas hasta donde alcanzaba la vista, una muralla blanca que se deslizaba en silencio hacia la costa mientras la enorme flota romana surcaba las olas, con sus estandartes ondeando al viento.

La voz de Séneca fue apenas un susurro, pero contenía el peso de su desesperación compartida.

—Hemos llegado demasiado tarde.

Los hombres permanecieron inmóviles en la cima de la colina barrida por el viento, con su alivio hecho añicos y su misión convertida en un mero eco frente a la marea imparable de Roma. Habían anhelado desesperadamente informar a Plautius de la fuerza de Togodumnus, darle tiempo para planificar adecuadamente, para estudiar el terreno, para retrasar la invasión, pero habían fracasado. Y mientras la flota se aproximaba cada vez más, trayendo consigo la certeza de la guerra, supieron que sus vidas nunca volverían a ser las mismas. Roma proyectaba una sombra que pronto anegaría en sangre las costas de Britania... La invasión romana de Britania había comenzado.

**Fin**

---

# Próximo libro

Sigue la próxima entrega con Séneca y el resto de los Occultum.


K. M. ASHMAN
ÁGUILA OSCURA • LIBRO III
VETERANUS

**Haz clic en la imagen para hacer tu pedido.**

Roma se tambalea al borde de la rebelión. La invasión de Britania ha comenzado y todos los miembros de los Occultum corren peligro.

La identidad del traidor sigue oculta y, con todos sus agentes de confianza ya desplegados en lo más profundo de las líneas enemigas, Lépido se enfrenta a una crisis que no solo amenaza el éxito de la invasión, sino la mismísima seguridad del emperador.

Sin nadie en quien confiar, recurre al único hombre que nunca pensó que necesitaría: Veteranus, un exlegionario envuelto en la infamia.

Brutal, despiadado y otrora condenado a muerte por sus métodos salvajes, Veteranus es un verso suelto que no rinde pleitesía a ninguna autoridad. Ahora, en una apuesta desesperada, Lépido debe decidir si este impredecible lobo solitario es la última esperanza del imperio o su mayor amenaza.

Repleto de acción, intriga y la cruda realidad de la guerra, *Veteranus* se adentra aún más en el sombrío mundo de los agentes secretos de Roma.

**Suscríbete ahora para mantenerte informado de todos los nuevos lanzamientos.**

**SUSCRÍBETE**

# Notas del Autor

## La Invasión de Britania

La invasión romana de Britania en el año 43 d. C. fue una importante campaña militar emprendida por el Imperio romano bajo el mandato del emperador Claudio. La invasión marcó el inicio del dominio romano en Britania, que se prolongó durante casi cuatro siglos. La operación fue tanto una empresa militar estratégica como una maniobra política concebida para afianzar la posición de Claudio como emperador.

Antes de la invasión, Britania ya era conocida por los romanos, pues Julio César la había explorado durante sus expediciones en los años 55 y 54 a. C. Sin embargo, Roma no había establecido una presencia duradera en la isla. En el siglo I d. C., Britania era considerada una tierra de valiosos recursos, como el estaño, el plomo y los productos agrícolas, y sus tribus eran famosas por su fiera independencia. Claudio, en su afán por consolidar su poder y obtener prestigio militar, decidió emprender una invasión a gran escala.

## El Emperador Claudio

Claudio llegó al poder en el año 41 d. C. tras el asesinato de Calígula. Considerado en un principio un gobernante débil e improbable, Claudio buscó legitimar su mandato a través de la conquista militar. Visitó Britania personalmente tras el éxito inicial de la invasión y permaneció allí solo dieciséis días para recibir la sumisión de varias tribus. Su visita fue utilizada para afianzar su poder político en Roma.

## Aulo Plaucio

Aulo Plaucio fue un experimentado senador y general romano. Había servido previamente en diversos cargos por todo el imperio, ganándose una reputación por sus dotes administrativas y militares. Plaucio dirigió una fuerza estimada de cuarenta mil hombres,

compuesta por cuatro legiones y tropas auxiliares, a través del canal de la Mancha para iniciar la conquista. Derrotó con éxito a varias tribus del sudeste de Britania y estableció una sólida cabeza de puente para las fuerzas romanas. Más tarde fue nombrado primer gobernador de la nueva provincia de Britania.

## Caratacus

Caratacus fue un líder de la tribu de los catuvelonos, una de las más poderosas del sudeste de Britania. Fue un guerrero hábil y resuelto que se convirtió en un símbolo de la resistencia contra los romanos. Caratacus dirigió una prolongada campaña de guerrillas contra los romanos, reuniendo a diversas tribus para resistir la invasión. A pesar de los éxitos iniciales, finalmente fue derrotado y capturado en el año 51 d. C. Más tarde, Claudio lo perdonó y vivió el resto de sus días en Roma.

## Togodumnus

Togodumnus, al igual que su hermano Caratacus, fue una figura clave en la resistencia contra las fuerzas romanas. Togodumnus luchó junto a Caratacus durante las primeras batallas de la invasión. Murió en combate, lo que debilitó significativamente la resistencia de los catuvelonos.

## Cunobelinus

Cunobelinus, a menudo llamado «*Britannorum Rex*» (rey de los britanos), fue una figura dominante en el sudeste de Britania. Su capital se encontraba en Camulodunum (la actual Colchester).
Aunque Cunobelinus murió poco antes de la invasión, sus hijos Caratacus y Togodumnus continuaron su legado de resistencia contra Roma.

## Los Icenos

Los icenos eran una tribu celta situada en lo que hoy es Norfolk y partes de Suffolk y Cambridgeshire, en Inglaterra, durante la Edad del Hierro y el primer periodo romano. La tribu mantuvo inicialmente un estatus semiindependiente bajo el Imperio romano

tras la invasión de Britania en el año 43 d. C., y su rey, Prasutagus, fue un rey cliente que gobernó como aliado de Roma. Sin embargo, a su muerte, los romanos anexionaron el territorio iceno, haciendo caso omiso del testamento de Prasutagus, que había legado la mitad de su reino a los romanos y la otra mitad a sus hijas. Este acto, junto con el maltrato a su familia, desencadenó la rebelión de Boudicca.

## Los Catuvelonos

Los catuvelonos eran una poderosa tribu celta del sudeste de Britania durante la tardía Edad del Hierro, y su territorio abarcaba lo que hoy son Hertfordshire, Buckinghamshire, Bedfordshire y partes de los condados circundantes. Su capital tribal se encontraba inicialmente en Verlamion (la actual St Albans), más tarde conocida como Verulamium bajo el dominio romano.

Los Catuvellauni se convirtieron en una de las tribus más dominantes del sur de Britania, en particular bajo el liderazgo del rey Cunobeline, quien expandió considerablemente el poder de la tribu, conquistando a tribus vecinas como los Trinovantes y estableciendo a los Catuvellauni como una fuerza principal. Gobernó desde Camulodunum (la actual Colchester), que se convirtió en un importante centro de poder.

Los Catuvellauni se resistieron inicialmente a la expansión romana durante la invasión del año 43 d. C., liderados por los hijos de Cunobeline, Caratacus y Togodumnus. Fueron los principales oponentes de los romanos durante las primeras etapas de la conquista.

## Los Trinovantes

Los Trinovantes ocupaban gran parte de lo que hoy es Essex y zonas de Suffolk y fueron una de las primeras tribus en entrar en contacto con las fuerzas romanas durante las expediciones de Julio César a Britania en los años 55 y 54 a. C. En aquella época, los Trinovantes eran rivales de sus vecinos, los Catuvellauni, y durante las invasiones de César, se aliaron con los romanos en busca de

protección frente a los expansionistas Catuvellauni. Esta alianza les otorgó brevemente una posición de favor, pero con el tiempo, su poder decayó a medida que los Catuvellauni acabaron por conquistar su territorio.

En el momento de la invasión romana del año 43 d. C., los Trinovantes habían caído bajo el control de los Catuvellauni, liderados por Cunobeline. Después de que los romanos derrotaran con éxito la resistencia nativa, los Trinovantes se convirtieron en una de las primeras tribus en someterse al dominio romano.

---

**Otras obras de K. M. Ashman**

**Los exploradores**
El águila oscura
Los ocultos
Veteranus
Escarabajo
El espectro
Silures
Panthera
El caminante de las sombras

**Semillas del Imperio**
Semillas del Imperio
El ascenso del águila
Campos de gloria

**La Hermandad**
Acero templario
Piedra templaria
Sangre templaria
Furia templaria
Gloria templaria
Legado templario
Lealtad templaria

**Los misterios de India Summers**
Las conspiraciones vestales
Los tesoros de Suleiman
Las momias del Reich
Los constructores de tumbas

**Las crónicas romanas**
La caída de Britania
El ascenso de Caratacus
La ira de Boudicca

**Las sagas medievales**
Sangre de la Cruz
En la sombra de los reyes
La espada de la libertad
Anillo de acero

**La sangre de los reyes**
Una tierra dividida
Un reino herido
La forja de la rebelión
La princesa guerrera
El portador de la espada

**El camino a Hastings**
Los desafíos de un rey
Las promesas de un rey
El destino de un rey

**Saga El Otro Mundo**
El protocolo del legado
El séptimo dios
La última ciudadela
Edén salvaje
Vampiro